





UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5324720994

10-14-60

8-4-

APR. 1980

17-XI-51

11-II-55

14-XI-56

15-XII-56

23-II-61

24-III-61

27-V-61

5-XI-61

10-XII-64

19-XI-66

10-1-69

9-XII-69

15-9-72

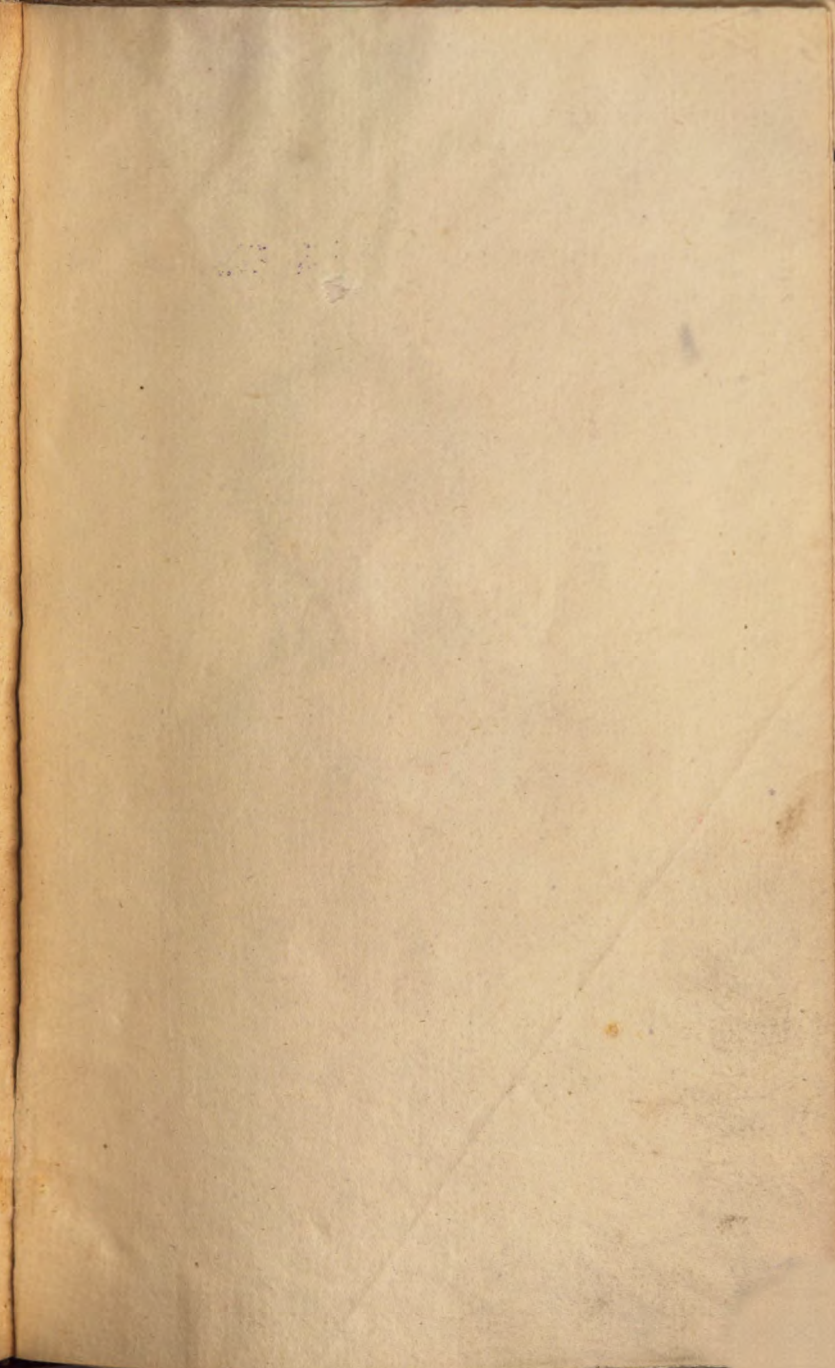
28-XI-73

21-3-77

10-XII-78

24-2-79





5

10-20-51

10-1-52

9-1-53

10-1-54

10-1-55

10-1-56

10-1-57







EL CURIOSO PARLANTE.



R 168143

86

M 63j  
-9

**ESCENAS**  
**MATRITENSES,**

FA

FOR

7146

**El Curioso Parlante.**

**TERCERA EDICION,**

**CORREGIDA Y AUMENTADA POR EL AUTOR,**

**Y ADORNADA CON LÁMINAS.**



**TOMO I.**



**MADRID :**

**IMPRENTA DE YENES, CALLE DE SEGOVIA, N.º 6.**

**1842.**

ESCEVAS

LA TRISTESSE

El Curioso Parlante

TERCERA EDICION

CORREGIDA Y AUMENTADA POR EL AUTOR

"J'emprunte au public la matiere de mon ouvrage; c'est un portrait de lui que j'ai fait d'après nature."

"El público me ha servido de original: mi obra es su retrato."

LA BRUYERE.

623690963  
i 35205325

TOMO I

IMPRESA DE YENES, CALLE DE SERRA, N.º 2

1843



## INTRODUCCION.

Quando por enero de 1832 empecé á publicar en el único periódico literario de aquella época estos festivos bosquejos de nuestras costumbres contemporáneas, estaba muy lejos de pensar que llegaría un dia en que por tercera vez hubiera de presentarlos á un público indulgente, que desde su primera aparicion los recibió con singular bondad.

Las razones que entonces me movieron á emprender aquella agradable tarea, fueron ya espuestas en la introduccion que precedió á la anterior edicion de esta obrita bajo el título de PANORAMA MATRITENSE; el pensamiento movíl que me dirijió, no fue otro, que el de hacer frente á las menguadas pinturas que de nuestro caracter y costumbres trazan los novelistas estrangeros, y ensayar al mismo tiempo un nuevo género literario, género ligero, propio de este siglo inconstante, y que á tan alto punto habian elevado Adisson y Jouy en Inglaterra y Francia. Aquella sana intencion debió servirme de disculpa para escusar tamaño atrevimiento, y á ella sin duda mas que á otros méritos, debo atribuir la simpatía con que estos débiles ensayos fueron acogidos del público español.

He dicho que este género de literatura era nuevo en nuestra patria, no porque fuese desconocido de nuestros novelistas y poetas dramáticos, sino porque unos y otros, por desgracia, habian enmudecido desde principios del siglo actual, y con muy ligera escepcion, apenas podia hallarse cuadro alguno referente á nuestra sociedad contemporánea. Los brillantes ensayos escénicos de algunos poetas cuyas frentes se ostentan ya engalanadas con merecido laurel, eran los únicos destellos de vitalidad que daba en este punto nuestra abandonada literatura.

Faltaba, pues, y falta todavia cultivar entre nosotros la novela moderna, género el mas propio para pintar holgadamente los caracteres, la accion y el idioma vital de la sociedad; género que ha penetrado en el recinto de la historia; ha substituído á la poesia épica; ha luchado ventajosamente con el drama; y ha llegado á hacer po-

pulares hasta los recónditos misterios de las artes, avasallando de este modo la imaginación, y todos los medios de que se puede valer la filosofía para pintar al corazón humano. Pero esta aplicación del ingenio, esta obra concienzuda de la razón, requiere cierta calma en el escritor, cierta tranquilidad en el pueblo, que desgraciadamente no hemos podido aun disfrutar en lo que va de siglo; y á esta causa puede atribuirse la singularidad de que nuestra nación, contando entre sus escritores antiguos á los autores del Quijote, del Guzmán de Alfarache, del Gran Tacaño, del Diablo cojuelo, y aun debiéramos añadir, del Gil Blas, no haya producido en el siglo actual, ni el mas ligero ensayo de un género en que tiene tan superiores modelos propios que imitar.

La prensa periódica, dominante hoy día por su influencia política y literaria, y el teatro, espectáculo móvil y halagüeño, que mas como pasatiempo que como objeto de estudio, goza siempre del favor popular, eran, pues, los únicos recursos que quedaban al escritor de costumbres, en medio de una sociedad agitada é inconstante, que ni puede interesarse sino rápidamente por los caracteres y acciones fingidas; ni quiere fijar sus miradas sino en publicaciones periódicas, que nacen hoy para morir mañana; ó en los juegos de la escena que entretienen el ánimo sin fatiga del espectador.

Pero las nuevas doctrinas literarias, y la influencia de la moda europea, parecían cerrar tambien por algunos años hasta el mismo teatro á la pintura clásica de las costumbres contemporáneas, y afectarle particularmente á la de una sociedad antigua y misteriosa, que por su exageración y estravagancia mas bien que histórica pudiéramos llamar novelesca é ideal; y los caracteres privados, los ridículos de la vida comun, no lograban excitar el interés del auditorio, subyugado ya diariamente con grandes y trágicas sensaciones, con ruidoso aparato, con magnífica entonación.

La pintura festiva, modesta y natural de los usos y costumbres del pueblo, tuvo, pues, que abandonar por un tiempo determinado, el libro y la escena; tuvo que refugiarse al periódico, y subdividirse en minimas partes para hallar todavia auditorio. Cervantes mismo escribiendo en época semejante, hubiérase visto precisado á reducir sus cuadros á esas pequeñas proporciones; su inmortal novela, arrojada en medio de nuestra tur-



bulenta sociedad, apenas habria conseguido lectores, sino es dispensándoles sus capítulos á guisa de folletin.

Todos los géneros literarios tienen sin embargo sus ventajas respectivas, y el de los artículos sueltos de costumbres, á mas de la rápida popularidad, tiene la de poder encerrar en cortos límites todas las condiciones de un drama ó una novela; y acaso conseguir interesar mas la mente del lector por lo incisivo del pensamiento y por su marcha desembarazada de episodios; asi como suele acontecer al ligero epigrama puesto en parangon con la cansada sátira ó con el filosófico discurso.

Sin embargo, como estas ligeras obrillas suelen ser hijas de las influencias del momento en que se publican; como por lo general el autor que á ellas se dedica no puede subordinarlas todas á un pensamiento comun, y por muy independiente que sea de las circunstancias públicas, escribiendo en diversas épocas, bajo distintas impresiones, ha de revelar forzosamente la marcha de los sucesos, y hasta la de su propia edad; por eso es preciso que los lectores tomen en cuenta la fecha de cada cuadro, y se trasladen, si es posible, con la mente, al punto de vista en que les colocó el pintor.

El autor de estas ESCENAS faltaria á la verdad si negara que su pensamiento primitivo fue el de escribir una obra de costumbres contemporáneas; pero sujetándola á una sola accion, dándola la estension conveniente, y desplegando en ella segun creyera oportuno los caracteres respectivos. Sentadas quedan las razones que tuvo para renunciar á su propósito, y para reducir á simples bocetos los varios episodios del cuadro que tenia imaginado, renunciando á la ventaja de presentarlos reunidos en un solo grupo y subordinados á una accion simultánea; aunque adquiriendo por otra parte la de ofrecerlos vestidos con los colores de cada dia, y tambien que su aparicion fuese tan rápida que no diese lugar á una gran atencion ni á una despiadada censura.

El largo período de diez años transcurridos desde el primer artículo de esta coleccion hasta el último, ha sido tan fecundo en contrastes y en peripecias, ha modificado en tanto grado la fisonomia de nuestro pueblo, sus gustos é inclinaciones, y hasta el lente mismo del observador, que seria injusticia juzgar los primeros ensayos de este bajo el punto de vista del dia. Y cualquier lector por poco que medite, echará de ver en la primera série de estos articu-

los (que se refiere principalmente á los años 32 y 33) una notable diferencia con la otra que abraza desde 1836 hasta el día. En aquella, al paso que el reflejo de una sociedad reposada en su estado normal, ó si se quiere en la indiferencia política, observará también la timidez del escritor delante de la censura, su falta de práctica en el estilo, y hasta la espontaneidad incorrecta y los risueños colores de una imaginación juvenil: y en la segunda acaso llegará á descubrir mas intencion filosófica, mas madurez en la razon, mas soltura en el estilo: asi como en la sociedad descrita, mas movimiento político, mayor energia y vitalidad.

Si el autor de estos articulos hubiera consultado solo á su propia voluntad, quizás habria suprimido por entero la primera parte como infinitamente mas débil; pero ha debido sacrificar el amor propio á la razon, y no solo conservarla, sino privarse de toda alteracion sustancial en ella, por parecerle que de este modo ofrece mas sensible su primitivo colorido, y hace resaltar mas el contraste de aquella época y la que describe despues.

Espuestas francamente las razones que tuvo presentes para dedicarse á cultivar este ramo de la literatura moderna, queda á cargo del lector el apreciar los reducidos medios intelectuales de que para desempeñar esta tarea le fue dado disponer. Entre ellos sin duda sobresaldrá la voluntad y buena fé, asi como la constancia en el propósito, llevado á cabo al través de épocas borrascosas en que los sucesos públicos absorbian todas las atenciones. Quizás hubiera podido dar mayor interes á este trabajo, realzándole con el barniz político que tan apreciado es por los lectores del dia; pero entonces hubiera perdido su caracter inofensivo y permanente, en gracia de una momentánea popularidad. El autor de esta obrita no aspira á tan ruidosos triunfos. Satisfecho con la simpatia que haya podido escitar en el sencillo lector, renuncia desde luego á la arrogante aprobacion de los sabios, ó al alto patrocinio del poder; y solo alega como único mérito y disculpa de su insuficiencia, la circunstancia de no haber suscitado con sus escritos el menor agravio; ni convertido su pluma en instrumento de venganzas, de interes ageno, ni de propio engrandecimiento.



## ESCENAS MATRITENSES.

---

### EL RETRATO.

---

“Quien no me creyere que tal sea de él,  
al menos me deben la tinta y papel.”

*Bartolomé Torres Naharro.*

**P**or los años de 1789 visitaba yo en Madrid una casa en la calle ancha de San Bernardo; el dueño de ella, hombre opulento y que ejercia un gran destino, tenia una esposa joven, linda, amable y petimetra; con estos elementos, con coche y buena mesa, puede considerarse que no les faltarian muchos apasionados. Con efecto, era asi, y su tertulia se citaba como una de las mas bri-

llantes de la corte. Yo, que entonces era un pisaverde (como si dijéramos un *lechuguino* del día), me encontraba muy bien en esta agradable sociedad; hacía á veces la partida de mediator á la madre de la señora, decidía sobre el peinado y vestido de esta, acompañaba al paseo al esposo, disponia las meriendas y partidas de campo, y no una vez sola llegué á animar la tertulia con unas picantes seguidillas á la guitarra, ó bailando un bolero que no habia mas que ver. Si hubiese sido ahora, hubiera hablado alto, bailado de mala gana, ó sentándome en el sofá, tararearía un ária italiana, cogeria el abanico de las señoras, haria gestos á las madres y gestos á las hijas, pasearia la sala con sombrero en mano y de bracero con otro camarada, y en fin, me daria tono á la usanza.... pero entonces.... entonces me lo daba con mi mediator y mi bolero.

Un día, entre otros, me hallé al levantarme con una esquila, en que se me invitaba á no faltar aquella noche, y averiguado el caso, supe que era día de doble funcion, por celebrarse en él la colocacion en la sala del retrato del amo de la casa. Hallé justo el motivo, acudí puntual, y me encontré al amigo colgado en efígie en el testero con su gran marco de relumbron. No hay que decir que hube de mirarle al trasluz, de frente y costado; co-tejarle con el original, arquear las cejas, sonreirme despues, y encontrarle admirablemente parecido; y no era la verdad, porque no tenia de ello sino el uniforme y los vuelos de encaje. Repitióse esta escena con todos los que entraron, hasta que ya llena la sala de gentes, pudo ser-



virse el refresco (costumbre harto saludable y descuidada en estos tiempos), y de allí á poco sonó el violin, y salieron á lucir las parejas, alternando toda la noche los minuets con sendos versos que algunos poetas *de tocador* improvisaron al retrato.

Algunos años despues volví á Madrid, y pasé á la casa de mi antigua tertulia; pero ¡oh Dios! *quantum mutatus ab illo!* ¡qué trastorno! el marido habia muerto hacia un año, y su jóven viuda se hallaba en aquella época del duelo en que si bien no es lícito reirse francamente del difunto, tambien el llorarle puede chocar con las costumbres. Sin embargo, al verme, sea por afinidad, ó sea por cubrir el espediente; hubo que hacer algun *puchero*, y esto se renovó cuando notó la sensacion que en mí produjo la vista del retrato, que pendia aun sobre el sofá.—«¿Le mira usted?» (esclamó): «¡ay pobrecito mio!»—Y prorumpió en un fuerte sonido de nariz, pero tuvo la precaucion de quedarse con el pañuelo en el rostro, á guisa del que llora.

Desde luego un don *No-sé-quien*, que se hallaba sentado en el sofá con cierto aire de confianza, saltó y dijo:—«Está visto, doña Paquita, que hasta que usted no haga apartar ese retrato de aquí, no tendrá un instante tranquilo;»—y esto lo acompañó con una entrada de moral que habia yo leído aquella mañana en el *Corresponsal del censor*. Contestó la viuda, replicó el argumentante, terciaron otros, aplaudimos todos, y por sentencia sin apelacion se dispuso que la menguada efigie seria trasladada á otra sala no tan cotidiana; volví á la

tarde, y la ví ya colocada en una pieza interior, entre dos mapas de América y Asia.

En estas y las otras, la viuda, que sin duda habia leído à Regnard y tendria presentes aquellos versos, que traducidos en nuestro romance español podrían decir

¿ Mas de qué vale un retrato  
 Cuando hay amor verdadero ?  
 ¡ Ah ! solo un esposo vivo  
 Puede consolar del muerto (1),

hubo de tomar este partido, y á dos por tres me hallé una mañana sorprendido con la nueva de su feliz enlace con el *don Tal*, por mas señas. Las nubes desaparecieron, los semblantes se reanimaron, y volvieron á sonar en aquella sala los festivos instrumentos. ¡ Cosas del mundo!

Poco despues la señora, que se sintió embarazada, hubo de *embarazarse* tambien de tener en casa al niño que habia quedado de mi amigo, por lo que se acordó *en consejo de familia* ponerle en el seminario de nobles; y no hubo mas, sino que á dos por tres hicieronle su hatillo y dieron con él en la puerta de San Bernardino: dispúsosele su cuarto, y el retrato de su padre salió á ocupar el punto céntrico de él. La guerra vino despues á llamar al joven al campo del honor; corrió á alistarse en las

(1) Mais qu' est ce qu' un portrait quand on aime bien fort?  
 C' est un mari vivant qui console d' un mort.



banderas patrias, y vueltos á la casa paterna sus muebles, fue entre ellos el malparado retrato, á quien los colegiales, en ratos de buen humor habian roto las narices de un pelotazo.

Colocósele por entonces en el dormitorio de la niña, aunque notándose en él á poco tiempo cierta virtud chinchorrera, pasó á un corredor, donde le hacian alegre compañía dos jaulas de canarios y tres campanillas.

La visita de reconocimiento de casas para los alojados franceses recorria las inmediatas; y en una junta extraordinaria, tenida entre toda la vecindad, se resolvió disponer las cosas de modo que no apareciera á la vista sino la mitad de la habitacion, con el objeto de quedar libres de alojados. Dicho y hecho; delante de una puerta que daba paso á varias habitaciones independientes, se dispuso un altar muy adornado, y con el fin de tapar una ventana que caia encima.... «¿qué pondremos? ¿qué no pondremos?»—El retrato.—Llega la visita, recorre las habitaciones, y sobre la mesa del altar, ya daba el secretario por libre la casa, cuando ¡oh desgracia...! un maldito gato que se habia quedado en las habitaciones ocultas, salta á la ventana, da un maído, y cae el retrato, no sin descalabro del secretario, que enfurecido tomó posesion, á nombre del Emperador, de aquella tierra incógnita, destinando á ella un coronel con cuatro asistentes.

Asendereado y mal trecho yacia el pobre retrato, maldecido de los de casa y escarnecido de los asistentes, que se entretenian, cuándo en ponerle bigotes, cuándo

en plantarle anteojos, y cuándo en quitarle el marco para dar pábulo á la chimenea.

En 1815 volví yo á ver la familia, y estaba el retrato en tal estado en el recibimiento de la casa; el hijo habia muerto en la batalla de Talavera; la madre era tambien difunta, y su segundo esposo trataba de casar á su hija. Verificóse esto á poco tiempo, y en el reparto de muebles que se hizo en aquella sazón, tocó el retrato á una antigua ama de llaves, á quien ya por su edad fue preciso jubilar. Esta tal tenia un hijo que habia asistido seis meses á la academia de San Fernando, y se tenia por otro Rafael, con lo cual se propuso limpiar y restaurar el cuadro. Este muchacho, muerta su madre, sentó plaza, y no volví á saber mas de él.

Diez y seis años eran pasados cuando volví á Madrid, el último. No encontré ya mis amigos, mis antiguas costumbres, mis placeres; pero en cambio encontré mas *elegancia*, mas *ciencia*, mas *buena fe*, mas *alegria*, mas *dinero* y mas *moral pública*. No pude dejar de convenir en que estamos en el siglo de las luces. Pero como yo casi no veo ya, sigo aquella regla de que al ciego el candil le sobra; y así, que abandonando los refinados establecimientos, los grandes almacenes, los famosos paseos, busqué en los rincones ocultos los restos de nuestra antigüedad, y por fortuna acerté á encontrar alguna botilleria en que beber á la luz de un candilón, algunos calesines en que ir á los toros, algunas buenas tiendas en la calle de Postas, algunas cómodas escaleras en la Plaza, y sobre todo un teatro de la Cruz que no



pasa día por él. Finalmente, cuando me hallé en mi centro, fue cuando llegaron las ferias. No las hallé, es verdad, en la famosa plazuela de la Cebada, pero en las demás calles el espectáculo era el mismo. Aquella agradable variedad de sillas desvencijadas, tinajas sin suelo, linternas sin cristal, santos sin cabeza, libros sin portada; aquella perfecta igualdad en que yacen por los suelos las obras de Loke, Bertoldo, Fenelon, Valladares, Metastasio, Cervantes y Berlamino; aquella inteligencia admirable con que una pintura del de Orbaneja cubre un cuadro de Ribera ó Murillo; aquel surtido general, metódico y completo, de todo lo útil y necesario, no pudo menos de reproducir en mí las agradables ideas de mi juventud.

Abismado en ellas subia por la calle de San Dámaso á la de Embajadores, cuando á la puerta de una tienda, y entre varios retazos de paño de todos colores, creí divisar un retrato cuyo semblante no me era desconocido. Limpio mis anteojos, aparto los retales, tiro un velon y dos lavativas que yacian inmediatos, cojo el cuadro, miro de cerca.... «¡Oh Dios mio! exclamé: ¿y es aqui donde yo debia encontrar á mi amigo?»—Con efecto, era él, era el cuadro del baile, el cuadro del seminario, de los alojados, y del ama de llaves; la imágen, en fin, de mi difunto amigo. No pude contener mis lágrimas; pero tratando de disimularlas pregunté cuánto valia el cuadro.—«Lo que usted guste,»—contestó la vieja que me lo vendia; insté á que le pusiera precio, y por último me lo dió en *dos pesetas*: informéme entonces de

dónde había habido aquel cuadro , y me contestó que hacia años que un soldado se lo trajo á empeñar , prometiéndole volver en breve á rescatarlo , pues segun decia , pensaba hacer su fortuna con el tal retrato , reformándole la nariz , y poniéndole grandes patillas , con lo cual quedaba muy parecido á un personage á quien se lo iba á regalar ; pero que habiendo pasado tanto tiempo sin parecer el soldado , no tenia escrúpulo en venderlo , tanto mas , cuanto que hacia seis años que salia á las ferias , y nadie se habia acercado á él ; añadiéndome que ya le hubiera tirado , á no ser porque le solia servir , cuándo para tapar la tinaja , y cuándo para aventar el brasero.

Cargué al oír esto precipitadamente con mi cuadro , y no paré hasta dejarle en mi casa seguro de nuevas profanaciones y aventuras. Sin embargo , ¿quién me asegura que no las tendrá ? Yo soy viejo , muy viejo , y muerto yo , ¿qué vendrá á ser de mi buen amigo ? ¿Volverá séptima vez á las ferias ? ¿ó acaso alterado su gesto tornará de nuevo á autorizar una sala ? ¡Cuántos retratos habrá en este caso ! En cuanto á mí , escarmentado con lo que ví en este , me felicito mas y mas de no haber pensado en dejar á la posteridad mi retrato ; ¿para qué ?—para presidir á un baile—para escitar suspiros—para habitar entre mapas , canarios y campanillas—para sufrir golpes de pelota—para criar chinches—para tapar ventanas—para ser embigotado y restaurado despues , empeñado y manoseado , y vendido en las ferias por dos pesetas.

(Enero de 1832.)



## LA CALLE DE TOLEDO.

“Como aquí de provincias tan distantes  
concurren, ó por gracia ó por justicia,  
diversas lenguas, trages y semblantes;  
Necesidad, favor, celo, codicia  
forman tumulto, confusion y prisa  
tal, que dirás que el orbe se desquicia.”

*B. de Argensola.*

**P**ocos días há tuve que salir á recibir á un pariente que viene á Madrid desde Mairena (reino de Sevilla), con el objeto de examinarse de escribano. Las diez eran de la mañana cuando me encaminé á la gran puente que presta paso y comunicacion al camino real de Andalucia, y ayudado de mi catalejo, tendí la vista por la dilatada superficie para ver si divisaba, no la rápida diligencia, no

el brioso alazan , sino la compaseada galera en que debía venir el cuasi-escribano.

Poco rato se me hizo aguardar para dejarse ver de *los Angeles* acá (*rari nantes in gurgite vasto*), y mucho mas hube de esperar para que llegase adonde yo estaba. Verificólo al fin , vióme mi primo , saltó del incómodo camaranchon , y *pian pian* enderezamos hácia la gran villa , ya acertando el paso para que pudieran seguirnos las siete mulas que arrastraban la galera , ya procurando conservar la distancia conveniente para no ser interrumpidós en nuestra sabrosa plática por la monótona armonía de los cencerros y campanillas de las bestias , de los jaleos y rondeñas de los zagales.

—¿ Y bien , primo mio , qué te parece del aspecto de Madrid?

—Que ze pué desir dél lo que de Parmira , que es *la perla del desierto*; y oyez , y tuvieron rasón zus fundadores en zituarle sobre alturas , porque zinó , con ezte rio , adonde vamo-ha-paral....

—Ya te entiendo ; pero en cambio tienes aqui este que sino es gran puente , por lo menos es un puente grande.

—Zin duda , y aun por ezo he leído yo en un libraco viejo unaz coplillaz que disen....

«Fuérame yo por la puente  
Que lo es sin encantamiento ,  
En diciembre , de Madrid ,  
Y en verano , de *Rioseco* ;  
La que haciéndose ojos toda



Por ver su amante pigmeo,  
Se queja dél porque ingrato  
Le da con arena en ellos,  
La que.....

¿Acabarás con tu pintura? — Razon tienez ; punto y coma y á otra coza , que ze base tarde y habremoz de detenernoz en la puerta. — Y con efecto fue asi , porque llegando á esta , y mientras se verificaba la operacion del registro se pasó media hora , en la cuál no estuvieron ociosos nuestros ojos ni nuestras lenguas.

Mi primo es un mozo , ni bien sabio , ni bien tonto , aunque una buena dosis de malicia tercia entre ambas cualidades , y haciéndole disimular la segunda , le presta ciertos ribetes de la primera ; ademas es andaluz , y ya se sabe que los de su tierra tienen la circunstancia de caer en gracia , condicion harto esencial , y en Madrid mas que en otra parte. Hecha esta prevencion acerca de su caracter , no se estrañará que yo desease conocer el efecto que le producian las rápidas escenas que pasaban á nuestra vista , para lo cual , y escitarle á hablar , anudé el interrumpido diálogo de esta manera.

— Vas á entrar en Madrid (le dije) por el cuartel mas populoso y animado ; desde luego debes suponer que no será el mas elegante , sino aquel en que la corte se manifiesta como madre comun , en cuyo seno vienen á encontrarse los hijos , las producciones y los usos de las lejanas provincias ; aquel en fin en que las pretensiones de cada suelo , los dialectos , los trages y las inclinaciones res-

pectivas presentan al observador un cuadro de la *España en miniatura*.

Punto ez ezte , dijo mi primo , para obzervarle zentados ; aprovechemos ezte poyito.

No bien lo habiamos dicho y hecho , cuando llegó una galera guiada por un valenciano tan ligero como su vestido. Él iba , venia á todos lados , retozaba con los demas , blandía su vara , ceñia y desceñia su faja , aguijaba las mulas , contestaba á las preguntas del resguardo , y pregonaba de paso las esteras que conducia en su carro. Deseoso yo de que le escuchara mi pariente , trabé conversacion con él , suponiendo curiosidad por conocer los proyectos que le traian á Madrid , y muy luego supimos por su misma boca que pensaba vender sus esteras en un portal durante el invierno ; emplear su producto en loza , que venderia por las calles en la primavera ; fijarse mientras el verano en una rinconada para vender horchata ; y trasladarse despues á una plazuela para regir durante el otoño un puesto de melones ; tales eran los proyectos de este Proteo mercantil.

Poco despues llegaron unos cuantos , que por sus anaguarinas , grandes sombreros y alforjas al hombro , calificamos pronto de extremeños , que conducian las pican-tes producciones que tan buen olor , color y sabor prestan á la cuotidiana olla española. De estos supimos que eran todos parientes y de un mismo pueblo (Candelario), y no pudo menos de chocarnos la semejanza de las facciones de tres de ellos que parecian uno mismo aunque en distintas edades ; eran padre , hijo y nieto , y traian



à éste por primera vez á la capital, por lo cual no cesaban de darle consejos sobre el modo de presentarse en las casas, encarecer las ventajas del género, y demas, concluyendo con una disertacion choricera capaz de excitar al mas inapetente.

Aun no se habia acabado, cuando nos hallamos envueltos por una invasion de jumentillos alegres y vivarachos que se entraron por la puerta con una franqueza sin igual; traian cada uno dos pellejos, y diciendo que sus conductores eran manchegos, no hay que añadir que los pellejos eran de vino. Los mozos echaron pie á tierra, y dejaron ver sus robustas formas, su aire marcial, espresivas facciones, color encendido, ojos penetrantes; traian todos tremendas patillas, su pañuelo en la cabeza y encima la graciosa monterilla; las varas á la espalda y atravesadas en el cinto: empezaron luego á contar sus pellejos, mas por desgracia nunca iban de acuerdo con el guarda, pues si éste decia 20, ellos sacaban 19, y volviendo á contar solo resultaban 17; por último, se fijaron en 18, pagaron su cuota y echaron á correr.

Otro carromato.—¿De dónde?—De Murcia y Cartagena.—¿Carga?—Naranjas y granadas.—Al menos es cosa de sustancia.—Ahora van ustedes á probar que la tienen.

—A un lao, zeñorez, exclamó mi primo levantándose, á un laito por amor de Dios, que viene aqui la gente.—Y decíalo por una sarta de machos engalanados que entraban por la puerta con sendos ginetes encima.

—A la paz de Dios, caballeroz, saludó con voz aguardentosa un viejo que al parecer hacia de amo de los demas.

—Toque esos sino, paizano, dijo mi primo sin poderse contener: ¿de qué parte del paraizo?

—De Jaen, replicó con un ronquido el viejo.

—Buena tierra zi nó estuviera tan serca de Castilla.

—Maz serca eztá del sielo.—Como que tiene la cara de Dios.

—Y como que zi; però dejando ezto, ¿no me dirá zu mersé (dirigiéndose á mi) de dónde han traido ezta puelta, porque ó me engañan miz vizualéz, ó no eztaba añoz atraz cuando yo eztuve en ezte lugar.

—Asi es la verdad, le contesté; porque hace pocos años que se sustituyó este monumento á las mezquinas tapias que antes daban entrada por esta parte á la capital.

—Ahora (repuso el escribano) la entrada parese mesquina al lado de la puerta.

Aquí llegábamos en nuestra conversacion, cuando se nos dió por sanos y salvos, con lo que pudimos emprender la subida de la calle, alternando nuestras observaciones con las del viejo andaluz. Entre los primeros objetos que la fijaron, fueron la recua de manchegos que habiamos visto en la puerta, los cuales salian de una posada inmediata para repartir los cueros por las tabernas. Mi primo me hizo observar que llevaban veinte pellejos, y acordándonos de los diez y ocho pagados en la puerta, nos persuadimos de que habrian tratado de imitar el milagro de las bodas de Caná.



Divertíamos así nuestro camino, contemplando la multitud de tiendas y comercios que prestan á aquella calle el aspecto de una eterna feria; tantas tonelerías, caldererías, zapaterías y cofrerías; tantos barberos, tantas posadas, y sobre todo tantas tabernas. Esta última circunstancia hizo observar á mi primo que la afición al vino debe ser comun á todas las provincias. Yo solo le contesté que son ochocientas diez y seis las tabernas que hay en Madrid. Engolfados en nuestra conversacion tropezábamos, cuándo con un corro de mugeres cosiendo al sol, cuándo con un par de mozos durmiendo á la sombra; muchachos que corren; asturianos que retozan; carreteros que descargan á las puertas de las posadas; filas de mulas ensartadas una en otra y cargadas de paja que impiden la travesía; aqui una disputa de castañeras; allá una prision de rateros; por este lado un relevo de guardia; por el otro un entierro solemne....

*Favor á la justicia.—Agur, camará.—Requiem eternam.—Pué ya... ¡el demonio del usia!—Caballero, una calesa.—Vaya usté con Dios, prenda.—Chas... á un lado, la diligencia de Carabanchel.—Aceituna bué...—Señores, por el amor de Dios.—Riá... tomá... só... ó... ó... generala, coronela.—Perdone usté, caballero.—No hay de qué...*

Con estas y otras voces, la continua confusion y demas, mi primo se atolondró de modo que le perdí de vista y tardé largo rato en volverle á encontrar. Por fin pude hallarle, que estaba parado delante de la fuente nueva.

—¿Qué haces ahí parado? le pregunté con algun ceño.

—Qué he de haser, hombre; estoy recordando todo el Buffon á ver zi zaco en limpio qué animalejo ez eze que eztá ahí ensima.—Majadero, ¿no conoces que es el leon.....?—Como no lo dise el letrero..... —Vamos, vamos.

*«Parador de Cádiz.»—Aqui se sacan muelas á gusto de los parroquianos.»—«Se gisa de comer por un tanto diario todos los dias.»—«Memoria-lista, se echan cuentas en todas lenguas.»—«Aqui se venden hábitos para difuntos completos.»—«Zapatos para hombres rusos hechos en Madrid.»—«Aqui se venden sombreros para niños de paja.»*

¿Qué demonios estás diciendo?—Leo las mueztras, contestó mi primo.—Vaya, déjate de tonteras, y repara que pisas el recinto fatal en que los condenados al último suplicio...—Pazito, primo, que tengo buen humor, y no eztá nada lindo ezo de que me enzeñes la horca antes que el lugar.

Tremendos cartelones.—Teatro del Principe.—*El castillo de Staonins Coylz ó los siete Crimenes.*—Cruz.—*Los asesinos elegantes.*—Sarten.—*Horror y desesperacion*, drama melo—mimo—lóbrego.—Oyez, primo, y ze entretienen loz zeñores madrileños con estaz lindesaz?—Qué quieres, ¡el gusto del siglo...!—Pue hemoz llegao á un ziglo divertio.

Soberbia perspectiva hase eza igezia.—Como que es la principal de la corte y dedicada á su santo patrono.—



Póngaze en primer lugar en mi libro para visitarla mañana.

A este punto y hora llegábamos, cuando vimos á lo lejos una calesa con la cubierta echada atras y sentadas en ella dos manolas, con aquel aire natural que las caracteriza. Ni Tito ni Augusto al volver triunfantes á la capital del orbe pasaron mas orgullosos bajo los arcos que les eran dedicados, que nuestras dos heroínas se encaminaban al de la Plaza Mayor. Guardapiés amarillos y encarnados, ricas mantillas de sarga y terciopelo sobre los hombros, pañuelos de color de rosa al pecho, cesto de trenzas en las cabezas, y coloreadas las megillas por el vapor del vino; tal era el atavio con que venían casi echándose fuera de la calesa, y pelando unas naranjas con un desenfado singular. Aquí de la turbacion de mi provincial; parado delante de la calesa no reparaba su peligro, hasta que una de la manolas,

—Oiga, señor vision (le dijo), déjenos el paso franco.

—¿Adónde van las reinas?

—A perderle de vista.

—Si neseditazen un hombre al eztribo...

—¿Y son asi los hombres en su tierra? Jesus, ¡qué miedo!

—Y qué, ¿no me han de dar un poco de naranja?

—Tome el rocin venido.

Y le dirigieron á las narices una cáscara de vara y media; con lo cual, y aguijando el caballejo, desaparecieron en medio de la risa general. Yo hube de contener la mia por no irritar al pobre mozo, á quien no me pa-

reció habia gustado el lance; pero me propuse echarle despues un buen sermon. Entre tanto seguimos nuestro camino sin hablar palabra hasta casa, recapitulando ambos lo que habiamos visto y oido; él para aprovecharse de ello, y yo para contarlo aqui.

(Febrero de 1832.)



## LA COMEDIA CASERA.

---

“¿On sera ridicule et je n'oserai rire?”

*Boileau.*

**L**os hombres nos reimos siempre de lo pasado; el niño jugueteo se burla del tierno rapaz sujeto en la cuna; el joven ardiente y apasionado recuerda con risa los juegos de su niñez; el hombre formal mira con frialdad los ardores de la juventud, y el viejo, mas próximo ya al estado infantil, sonrie desdeñosamente á los juegos bulluciosos, á las fuertes pasiones, y al amor de los honores y riquezas que á él le ocuparan en las distintas estaciones de la vida. A su vez las demas edades rien de los viejos... con que queda justificado el dicho de que *la mitad del mundo se rie siempre de la otra mitad.*

—¿Y á qué viene una introduccion tan pomposa, que al oirla nadie dudaria que iba usted á improvisar una disertacion filosófica á la manera de Demócrito?—

Tal le decia yo á mi vecino, *don Plácido Cascabelillo*, cierta mañana entre nueve y diez, mientras colocábamos pausadamente en el estómago sendos bollos de los PP. de Jesus, hondamente reblandecidos con un rico chocolate de Torroba.

—Dígolo, me contestó el vecino con una sonrisa (y aqui se precipitó á alcanzar con los labios una casi deshecha sopa que desde la mano, por un efecto de su gravedad queria volver á la jicara), dígolo por la escena que acabo de tener con mi sobrino.—¿Y se puede saber cuál es la escena?—Oígala usted.

—Este joven, á quien usted conoce por sus finos modales, nobles sentimientos, y por la fogosidad propia de sus 22 años, tiene al teatro una aficion que me da que temer algunas veces, aunque por otro lado no dejo de admirar su extraordinaria habilidad; asi que, siempre que le sorprendo en su cuarto representando solo, y despues de haberle escuchado un rato con admiracion, no dejo de entrar con muy mal gesto á distraerle y aun regañarle.

Dias pasados me manifestó que una reunion de amigos habian determinado ejecutar en este Carnaval una comedia casera, y al principio me opuse á su entrada en ella; pero acordándome luego que yo habia hecho lo mismo á su edad, hube de ceder, convencido de las cualidades que adornaban á todos los de la reunion, de la



inocencia del objeto, y de la inutilidad de resistir á los esfuerzos de mi sobrino. La sociedad recibió con entusiasmo mi condescendencia, y queriendo dar una prueba plena de su agradecimiento, resolvió *némine discrepante* (ríase usted un poco, amigo mio), nombrarme su presidente.

—Aquí prorumpimos ambos en una carcajada, y echando un pequeño sorbo para dejar el jicaron á la mitad, continuamos nuestros bollos, y prosiguió.

—Ya usted conoce que hubiera sido descortesía corresponder con una negativa á tan solemne honor. Muy lejos de ello, oficié á la junta dándola las gracias por su distincion, y admitiendo el sillón presidencial. Aquella misma noche se citó para la toma de posesion, y la verifiqué en medio de la alegría de ambos lados, cubiertos de socios *actores*, socios *contribuyentes*, y socios *agregados*.

El que hacia de secretario de la junta me leyó un reglamento en que se disponia la division en comisiones. Comision *de buscar casa*, comision *de decoraciones*, comision *de candilejas*, comision *de copiar papeles*, comision *de trages*, y comision *de permiso para la representacion*. De esta quedé yo encargado, y presidente nato de las demás.

El contarle á usted, amigo mio, las profundas discusiones, los acalorados debates, las distintas proposiciones, indicaciones, adiciones y resoluciones que han ido eslabonándose en las posteriores juntas, seria nunca acabar. Baste, pues, decirle, que encontramos en la calle

de... una casa con sala bastante capaz (despues de tirar tres tabiques y construirlos mas apartados), de un aspecto bastante decente (despues de blanqueada y pintada), y con los enseres necesarios (que se alquilaron y colocaron donde convino). Asi que, resuelto este problema y el del permiso favorablemente, los demas fueron ya de mas facil resolucion, ó quedaron subordinados á la importante discusion, acerca de la eleccion de pieza que se habia de representar.

Diez y siete se tuvieron presentes. Oigalas usted (dijo esto sacando un papelejo de su escritorio). El *Otelo*, las *Minas de Polonia*, *Pelayo*, la *Pata de Cabra*, la *Cabeza de Bronce*, el *Viejo y la niña*, el *Rico-hombre de Alcalá*, el *Español y la Francesa*, el *Jugador de los treinta años*, el *Médico á palos*, el *Tasso*, el *Delincuente honrado*, *A Madrid me vuelvo*, *Garcia del Castañar*, la *Misanthropia*, *Sancho Ortiz de las Roelas*, y el *Café*. Ya usted ve que en nuestra junta no preside exclusivamente el género clásico ni el romántico.

Las dificultades que á todas se ofrecian eran importantes. En una habia tres decoraciones, y los bastidores no se habian pintado mas que por dos lados, por la sencilla razon de que no tenian mas; tal necesitaba dos viejas, y ninguna de la comparsa, aun las de 58 años, se creian adecuadas para semejantes papeles; cuál llamaba á una niña de 18 años, y una de 40, rotundamente embarazada, se empeñaba en ejecutar aquel papel. En una salia un rey, y el designado para este papel era bajo; en otra tenia el gracioso demasiado papel y poca memoria;



todos querian ser primeros galanes ; los que se avenian á los segundos apenas sabian hablar ; se cuidaba por los maridos que el oficial N. no hiciera de galan enamorado ; los amantes no consentian que sus queridas salieran de criadas ; los galanes y las damas (porque á esta junta fueron admitidas), los barbas, las partes de por medio, y las personas *que no hablan*, todos hablaban allí por los codos y á la vez, de modo que yo, presidente, vi varias veces desconocida mi autoridad. Por último, despues de largo rato pudo restablecerse el orden, y á instancias de mi sobrino se resolvió y adoptó generalmente la comedia de *El Rico-hombre de Alcalá*, no sin grandes protestas y malignas demostraciones de un joven andaluz, á quien para desagraviarle se encargó el papel del rey don Pedro.

Terminado asi este importante punto, pasamos á vencer otras dificultades, como tablado, decoraciones, orquesta, bancos, mozos de servicio, arreglo de entradas, salidas, billetes, señas, contraseñas, y demas del caso; y no tengo necesidad de decir á usted que en estos veinte y cinco dias se han renovado veinte y cinco veces en nuestra sala de juntas las escenas del campo de Agramante.

Por último, la suscripcion se realizó, el arreglo del teatro tambien; los actores y actrices aprendieron sus papeles y se empezaron los ensayos. En ellos fue, amigo mio, cuando saqué yo el escote de mi diversion. Porque habia usted de ver allí las intriguillas, los chistes, los lances verdaderamente cómicos que sin cesar se sucedian. Quién formaba coalicion con el apuntador para que apun-

tase á un desmemoriado en voz casi imperceptible; quién reñía con su querida porque en cierta escena habia permanecido dos minutos mas con su mano entre las de primer galan; cuál tomaba entre ojos á alguno porque le desairaba con sus grandes voces.

*Despacio, señores.—Mas alto.—Conde, que le está á usted manchando esa vela.—Doña Antonia, que la llama á usted el rey don Pedro.—Esos brazos, que se meneen.—Usted sale por aquí y se vuelve por allá.—Doña Leonor, don Enrique, doña Maria, aquí mucho fuego.—Eso no vale nada.*

Por este estilo puede usted figurarse lo demas; pero todo ello ha pasado entre la risa y la algazara, á no ser cierta competencia amorosa á que da lugar una de las actrices entre mi sobrino y el andaluz que hace de rey. Varias veces hemos temido un choque, pero por fin salimos con bien de los ensayos; en su consecuencia se ha señalado esta noche para la primera representacion, y tengo el honor, como presidente, de ofrecer á usted un billete.

Acepté gustoso el convite y llegada la noche, y habiéndome incorporado con don Plácido nos metimos en un simon, que á efecto de conducir al presidente y actores habia tomado la compañía, y llegamos en tres cuartos de hora á la casa de la comedia. El refuerzo de un farol mas en el portal nos advirtió de la solemnidad, y subiendo á la sala la encontramos ya ocupada tan económicamente, que no podiamos pasar por entre las filas de bancos. Por fin, atravesamos la calle real que corria en medio de la sala,



formando division en la concurrencia, y fuimonos á colocar en la primera fila. Por de pronto tuvimos que hacerlo de modo que al sentarnos no viniesen abajo los dos que se hallaban á las estremidades del banco, aunque el del lado de la pared no quedó agradecido al refuerzo.

Los *socios* corrian aqui y allá colocando á sus favoritas, haciendo que todo el mundo se quitase el sombrero, hablando con los músicos y con los acomodadores, entrando y saliendo del tablado, comunicando noticias de la proximidad del espectáculo, y cuidando en fin de que todos estuviesen atentos.

Los concurrentes por su parte cada cual se hallaba ocupado en reconocer los puestos circunvecinos, alargar el pescuezo por encima de un peine, enfilar la vista entre dos cabezas, limpiar el anteojo, sonreirse, corresponder con una inclinacion á un movimiento de abanico, y entablar en fin aquellos diálogos generales en tales ocasiones. Entre tanto los violines templaban, el bajo sonaba sus bordones, el apuntador sacaba su cabeza por el agujero, los músicos se colocaban en sus puestos, y con esto, y un prolongado silbido, todo el mundo se sentó, menos el telon, que se levantó en aquel instante.

—¿No me escuchas?

—¡Qué molesta

y qué cansada muger!

—Siempre que te viene á ver

debe de subir por cuesta.»

Ya pueden figurarse los lectores que así empezaron á representar ; pero tres minutos antes que los dijeran ya repetía yo estos versos solo de escucharlos al apuntador. Así fue repitiendo , y así nosotros escuchando , de suerte que oíamos la comedia con ecos.

Los actores eran de una desigualdad chocante. Cuando el uno acababa de decir su parte con una asombrosa rapidez , entraba otro á contestarle con una calma singular ; uno muy bajito era galán de una dama altísima, que me hacía temblar por las bambalinas cada vez que parecía en la escena ; cuál entraba resbalándose de lado por los bastidores ; cuál salía atropellando cuanto encontraba y estremeciendo el tablado ; solo en una cosa se parecían todos , es á saber : los galanes en el manejo de los guantes , y las damas en el *inevitable* pañuelo de la mano.

En fin , así seguimos aplaudiendo constantemente durante el primer acto todos los finales de las relaciones , que regularmente solían ir acompañados de una gran patada , pero subió á su colmo nuestro entusiasmo durante la escena entre el *Rico-hombre* y el *buen Aguilera*. Tengo dicho me parece que el sobrino del presidente , que hacía de *Rico-hombre* , estaba picado de celos con el que hacía de rey , así que cargaron á maravilla los desprecios y la arrogancia , con lo cual lució mas aquella escena.

El entreacto no ofreció cosa particular , á no ser una ocurrencia de que me hubiera reído á mi sabor si hubi era estado solo ; y fue , que un oficial que sentaba



detras de mí, dijo muy naturalmente á uno que estaba á su lado, que la dama era la única que lo desgraciaba.

—Se conoce que lo entiende usted muy poco, caballero, porque esa dama es mi hija.

—Entonces siento infinito haber creído que su hija de usted lo echa á perder.

—Diga usted que el galan no la ayuda.

—¿Cómo que no la ayuda mi sobrino? (gritó una voz aguda de cierta vieja de siglo y medio, que estaba á mi derecha).

—Señores (saltamos todos) no hay que incomodarse ni tomarlo por donde quema; todos se ayudan reciprocamente, y la comedia *la sacan* que no hay mas que ver.

Por fin volvió á sonar el silbato: giramos todos sobre nuestros pies, y quedamos sentados unos de frente y otros de perfil, segun la mayor ó menor estension del terreno.

Todo el mundo deseaba la escena de la humillacion de don Tello á la presencia del rey, menos mi vecino el presidente. En fin, llegó aquella escena, y don Pedro, vengándose de lo sufrido por el buen Aguilera, trató al Rico-hombre con una altivez sin igual: por último, al decir los dos versos

«á cuenta de este castigo

tomad estas cabezadas,»

se revistió tan bien de su papel y de un sublime entusiasmo, que aunque los bastidores no eran muy dobles, no hubieron de parecer muy sencillos al sobrino, segun el

gesto que presentó. Los aplausos de un lado, las risas generales por otro, y mas que todo, el aire triunfal de don Pedro, enfurecieron al sobrino don Tello, en términos que desapareciendo de su imaginacion toda idea de ficcion escénica, arremetió con don Pedro á bofetones; éste, viéndose bruscamente atacado, quiso tirar de su espada, pero por desgracia no tenia hoja y no pudo salir. Los músicos alborotados saltaron al tablado, el apuntador desapareció con su covacha, la ronda se metió entre los combatientes, y la consternacion se hizo general. Entre tanto doña Leonor, la Elena de esta nueva Troya, cayó desmayada en el suelo con un estrépito formidable, mientras don Enrique de Trastamara corria por un vaso de agua y vinagre. Todo eran voces, confusion y desorden, y nadie se tenia por dichoso si no lograba derribar una candileja ó mudar una decoracion. El tablado en tanto, sobrecargado con cincuenta ó sesenta personas, sufría con pena tan inaudita comparsa, y mientras se pedían y daban las satisfacciones consiguientes se inclinó por la izquierda, y desplomándose con un estruendo horroroso, bajaron rodando todos los interlocutores, y se encontraron nivelados con la concurrencia. Esta, que por su parte ya habia tomado su determinacion, ganó por asalto la puerta y la escalera, adonde hallé al presidente haciendo vanos esfuerzos para evitar la retirada, y asegurando que *todo se habia acabado ya*; y así era la verdad, porque aqui se acabó todo.

(Marzo de 1832.)



## LAS VISITAS DE DIAS.

—♦♦♦—  
"On s'embrasse on s'etuffe à force de tendresse,  
et tout bas on medit qu'on caresse."

*Picard.*

**E**ntre las varias modificaciones que con el tiempo ha recibido la antiquísima y loable costumbre de felicitar á los amigos el dia de su nacimiento, una es la de trasladarse al del santo de su nombre; y desde entonces fue mas importante el calendario, asi como resultaron mas clásicos que los demas algunos dias del año. Cuando se aproximan v. gr. el 1.º de enero, el 19 de marzo, el 24 de junio, el 16 de julio, el 8 de setiembre, el 8 de diciembre, ¡qué movimiento, qué vida en los talleres de sastres y modistas! ¡qué actividad en las fondas y con-

fiterias! ¡qué cálculos entre los proveedores de comestibles! Amanece el día feliz, y desde muy de mañana los mercados presentan el mas lisonjero aspecto; triples órdenes de ternerillos, salmones, perdices y demas familia que sustentan los tres elementos para ponerlos á disposicion del cuarto. ¡Qué día para los mayordomos! ni la bolsa de Lóndres ofreee mas animacion, mas combinaciones que las que presenta á primera hora de tales dias la plazuela de San Miguel. Los compradores de las fondas y casas grandes dan el precio de los víveres y los hacen pasar á sus oficiales; siguen su movimiento los criados asturianos y demas especuladores subalternos, y las criadas vizcainas y alcarreñas acuden despues á espigar el resto; todos se retiran cargados, y en menos de dos horas desaparecen de aquel recinto algunos quintales de peso. Empieza despues el movimiento rápido de barberos que aquel día tienen que asistir á todos sus parroquianos á la misma hora; luego los peluqueros de antaño y los de ogaño; los sastres de allende y de aquende y las modistas se cruzan con los mozos de las confiterias, que sostienen en sus manos sendas fuentes con castillos de dulce, templetes, navíos, estátuas y obeliscos...

Hay varios modos de dar los dias; el mejor sin duda es el que va acompañado de alguno de aquellos apéndices; pero aqui no se trata del mejor; solo sí se quisiera trazar el mas elegante.

Las ocho, «el barbero;» las nueve, «el peluquero;» las diez, «el sastre...» el sastre no parece... ¡maldito sas-



tre...! las once, ya está aquí; —á ver, probemos... nada, no vale nada, llévesele usted, maestro...; las doce, «señor, la berlina de la calle del Baño...» vamos allá.

La primera hora está dedicada á aquellas visitas de amigos de confianza, adonde puede uno ir *de mañanita* antes de las dos de la tarde.—«¿Adónde, señor?»—A la calle de Atocha, número ... , casa de don Sinforiano Calabaza.—El lacayo, repitiendo la orden al cochero, cerró de un golpe la portezuela y echamos á andar.

A este punto y hora saqué mi cartera y empecé á recapitular... una, dos, seis, ocho, doce, diez y siete visitas... no es nada... En seguida me puse á contemplar las targetas hechas *exprofeso* para aquel día. Grandes habian sido mis cavilaciones para hacer estas targetas; la elegante variedad de la moda las hace mudar tan rápidamente de forma, que apenas hay medio de seguirla... luego, como yo no podia adornarlas con una corona ducal, ni con un capacete, ni con una orden militar, como hacen otros, no sabia cómo disponerlas de modo que diesen golpe. Primero tuve tentaciones de hacerlas estampar en un pie cuadrado de cartulina, y el nombre cruzado en una de las puntas en letra muy menuda; pero me hice el cargo de que ya no era nuevo. Luego quise poner las letras al revés, pero eché de ver que las volverian y quedarian al derecho. Letras góticas, alemanas, tártaras, hebreas, chinas, sirias y egipcias; todas sufrieron mi inspeccion, hasta que por último me decidí, *para mayor claridad*, por unas griegas del siglo de Pericles, y las hice estampar en cartulinas oc-

tógonas y sobre un ramage oscuro; de manera que conseguí que no se entendiera lo que decían. Muy satisfecho de mi invención, me felicitaba de antemano por la sorpresa que iban á causar, y apartaba para las respectivas easas las doradas, las plateadas, las azules, las encarnadas, y las de tinta simpática.

En esto llegué á casa de D. Sinforiano, y al ir á entrar me hicieron saber que él se habia marchado huyendo los cumplidos, «pero pase usted á la sala, que ahí estan las señoras...» Las señoras no estaban, y antes que se presentasen ya habia yo tenido un buen rato para mirar los cuadros, atusarme el pelo, remover el brasero y leer el diario. Apareció en fin la mamá á medio peinar, y por mitad vestida, cubriéndose con una gran capa y dándome excusas de no haber salido antes. Yo se la di igualmente de no haber entrado despues; hasta que conociendo por su impaciencia la mala obra que estaba haciendo, tomé el partido de retirarme. Primera visita.

Llegué á la segunda casa á eso de la una, y á tiempo que entre las personas de confianza estaban ensayando en una ária coreada que habia de cantar la niña á la noche. Mi aparicion en la sala turbó á la amable cantatriz, en términos que no hubo forma de hacerla seguir mientras yo estuviese allí; con que me marché. Segunda visita.

A la otra ya me lisonjeaba de encontrar mejor acogida y no caer tan de improviso y extemporáneo; pero salió un lacayo á decirme que las señoras *no recibían*,



siendo así que por las risas y el bullicio que yo oía en las piezas inmediatas no pude menos de conocer *que habian recibido.*

Gracias á Dios á la otra me hallé ya con la sociedad mas en regla, y desde la antesala oí la animacion de la concurrencia. Entré en la sala; cortesias al frente, á derecha é izquierda. Callaron todos y callé yo; me miraron y les miré; se sentaron y me senté; por último, despues de un rato de indecision...

—¿Usted ha visto qué tiempo, señor don Fulano? (saltó una vieja que ocupaba el flanco derecho del sofá.)

«Ya, ya está bueno;»—y sobre esto nos apresuramos todos á dar nuestro parecer, amenizando cada cual la conversacion con sus observaciones particulares, hasta que al cabo de un cuarto de hora se agotó la materia, y cuando empezaba á decaer entraron otras señoras. Pasados los cumplidos y besos de ordenanza,—«¿Ha visto usted qué tiempo, mi señora doña Maria?»—dijo la mas vieja, y volvió á renovar la pasada disertacion; llegó ésta á su ordinaria frialdad, y ya iba habiendo pausas de diez minutos, cuando unas señoras se levantaron para marcharse; respondieron otras á esta señal, y luego otras y otros, y nos marchamos todos, despues de habernos convencido cordialmente de que *hacia mal tiempo.* Otra visita.

La siguiente era de una Pepita, bella como un ángel y elegante como la que mas. Hervía la sala en jóvenes primorosos, oficiales y paisanos. Pepita, vestida

muy sencillamente, aparentaba no ser el objeto de la reunion, mientras su mamá, su abuela, su tía y hermanitas, ofuscaban con sus ricos trages y elegantes peinados. Variado absolutamente el aspecto de estos, y habiendo sustituido toda la riqueza del orden corintio á la sencillez dórica, apenas pude reconocer al pronto á ninguna de las personas de la casa, á quien veia casi diariamente; reíanse de mis escesivos cumplimientos, y me hablaban con mucha franqueza agitando los abanicos, hasta que en fin ¡pobre de mí! acerté á distinguir las *inveteradas* facciones entre aquellos encajes y pedrerías... Allí la conversacion fue mas alegre, mas sustancial... se habló de la ópera; ¡oh qué cosas tan *virtuosamente diletantis* se dijeron por aquellos señores! ¡qué de reputaciones teatrales fueron á pique! ¡qué de otras subieron á las nubes...! Por último, convinimos todos en que *ahora no hay ópera*, con lo cual salimos tan satisfechos unos de otros.

Desde aqui me dejé caer en una casa á la antigua, cuyo amo, gefe de una oficina principal, dió punto á sus progresos en el año de 1806 en que subió á su destino, y desde entonces para él el siglo ha permanecido estacionario. En vano sus hijos y nietos le impelen á marchar en él; fijo en sus antiguos usos, solo les opone una desdenosa compasion. Entré en la sala, y me le encontré sentado en medio de su familia, con su vestido serio de rico paño, peluca nueva y pechera de encaje. Vino á abrazarme cuando me vió, y me presentó á los suyos con una franqueza y amabilidad sin igual. Componiase la reunion



de antiguos empleados, abogados y comerciantes, varias señoras respetables y algun otro joven, hijo de estos ó meritorio de la oficina, que se ocupaban mas que ligeramente de la posteridad del señor don José, y á juzgar por las tiernas miradas de las nietecitas, me persuadí que acaso muy pronto le harian subir *legalmente* una casilla mas arriba en su árbol genealógico.

La conversacion era animada, alegre y vária, y distraido con ella se me pasó el tiempo, hasta que oyendo las tres, se levantó don José para rogarme que me quedara á comer: neguéme absolutamente á ello, pero no pude escusarme al convite del refresco por la tarde, ni á una entrada de Jerez y bollo maimon que circuló entre los asistentes, y de la cual me se hizo doble participante. Alegre y satisfecho dejé esta amable reunion despues de desear muy *felices dias* al amo de la casa, *en compañía de señora y niñas*, repetir á estas la misma cancion, dar la mano á todos los concurrentes, y retirarme, procurando olvidar las cortesias y las medias palabras.

De aqui datan las visitas de alto tono, las que despaché en un instante; en unas hacia desde el coche subir la targeta con la apostilla *en persona*. En otras me sentaba en una lista preparada por el portero; en otras entraba, hacia tres cortesias, me sentaba, me levantaba, hacia seis inclinaciones y me retiraba. En algunas terciaba un momento en la conversacion general, que era siempre sobre los dos puntos consabidos, tiempo y ópera. Deseando darla pávulo tomaba en unas la defensiva de lo mismo que habia atacado en la anterior, y á lo mejor me

:

encontraba con que el lejano interlocutor con quien cruzaba mi disputa era uno que en la visita última me sostuvo lo contrario. ¡Qué de contradicciones, qué de repeticiones, qué de invenciones oí á todos sobre lo mismo que habian dicho á mi vista! ¡Qué de críticas de las casas anteriores! ¡qué glosas sobre los trages, los dichos, los hechos y los pensamientos! Estando en esto, solia entrar uno de los actores del cuadro en cuestion, y todos callaban; salia poco despues, y alli era ella... ¡qué complots...! ¡qué sátiras...! ¡qué mala fé...! ¡Cielos! ¿y es esta nuestra sociedad....?

Conociendo en fin por las miradas, las sonrisas y los secretitos al oido, que me habia tocado la suerte de quedar en berlina, corrí á meterme en la mia, abandonando un campo donde el mas atrevido y el mas hablador es el que luce á costa del hombre prudente y moderado.

En este punto dieron las cuatro, y me trasladé á la última casa, adonde estaba convidado á comer. Llegué á ella cuando se iban reuniendo los convidados, lo cual no tardó en verificarse del todo. Ibame yo poniendo al corriente de los distintos caractéres que formaban la reunion, cuando anunciaron la sopa. Pasamos al comedor y... pero la comida ya pica en historia, y merece por si capítulo aparte.

(Marzo de 1832.)



## LAS COSTUMBRES DE MADRID.

*Dificile est propriè comunia dicere.*

Horat.

“Este que llama el vulgo estilo llano  
envuelve tantas fuerzas, que quien osa  
tal vez acometerle, suda en vano.”

*Lupercio de Argenzola.*

**G**rave y delicada carga es la de un escritor que se propone atacar en sus discursos los ridículos de la sociedad en que vive. Si no está dotado de un genio observador, de una imaginación viva, de una sutil penetración; si no reúne á estas dotes un gracejo natural, estilo fácil, erudición amena, y sobre todo un estudio continuo del mundo y del país en que vive, en vano se esforzará á interesar á sus lectores; sus cuadros quedarán arrinconados cual aquellos retratos que, por muy estudiados que estén, no alcanzan la ventaja de parecerse al original.

El transcurso del tiempo y los notables sucesos que han mediado desde los últimos años del siglo anterior, han dado á las costumbres de los pueblos nuevas direcciones, derivadas de las grandes pasiones é intereses que pusieran en lucha las circunstancias. Asi que un frances actual, se parece muy poco á otro de la corte de Luis XV, y en todas las naciones se observa la misma proporcion.

Los españoles, aunque mas afectos en general á los antiguos usos, no hemos podido menos de participar de esta metamórfosis, que se hace sentir tanto mas en la corte por la facilidad de las comunicaciones y el trato con los estrangeros. Añádanse á éstas causas las invasiones repetidas dos veces en este siglo, la mayor frecuencia de los viages esteriore, el conocimiento muy generalizado de la lengua y la literatura francesas, el entusiasmo por sus modas, y mas que todo la falta de una educación sólidamente española, y se conocerá la necesidad de que nuestras costumbres hayan tomado un caracter galohispano, peculiar del siglo actual, y que no han trazado ni pudieron prever los rígidos moralistas, ó los festivos críticos que describieron á España en los siglos anteriores. Es á la verdad muy cierto que en medio de esta confusion de ideas, y al través de tal estravagancia de usos, han quedado aun (principalmente en algunas provincias) muchos característicos de la nacion, si bien todos en general reciben paulatinamente cierta modificacion que tiende á desfigurarlos.

Los franceses, los ingleses, alemanes y demas estran-



geros, han intentado describir moralmente la España; pero ó bien se han creado un pais ideal de romanticismo y quijotismo, ó bien desentendiéndose del transcurso del tiempo la han descrito no como es, sino como pudo ser en tiempo de los Felipes... Y es asi como en muchas obras publicadas en el extranjero de algunos años á esta parte con los pomposos titulos de *La España, Madrid ó las costumbres españolas, El Español, Viage á España, &c. &c.*, se ha presentado á los jóvenes de Madrid enamorando con la guitarra; á las mugeres asesinando por celos á sus amantes; á las señoritas bailando el bole-ro; al trabajador descansando *de no hacer nada*; asi es como se ha hecho de un sereno un héroe de novela; de un saltador de caminos un Gil Blas; de una manola de Lavapies una amazona; de este modo se ha embellecido la plazuela de Afligidos, la venta del Espíritu Santo, los barberos, el coche de colleras, y los romances de los ciegos, dándoles un aire á la Walter Scott, al mismo tiempo que se deprimen nuestros mas notables monumentos, las obras mas estimadas del arte; y asi en fin los mas sagrados deberes, la religiosidad, el valor, la amistad, la franqueza, el amor constante, han sido puestos en ridiculo y presentados como obstinacion, preocupaciones, necesidad y pobreza de espíritu.

Pero ¿qué ha de suceder? Viene á España un extranjero (y principalmente uno de nuestros vecinos traspi-renáicos), y durante los cuatro dias del camino de Bayona á Madrid no cesa de clamar con sus compañeros de diligencia contra los usos y costumbres de la nacion que

aun no conoce; apéase en una fonda estrangera, donde se reune con otros compatriotas que se ocupan esclusivamente de la alza ó baja de los fondos en Paris ó de las discusiones de las cámaras; visita á todos sus paisanos, atiende con ellos á sus especulaciones mercantiles, y sigue en un todo sus pátrios usos.

Levántase, por ejemplo, al siguiente dia, y despues de desayunarse con cuarenta y ocho columnas de diarios llegados por la mala, se dirige por el mas corto camino á casa de *Mr. Monier* á tomar un baño; luego á almorzar *chez Genieys*; despues al salon de *Petibon*, ó al obrador de *Rouget*; desde allí á la embajada, y saliendo á las tres—«¡*Peste de pais!* no hay nadie en las calles.»—Con lo cual se baja al Prado, donde no deja de hallar á aquella hora á algun ciego que baila los monos delante de los muchachos, otro que enseña el tutili—mondi al son del tambor, ó un calesin que va á los toros con dos manolas gallardamente escoltadas por un picador y un chulo.—«Vamos á los toros...»—gritós, silbidos, espresiones obscenas...—«¡*Oh le vilain pais!*»—Embiste el toro, cae el picador, derriba á los chulos, estropea el caballo; saca su libro de memoria y anota—«*En la corrida de toros murieron siete hombres, y el público reia grandemente.*»—Sale de allí y baja al Prado al anochecer; hay mucha gente, pero ya no se ve.—«*Las jóvenes personas* (anota) *van al Prado tan tapadas que no se las ve.*»—Súbese por la calle de la Reina, come en *Genieys*, donde el Champagne y el Bordeaux le entretienen tanto que llega al teatro cuando se ha empezado el sainete: «*Las*



*pequeñas piezas en España son pitoyables.*»— No le parece tanto otra *pieza* que se distingue en la primer fila de la cazuela ; espérala á su descenso , y viéndola cabalmente sin compañía se ofrece caballerescamente á hacérsela; acepta ella como era de esperar, y desde el momento le habla con la mayor marcialidad :—«*Las mugeres en España son estremadamente amables*,»— dice, sin meterse á averiguar mas respecto á su compañera. Luego va á una *soirée* , donde al instante todos empiezan bien ó mal á hablarle en frances , y para diferenciar le invitan á jugar al *ecarté* ó á bailar la *galope* , con lo cual vase luego á su casa y emplea el resto de la noche en estender sus memorias sobre las costumbres españolas , y pintar los románticos amores de don *Gomez* con donna *Matilda* , ó donna *Paquita* con don *Fernandez*. Pasan asi quince dias , vuelve rápidamente á Bayona , y á poco tiempo: «*Tableau moral et politique de l'Espagne, par un observateur* ;»—y pillando un trozo de Lesage , no duda en adoptar por epigrafe el: «*Suivez moi, je vous ferai connoître Madrid.*» Y por cierto que el Madrid que ellos pintan no le conoceria Lesage ni el autor del Manual.

No pudiendo permanecer tranquilo espectador de tanta falsedad , y deseando ensayar un género que en otros paises han ennoblecido las elegantes plumas de los Adisson , los Jouy y otros , me propuse , aunque *siguiendo de lejos* aquellos modelos y *adorando sus huellas* , presentar al público español artículos que ofrezcan escenas de costumbres propias de nuestra nacion , y mas particularmente de Madrid , que como corte y cen-

tro de ella es el foco en que se reunen las de las lejanas provincias. No dejó de conocer, que los respetables nombres que acabo de escribir, y las cualidades que senté al principio de este discurso, y que reconozco indispensables para llenar con perfeccion esta tarea, son otros tantos cargos contra mí, y que acriminan la presuncion de mi intento; pero por otro lado, sea que nuestro gusto no esté tan refinado, ni exija tanta perfeccion como en aquellos paises, sea que marche por un campo virgen, donde á poco esfuerzo pueden recogerse flores y matizar con ellas mis descoloridos cuadros, sea, en fin, fortuna mia, he conseguido hasta ahora que el público que ha reido con la *Comedia casera*, la *Calle de Toledo*, el *Retrato* y las *Visitas*, se haya mostrado juez indulgente con quien le divierte á su costa.

Mi intento es merecer su benevolencia, si no por la brillantez de las imágenes, al menos por la verdad de ellas; si no por la ostentacion de una pedantesca ciencia, por el interes de una narracion sencilla; y finalmente, si no por el punzante aguijon de la sátira, por el festivo language de la critica. Las costumbres de la que en el idioma moderno se llama *buena sociedad*, las de la medianía, y las del comun del pueblo, tendrán alternativamente lugar en estos cuadros, donde ya figurará un drama lloron, ya un alegre sainete. Empero nadie podrá quejarse de ser el objeto directo de mis discursos, pues deben tener entendido que cuando pinto, no retrato.

Esto supuesto, y entre tanto que otros artículos pre-



paro, saldrán á lucir sin formalidad ni cumplimiento, *Los cómicos en cuaresma, La empleomania, El día 30 del mes, El patio del correo, El pleito, La sala y la cocina, El teatro, La comida de campo, La vuelta de Paris,* y otros muchos ya borrágeados, ya *in pectore* donde vayan encontrando su respectivo lugar todas las virtudes, todos los vicios, y todos los ridículos que forman en el día nuestra sociedad; donde los usos generales, los dichos familiares, caractericen el pueblo actual, llevando en su veracidad la fecha del escrito, y donde al mismo tiempo que se ataque al ridículo, se vengue al caracter nacional de los desmedidos insultos, de las extravagantes caricaturas en que le han presentado sus antagonistas. ¡Ojalá que guiado por una luz diáfana aגיעte á llenar mi propósito, y ojalá que el público al leer estos artículos diga con Terencio: «*Sic nunc sunt mores.*»— «¡Tales son nuestras actuales costumbres!»

(Abril de 1832.)





## LOS CÓMICOS EN GUARESMA.

«Y con todo esto, son necesarios en la pública, como lo son las florestas, las alamedas y las vistas de recreacion, y como lo son las cosas que honestamente recrean.»

*Cervantes. Lic. Vidriera.*

«Amigo mio: hallándome comprometido á quedarme en el presente año con el teatro de esta ciudad, y conociendo la aficion de usted á estas cosas, le ruego y espero de su amistad se sirva proporcionarnos una buena compañía, pues en esa, donde se hallan actualmente la mayor parte de los actores, será cosa facil, y mas para usted. No me estiendo á mas, porque usted comprende mi idea, y solo me limitaré á manifestarle que el tiempo urge, y que no da ya lugar para una negativa. A dios, amigo mio.»

Tal, punto por coma, fue la epistola con que los dias pasados se me insinuó mi corresponsal de..., poniendo-

me con su contenido en uno de los apuros mayores en que me ví en la vida ; porque si bien es cierta mi afición al teatro , tambien lo es que nunca ha pasado mas allá de la orquesta , y que para mí sus interioridades son tan desconocidas como las islas del polo. Pero en fin , despues de haber cavilado tres cuartos de hora con la carta en la mano , hirió mi imaginativa el feliz recuerdo de *don Pascual Bailon Corredera* , el hombre mas á propósito de este mundo para sacarme del empeño. Porque este don Pascual es un hombre de vara y tercia , que entra , sale y bulle por todas partes , y tan pronto se le halla en la antecámara de un ministro , como en los bastidores de un teatro ; ya paseando en landó con una duquesa , ya sentado en una tienda de la calle de Postas ; ora disponiendo una comida de campo , ora acompañando á un entierro ; ó disputando en una libreria , ó pidiendo para los pobres del barrio á la puerta de una iglesia.

Este era el hombre en fin que yo necesitaba , y sin perder momento corrí á avistarme con él : halléle componiendo su itinerario del dia (del que en gracia de la brevedad hago gracia á mis lectores) ; mas luego que le hube enterado de mi negocio , varió de plan , aceptó mi encargo , y convenidos en un todo echamos á andar para desempeñarle. Don Pascual , sin manifestarme adonde me conducia , me persuadió de que al momento encontraríamos gente conocida entre los venidos de las provincias , y que de un golpe nos pondrian en el justo medio de nuestra negociacion.



—«Porque ya sabe usted, añadió, que durante la Cuaresma, en que se cierran todos los teatros, hasta el domingo de Pascua, en que empieza el nuevo *año cómico* bajan á Madrid los *autores ó formadores* de las compañías, los cómicos y acompañamiento, y realizados aqui los ajustes salen para los puntos respectivos. Para formar una compañía por lo regular el empresario, que suele ser un actor antiguo ó un individuo unido al teatro por lazos de consanguinidad, reúne las *partes* que le convienen, y sin mas adelanto que el preciso para gastos del viaje y algunos dias de asistencia á toda la compañía, cobra despues durante las funciones de todo el año el 25 por 100 ó mas del capital adelantado; y para hacer el reparto del producto de aquellas con proporcion, se figura á cada individuo lo que se llama *partido*; v. gr. A, primer galan, entra con partido de 40 rs.; B con 30; y C con 20: siendo la entrada 225 rs. tocará al primero 100 rs., al segundo 75, y 50 al tercero, á razon de *dos partes y media*; pero como el producto en las provincias es corto, por muchas causas, apenas llegan á cobrar mas de *media parte ó un cuarteron* del partido; asi que no es de estrañar la miseria en que generalmente se ven los cómicos *de la legua*, y aun los de las primeras capitales de provincia. Solo en Madrid, Barcelona y alguna otra ciudad pueden subsistir con decoro y dárselo tambien á la escena; las demas son compañías de *pipirijaña*, como ellos dicen.

—«¿Y hacen ellos esa distincion?»

—Esa y otras muchas, aunque ya con el transcurso

del tiempo van olvidándose; pero si quiere usted enterarse por menor de ello, lea usted al famoso Agustín de Rojas, quien en su *Viaje entretenido* nos dejó una graciosísima esplicacion de las ocho maneras de comparsas y representantes, á saber: *Bululú*, *Ñaque*, *Gangarilla*, *Cambaico*, *Garnacha*, *Bogiganga*, *Farándula* y *Compañía*. Léala usted, pues, que es rato divertido.

—«Pero ahora no subsisten ya esas distinciones.»

—Sin embargo, con poca diferencia la cosa en el fondo es la misma; no es esto decir que en el día vayan forrados de carteles como el famoso Melchor Zapata del *Gil Blas*, pero también es la verdad que suelen andar sin forro de ninguna clase; y aun empeñado el año siguiente para comer el actual. En fin, ya llegamos al punto céntrico, y lo que en él vamos á ver suplirá mis esplicaciones.

—Al decir esto hicimos alto en la embocadura de la calle ancha de Peligros, y enfilamos por medio la espaciosa puerta del parador de Zaragoza y Barcelona, que segun mi amigo es desde tiempo inmemorial el central depósito de toda gente de teatro advenediza; atravesamos el zaguan, subimos la escalera, y siguiendo lo largo de los corredores se nos ofreció á la vista una multitud de habitaciones todas abiertas, todas disponibles, y todas llenas de mugeres cantando, viejos que fumaban, ó chiquillos alborotadores. Acercámonos á una de donde oimos salir grandes voces, y creimos asistir á una pendencia de provecho; mas toda ella se reducía á un cigarro que habia faltado de cierta petaca; aunque los interlocutores



á fuer de *damas* y *gitanes nobles* chillaban tanto y tan de recio, y accionaban con tal calor (fuerza de la costumbre), que al pronunciar una de las *damas* esta terrible amenaza,

«dame el cigarro, ó las habrás con Roque,»

hubimos de entrar de *partes de por medio* para terminar aquella escena que podria figurar airosamente en uno de los dramas modernos. Arrancada que fue á la lid aquella heroina, restituida súbitamente á la calma por una de aquellas transiciones rápidas que son tan frecuentes en el mundo *de carton*, separadas las melenas nada airosas que cubrian su pronunciada faz, y enjugados aquellos luceros que el corage habia eclipsado:— «¿Es usted, mi querida Narcisa?» (esclamó don Pascual con un arrebató verdaderamente dramático.)— ¡Don Pascual! Usted... pues... ;quién habia de pensar...!— ¡Ingrata! y ¡qué poco ha conservado usted la memoria de mi cariño!— ¡Ingrato! ;y cuán mal ha pagado usted mi amor!

La esplicacion iba siendo vehemente, y yo entre tanto hube de tomar el recurso de reconocer el vestuario, que pendia colgado de sendos clavos al rededor de las paredes del cuarto. Llamóme primero la atencion un pantalon azul, un marsellés de calesero, y una cortina de muselina blanca en forma de turbante, sobre cuyo atavío habia un carton que en letras gordas decia: «*Trage de Otelo y demas moros de Venecia y de otras*

*partes.* Mas allá un tonelete, una coraza y una peluca á la Luis XIV, llevaban por distintivo: «*Trage de Carlos V, sobre Tunez.*» Una mantilla de tafetan con lantejuelas, y un vestido de percal frances: «*Trage de Dido, y tambien de la viuda de Malabar, con un crespon negro.*» Un tontillo, una escofieta y un jubon con faldillas: «*Trage de Semiramis, de la Esclava del negro Ponto, y demas comedias de Moratin.*» Un pantalon de mamon *figurando carne*, una camisa de muger y un cinto de cuero: «*Trage de Isidoro en el Orestes.*» Y por este estilo iba siguiendo todo el equipage hasta unos ocho ó diez trages de ambos sexos. Pero en llegando aqui, escuché claramente la voz de don Pascual, quien despues de un buen rato de cuchicheo preguntaba á Narcisa por su marido.—No sé, contestó ella; ya sabes (y advierta de paso el lector que se habian apeado el tratamiento) que por aquella carta tuya con tu sortija, que me sorprendió, huyó de mí dejándome en Málaga, donde creo que se embarcó, y hace diez años que...—Pues luego, ¿esos trages de moros y cristianos...?—Esos trages son... son...—¿De quién, ingrata?—Del segundo galan.

A este punto, ya creí yo poder terciar en la conversacion y preguntar á entrambos cuándo podriamos empezar nuestra contrata.—Ahora mismo, contestó don Pascual: por de pronto ya tenemos dama.—Fáltanos sin embargo el galan, á menos que usted...—El galan, replicó Narcisa, le hallarán ustedes con todos los demas compañeros en la plazuela de Santa Ana: hablándole á usted con franqueza, añadió en voz baja á don Pascual,



él no es gran cosa , pero...—Lo demas de la esplicacion no lo pude oir. Levantóse de alli á un momento mi amigo, y despidiéndonos de Narcisa emprendimos la marcha hácia la plazuela.

Hervía esta en corrillos en el punto en que la pisamos. Hombres de todas edades , trages y cataduras, corrian , se agitaban , se reunian , se separaban , hablaban á voces , hablaban en secreto , y de esta mezcla , de esta actividad , resultaba un espectáculo singular: aqui un grupo de cuatro, vestidos , cuál con pantalon de verano , casaquilla gris y gorrita francesa , cuál con su gran capa color de corteza y sombrero calañés , trataban de formar una compañía bajo la bandera de uno de levita blanca , á quien todos agasajaban y perseguian; mas allá se disolvía estrepitosamente otra; de un lado se cerraba un ajuste , y ambos contrayentes corrian á firmarlo al inmediato café de Venecia ; del otro se armaba una disputa entre dos interlocutores sobre su mérito respectivo. Formando el primer término de este cuadro , y entre la acera de la calle del Prado y los árboles de la plazuela , se dejaban ver en numeroso grupo los individuos de las compañías de la corte , manifestando en sus modales y en su vestido el buen tono y la elegancia. Hablaban de sus teatros , de sus empresas , encarecian sus protecciones , despreciaban sus sueldos , se lamentaban de la decadencia del arte , animábanse contra la boga de la ópera , contaban las intrigas de bastidor , y cuchicheaban en voz baja sobre los que ya *habian firmado*. Por via de sainete se reian de los pobres advenedizos , y con

cuestiones malignas ó alabanzas exageradas contribuian á mantenerlos en su petulancia y disputas eternas, y en acabando estas las hacian volver á empezar.

Don Pascual y yo nos dirigimos á los cortesanos á fin de que nos prestasen el auxilio de sus luces en nuestra árdua operacion; hiciéronlo así, y llamando por sus nombres á varios, nos los presentaron como *galanes, barbas, graciosos, característicos y partes de por medio*. No bien corrió la voz de que éramos *formadores*, nos empezaron á sitiarnos, á acosarnos, á embestirnos por todos lados, y mientras un galán de cincuenta y ocho años nos explicaba su ternura tirándonos del botón de la casaca y humedeciéndonos con el rocío que salía por entre su des-poblada dentadura, un barba mal encarado con voz cigarreña y aguardentosa nos hablaba de su formalidad, y el gracioso subido en un guardacanton nos ensordecía á gritos para hacernos reír. Estando en esto senti por la espalda unos golpecitos de baston, y me encontré con un hombre de mala traza que me llamó aparte.—Pues señor (haciéndome tres cortesias), no he podido menos de compadecerme al considerar que le ha rodeado á usted la escoria del arte, porque ha de saber usted que esos son de los que nadie quiere, y de los que llegará el domingo de Ramos y tendrán que reunirse en una compañía de *conformes*, como decimos nosotros.—Y con esto se fue entendiendo lo mejor que supo en pintarme los defectos de varios de ellos, aunque á decir verdad, sospeché por su explicacion que él debía ser el peor de todos. Los demas nos miraban con sospecha, y yo la tuve de que adivina-



ban nuestra conversacion, en tanto que los de Madrid con risas y señas me daban á entender el concepto que les merecia mi officioso interlocutor. Tratábame ya de desembarazar de él á toda costa, cuando el nombre de *Narcisa* que pronunció, me hizo caer en la cuenta de que el tal era el suplente del marido de la dama de mi amigo, con lo cual llamé á este y le dejé con él, mientras que yo me salvé entre los de Madrid, que me convidaron á ver por mí mismo la gracia de mi consultor en un *particular* que celebraban á la noche.—¿Y qué es un *particular*?, repliqué yo.— Llámanse asi, me contestó uno de los mas mesurados, las tertulias de exámen que suelen celebrarse en casa de algun actor para oir á los de las provincias. El nombre se ha conservado de lo antiguo por la costumbre que habia de representar en las casas de los magnates y sugetos particulares.

«Solian con efecto (dice Pellicer) los señores, los togados y la gente principal, llamar á los comediantes á sus casas para que hiciesen en ellas algunos *pasos* (y aun comedias), y cantasen, despues de haber representado en los *corrales*; y á esta diversion casera llamaban un *particular*.»

—Que me place, dije yo, y acepto gustoso el convite á nombre de mi amigo y mio.

Con esto, y con dejar citados á varios para el siguiente dia en nuestra casa, salimos de la plazuela, discurrendo alegremente sôbre lo que habiamos visto, hasta que llegada que fue la noche marchamos al convite. Ya la sala estaba henchida de damas y galanes, de literatos

y curiosos, que habian acudido á aquel certámen artístico. Tuvo principio este con varias relaciones de La Moza de Cántaro, La Vida es sueño, y el Tetrarca de Jerusalem, repetidas con el énfasis y los manoteos de costumbre; luego siguieron varias escenas chistosas y remedos de animales (en los cuales, algunos no se hacian gran violencia), y se reservó para final una escena trágica de Otelo, entre la bella Narcisa y su compadre el galán de la plazuela. Dificil seria pintar la originalidad del modo de representar de este; sus inflexiones, sus suspiros, sus movimientos: solo diré que era cosa de deshacerse en lágrimas de risa; asi como al contrario la dama por su naturalidad hacia nacer sentimientos diferentes. Brillaban, al oír los aplausos á esta, los ojos de don Pascual, si bien alguna vez los dejada caer con desconfianza hácia la puerta de la alcoba, donde ademas se apercibia un hombre embozado y en pie. Lleno de curiosidad, preguntó quién era aquel sugeto misterioso, y se le contestó que un escelente actor venido de fuera, pero que no queria representar aquella noche.

En tanto la escena entre Narcisa y Roque (Otelo y Edelmira) fue animándose hasta el punto en que dice esta:

.....«Todo me mata,  
todo va reuniéndose en mi daño.....»

—«Y todo te confunde, desdichada»



prorumpió un grito agudo lanzado de la alcoba. Las miradas de todos se dirigieron rápidamente hacia aquel punto, pero ya el embozado interruptor había franqueado de un salto el espacio que le separaba de su víctima, había soltado la capa, y cogiendo del brazo á aquella,

«Mírame, ¿me conoces...? me conoces...?»

la dice con toda la verdad y rabiosa espresion que en tal verso animaba al célebre Maiquez. Un grito de Edelmira fue la única contestacion y cayó sin sentido. Los circunstantes nos deshaciamos á aplausos y bravos, y estos crecieron al oír al nuevo Otelo dirigir á la infeliz estas palabras.

«El cielo soberano te castiga  
por un medio distinto. ¿Ves la carta?  
pues mira la *sortija*, aquí la tienes.»

Pero viendo que Edelmira nada respondia, que el galan primero, amostazado con el nuevo aparecido se disponia á recobrar su puesto, y que este no mitigaba su encono, llegamos á sospechar que alli podria haber algo mas que fingimiento, y por mi parte adiviné de plano la causa viendo escurrirse bonitamente á don Pascual, diciéndome al despedirse:—«Es él...»

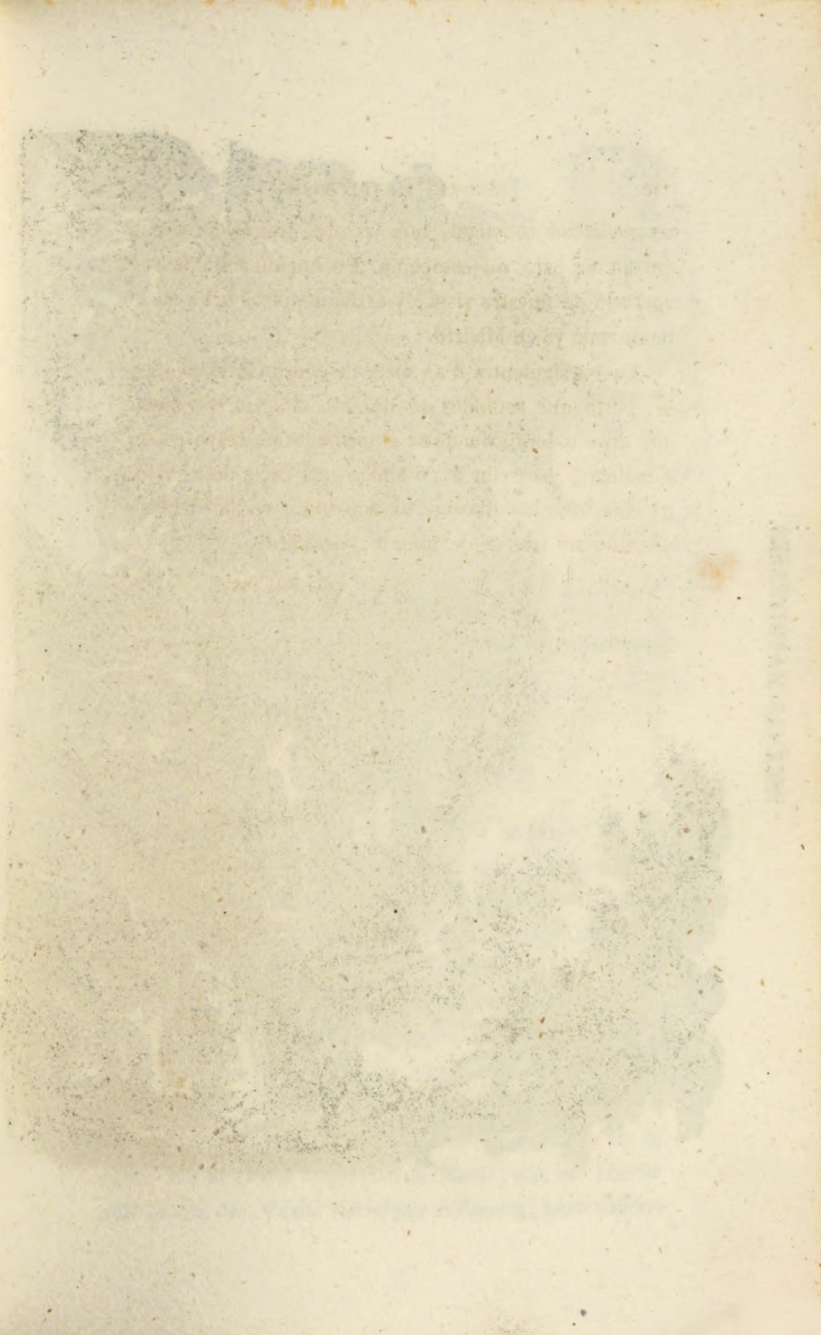
Apresurámonos todos á volver en sí á Narcisa y su marido (que tal era el nuevo Otelo), y conduciendo gradualmente el negocio, vinimos al fin de media hora á una

reconciliacion conyugal, que terminé yo apalabrando á entrambos para mi compañía. En cuanto á Roque desapareció de nuestra vista, y es fama que aquella noche no durmió ya en Madrid.

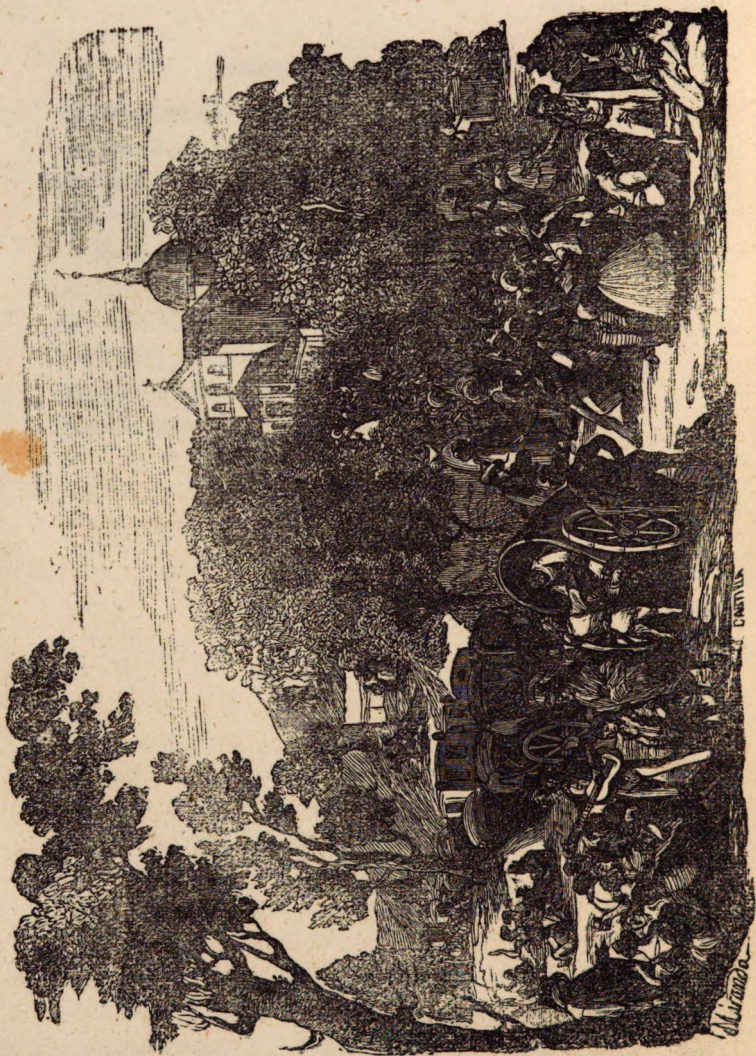
En los siguientes dias acabé de contratar la comparsa, hasta que reunidos en número de catorce, ajusté una gran galera, donde se empaquetaron entre cofres y maletas, y escribí á mi amigo una carta de *remesa*. Al cabo de unos dias me ha acusado el recibo del cargamento sin avería de ninguna especie.

(Abril de 1832.)





ESCENAS MATRITENSÉS.



LA ROMERIA DE S. ISIDRO.



## LA ROMERIA DE S. ISIDRO.

“Pláceme los cuadros en narracion, porque en cuanto á los de lienzo, aunque no dejo de hablar de ellos como tantos otros, confieso francamente que no los entiendo.”

*Diderot.*

**A**si lo ha dicho un autor frances: por supuesto que lo decia en frances, porque tienen esta gracia los escritores de aquella nacion, que casi todos escriben en su lengua; no asi muchos de nuestros castellanos, que cuando escriben no se acuerdan de la suya; pero en fin, esto no es del caso; vamos á la sustancia de mi narracion.

Yo queria regalar á mis lectores con una descripcion de la Romeria de S. Isidro, y para ello me habia propuesto desde la vispera darme un madrugon y constituirme al amanecer en el punto mas importante de la fiesta. Por lo menos tengo esto de bueno, que no cuento sino lo que veo, y esto sin tropos ni figuras; pero viniea-

do á mi asunto digo, que aquella noche me acosté mas temprano que de costumbre, revolviendo en mi cabeza el exordio de mi artículo.

«Romería (decia yo para darme cierta importancia de erudito) significa el viage ó peregrinacion que se hace á algun santuario,» y si hemos de creer al Diccionario de la lengua, añadiremos que «se llamó asi porque las principales se hacian á Roma.»—Luego vino á mi imaginacion la memoria de Jovellanos, quien considerando á las romerías como una de las fiestas mas antiguas de los españoles, añade: «La devocion sencilla los llevaba naturalmente á los santuarios vecinos en los dias de fiesta y solemnidad, y alli, satisfechos los estímulos de la piedad, daban el resto del dia al esparcimiento y al placer.» Esto, segun la ya dicha respetable autoridad, acaecia en el siglo XII, y mi imaginacion se dirigia á cabilar sobre la fidelidad de los pueblos á sus antiguas usanzas.

Largo rato anduvieron alternando en mi memoria, ya las famosas de Santiago de Galicia, ya las de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, y parecíame ver los peregrinos con su bordon y la esclavina cubierta de conchas acudir de luengas tierras á ganar el jubileo del año santo. Luego se me representaban las animadas fiestas de esta clase, que aun hoy se celebran en las provincias vascongadas, y de todo ello sacaba observaciones que podrán tener lugar cuando escribiera la historia de las romerías, que no dejaria de ser peregrina; mas por lo que es ahora no venian á cuento, pues que solo trataba de formar el cuadro de la de S. Isidro en nuestra capital. En fin, tan-



to cavilé, tantos autores revolvi en los estantes de mi cabeza, tal polvo alcé de citas y pergaminos, que al cabo de algunas horas me quedé dormido profundamente.

La imaginacion empero no se durmió: afectada con la idea de la próxima funcion, me trasladó á la opuesta orilla del Manzanares, al sitio mismo donde la emperatriz doña Isabel, esposa de Carlos V, fundó la ermita del patron de Madrid, en agradecimiento de la salud recobrada por su hijo el principe don Felipe con el agua de la vecina fuente, que segun la tradicion abrió el santo labrador al golpe de su hijada para apagar la sed de su amo Iban de Vargas. Dominaba desde alli la pequeña colina sobre que está situada la ermita; y la desigualdad del terreno, los paseos que conducen á ella, y las elevadas alturas que la rodean, encubrian á mi imaginacion la natural aridez de la campiña; añádase á esto la inmediacion del rio, la vista de los puentes de Toledo y Segovia, y mas que todo la estensa capital que se ostentaba ante mis ojos por el lado mas agradable, ofreciéndome por términos el palacio Real, el cuartel de Guardias y el Seminario de nobles á la izquierda, el convento de Atocha, el observatorio y el Hospital general á la derecha; al frente tenia la nueva puerta de Toledo, y desde ella y la de Segovia la inmensa muchedumbre precipitándose al camino formaba una no interrumpida cadena hasta el sitio en que yo estaba ó creia estar.

Mi fantasia corria libremente por el espacio que media entre el principio y el fin del paseo, y por todas par-

tes era testigo de una animacion, de un movimiento imposibles de describir; nuevas y nuevas gentes cubrian el camino; multitud de coches de colleras corrian precipitadamente entre los ligeros calesines que volvian vacíos para embarcar nuevos pasajeros; los briosos caballos, las mulas enjaezadas hacian replegarse á la multitud de pedestres, quienes para vengarse, los saludaban á su paso con sendos latigazos, ó los espantaban con el ruido de las campanas de barro. Los que volvian de la ermita, cargados de santos, de campanillas, y frascos de aguardiente bautizado y confirmado, los ofrecian bruscamente á los que iban, y estos reian del estado de acaloramiento y exaltacion de aquellos, siendo asi que podrian decir muy bien, —Vean ustedes cómo estaré yo á la tarde.— Las danzas improvisadas de las manolas y los majos, las disputas y retoces de estos por quitarse los frasquetes, los puestos humeantes de buñuelos, y el continuo paso de carruages, hacian cada momento mas interrumpida la carrera, y esta dificultad iba creciendo segun la mayor proximidad á la ermita.

Ya las incansables campanas de esta herian los oidos, entre la vocería de la muchedumbre que coronaba todas las alturas, y apiñándose en la parte baja hacia sentir su reflujó hasta el medio del paseo. Los puestos de santos, de bollos y campanillas, iban sucediéndose rápidamente hasta llegar á cubrir ambos bordes del camino, y cedian despues el lugar á tiendas caprichosas y surtidas de bizcochos, dulces y golosinas, eterna comezon de muchachos llorones, tentacion perenne de bolsillos apurados.



Cada paso que se avanzaba en la subida, se adelantaba tambien en el progreso de las artes del paladar; á los puestos ambulantes de buñuelos habian sucedido las escitantes pasas, higos y garbanzos tostados; luego los roscones de pan duro y los frasquetes alternaban con las tortas y soldados de pasta-flora: mas allá los dulces de ramillete y bizcochos empapelados ofrecian una interesante batería: y por último, las fondas entapizadas ostentaban sobre sus entradas los nombres mas caros á la gastronomia madrileña, y brindaban en su interior con las apetitosas salsas y succulentos sólidos.

¡Qué espectáculo manducante y animado! Cuáles sobre la verde alfombra formaban espeso circulo en derredor de una gran cazuela en que vertian sendos cantarillos de leche de las Navas sobre una gran cantidad de bollos y roscones; cuáles ostentando un noble jamon le partian y subdividian con todas las formalidades del derecho.

La conversacion por todas partes era alegre y animada, y las escenas á cual mas vária é interesante. Por aqui unos traviesos muchachos atando una cuerda á una mesa llena de figuras de barro, tiraban de ella corriendo, y rodaban estrepitosamente todos aquellos artefactos, no sin notable enojo de la vieja que los vendia; por allá un grupo de chulos al pasar por junto á un almuerzo dejaban caer en el cuenco de leche una campanilla; ya levantándose otros, volvian á caer impelidos de su propio peso, ó bien al concluir un almuerzo rompian un gran botijo tirándole á veinte pasos con

*blandos* bollos, restos del banquete. Los chillidos, las risas, los dichos agudos se sucedían sin cesar, y mientras esto pasaba de un lado, del otro los paseantes se agitaban, bebían agua del Santo en la fuente milagrosa, intentaban penetrar en la ermita, y la turba saliente los obligaba á volver á bajar las gradas, penetrando al fin en el cementerio próximo, donde reflexionaban sobre la fragilidad de las cosas humanas mientras concluían los restos del mazapan y bizcocho de galera. En la parte elevada de la ermita algunos cofrades asomaban á los balconillos ostentando en medio al santero vestido con un traje que remedaba al del Santo labrador, y en lo alto de las colinas cerraban todo este cuadro varios grupos de muchachos que arrojaban cohetes al aire.

La parte mas escogida de la concurrencia refluye en las fondas, adonde aguardaban en pie, y con sobrada disposición de almorzar, mientras los felices que llegaron antes no desocupaban las mesas. La impaciencia se pintaba en el rostro de las madres, el deseo en el de las niñas, y la incertidumbre en los galanes acompañantes: entre tanto los dichosos sentados saboreaban una perdiz, ó un plato de crema, sin pasar cuidado por los que les estaban contando los bocados.

Desocúpase en fin una mesa... ¡qué precipitación para apoderarse de ella! Ocúpala una madre, tres hijas y un caballero andante, el cual, á fuer de galán, pone en manos de la mamá la lista fatal... Los ojos de ésta brillan al verla... «Pichones,» «pollos,» «chuletas...» ¡qué esco-



gerá?—Yo, lo que ustedes quieran; pero me parece que ante todo debe venir un par de perdices; tú, Paquita, querrás un pollito, ¿no es verdad?—«Venga,» gritó el galán entusiasmado.—Y tú, Mariquita, ¿jamon en dulce?—Pues yo á mis pichones me atengo.—Vaya, probemos de todo.—«Venga de todo,» respondió el Gaiferos con una sonrisa si es no es afectada.

Con efecto, el mozo viene, la mesa se cubre, el trabajo mandibular comienza, y el infeliz prevee, aunque tarde, su perdicion; mas, entre tanto Paquita le ofrece un alon de perdiz, y en aquel momento todas las nubes desaparecen. La vieja incansable vuelve á empuñar la lista.—Ahora los fritos y asados, dice, y señala cinco ó seis artículos al espedito mozo. No pára aqui, sino que en el furor de su canino diente, embiste á las aceitunas, saltando dos de ellas á la levita del amartelo; cae y rompe un par de vasos, y para hacer tiempo de que vuelva el mozo se come un salchichon de libra y media.

Tres veces se habian renovado de gente las otras mesas y aun duraba el almuerzo, no sin espanto del joven caballero, que calculaba un resultado funesto; las muchachas cuál mas, cuál menos, todas imitaban á la mamá, y cuando ya cansadas apenas podian abrir la boca, las decia aquella:—Vamos, niñas, no hay que hacer melindres;— y siempre con la lista en la mano traia al mozo en continúa agitacion. Por último, concluyó al fin de tres horas, aquel violento sacrificio; pídense la cuenta al mozo, y este, despues de mirar al techo y rascarse la frente, responde: «Ciento cuarenta y dos reales.»—El Narciso

á tal acento varía de color, y como acometido de una convulsion revuelve rápidamente las manos de uno á otro bolsillo, y reuniendo antecedentes llega á juntar hasta unos cuatro duros y seis reales: entonces llama al mozo aparte, y mientras hace con él un acomodo, la mamá y las niñas rien graciosamente de la aventura.

Arreglado aquel negocio salen de la fonda, llevando al lado á la Dulcinea con cierto aire triunfal; pero á pocos pasos, un cierto oficialito, conocido de las señoras, que se perdió á la entrada de la fonda, vuelve á aparecer casualmente y ocupa el otro lado de doña Paquita, no sin enojo del caballero pagano. Mas no pára aqui el contratiempo: á poco rato el excesivo almuerzo empieza á hacer su efecto en la mamá, y se siente indispuesta; el síntoma 14 del *cólera* se manifiesta estrepitosamente, y las niñas declaran al pobre galan que por una consecuencia desgraciada, su mamá no puede volver á pie...

No hay remedio, el hombre tiene que ajustar un coche de colleras y empæquetarse en él con toda la familia; mas, el aumento del reciénvenido que se coloca en el testero, entre Paquita y su madre, quedándole al caballero particular el sitio frontero á esta para ser testigo de sus náuseas y horribles contorsiones. El cochero en tanto ocupa su lugar, y *chas... co-mandanta...*

Al ruido del coche desperté precipitado, y mirando al reloj vi que eran ya las diez, con lo cual tuve que desistir de la idea de ir á la romería, quedándome el sentimiento de no poder contar á mis lectores lo que pasa en Madrid el dia de S. Isidro.

(Mayo de 1832.)



## LA EMPLEO-MANIA.

..... Hic vivimus ambitiosa  
paupertate omnes.

*Horat.*

—Pues como digo à usted, el tal don Anselmo es un mayorazgo acomodado en una de las primeras villas de Andalucía; es jóven, buena presencia, amable, bondadoso; pero tiene una debilidad, cual es el afan de figurar; y no contento con la consideracion que sus bienes y demas cualidades le dan en su pueblo, siempre anda buscando cargos y comisiones que, à lo que él cree, coutribuyen à realzar su esplendor. ¿Quién sabe lo que él intrigió para hacerse nombrar mayordomo de la cofradia de aquella iglesia parroquial? Consiguiólo, y aquel año pagó la mayordomía bien cara; despues aspiró al honor de síndico, y tambien se le decretaron; pero precisamente en ocasion en que los fondos de propios estaban muy atrasados, con

que tuvo que suplir para el pago de contribuciones; luego fue alcalde y cuadrillero; mas pareciéndole ya su pueblo un círculo estrecho para su importancia, se hizo comisionar por el ayuntamiento para seguir un pleito en la chancillería de Granada: allí se olvidó de su muger y de su casa, y solo pensó en buscar recomendaciones, solicitar favor y derramar su dinero en encargos ajenos. Hasta entonces con el producto de sus haciendas no había necesitado un empleo: ahora ya le necesitaba, porque aquel cada día era menor. En vano su esposa y sus amigos han procurado hacerle volver en sí, inclinándole á fomentar su patrimonio y buscar en él una subsistencia independiente y cómoda; él no oye razones, y por una plaza de oficial duodécimo de cualquiera oficina daría su mayorazgo, sus demas bienes, y hasta creo que su muger y sus hijos. Por último, se ha dejado de rodeos, y se ha venido á Madrid, donde permanece hace dos años gastando lo que ya no tiene, acosando los ministerios á memoriales, solicitando recomendaciones de los lacayos para los cocineros, de estos para mayordomos y ayudas de cámara, de estos para señoras que le venden mucha protección, y de ellas para señores que de todo se acuerdan menos de él; haciendo antesalas y cortesías, consumiendo zapatos, sombreros y papel sellado, y corriendo en fin tras una fantasma que se le escapa de las manos. ¿No le parece á usted un ente original?—

—Eslo sin duda (replicó *don Fidel de la Vera-Cruz*, con quien yo suelo dar mis paseos filosóficos desde la puerta de Segovia á la de Toledo); pero por desgracia



tiene entre nosotros bastantes copias. (Al llegar aquí, hicimos alto como unos dos minutos; sacó don Fidel su caja, ofreciéndome un polvo, tiré yo el que tenía entre los dedos, tomé otro de aquella, él hizo lo mismo, y prosiguió la conversacion.)

La manía del don Anselmo es general; ni el propietario rico, ni el industrioso fabricante, ni el comerciante, ni el letrado, ni ninguna de las otras clases independientes, se consideran por sí solas bastante lucidas como no vayan acompañadas *del empleo*. Este falso raciocinio, esta terrible manía es la que despuebla nuestros campos y nuestras fábricas, al mismo tiempo que hinche de pretendientes las antecámaras y las oficinas; la que arranca al comercio y á la industria los brazos mas útiles para ocuparlos en trabajos rutinarios; la que hace de un hombre activo un intrigante, de un literato un adulator, de un afortunado un ambicioso. Esta es la que á tantos ha hecho infelices sacándoles del círculo en que pudieran haber brillado, y esta en fin á quien debo yo todas las adversidades de mi vida.—

Volvimos á callar y paseamos un rato en silencio; pero animado con aquel exordio, y con la franqueza de la amistad, rogué al amigo que me esplicase lo que él llamaba sus adversidades, á lo cual condescendió de esta manera.

—«Mi padre era un comerciante acreditado de Alicante, que habiendo heredado del suyo un pequeño capital adquirido en la mercadería de sedas, supo aprovechar de tal modo su trabajo, que en pocos años logró elevar su

comercio á una altura mas que mediana; tranquilo en el seno de su familia y de sus negocios, disfrutaba una vida activa sin agitacion, y embellida por la risueña perspectiva de un aumento progresivo en su fortuna. Varios negocios de comercio le trageron á Madrid, donde alternando con personas importantes, acostumbrándose al ambiente de los salones, y ofuseado por el brillo de los bordados y el seductor language de la corte, hubo de recibir una impresion demasiado viva, con lo cual empezó á mirar con desden su bufete, sus fábricas y sus especulaciones mercantiles.

Su caracter amable é interesante, su talento y finos modales no tardaron en grangearle un lugar distinguido en la sociedad, y por fin un empleo de importancia vino á colmarle de placer. Este dia, que él celebró como el de su triunfo, fue el primero de sus infortunios.

Precisado á vivir en Madrid á consecuencia de su nuevo empleo, pasó á Alicante para arreglar sus negocios y transferirlos en un todo á un primo mio, volviendo á la capital con mi madre y conmigo. Yo entonces era muy niño; pero fuese adulacion de padre, ó fuese realidad, siempre aquel ponderaba en mi, mientras estuvimos en Valencia, mi disposicion para el comercio; mas la nueva carrera á que se veia llamado le hizo variar de plan. Por de pronto no se pensó mas que en hacerme olvidar los resabios de provincia y constituirme un señorito á la moda. Mis padres por su parte se esforzaban en brillar cuanto podian. Gran casa, gran mesa, bailes, academias, abono en el teatro, nada faltaba á su splen-



dor; y nuestra casa fue muy pronto de las que *estaban en el mapa* de la brillante sociedad de Madrid. Entretanto yo aprendía á bailar, tiraba el florete, montaba á caballo, leía en frances y escribía á la inglesa, á la rusa y á la italiana, con lo cual, y mi elegante persona, me veía halagado con la idea de una brillante suerte futura.

»Llegué á tener diez y siete años, y mis padres, que ya no podían soportar mis gastos, pensaron en hacerme conocer que sus productos no correspondían, y que era preciso que yo trabajase y ganase algo, ó por lo menos que empezase á hacerme digno de ello, con que me propusieron que dijese la carrera que quería seguir. Entonces eché mis cuentas.—¿Comercio?—Yo carecía de los conocimientos necesarios, y aunque veía prosperar á mi primo, no era cosa de irme yo á poner bajo sus órdenes, y reducirme otra vez á Alicante.—¿Letras?—Yo no las entendía, y por otro lado de nada sirven, no siendo las de cambio, ó las de universidad.—¿Milicia?—La verdad, no tenía grandes ánimos, y eso de esponerse uno á que una bala...—¿Iglesia?—¿Cómo, si me sentía inclinado á la *propaganda*?—¿Medicina?—¿Artes?—Para todo eso hay tanto que estudiar!!!—Pues señor (le dije á mi padre), como usted no me coloque en alguna oficina, aunque sea de meritorio...—Bravo, bravo; no esperaba yo menos de tí, me dijo mi padre muy satisfecho, y desde aquel día empezó á trabajar para ello.

»No tardó mucho en conseguirlo, porque sus relaciones eran grandes, y así que á poco tiempo, y á pesar

de mi repugnancia natural al trabajo, pude ascender á cuatrocientos ducados de sueldo; con lo cual, y con mi uniforme y real título, me consideré un personaje de la mas alta importancia. Y estaba tan fiero, que respondí en un tono bastante altivo á mi primo, que me escribió proponiéndome asociarme á su casa y fortuna.

»El amor vino poco despues á alterar mi tranquilidad: mas por desgracia el objeto que me le inspiró no estaba conforme con mis ideas de engrandecimiento. Asi lo advirtió mi padre, y participando tambien de ellas, fijó su atencion en la hija única de mi gefe, y me la propuso acompañada de un brillante empleo que se me haria obtener. El amor luchó largo tiempo en mi corazon con la vanidad; pero el sistema de mi educacion era muy conforme á hacer triunfar á esta; asi se verificó; yo recibí una esposa que mi alma miraba con tédio, y sacrifiqué al destino la desgraciada víctima de mi pasion; mi arrepentimiento la vengó muy luego.

»Mi esposa era una muger altiva, acostumbrada á ser obedecida, y en mí veia un marido á quien ella habia elevado á su altura; cuya consideracion la hacia insufrible, dándola un dominio absoluto sobre mí. Poco despues de mi matrimonio faltaron mis padres, dejándome por única herencia algunas deudas considerables que contribuyeron no poco á abreviar su vida, y quedando en un todo á merced de los caprichos de mi esposa. Quise resistirlos; se me amenazó con la separacion y pérdida de mi empleo; cedí, y me ví hecho el juguete



de mi casa. Entre tanto el cielo habia tenido á bien regalarme dos niños y una niña, y mi esposa los educaba á su modo; quiero decir, como la habian educado á ella y á mí. Mi casa hervia en diversiones, y mi sueldo siempre le llevaba gastado con tres meses de adelanto; pero ella se aturdió con las músicas y festines; y yo no osaba hablar alto, de miedo de que todos me echasen en cara mi ingratitud. ¡Miserable condicion la de un marido vendido al interes!

»Mi muger era intriganta y tenia mucho favor, y yo la perdonaba los malos ratos, en gracia de los ascensos y mercedes que prodigaba sobre mí. Verdad es que me los hacia pagar bien caros, pues aun me acuerdo de un dia que se me concedió un sobresueldo de 4000 reales, y me hizo gastar 12000 en trages y funciones.

»Ya los hijos iban creciendo, y yo por mas que la queria hacer sentir la necesidad de darles carrera, no lo permitia lo que ella llamaba *su ternura maternal*, halagándome siempre con la idea de que mediante sus conexiones los conseguiria á cada uno un buen empleo, con lo cual yo dejábame dormir en estos sueños lisonjeros. Estaba del cielo que las pobres criaturas habian de ser víctimas de la misma manía que su abuelo y su padre.

»Todos tres estaban ya en edad de figurar, y apenas sabian leer; mi esposa empezaba á pensar en ellos alguna vez, cuando la falta de uno de los personajes con quien ella contaba, vino á desbaratar sus proyectos, y á poco tiempo la arrebató la muerte tambien, dejándome con los muchachos sin educacion y sin apoyos. Mi caracter, tan-

to por el sistema de mis primeros años, cuanto por la especie de dependencia en que siempre me tuvo mi esposa, era para muy poco; así que estas desgracias debilitaron en términos mi salud, que siéndome imposible continuar trabajando, solicité y obtuve mi jubilacion.

»Entre tanto los muchachos cada dia crecian en necesidades; y habiendo gastado todos mis productos en maestros de esgrima, de canto y de baile, me hallaba con que nada sabian y que para nada eran. El mayor, altivo y presuntuoso, rechazó mis proposiciones de varias colocaciones modestas; conducido de una en otra calaverada al juego y á la disolucion, concluyó á poco tiempo con huir de mi casa y correr á probar fortuna, sentando plaza en un regimiento... Mi hija, á quien su madre reservaba para los mejores partidos de la corte, y á quien yo me propuse adornar de mil habilidades, tiene que sacar hoy partido de ellas para ayudar á nuestra manutencion, acudiendo á coser y bordar á un obrador; por último, el menor de mis hijos, mejor inclinado que el primero, ha consentido en pasar á Alicante, al lado de uno de mis sobrinos, como dependiente de su casa comercio...

»Tal, amigo mio, es hoy la suerte de mi familia; de esta familia á quien sin el falso cálculo de mi padre hubiera yo transmitido la laboriosidad y la opulencia. En prueba de ello concluiré diciéndole á usted que de los dos hijos que quedaron de mi primo, el uno sigue el comercio, y es en el dia una de las primeras casas del reino; el otro, despues de haber recorrido toda Europa, ha



regresado á su patria lleno de conocimientos, y establecido varias fábricas de tejidos en que brillan al mismo tiempo el talento, la actividad y el patriotismo de su dueño. »—

Al llegar aqui tuvo don Fidel que reprimir sus lágrimas, y yo poco menos conmovido traté de cambiar la conversacion, sin que en todo el paseo volviésemos á tocar la de la *Empleo-manía*.

## UN VIAJE AL SITIO.

"Comme on voit au printemps la diligente abeille  
 Qui du butin des fleurs va composer son miel,  
 Des sottises du temps je compose mon fiel."

*Boileau.*

**M**uy agradable es el viajar, pero lo es aun mas el contar el viaje; mi inclinacion me llamaba á lo segundo; tuve que verificar lo primero. *El viage por mis faltriqueras* de cierto autor, el que hizo otro *al rededor de su cuarto*, y aun el de *un curioso por Madrid*, me parecieron estrecho limite y apocada resolucion, si bien no me determiné como alguno á viajar por todo el universo desde mi escritorio. Quise en fin moverme en cuerpo y alma, y la primera duda que me ocurrió fue el saber adónde iria. Parecióme por de pronto conveniente el dar la vuelta al globo, para cerciorarme de que su figura tiene mas de oval que de esférica, y venir á dar á mis



lectores tan agradable nueva; pero la dificultad de hallar carruage de retorno me disuadió de mi intento; despues pensé en atravesar de parte á parte el imperio chino, para fijar decididamente las dimensiones de la gran muralla; mas tarde quise ir á buscar el paso entre América y Asia, con el objeto de establecer alli un portazgo; por último, me decidí á marchar á Aranjuez, y gracias á Dios y á mi constancia lo llevé á cabo, y estoy ya de vuelta. (Aqui el *Curioso parlante* saluda con agrado á toda la sociedad de *curiosos oyentes*, y prosigue de esta manera su narrativa.)

Prolijo seria mi discurso si hubiera de darle principio contando por menor las dilaciones que hube de sufrir para proporcionarme asiento en la diligencia; tampoco hablaré de las que me ocasionó la saca del pasaporte, y demas preparativos del viaje, antes bien dándolas todas por vencidas, me plantaré de un salto en el punto y hora de la partida.

El reloj de nuestra Señora del Buen-Suceso sonaba magestuosamente las cinco y cuarto de la mañana, cuando yo atravesaba precipitado la puerta del Sol con direccion á la casa de postas, de donde sale la diligencia. Los viajeros y viajeras iban reuniéndose, mostrando aun en sus semblantes la impresion de la almohada agradablemente interrumpida en algunos menos curiosos con tal cual ligera pinta de chocolate en la parte mas saliente de la nariz, ó algun trozo de barba menos afeitado que el resto, efectos todos de la premura del tiempo. Las maletas respectivas, las sombrereras y los sacos de noche

iban siendo colocados en sus respectivos departamentos; los mozos concluían de enganchar el tiro, y los briosos caballos.

«probaban sus herraduras  
en las guijas del zaguan.»

Las portezuelas de las tres divisiones, berlina, interior y rotonda, se abrieron en fin, y todos los interesados fuimos tomando posesion de nuestros respectivos asientos; los á Dioses, los besos, los encargos se cruzaban en todas direcciones, y al decir el mayoral —«¿ Hay mas?»— suena el reloj la media, ciérranse las puertas, silba el látigo, y rodando la inmensa mole sale del patio haciendo temblar el pavimento.

— Mi posicion en aquel instante era la mas lisonjera: hallábame en el interior del coche y en uno de sus ángulos; enfrente tenia una joven muy linda, y el otro rincón le ocupaba una señora como de treinta, hermosa y elegante; el centro de ambas damas y del testero daba lugar á un finchado caballerito, que despues averiguamos ser esposo de la primera; un señor de edad y un joven formaban conmigo el otro triunvirato.

La frescura de la mañana, la perspectiva del rio, y la alabanza del establecimiento de diligencias fueron los objetos de las primeras palabras; pero bien pronto la conversacion se hizo mas animada, mas franca, y casi todos dejamos entrever los lisonjeros proyectos que hervian en nuestras cabezas. Fue la primera en tomar esta iniciativa la señora elegante, ostentando cierto aire



de alta sociedad, y dando á sus palabras el giro mas afectado. Los sucesos de buen tono, las intrigas, las bodas, los rompimientos entre las personas mas marcadas, eran continuo pábulo á su discurso, y los nombres mas estupendos salian de su boca con cierta familiaridad consanguinea ó amical. Todos la saludamos en nuestro interior como duquesa, ó por lo menos condesa.

No asi la otra dama, que ya fuese porque la locuacidad de la primera no la dejaba meter baza en la conversacion, ya porque un exceso de penetracion femenil la hiciese dudar de la alta clase de nuestra amable parladora, la dirigia ciertas miradas escudriñadoras *desde el alto copete al pie pulido*, escuchaba cuidadosamente sus palabras, y de vez en cuando se descolgaba con tal cual preguntilla capciosa, sin duda con el piadoso fin de pillarla en algun renuncio; pero no la fue posible, porque la incógnita, firme en su posicion, la volvia un diccionario de espresiones alti-sonantes, y una floresta entera de anécdotas *autógrafas* de todo lo mas notable de Madrid; por último, para hacer mayor nuestro asombro, empezó á hablarnos de Lóndres y París con tales pelos y señales, que ya no pudimos menos de convenir en que todo el mundo era suyo, y que teniamos delante una de las primeras notabilidades de la Monarquia.

Nuestras atenciones redoblaban á medida que ella se encumbraba, y muy luego vino á ser la reina de la diligencia; negábala solamente el tributo de admiracion la otra dama, y para hacerla sentir mas su indiferencia llevaba casi constantemente la cabeza fuera de la venta-

nilla : tanto prolongó esta situacion, y tanto me chocaba que nunca mirase al camino que teniamos delante, y si al que dejábamos andado, que no pude menos de asomar yo tambien la cabeza ; pero la prudencia me hizo volver á retirarla, pues aunque ligeramente noté una mano masculina con guante amarillo que salia de la Rotonda y ayudaba á mi graciosa compañera á bajar la persiana.

El esposo en tanto, metiendo la barba en el corbatin, rizándose el cabello, inflando los carrillos, y fumando un luengo cigarro, nos contaba la calidad de las tierras por donde pasábamos ; los apellidos, títulos y conexiones de los personajes á quienes pertenecian (todos por supuesto amigos suyos); y aun amenizaba su narracion con algun rasguño de las costumbres de Getafe y Valdemoro que podria muy bien alternar en esta relacion, si ella no fuese ya de suyo harto fastidiosa.

El joven de mi derecha, que por confesion propia supimos ser un pretendiente veterano que pasaba al Sitio con el objeto de activar eficazmente sus solicitudes, vió el cielo abierto cuando notó que le escuchábamos, y sin tomar aliento nos contó la historia de sus derrotas en todos los ministerios, nos encareció sus méritos, y fijándose en las oficinas por donde ahora pretendia, nos hizo ver casi palpablemente la injusticia que era el no haberle colocado cuando menos de gefe de alguna de ellas. El señor *del humo* escuchaba con aire importante su relacion, acogia sus quejas, ayudaba sus sátiras, y ofreciale su alta proteccion : seguro ya de su benevolencia nuestro pretendiente, quiso atraerse la del pacifico anciano que



estaba al otro rincon, y empezó á dirigirle la palabra; pero este solo le contestaba con cierta sonrisa, ni bien irónica, ni bien satisfactoria, ó con palabras, como «*tal vez, —ya se ve, —puede ser,*» que desconcertaron al satisfecho joven poniéndole de muy mal humor.

Por mi parte, ocupado casi esclusivamente en escuchar la brillante narracion de la hermosa incógnita, oia con indiferencia todo aquel diálogo; y ella, á quien no pudieron menos de llamar la atencion mis miradas, mi silencio y mi espresion, quiso persuadirme de que su corazon no era de hielo, y cesando súbitamente en su interesante parla, fió á sus hermosos ojos el oficio que hasta entonces habia desempeñado tan bien su lengua. Este nuevo intérprete no era menos espresivo ni menos fuerte que el primero, y... forzoso será confesarlo, pero mi turbacion creció hasta un punto indecible. La casadita fue la primera que nos lo advirtió, ó por lo menos que dió á entender que lo habia advertido, importunando nuestra misteriosa correspondencia con sonrisas y miradas; quise, pues, hacerla callar, y asomé la cabeza por la ventanilla, mirando á la rotonda y sonriéndome tambien, con lo cual cesó de mezclarse en nuestras relaciones, y se cuidó solamente de componer su persiana de tiempo en tiempo.

Llegados á la parada en donde habiamos de mudar segunda vez el tiro, descendimos casi todos, y pude reconocer los demas personajes que ocupaban los distintos compartimientos del coche; yo di la mano á la hermosa para bajar, y me disponia á improvisar mi añeja de-

claracion , cuando otra de las señoras bajada de la berlina , y á quien oi nombrar la *marquesa* , la llamó aparte y siguieron en conversacion todo el rato, con lo que ya no me quedó duda de que ella seria otra tal. La señorita casada no habia querido bajar hasta que se presentó á la portezuela un joven buen mozo que la ofreció una mano, cubierta aun del anteadado guante , y descendió. El mayoral llamó á poco rato á volver á ocupar el coche , y por uno de aquellos movimientos que una muger diestra sabe dirigir , mi diosa halló el medio de ocupar el lugar enfrente del mio ; y aunque la otra quiso replicar no se atrevió , y hubo de sentarse al otro lado.

No hay necesidad de decir que desde entonces nuestra correspondencia no era ya telegráfica , pues algunos *aportes* diestramente ingeridos á favor de la conversacion general formaban la nuestra particular. Ocurriósela en esto á mi amable interlocutora sacar el brazo para arreglar la ventanilla , y en el momento... ; oh sorpresa ! una mano estraña la retiene... el primer movimiento fue manifestar su enojo ; pero yo , que eché de ver la equivocacion , la advertí prontamente , y con una ligera seña todo lo comprendió , asi como la interesada , que yacia en el otro ángulo del coche. Rápida comunicacion que solo cabe en una mente femenil.

La campiña en tanto habia variado mágicamente de aspecto ; á las áridas llanuras , al suelo ingrato y desnudo habian sucedido frondosas arboledas , valles encantadores ; el ruido de los arroyos , el canto de los pájaros formaban una cadencia lisonjera ; corpulentos árboles



sombreaban el camino; el aroma de las flores llegaba hasta nosotros; los puentes y pilares anunciaban la proximidad del Sitio, y nuestros corazones iban ya experimentando la dulce embriaguez que el suelo de Aranjuez inspira. El joven marido escitaba á su esposa á contemplar aquella maravilla; pero ella manifestaba con su indiferencia que la llanura pasada la habia sido mas grata; el pretendiente redoblaba sus atenciones con todos menos con el anciano, que sufría con paciencia sus impolíticos movimientos, y en cuanto á mí solo me ocupaba del objeto que delante tenia.

Tal era nuestra situacion cuando entramos en el puente sobre el Tajo; multitud de curiosos nos dirigian sus anteojos y sus saludos; y nosotros, cual otros Anacharsis, les hacíamos conocer en nuestras miradas la superioridad de recién venidos. Paró el coche para reconocer los pasaportes, y todos tuvimos que dar nuestros nombres.—«Señor don *Preciso Neceser* y su esposa.»—Servidores de usted, dijo el marido.—«Señor don fulano de tal.»—Presente, contesté yo.—«Señor don...»—Aquí está, prorumpió el anciano.—¡Cómo! ¿es posible? (esclamó reprimiéndose el joven y llamándome aparte.) ¡Desdichado de mí! ¡con quién me he ido yo á indisponer! ¡si es precisamente el director que ha de proponerme para el empleo...!—Vea usted, le repliqué yo, uno de los inconvenientes de la diligencia.—«Señora marquesa de... y su criada, continuó el de los pasaportes.»—Aquí, gritó la señora de la berlina; la criada está en el interior.—

¡Rayo del cielo fue á mis oídos esta voz! Todos lo co-

nocieron ; el marido sonreía , la esposa gozaba de la humillacion de su antagonista , la miraba con cierto aire de triunfo , y aun la devolvió el abanico frunciendo los labios y limpiándose las manos. Hasta el pobre pretendiente se consideró con derecho á divertirse conmigo diciéndome al oido.—Amigo , vea usted otro de los inconvenientes de la diligencia.—

En tan difícil situacion seguimos hasta la fonda de la Flor de Lis , donde hicimos alto y descendimos ; la criada habladora siguió á su ama , despues de haber recibido saludos irónicos de todos los compañeros ; el pretendiente cabizbajo se deshacia á cortesias con el anciano , que respondia con su natural indiferencia ; yo me retiré al primer corredor de la fonda y ocupé uno de los cuartos ; pared por medio dió fondo el matrimonio consabido , y mas allá el caballero del guante , con lo cual pensamos todos en descansar , lavarnos , vestirnos y esperar la hora del paseo.

Sabido es que despues de medio dia la reunion del buen tono es en la fuente de la *Espina* del jardin de la Isla ; alli dirigí mis pasos , saboreando durante la travesia por el jardin el aire embalsamado , el canto armonioso de las aves , la hermosa vista de las flores , el ruido de las fuentes y cascadas , y la delicia , en fin , del hermoso sitio por quien decia Lupercio :

«La hermosura y la paz de estas riberas

Las hace parecer á las que han sido

En ver pecar al hombre las primeras.»



Entrando en la plazuela de la fuente vi sentadas las damas bajo los templetes que la decoran, y una multitud de elegantes en pie formando grupos, y dirigiendo sus miradas á las mas hermosas. La conversacion era poco animada, la escena nada vária, y solo crecia un tanto cuanto en interes cuando entraban nuevas señoras en aquel recinto: fijábanse en ellas todas las miradas; las ya sentadas se hablaban en secreto; los caballeros rodeaban á los recién venidos que las acompañaban, les hacian preguntas de cómo habian dejado la capital, qué tal habia salido la ópera nueva, cómo estuvo el baile de... y luego los nuevos preguntaban á los antiguos sobre las cosas del Sitio.

«¿Y bien, marques, qué vida llevais aqui?—Chico, nada, como ves; una vida muy *circular*.—Pero ¿y los jardines...?—Hermosos, pero yo no he pasado aun de aqui.—¿El teatro?—Insoportable.—¿Los toros?—¡Ba...!—¿Las tertulias?—Aqui no hay tertulias, ya te lo digo, esto *es secarse*.—¿Por lo menos las giras de campo?—Nada menos que eso; quince dias ha que en casa de... pensamos en hacer una partida de campo *en boricos*, pero todavia no nos hemos determinado á madrugar una mañana.—¡Pues yo os creia mas dichoso!—¡Ah, los dichosos sois los que estais en Madrid!»

Por supuesto debe creerse que en aquel recinto hallaria yo á todos mis compañeros de viage; que saludé respetuosamente al anciano; que no pude menos de sonrojarme al ver á mi brillante conquista detras de la marquesa; que al entrar en la plazuela al matrimonio mi ve-

cino no tardé en mirar á lo lejos el satélite de aquel planeta.—¿Quién es ese sugeto? le pregunté á un amigo que habia hablado al marido.—Este es un don Nadie que en todas partes se cree indispensable porque las gracias de su esposa le atraen muchos amigos que él los toma por suyos.—¡Cuántos hay como él, de quien nadie hablaria sino fuera por sus mugeres!—Entonces le conté todo nuestro viage, y no pudimos menos de reir juntos.

Salimos por fin de la plazuela, y atravesando el jardín solo hallamos de trecho en trecho algun corro de señoras mayores hablando de asuntos graves, parándose cada momento, y siguiendó á lo lejos á sus respetables consortes, que iban reconociendo lentamente los mismo sitios en que medio siglo antes habian recibido acaso el primer flechazo de amor.

Retirado á mi posada tuve que contentarme con una comida mal condimentada y peor servida, y por la tarde salí al paseo de la *calle de la Reina*, que era á aquella hora el punto de reunion. La misma escena que por la mañana, aunque en distinto teatro. Todas las damas sentadas á lo largo del enrejado de los jardines; las conversaciones no hay por qué repetir las:—«¿Quiénes han venido en la diligencia esta mañana?—¿Quién es ese que ha pasado?—¿Y por qué Fulana no va con...?—¿Han tronado?—¿y N... tiene *plan* con esa que acompaña?»—Y asi de los demas. Nosotros por nuestra parte nos dábamos la posible importancia, hablábamos alto, con estudio, y no mirando al que dirigiamos la palabra, saludábamos con elegancia y haciendo una cuidadosa distincion segun



la gerarquía ó *notabilidad* de la persona saludada; y si podíamos pillar del brazo á un *entorchado* ó una *llave dorada*, ¡qué ufanos y qué orondos nos paseábamos entonces!

Cansado en fin de esta pantomina, me retiré, y después de la función del teatro, donde no tuve tampoco motivo de gran satisfacción, volví á mi posada tranquilamente. En el cuarto inmediato al mío habia visto luz, y de cuando en cuando oia el ruido de las botas de alguno que paseaba por el corredor, con lo que me persuadí de que el don Preciso tomaba el fresco: convencime mas y mas de ello cuando de allí á un instante miré abrirse la puerta de mi habitacion y entrar él mismo; sin embargo, mi imaginacion es rápida y no pude dejar de notar que no traia botas.—¡Ah buena maula! exclamó alborozado al verme: ¿con que usted es el *curioso parlante*?—¿Quién? ¿yo...?—Vamos, no hay que hacer la desecha, que lo sé de buen original, y ademas soy suscriptor á las *Cartas Españolas*; ¡ay amigo! y ¡qué artículo tan bello me prometo ya sobre nuestro viage, artículo *cómico* ¿no es verdad? (y la risa interrumpía sus exclamaciones). ¿A que sale allí á relucir aquel pobre hombre pretendiente, y aquel personage incógnito, y usted tambien ¿no es así? con sus amores con la dama habladora, que luego salimos con que era una criada? ¿Y mi muger? ¿qué dirá usted de mi muger y de mí? ¿Soy yo tambien persona *que hace*?—No, amigo mío (interrumpí yo con cierta sonrisa); usted es la *que padece*.

Un ligero ruido en la puerta inmediata vino en este

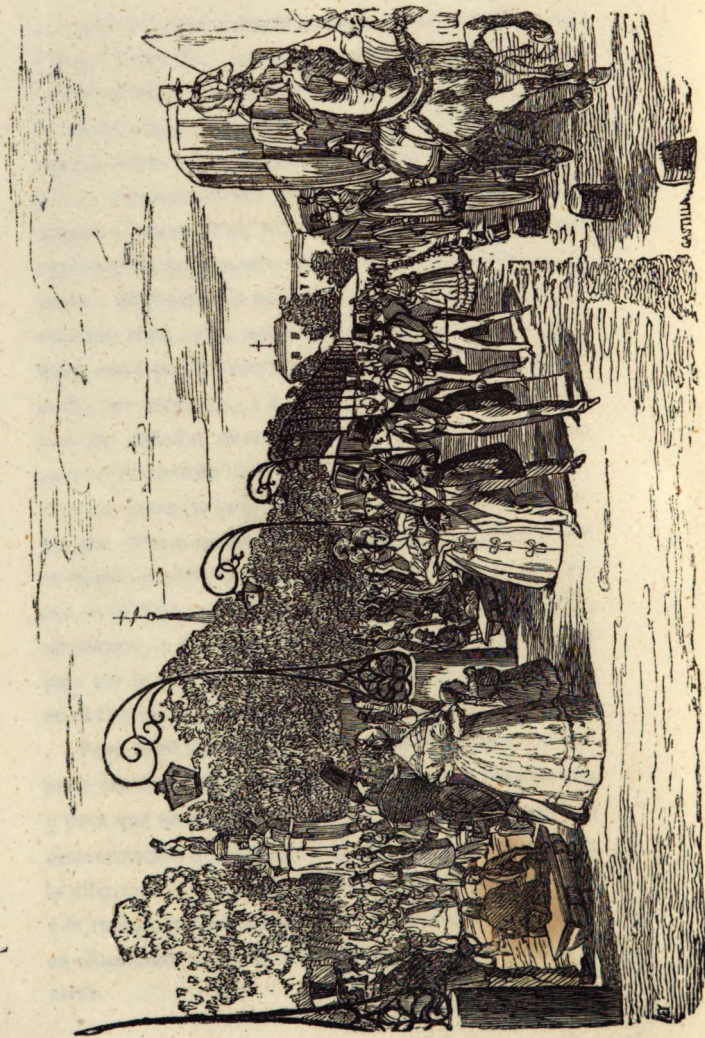
momento á llamar nuestra atencion; levantámonos, salimos al corredor, vimos entreabierta la puerta, abrimosla del todo, y hallamos al caballero consabido, que en aquel momento acababa de entrar, y la señora, que sentada junto á la ventana; escuchaba sus palabras; el primer movimiento fue el de la turbacion; pero recordando el mancebo su serenidad, espresó que solo una equivocacion de la puerta de su cuarto podria haber sido causa... Entonces ella se esplayó en demostrarnos lo fáciles que eran estas equivocaciones de noche, y yo defendí con teson tan escelente idea, con lo cual el esposo se dió por satisfecho, y á guisa de hombre de buen tono hizo los debidos ofrecimientos al vecino; este por su parte correspondió con toda la cortesia de un caballero, y yo sin pensarlo tuve que terciar en la relacion de gentes que debian conocerse y apreciarse. La conversacion se animó, el Adonis nos ofreció su valimiento y conexiones en el Sitio, nos invitó á ver todas sus curiosidades, aceptamos, y de allí en adelante no nos separamos ya ni para ver la casa del Labrador, ni en la de la Monta, ni en el Cortijo, ni en el Molino, ni en el Riajal.

Pero bien pronto esta vida monótona, que se repetia exactamente todos los dias, comenzó á fastidiarme, y para que no concluyera por hacerlo del todo, tomé la determinacion de regresar á Madrid. Subí de nuevo en la diligencia, y... mas no quiero contar lo que me pasó á la vuelta, porque seria repetir lo ya dicho, como que en situaciones semejantes las escenas se parecen unas á otras.

(Junio de 1832.)



hr.





## EL PRADO.

"Irás al Prado, Leonor,

En cuya grata espesura

Toda divina hermosura

Rinde tributo al amor.

¡Cuántos mirándote allí

Aumentarán sus desvelos!

No quieran, Leonor, los cielos

Que te los causen á ti."

*Comedia antigua.*

«**H**acia la parte oriental (de Madrid) luego en saliendo de las casas sobre una altura que se hace, hay un suntuosísimo monasterio de frailes Hierónimos con aposentamientos y cuartos para recibimiento y hospedería de reyes, con una hermosísima y muy grande huerta. Entre las casas y este monasterio hay á la mano izquierda en saliendo del pueblo una grande y hermosísima alameda; puestos los álamos en tres órdenes que hacen dos calles muy anchas y muy largas con

»cuatro ó seis fuentes hermosísimas y de lindísima agua,  
 »á trechos puestas por la una calle, y por la otra mu-  
 »chos rosales entretejidos á los pies de los árboles por  
 »toda la carrera. Aquí en esta alameda hay un estanque  
 »de agua que ayuda mucho á la grande hermosura y  
 »recreacion de la alameda. A la otra mano derecha del  
 »mismo monesterio, saliendo de las casas, hay otra ala-  
 »meda tambien muy apacible, con dos órdenes de ár-  
 »boles que hacen una calle muy larga hasta salir al ca-  
 »mino que llaman de Atocha. Tiene esta alameda sus  
 »regueros de agua, y en gran parte se va arrimando  
 »por la una mano á unas huertas. Llaman á estas ala-  
 »medas *el Prado de San Hierónimo*, donde de invierno  
 »al sol, y de verano á gozar de la frescura, es cosa muy  
 »de ver, y de mucha recreacion la multitud de gente  
 »que sale de bizarrísimas damas, de bien dispuestos ca-  
 »balleros, y de muchos señores y señoras principales en  
 »coches y carrozas. Aquí se goza con gran deleite y gus-  
 »to de la frescura del viento todas las tardes y noches  
 »del estío, y de muchas buenas músicas, sin daños,  
 »perjuicios ni deshonestidades, por el buen cuidado y  
 »diligencia de los alcaldes de la corte.»

Hé aquí una pintura del Prado de Madrid hecha en  
 el siglo XVI, y consignada en un librote *nuevo* de puro  
*viejo*, que como varias personas, no tiene otra recomen-  
 dacion que los muchos años que sobre sí cuenta. ¿Qué  
 diria el autor (*maestro Pedro de Medina*) si levantara la  
 cabeza y fuérale permitido dar ahora un paseo desde la  
 puerta de Recoletos hasta el convento de Atocha? Diria...



¡qué habia de decir! que el mundo se rejuvenece como cabeza de setentona con los específicos del doctor Oñez, y que lo que ayer era blanco, suele aparecer prieto al siguiente dia.

Por lo demas, si tales alabanzas prodigaba al Prado, cuando lo desigual é inculto de su inmenso término, lo espeso de sus matorrales, la oscuridad de sus revueltas, el inmundo arroyo que corria por toda su estension, y demas circunstancias que le afeaban, hacia olvidar tal cual trozo mas bello que de trecho en trecho pudiera amenizarle, ¿qué diria, vuelvo á repetir, si le atravesase hoy en toda su estension de cerca de media legua, marchando siempre por una superficie plana y sólida, diestramente compartida en magnificas calles de árboles, cuyas ramas se entrelazan formando una bóveda encantadora? ¿qué al contemplar en toda su estension ocho primorosas fuentes, entre ellas las de la Alcachofa, Neptuno, Apolo y Cibeles, cuya escelente ejecucion honra la memoria de los artistas españoles? ¿qué del lindísimo Jardin Botánico, de la elegante perspectiva del Museo, del gracioso peristilo de la real Plateria, de las magnificas calles que desembocan en el paseo, y de tantos objetos, en fin, como constituyen su actual hermosura?

Verdad es que en aquellos siglos de valor y de galanteria el amor embellecia, como en estos, los sitios mas ásperos y escabrosos, pues aunque el festivo Lope de Vega en un momento de mal humor se dejó decir

«Los prados en que pasean

Son y serán celebrados;

Bien haceis en hacer prados,

Pues hay bien para que sean,»

él mismo, Tirso de Molina, Calderon, Moreto y demas poetas de su tiempo, se esmeraron en encomiarle á porfia con las descripciones mas interesantes y románticas. Asi que, el Prado desde aquel tiempo ha seguido ocupando un lugar privilegiado en las comedias y novelas españolas.

¡Quién no tiene en la memoria aquellas escenas interesantes, aquellas damas tapadas que á hurtadillas de sus padres y hermanos venian á este sitio al acecho de cuál ó cuál galan perdedizo, ó bien que se le encontraban allí sin buscarle! ¡quién no cree ver á estos tan valientes, tan pundonorosos, tan comedidos con la dama, tan altaneros con el rival! ¡aquellas criadas, malignas y revoltosas, aquellos escuderos socarrones, en fin, que el actor Cubas nos representa tan al vivo en el teatro! ¡Qué es el escuchar en estas ingeniosísimas comedias (únicas historias de las costumbres de su tiempo) aquellos levantados razonamientos, aquellas intrigas galantes, aquella metafísica amorosa, que no solo estaba en la mente de los autores, pues que el público la aplaudia y ensalzaba como pintura fiel de la sociedad y espejo de sus acciones! ¡Qué gratas memorias no deberian acompañar á este Prado que todos los poetas se apropiaban como suyo! Pero al mismo tiempo ¡qué de venganzas, qué de intri-



gas, qué de traiciones no cubrieron tambien su suelo! Con efecto, su fragosidad, las circunstancias políticas, y la inmediatecion á la corte del Retiro, llegaron á darle en los últimos reinados de la casa de Austria una celebridad casi funesta.

Por fortuna, en el estado actual de nuestras costumbres el Prado solo ha conservado la parte galante. Las damas, no ya encubiertas, sino ostentando todo el encanto de sus amables atractivos, vienen periódicamente todas las tardes á este delicioso sitio, seguras de hallar en él al galan ó galaues, objeto ú objetos de sus suspiros; la reunion de la parte mas visible del pueblo, y la franqueza que da la costumbre de verse en él, hacen á este paseo la primera tertulia de Madrid.

Figurémonos verle en una de las apacibles tardes del verano, cuando ya pasada la hora de la siesta, regado durante ella, y refrescado ademas con las exhalaciones de los árboles y las fuentes, empieza á ser el punto de reunion general: Sea en aquel momento en que la multitud, abandonando las calles estrechas del lado de San Fermin, y las de Atocha, las del Jardin Botánico y las del paseo de Recoletos, viene á refluir en el gran *Salon*, centro de todo el Prado. Situémonos para el efecto de la perspectiva en la entrada de dicho Salon por delante de la fuente de Neptuno; á la derecha tendremos la calle destinada á los coches que corre á lo largo de todo el paseo. Mirarémosla henchida de carruages de todas formas, de todos tiempos y de todos gustos, que desfilan en vuelta pausadamente, dejando en el medio

espacio para los coches de la familia real, á cuyo paso todos paran y saludan con respeto.

Esta parte del paseo tiene un caracter de originalidad peculiar del pais y de la época, y que revela la confusa mezcla de nuestras costumbres antiguas con las imitadas de los paises extranjeros; v. gr., detras de un elegante *tilbury*, que Londres ó Bruselas produjo, y que rige su mismo dueño desde un elevado asiento, conduciendo pacíficamente al lacayo sentado una cuarta mas bajo, viene arrastrando con dificultad un cajon semi-oval y verdinegro, á quien el maestro Medina podria muy bien llamar *carroza* en el siglo XVI, y en el XIX llamamos *Simon*, verdadero anacronismo ambulante. Síguele en pos linda carretela abierta, charolada y refulgente, con sendas armaduras en los costados y letras doradas en el pescante; hermosas damas elegantemente ataviadas á la francesa con sombreros y plumas ocupan el centro; el cochero, de gran librea, obliga con pena á los briosos caballos á seguir el paso del furgon que va delante, y dobles lacayos con bellos uniformes, bandas y plumeros, coronan aquella brillante máquina. Inmediato á ella sigue un coche cerrado, conducido por pacientes mulas que duermen al paso, permitiendo también gozar de las dulzuras de Morfeo al cochero, al lacayo y al señor mayor que va adentro: no lejos de él pasa el modesto bombé que la bondad marital de un médico dispensó aquella tarde á su esposa; ni falta tampoco almagrado y estraño coche de camino, con grandes faroles, y ataviado á la calesera; ni berlina redonda con soberbios ca-



ballos andaluces que compromete la pública prosopopeya ; por último , unos de grado y otros por fuerza , todos se sujetan al carril , trazado desde la entrada del paseo por la fuente de Cibeles hasta la puerta de Atocha , y en el mismo , aunque por entre las filas de coches , lucen su gallardía los elegantes ginetes , quiénes solos , quiénes acompañados de damas que ostentan su bizarría dominando un fogoso alazan.

Inmediato á este paseo mírase una estrecha calle que formaría parte del salon principal , solo interrumpido por la fila de bancos de piedra , si el buen tono no hubiera hecho en ella una division mas sensible. Como los carruages van despacio , y los elegantes que no tienen coche tomarian muy á mal el ser confundidos con la multitud , eligieron este pequeño recinto como el punto mas á propósito para conservar cierta correspondencia con la sublime sociedad que se pasea sentada , y aun á despecho del olor ingrato de las mulas y caballos , y del polvo que ellos y los carruages levantan: todo lo mas notable del paseo se *extracta* aqui , no sin graves apreturas , encontrones , distracciones , y contorsiones (1). Cierran con los bancos este recinto multitud de sillas , ocupadas todas mediante el modesto rédito de ocho maravedís , que es al poco mas ó menos el valor del capital. La estension del paseo proporciona la ven-

(1) Esta calle ha desaparecido ya últimamente con la nueva colocacion de los bancos y ampliacion del salon.

taja de volverse á encontrar varias veces durante la tarde, con un período ni tan corto que fatigue, ni tan largo que enoje ó haga olvidar.

¡ Qué campo tan fecundo para el observador ! Sentado en una silla , cruzados los pies sobre otra , los anteojos sobre la nariz y el baston bajo la barba , si se inclina al lado de las fuentes en la parte principal del salon , mira desfilar delante de él la inmensa multitud : por poca que sea su penetracion, muy luego descubre las intriguillas amorosas , sorprende las furtivas miradas de las niñas , las sonrisas de inteligencia de los mozos ; marca los saludos expresivos ; nota en los semblantes de las madres los diversos sintomas de la vanidad , del cariño maternal , ó del desprecio ; tiembla al contemplar la imprudente seguridad del padre , que entretenido por el travieso niño , se distrae con él , mientras que su hermanita acaba de recibir un billete que un apuesto mancebo resbala en su mano ; sorprende las espresiones de doble sentido y las que se dicen al paso y mirando á otro lado ; está en antecedentes respecto al juego de pañuelos y al language del abanico ; y nada , en fin , se escapa á su vista penetrante y escudriñadora.

Si girando sobre su silla (con cuidado por supuesto para que no se destruya tan débil máquina con notable desman del caballero contemplativo) vuelve la vista al estrecho y elegante recinto , advierte la misma escena, aunque mas mimicamente representada. Mira á los elegantes rigoristas , afectando en su trage , en sus modales y en su habla las costumbres estrangeras : obsérvalos an-



dar tortuosamente y sin direccion fija, ora arrimándose á los coches para ver pasar uno y recibir la grata sonrisa de alguna hermosa dama, ora volviendo rápidamente cerca de los bancos para asistir al paso de otra con quien aparece cierta inteligencia; hablar alto, formar corro, acompañar entre sí un momento á estas, y dejarlas rápidamente para dar media vuelta en sentido inverso siguiendo á otras.

Todas estas y mas mudanzas habian hecho una tarde el caballero Don-Tal y el caballero Don-Cual, sugetos ambos cuya fama se estiende desde la Puerta del Sol hasta la Red de San Luis, desde el salon del Prado hasta el teatro del Príncipe: miran pasar un elegante landó, corren precipitadamente á situarse en parage conveniente mientras que una hermosa jóven baja acompañada de un caballero de edad; siguenla de cerca, y entablan en *frances* el diálogo siguiente:—

«*Ce mari, mon cher, est un homme bien original... toujours auprès de sa femme.—Cela t'etonne...? Un chevalier du quinzième siècle.—Époux d'une élégante du dix neuvième.—¿Que veux tu, mon cher, ces vieux maris dissent que le coeur ne vieillit pas.—Oui... et leurs petites femmes... hein? (con sonrisa irónica).—Chut, mon cher, notre homme peut nous entendre.—Bah! Tu oublies que de son temps on n'apprenait en Espagne que notre pauvre langue! Car, j' conviens, nos ayeux etaient des sottes gens!—Cependant, malgré nos avantages modernes, Madame fait la cruelle... Elle ne te regarde pas, mon cher...!—Elle m'adore cependant, car elle rit*

*toujours lors qu' elle me voit... oui, mon cher, elle rit.—*  
*Bravó, mon cher, bravó; c' est bon signe.»*—  
 A este punto pasó un quidan del lado de la pareja marital, y habiéndola saludado le cogió el esposo del brazo y siguieron andando; viendo el recién venido que ambos consortes iban riendo, no pudo menos de preguntarles la causa, y el marido con suma cachaza le dijo en voz alta:—«Amigo, no puede usted figurarse lo que me voy divirtiendo con estos tontos de estrangeros que vienen detras.—(¡Diable! dijo uno de los dos.—*Tais toi,*—replicó el otro.)—Porque han pasado y repasado mil veces por delante para ver á mi muger; vuelven, se paran, y hacen, en fin, mas mudanzas que los danzantes que suelen ir delante de las procesiones.—Pero, hable usted bajo, que lo van á comprender!—¿Qué han de comprender! Sino saben el español; nada; impunemente puedo decir que son unos majaderos.—(La esposa en este momento estrechó el brazo de su marido como temiendo que ellos lo entendiesen.)—No tengas miedo. ¿Te parece que esos tontos se habian de ocupar en aprender el español? Nada menos que eso. En su tiempo no se aprende tal lengua.—Es que, replicó el amigo, pudieran ser españoles, y acaso me atreveria á apostarlo, pues en sus modales echo de ver mas caricatura que caracter frances.—¿Cómo es posible que lo sean! ¿No ve usted que no entienden lo que digo?—Cierto que eso me hace dudar.—(Durante esta conversacion, ellos, haciendo los indiferentes, siguieron hablando de cosas generales, siempre en frances, sin darse por notificados del contenido diálogo.)



Cerca ya de anoecer subieron en su coche los consortes y salieron del Prado. Inmediatamente corrieron casi á escape por la Carrera de San Gerónimo los dos elegantes ambiguos, siguiendo el coche; pero el cochero (á quien sin duda habian descuidado aquella tarde) no les tenia consideracion, pues sacudiendo los caballos, obligó á los de á pie á volar y sudar, hasta que convencidos de que con cuatro pies se va mas lejos, y que ellos por la bondad del cielo no podian contar mas que con dos cada uno, dieron media vuelta y regresaron al Prado, metiéndose por el medio del salon.

Todo lo observaba yo desde la fuente de Neptuno, y no siéndome indiferente averiguar el final de sus aventuras, seguilos con disimulo, y pude escuchar su conversacion. Por supuesto era en español corriente, y por los nombres que mútuamente se dieron, no pude menos de conocer que eran en un todo *originales*. Hablaron largo de su aventura, rieron estrepitosamente, y despues se lamentaron de que por haber paseado *del lado de allá* habian faltado á la cita con ciertas *chicas* que les habrian estado esperando *del lado de acá*.—«Ya ves, decia el uno, durante la fuerza de la tarde, ya conoces que seria muy *plebeyo* pasear á este lado.—Es verdad, y aunque acaso nos hubiera traído mas cuenta...—Sí, pero tú debes decirlas que hasta el anoecer no nos esperen.—Cierto que ya al anoecer es distinto, porque al cabo esta es una intriguilla de *tercer orden*, y como si dijéramos de *entre sol y sombra*.

En esto una viejecilla con dos muchachas, frescas y



francas, apretaron el paso detras de ellos, y llegando bonitamente á su lado les insinuaron con mucha suavidad la punta de un alfiler en cada brazo.—«¡ Ah, Fulanita, Zutanita, son ustedes!»—Y desde este punto y hora una conversacion jovial y animada se entabló entre los cinco, mientras subian graciosamente interpolados por la calle de Alcalá. Pasaron (sin entrar) por el elegante café de Solis; dejaron á uno y otro lado los concurridos de la Aduana, los dos Amigos, la Estrella, Buen-gusto &c., y dieron fondo en uno de los ángulos del sombrío y emparrado patio del café de Europa, calle del Arenal, donde les dejaremos por ahora para descansar un rato.

(Junio de 1832.)



## LAS CASAS POR DENTRO.

### CARTA DE UN CURIOSO PROVINCIAL AL CURIOSO MADRILEÑO.

«Señor curioso, muy señor mio : desde que hallándome en esa capital, empezó usted á publicar sus observaciones sobre las costumbres de Madrid, en el periódico titulado *Cartas españolas*, me incluí en el número de los suscritores á dicho periódico, lisonjeado por la idea de que aun despues de mi salida de esa refrescaria en mi imaginacion (con el auxilio de usted) aquellos cuadros que tantas veces habian herido mis sentidos. Otro servicio aun mas importante me ha hecho usted, cual es el de haberme relevado de la insoportable precision de responder á tantas preguntas como al regresar de mis correrías me hacian siempre mi muger, mis hijos y mis amigos; pre-

cision á la verdad mas dura que lo que parece, pues ya sabe usted que el hacer descripciones no es para todos, y mas si han de reunir las circunstancias de verdad, chiste é interes. Asi es que vi el cielo abierto con la oferta de usted, y desde entonces cuando alguno me importuna con sus dudas sobre tal ó cual objeto de la corte, siempre le remito al momento en que á usted se le ponga en las mientes hablar de él.

»Pero es el caso, señor parlante, que como quiera que es mas facil preguntar que responder, casi siempre me encuentro atrasado de contestaciones con estas gentes, y Dios sabe lo que usted me hace penar hasta que llega la suya. Pero llega, y entonces es el pavonearme yo, reunir la asamblea, desplegar magestuosamente el papel, correr la vista en silencio por las primeras lineas, sonreirme un tanto cuanto, gozándome en la impaciencia de mis oyentes, y empezar en fin mi lectura con todo el énfasis de un poeta novel.

»Mas la exigencia de los demandantes rara vez se da por satisfecha con la racion que usted nos concede; quisieran ellos en pocos momentos ponerse al corriente de lo que sin duda habrá costado á usted muchos años de observacion; y si bien esta ansiedad me parece injusta é irreflexiva, no dejo sin embargo alguna vez de convenir con ellos en ciertos extremos. Por ejemplo; no pudo menos de hacerme fuerza la reflexion de una de mis niñas, que decia dias pasados—¿Por qué ese señor Curioso casi siempre nos habla de los objetos públicos, como calles y paseos, y nada nos ha dicho aun del interior de las ca-



sas? ¿Pues qué, nada hay que decir de ellas en Madrid?— Calla, niña, la contesté yo, que *todo se andará si el palo no se rompe*, y trazas lleva el tal señor de no dejarlo tan pronto.—Mas si bien es cierto que la hice callar, no así calló mi imaginativa, que me inclinó á pensar que la chica podria tener razon, y que si en lo sucesivo habiamos de juzgar con acierto de los dramas que nos presente en sus cuadros familiares, era indispensable ante todas cosas hacernos tomar conocimiento exacto del lugar de la escena.

»Fue tanta la fuerza que me hizo esta consideracion que me determiné á escribirle á usted, y para mas empeñarle en mi objeto, y sin que sea visto querer introducirme en su terreno, me ha parecido conveniente hacerle una ligera descripcion de la casa en que yo viví en Madrid, por si en ella encuentra alguna ó algunas circunstancias que puedan aplicarse cómodamente á las demas.

»Pero antes de dar principio á mi bosquejo, será bien enterar á usted de que mi marcha á Madrid fue convidado por los veraces ofrecimientos de un antiguo amigo, sugeto de consideracion en la corte, el cual exigió de mí la circunstancia de haber de habitar en su casa, con el objeto de no apartarnos un punto en mis correrías por el pueblo; la posicion social de mi amigo, y sus mas que medianas facultades, me convencieron de que sus ofertas no le serian molestas, y acepté el convite.

»Di fondo en una de las cinco grandes calles que desembocan en la famosa puerta del Sol, y delante de un

luenguisimo caseron. La multitud de sus balcones y ventanas, la elegancia de su pintura, aun reciente, y las demas circunstancias que constituian su adorno exterior me afirmaron en la idea de que iba á habitar en un palacio y en el seno de las comodidades; pero puse el pie en el portal y desapareció la ilusion, echando de ver por mi desgracia que este era el primer petardo que se me ofrecia en Madrid.

»Por de pronto, el tal portal era medianamente estrecho, oscuro y prolongado, y la mitad de su espacio hallábase acotado por un remendon de zapatos, que á falta de portero ejercitaba no mal el oficio de despertador; la otra mitad se hallaba interrumpida por el *doble* y repugnante depósito indispensable en los portales de la corte; por manera que para ganar la escala era forzoso atravesar entre ambos escollos: es verdad que en logrando pillar esta, ya podia uno olvidarse de aquellos, para ocuparse esclusivamente en las revueltas, desniveles y tortuosidades de tan ingeniosa arquitectura; solo tenia una contra tan prolijo examen, y era que si por casualidad se oian resonar en la parte mas alta las rotundas pisadas del aguador asturiano, no habia mas remedio que volver á bajarse, ó hacer que él volviese á subir, por la imposibilidad de hallar paso simultáneo. El adorno de tan magnifica escalinata era correspondiente, y consistia en una barandilla de hierro, enemiga natural de todo guante de color; unas ventanas que daban á un patio, cubiertas con vidrios verduscos y ennegrecidos por las moscas (á escepcion empero de algunos mas claros que



los de Venecia, por donde se trasmitia no solo la luz, sino el aire y el agua), y en lo alto de toda la fábrica un tragaluz, que propiamente se la tragaba, y aun tambien á una numerosa cohorte de bichos centípedos que habitaban aquellas regiones.

»Delante de la meseta principal, un vaso de vidrio enclavado cerca de una ventanilla prestaba su escasa luz durante las primeras horas de la noche. Por último, en cada descanso habia dos ó tres ó mas puertas que indicaban otras tantas habitaciones separadas, y al lado de cada una colgaba un pedazo de cordel, un hilo de alambre, ó una cadena tosca de hierro para llamar. Exceptuáanse sin embargo algunas puertas del piso tercero, donde sin necesidad de llamar, solian abrir al menor ruido de botas.

»Mi amigo, segun pude averiguar á duras penas, ocupaba una de las habitaciones principales. No puedo negar á usted que la primera vista de ella me causó mucha estrañeza, no acertando á encontrar la mas mínima analogía entre las circunstancias del sugeto y las de la habitacion; pero poco á poco me fui convenciendo de que todo consiste en los nombres de las cosas mas que en las cosas mismas, y que tal podria yo tomar por estrecha y mezquina venta, que no fuese sino espléndido y cómodo castillo.

»Despues de una antesala, que por lo breve podria pasar por esdrújulo, se entraba en el gran *salon*, que consistia en un *cuadri* no mas *longo* que de unos treinta pies por veinte de ancho. Compartian la pared de fachada

dos balcones, dejando en el medio un espacio suficiente para un espejo, una mesa con un reloj, y dos quinqués. La pintura de toda la sala era sencilla, de color de caña, interrumpida en las esquinas por fajas de otros colores: un sofá, una docena de sillas, cuatro chucherías en las rinconeras, seis vistas de la *Suiza* en sendos marcos de caoba, una modesta lámpara pendiente del techo, y un velador colocado debajo concluian el adorno del salon principal: el *gabinete* inmediato jugaba por el mismo estilo, si bien ostentaba dos muebles mas, á saber: el indispensable brasero, y una jaula dorada cerca del balcon. La alcoba principal no tenia mas relieve que la cama lisa, llana y limpia de colgaduras y garambainas. Pasábase despues á unos *dormitorios* á guisa de camarotes de fragata, tan espaciosos que el durmiente podia mu y bien formarse una perfecta idea de su última mansion. En seguida me ostentó mi amigo sus *galerias*, que eran dos corredores, cuyas inevitables paredes se iban desgastando en los codos de los transeuntes. Estas estaban adornadas con colecciones muy entretenidas de mapas de las provincias de Valaquia y Moldavia.

»Tambien tenemos aqui nuestro jardin» (me dijo asomándome á un estrecho patio, donde campaban hasta unos ocho tiestos; y cuya elevada altura, cruzada en todas direcciones de cuerdas llenas de ropas puestas á secar, le daban cierta semejanza al interior de un buque empavesado). Luego me llevó al *comedor*; verdad es que entonces estaba haciendo de *sala de baño*; despues me mostró su *estudio*, cuyas vistas agradables sobre un te-



jadillo le hacian muy á propósito para el caso.—¿Y el *tocador* de tu esposa? le dije yo.—Ya le hemos dejado adelante, en aquella pieza donde tengo mi *biblioteca*.—¿Tambien esa?—Tambien esa.—En efecto, luego pasamos por la biblioteca, y vi sobre una mesa dos legajos de Diarios de avisos, una Guia de forasteros, un Calendario, un tomo cuarto del Quijote y una novela sentimental que el maestro de baile habia prestado á la señorita.—Por último, vimos la *cocina*, que era ancha como cañon de chimenea, y tan clara como las Soledades de Góngora: no tengo necesidad de advertir que se hallaba adicionada con el estrecho recinto que mas lejos de ella debia colocarse, porque ya se sabe que esta es circunstancia indispensable en las cocinas de Madrid. De alli se pasaba á una *dispensa* lo suficientemente húmeda para prestar cierto saborete á todos los bastimentos en ella apiñados; y por último, se bajaba á los *sótanos* y *bodegas*, cuya estension era tal que habia que mirarlos desde la escalera siempre que estaban surtidos de un carro de carbon ó dos arrobas de vino.

»Tal, amigo mio, era la habitacion principal de esta casa; juzgue usted ahora de las demas. Pues siendo cual era tenia dos tiendas, y en ellas vivian un sombrerero y un ebanista; el zapatero del portal dormia en un chiriviti de la escalera; un maestro de esgrima en el entresuelo; un empleado y un comerciante en los principales; un maestro de escuela y un sastre en los segundos; una ama de huéspedes, una modista y una planchadora en los terceros; un músico de regimiento, un grabador, un

traductor de comedias y dos viudas ocupaban las boardillas, y hasta en un desvancillo que caía sobre estas había encontrado su asiento un matemático, que llevaba publicadas varias observaciones sobre las principales alturas del globo.

»Por lo que á mí toca, bien pronto empecé á suspirar por las comodidades á que estaba acostumbrado; y así es que á los cuatro meses abandoné aquella mansion y volví á esta provincia; pero júrole á usted que no pude hacerlo sin notable deterioro de mis sentidos; pues gracias á la escasa luz que el patio empavesado nos suministraba, perdí algunos grados de vista; mi olfato llegó casi á neutralizarse con las continuas exhalaciones de los pozos, albañales, comunes y vertederos de la tal casa; por una consecuencia inmediata vino á resentirse el gusto, que siempre tuve delicado; el oído perdió su natural fineza con la bataola del zapatero, del ebanista, del esgrimidor, de los chicos de la escuela y del músico; y solo el tacto llegó á sutilizárseme hasta un punto tal, que atajaba en su camino en el punto y hora que quería á las antropófagas chinches que paseaban mi persona en aquellas fementidas alcobas durante la hora de la siesta.

»Hé aquí, curiosísimo señor, la pintura fiel de mi habitacion en Madrid: ignoro si las demas (hablo tan solo de las de la clase media) se le parecen, y en este caso, no puedo menos de compadecer á ustedes, porque pagan á precio de oro tantas inconveniencias, mientras aquí disfrutamos habitaciones cómodas y aun regaladas por lo que ahí cuesta una boardilla. De todos modos espero que



me conteste para desengañarme, y que reconozca desde ahora uno de sus apasionados en = *El provinciano.* »

Y *el parlante*, poco deseoso de decidir tamaña cuestion, deja por hoy á sus lectores la propiedad de inclinarse al partido que bien quieran, y al *provinciano* la posesion de ejercitar su despiadada sátira contra las casas de Madrid.

(Julio de 1832.)

1802 y 1852.

*Ætas parentum , peior avis , tulit  
nos nequiores , mox daturos  
progeniem vitiosorem.*

*Hor. od.*

**E**l termómetro de Reaumur señalaba puntualmente 30 grados sobre cero, y el reloj del Carmen acababa de dar las cuatro de la tarde. Todo reposaba en torno de mí; dobles persianas y cristalería impedían la entrada en mi mansion al aire abrasador que destruye las fuerzas y á la accion aun mas terrible del sol canicular; toda la casa presentaba el aspecto de una verdadera noche, y sus habitantes todos yacían entregados á las dulzuras del sueño; ningun ruido de carruage ni de paseantes interrumpia el silencio de las calles, donde segun la espresion de cierto viajero, «solo se encontraba á tales horas algun frances ó algun perro.» Los cafés, las tiendas, los esta-



blecimientos de todas clases, cerrados herméticamente; los portales llenos de mozos que dormían; todo, en fin, reposaba en armonía perfecta, procurando recobrar en brazos de Morfeo las fuerzas que el calor había debilitado.

Brava ocasión para que un extranjero nos hiciese una bella disertación pretendiendo demostrarnos los incalculables perjuicios que esta *segunda noche* nos proporciona: ¡con qué exactitud matemática nos ajustará la cuenta de las horas de trabajo que roba á nuestras manufacturas, haciendo subir escesivamente el precio de sus productos! Luego se empeñará en probarnos que inutilizamos la mayor parte del día, suspendiendo todos los trabajos para comer precisamente á la hora que mas calor hay y menos apetito; de aquí sacará la consecuencia de que sin esta costumbre la siesta no nos sería necesaria; después pasará á demostrarnos lo perjudicial que es á nuestra salud el sueño después de la comida, por la acumulación del calor á la cabeza en el momento en que mas falta hace en el estómago para operar la digestión; en seguida nos amenazará con el entorpecimiento de nuestros sentidos, con las plétoras, accidentes y parálisis; y en fin, nos dirá tanto... tanto...—Nosotros sin embargo, bien sea porque la acción del clima pueda mas que aquellos argumentos, bien porque una invencible costumbre nos arrastre á ello, marcharemos sin responderle una palabra á *dormir la siesta*. ¿Cómo resistir á este impulso general, ni qué hacer donde todos duermen? Dormir como todos.

Mas como quiera que el señor Morfeo es un sugeto

á quien no se puede pedir cuentas de sus acciones, que reparte su beleño cuando le place, y sobre quien le place, y por lo visto se hallaba á aquella sazón á algunas leguas de mis sentidos, ello es lo cierto que yo velaba como novia en visperas, hasta que cansado de volver y revolver sobre mi desvencijada persona, y de dar tormento á la acalorada imaginacion, resolví en fin abandonar el lecho, abrir un balcon y asomarme á él.

Entonces fue cuando hice las reflexioncillas arriba dichas, y estando haciéndolas, sentí en la cabeza un chinarrito bajado de la vecindad... alzo la vista y miro... No sé si acaso se acordarán ustedes, señores lectores, de un mi vecino don Plácido, de quien creo haberles hablado ya. Pues este ni mas ni menos era el que en tal guisa y á tales horas interrumpia mi amostazado soliloquio, para contarme un desvelo como el mio y una resolucion idéntica. Y como el silencio de la siesta nos convidaba á cruzarnos de razones, subí á su habitacion para hacerlo cómodamente, y medio tendidos en dos sofás entablamos nuestra sabrosa plática.

Por de pronto discurrimos acerca de los sucesos del día; pero como mi vecino es algo viejo, y á los viejos les sucede con la imaginacion lo que con la vista, esto es, que ven mejor los objetos distantes que los mas cercanos, muy luego encontré medio de enderezar ingeniosamente la conversacion hácia aquellos tiempos en que él brillaba en Madrid, y en que por sus buenos modales, su instruccion y sus conveniencias, era tenido por el *hombre á la moda*.



—«Desengáñese usted, me decia; el transcurso de treinta años, y los extraordinarios acontecimientos que en ellos han mediado, han sido bastantes para alterar nuestras costumbres en términos, que á uno que hubiera dejado nuestra capital en 1802 le seria imposible reconocerla en 1832. Es cierto que en la época actual la hallaria mas decorada y brillante, observaria mas actividad en nuestra industria, admiraria los progresos de las artes, veria con placer los muchos establecimientos destinados á difundir los conocimientos útiles, notaria los adelantos que el buen gusto ha introducido en las habitaciones, en los trages, en los monumentos públicos, y quedaria al pronto seducido con esta erudicion á *la violeta*, que hace á la juventud del dia lucir y brillar aun delante de la esperiencia y la senectud. Todo esto, no hay duda, ocurriria al forastero de treinta años, y por de pronto confesaria avergonzado los progresos de la actual generacion; pero en cambio de aquellas ventajas, ¿no hallaria muy luego la ausencia de otras mas sólidas y duraderas? ¿No echaria de ver muy pronto la alteracion que ha experimentado nuestro caracter? ¿Adónde encontraria ya aquella ingénua virtud, aquella probidad natural que eran el distintivo de nuestros mayores? ¿Dónde el sólido saber, que aunque patrimonio de pocos, ofrecia á la posteridad obras clásicas é inmortales? ¿Dónde aquella franqueza sencilla que daba á los placeres inocentes su verdadero colorido, y al trato general comunicaba la alegría y confianza? ¿Dónde, en fin, aquella cómoda reparticion de fortunas, aquel bienestar general,

que ahuyentaba las ideas de ambicion , y permitia á todos ostentar sus respectivas facultades , sin pretensiones ni cálculos ? En lugar de esto , ¿ qué hallaria ? Desden de las virtudes pacíficas y sólidas ; el vicio embellecido con todos los recursos del entendimiento ; fortunas desiguales y rápidas ; reputaciones usurpadas ; confusion grosera de todas las clases ; ficcion en el trato exterior ; cábala é intrigas interesadas en el interior ; la amistad hecha una pura palabra ; el amor un juego de ellas ; la coquetería convertida en gracia , la pedantería en ciencia , y el charlatanismo en virtud. Esto , desengáñese usted , esto , y no mas , veria el forastero en nuestros magnificos salones , nuestros refinados espectáculos , nuestros elegantes cafés , tiendas y paseos.

—Paréceme sin embargo (le contesté yo algo mohino que la prevención con que usted mira las cosas le hace verlo todo con colores demasiado fuertes , y en cambio podría yo oponerle cuadros en que resultase todo lo contrario de lo que usted afirma.

—«No hay regla , me replicó el vecino , por general que sea , que no tenga sus escepciones , y no podré negar que acaso serán numerosas las de esta ; mas sin embargo , creo poder asegurar que lo general inclina mas bien al bosquejo que llevo trazado. Acaso me pretenderá usted negar las ventajosas circunstancias que yo concedo á nuestra sociedad antigua ; pero para convencerle de ello con un ejemplo , le presentaré el espectáculo de una casa adonde yo concurría diariamente en 1802.

»El amo de ella , hombre como de cuarenta años , fran-



co, amable y lleno de conocimientos, habia seguido su carrera de empleado hasta llegar á un destino que le proporcionaba un buen sueldo y consideracion en la corte. Su esposa, digna de él por su amabilidad y juicio, dirigia el gobierno de la casa con aquella inteligencia é interes propios de quien reúne á una buena educacion un constante deseo de hacer felices á su esposo y á sus hijos, y los dos que tenia, varon y hembra, eran el objeto continuo de sus cuidados maternos. El muchacho asistia á las escuelas, y fue puesto en un colegio á los diez años; la niña aprendia cerca de su mamá aquellas labores y conocimientos propios de una muger que algun dia ha de dirigir una casa y hacer la dicha ó la desdicha de un hombre: ¡cuántas horas contemplando la ventura de ambos esposos hube de convenir en la felicidad conyugal! En ellos no habia mas que un pensamiento, que era el de amarse y hacerse mas placentera la existencia; el sueldo del esposo, y el producto de algunas haciendas, bastaban de tal modo á sus necesidades, que despues de sostener su casa con esplendor, todavia la económica compañera encontraba medio de hacer algunos ahorros en beneficio de sus hijos.

»La sociedad que frecuentaba tal casa era digna de ambos; amigos francos y leales, jóvenes bien educados, mugeres amables y virtuosas: yo solia asistir á su mesa ciertos dias al mes; era abundante, pero sin ostencion, franca sin grosería; despues soliamos irnos al teatro ó á paseo; volviamos á casa, y á poco rato empezaba la tertulia. Por supuesto la primera operacion era refrescar y

tomar chocolate; luego entraba la partida modesta de mediator ó de dominó, en tanto que los jóvenes hacian juegos de prendas bajo la inspeccion de las madres. Todo era alli animacion, alegria, franqueza; el amor no temia manifestarse; seguros todos de las buenas cualidades mútuas, no dudaban en entregarse á sus puras sensaciones, y yo asisti á mas de tres bodas que resultaron durante el tiempo de nuestra tertulia; la amistad no temia comprometerse, las opiniones se debatian riendo, las disputas concluian con un cigarro, y las pérdidas del juego nunca daban lugar á cambiar un doblon. Daban las once, y todos nos retirábamos satisfechos unos de otros, sin sospechar que hubiera en el mundo otra clase de placeres, y deseando que pasasen las horas para volver á reunirnos. Tal, amigo mio, era el espectáculo que presentaba la casa de don Melchor del Vallecillo; búsqieme usted ahora muchas por este estilo.»

—¿Cómo dice usted que se llamaba? repliqué yo precipitado.— Don Melchor del Vallecillo. ¿Pero qué tiene usted, que se ha inmutado? ¿Acaso le ha conocido? ó...—No señor, no le he conocido; pero ciertamente no podia usted haber escogido otro ejemplo mas á propósito para apoyar su idea. Y va usted á verlo.

Yo frecuente en el dia una de las casas mas elegantes de Madrid. Todas las circunstancias que deberian embellecer la existencia de un hombre se habian reunido en el amo de ella; salud, fortuna regular, un buen empleo, una muger con quien se casó enamorado, dos hermosos niños, consideracion en Madrid, todo se le ofrecia para



hacer su dicha; pues este hombre por seguir el sistema de la moda ha hallado el medio de ser infeliz. Llegado á una edad regular, habiéndose casado, y obtenido por su buena suerte el mismo destino que ocupó su padre, empezaron á desenvolverse en él la ambicion y la vanidad, y le sujetaron á su carro de tal modo, que dejó de gozar en el momento que debia empezar á verificarlo. Por de pronto, no pareciéndole bien el cuarto que su padre habia vivido, se trasladó á una habitacion magnifica, y menospreciando los antiguos muebles que formaban el adorno de aquel, alhajó esta con todo el refinamiento de la moderna elegancia; su esposa, cuyo caracter débil es muy á propósito para seguir las impresiones que la quieran comunicar, se dejó seducir, como es natural, al aspecto del lujo y la magnificencia; segundó grandemente las ideas de su esposo, ayudóle á derramar su dinero, y creciendo en necesidades supérfluas llegó á poner su casa en un tren que compite con las primeras de la corte.

Con tan bellos elementos ¿quién resiste á la tentacion de tener sociedad? Tuviéronla en efecto, y desde el principio vieron llenos sus salones de gentes de varias esferas; desocupados, seductores, damas de fortuna, maridos tolerantes, esposas ligeras, jugadores, músicos y danzantes. El marido, que como todo hombre de gran tono empezó por hacer un viage de dos meses á Paris, volvió á su casa tan lleno de aquellas *maneras*, que quiso iniciar en ellas á su esposa. Esta no tardó en aprenderlas y exagerarlas, y muy luego fue citada como el modelo de las damas á *la derniere*. Entre tanto el gasto de la casa se

ha hecho exorbitante, como puede usted creerlo; el sueldo del destino, los productos de las haciendas, y aun de sus mismos capitales, todo desapareció como el humo, y nuestro hombre se ha visto precisado á recurrir á la intriga y á la bajeza con el objeto de prosperar mas en su carrera, y proporcionarse medios de bastar á su disipacion. Su casa desde entonces quedó abierta á ciertos personajes, protectores gratuitos, y á ciertas damas de corte á quienes adula y encomia, no sin notable burla del resto de la tertulia, que conoce sus miras. Uno de aquellos, hombre de mundo y de las peores ideas, le tiene seducido con su proteccion, y mientras tanto obsequia á su muger; ella tal vez no le escucharia; pero el mismo marido... ¡qué infamia! la obliga á contemporar y no ponerle mala cara. Entre tanto él se encierra en su sala de juego, aventura allí el resto de su fortuna, se aficiona á ciertos manejos indecentes, y aturdido con sus pérdidas y ganancias, y con el ruido del baile que suena en el salon, no advierte que han dado las dos de la mañana...

Pues esta casa que le acabo á usted de describir es la de don Melchor del Vallecillo, y este hombre el mismo don Melchor.

—¡Dios mio! exclamó mi interlocutor: ¿será posible? El hijo de mi buen amigo, el joven criado en el seno de la virtud ¿habrá degenerado hasta ese extremo?

—¡Ay don Plácido! que no es sino demasiado cierto.—¿Lo ve usted, lo ve usted? no le aseguraba yo antes que hoy dia...—¿Y qué sirvieron los buenos ejemplos,



la excelente educacion?—; Qué han de servir, me contestó don Plácido, contra la influencia de la moda y treinta años de diferencia...!

A este punto llegábamos de nuestra plática, cuando los gritos de los ligeros valencianos que pregonaban sus refrescos, y la animacion de las calles, nos hizo conocer que era pasada la hora de la siesta, y cogiéndonos afectuosamente las manos, nos separamos sin hablar mas.

(Agosto de 1832.)

la excelente educación?—Que han de servir, me con-  
 testa don Plácido, contra la influencia de la moda y  
 trinitarios de diferencia...

A este punto llegábamos de nuestra plática, cuando  
 los gritos de los ligeros valencianos que preguntaban sus  
 retrocesos, y la animación de las calles, nos hizo conocer  
 que era pasada la hora de la siesta, y cogiéndonos á se-

## LOS AIRES DEL LUGAR.

“¡Qué horror! á Madrid me vuelvo,  
 que allí hay mas comodidades  
 si los vicios no son menos.”

*Breton.*

—«No hay remedio, amigo don Tal: usted está malo, y es preciso desterrar ciertos humores que *nosotros* los físicos llamamos *humores acres, proclives; espontáneos y corruptentes*; y para ello nada encuentro tan acertado como el que vaya usted á *tomar aires* fuera de Madrid.— Si usted me lo ordena...—Sí, amigo, y con toda la autoridad de la ciencia; su imaginacion de usted demasiado ocupada de trabajos mentales, necesita distraccion y desahogo: al mismo tiempo le es á usted conveniente el respirar un aire libre y puro, no como este mefítico que nos rodea en la capital; en fin, la vida del campo volverá á usted sus fuerzas, y ensanchará su pecho, ofreciénd-



dole placeres sencillos é inocentes que no ha experimentado aun.—¿Y hácia dónde parece á usted que dirija el rumbo?—Adonde usted quiera, con tal que sea á un pueblo sano, y á bastante distancia de Madrid.—No entiendo esa última circunstancia.—Pues créame usted, y sígala aunque sea sin entenderla.»

Mi doctor (que es algo brusco de modales) tomó á este punto su sombrero y me dejó sin mas preámbulos cavilando sobre el nuevo proyecto que me indicaba. Inmediatamente corrí á rodearme de los ciento y tantos cuadernos que van publicados del Diccionario Geográfico Universal; item, del Atlas que le acompaña, con el objeto de escoger sitio adonde dirigirme en busca de la salud y de los placeres puros é inocentes. Todo se me volvía tomar y dejar mamotretos, consultar viages pintorescos, contemplar estampas de paisages y marinas, recitar églogas pastoriles, y reunir, en fin, un copioso número de materiales para el nuevo género de vida que iba á seguir durante algun tiempo. Pero por mas que cavilaba nada decidía, hasta que resolví salir á la calle á consultarlo con el primero que la suerte me deparase.

La casualidad á veces sabe mas que un libro, y ella y mi buena suerte hizo que me dirigiese á casa de *don Melquiades Revesino*, cuya familia es para mí de la mayor franqueza. Por qué tanto la ballé cuidadosamente ocupada en discutir un proyecto semejante al que á mí me desvelaba; quiero decir, en salir á tomar aires á un lugar.

Motivaba esta improvisa determinacion (á lo que su-

pe despues) cierto amorío de la niña de la casa con el joven *don Luisito del Parral*, mozo brillante, no por su elevada cuna, no por la superioridad de sus talentos, no por la abundancia de sus riquezas, no, en fin, por su perfecta persona, sino por un cierto aire de estrangerismo aprendido en un viage que hizo á Bayona, por un tono decisiyo y abierto, hijo natural de la calle de la Montera, y por cierta elegancia en el vestir debida á la sabia tijera de *Rouget*; mozo, en fin, á la moda, muy versado en la chismografia corriente, y tan poco conocedor de los sucesos pasados como nada cuidadoso de los futuros.

Pues este tal era el que inflamando el corazon de *Jacinta* (que tal era el nombre de mi heroína) alteraba la paz de aquella casa, y destruía la salud de la niña, cuya palidez y tristeza se aumentaban desde el dia en que al celoso don Melquiades se le ocurrió privar á aquella entrada en su casa. Desde tal momento la niña era el objeto de los mas solícitos cuidados; se la mimaba cuidadosamente, ya ofreciéndola manjares delicados, ya tomándola maestros de canto y de dibujo, ya llevándola del Prado á la ópera, y de esta al baile; pero nada era suficiente á borrar la impresion que el mancebo habia hecho en su alma, y toda la facultad matritense, convocada al efecto, habia declarado solemnemente que la chica adolecia de una melancolía que acabaria con ella si por el pronto no se tomaba la determinacion de sacarla de Madrid. Tal era el apuro de esta familia, que no titubeó un momento en llevar á efecto tan sabia determi-



nacion , y hé aqui que yo llegué cuando estaban discutiendo el punto de direccion.

Nada les podia servir mejor que mi llegada , pues viniendo , como venia , lleno de la misma idea , y cargado ademas de erudicion geográfica , estaba en el caso de contribuir grandemente á fijar la cuestion. Seducido con la idea que me propusieron de acompañarles en la partida , hablé larga y asombrosamente sobre los diferentes paises conocidos ; cité lugares célebres , atravesé montañas , salté rios , y dejé á todos pasmados con lo mismo que acababa de leer (costumbre harto frecuente en ciertos sabios del dia) ; pero á todo se me contestaba con esta pregunta :—«¿Y cuántas leguas está eso de Madrid?»— y en pasando del espacio que ellos determinaban ya no habia forma de reducirles. Por fin , despues de largos y acalorados debates y comparaciones topográficas , históricas y criticas , determinamos de comun acuerdo que el viage seria... á *Carabanchel* ; célebre lugar situado donde acaso mas de un geógrafo ignora , y en cuyas ventajosas circunstancias convino toda la sociedad.

Una sonrisa de Jacinta fue la señal de la aprobacion general , y desde aquel momento ya no se pensó mas que en los preparativos del viage , que se fijó para de alli á ocho dias. Don Melquiades salió á contratar el carruage , la mamá y la niña al almacen de *Carrillo* á comprar trages y adornos de camino , á consultar de paso con *madama Adela* la forma de los sombreros , y á despedirse de todos sus conocidos ; ot.o se ofreció á sacar el pasaporte , aunque luego nos ocurrió que hasta pasadas seis leguas

de Madrid no teníamos necesidad de él; otro se encargó de preparar casa; un poeta de surtido que frecuentaba la tertulia corrió á componer una despedida *cantabile*, y yo me volví á empaquetar mis efectos, mi biblioteca de campo, mis mapas, mis anteojos y catalejos, y á comprar un libro en blanco para escribir las observaciones histórico-críticas del viage.

En tan complicadas operaciones, llenos de las ideas y proyectos mas lisonjeros, y saboreando de antemano los placeres que íbamos á disfrutar, pasaron aquellos ocho dias, hasta que lució la suspirada aurora, y antes que el sol iluminase el horizonte ya nos hallábamos reunidos en casa de don Melquiades con todo el tren y aparato de marcha. Los abrazos, las lágrimas, los suspiros se prolongaron largo rato; los respectivos utensilios, cofres, maletas, sacos de noche, colchones y demas, fueron colocados en el coche; y subiendo en él el papá, la mamá, la niña y yo, con dos criadas, empezamos nuestro camino escoltados de algunos buenos amigos de la casa, á quienes íbamos dejando, ya en la puerta, ya en el puente de Toledo, ya en la antigua ermita de San Dámaso, ya, en fin, á la vista de Carabanchel de abajo.

Entre tanto nosotros gozábamos del aspecto de la campiña, marchando entre dos filas de futuros árboles recién plantados, y animando á Jacinta (que nunca habia pasado del Canal) á regocijarse con la vista de aquellas tierras de pan llevar, ó de tal cual colina de arena que interrumpia la uniformidad del paisaje. Por fin, despues de varias preguntas de cuántas leguas habríamos



andado ya , despues de informarnos de los nombres de los lugares cuyos campanarios alcanzábamos á ver á lo lejos , y despues de disertar largamente sobre las incomodidades de los viages , llegamos sin ocurrencia notable á Carabanehel sin necesidad de hacer noche en el camino , gracias á la agilidad de nuestras mulas.

Echamos pie á tierra en una calle *de cuyo nombre no quiero acordarme* , y ocupamos la casa que se nos tenia preparada : componiase de una salita baja con dos rejas á la calle , una alcoba , y varias piezas y dormitorios interiores que daban á las heras ; y si bien el adorno , compuesto de una mesa de pino , ocho sillas de Vitoria , dos cornucopias , y cuatro estampas de la prision del Maragato , no correspondia en nada al precio que se nos habia exigido , ni á la elegancia y porte de nuestras damas , al menos le encontramos muy en armonia con los modales y disposicion de los amos de la casa ; de suerte que no tuvimos que quejarnos en este punto de la menor discordancia.

Por de pronto nos examinaron bien , rieron de nuestros sombreros y casquetes , franquearon su puerta á una caterva de muchachos en camisa que nos perseguian con el epiteto de *lechuguinos de Madrid* , y permanecieron sentados , tranquilos espectadores del descargo de nuestros efectos , sin aproximarse á ayudarnos en nada. Pedimos agua para lavarnos , nos trageron una cofaina sucia y ordinaria que pusieron sobre una silla , y para hacer que mudaran el agua á cada uno , tuvimos que sostener tantas cuestiones como individuos éramos ; pe-

dimos pan , no lo habia hasta de alli á una hora ; quisimos vino , nos lo trajeron bastante malo ; por último, tuvimos necesidad de descansar , y los colchones no nos lo permitieron ; hubo , pues , que repartir económicamente los que traíamos , y aun asi no fue posible dormir , porque una plaga de moscas, moscones y mosquitos , formaban á nuestros oidos un alegre terceto , interpolado de sendas embestidas sobre nuestros rostros ; esto , unido á la algarabía que traian las gallinas en el corral , y al calor y la luz que entraban por las puertas y ventanas que no cerraban bien , nos hizo pasar un ratito agradable , parecido á los varios que despues tuvimos ocasion de disfrutar . ¿ Pero para qué me canso en ir siguiendo metódicamente el orden de los acontecimientos ? Basta indicar con rapidez el método de vida á que por necesidad tuvimos que acomodarnos , y haciendo la pintura de un dia , puede servir de molde para los demas .

Nos levantábamos tarde , porque no nos acostábamos temprano , porque ningun objeto nos escitaba á madrugar , porque el dia se nos hacia mas largo é insoportable , porque los bichos voladores nos disputaban el sueño durante la noche , por otras mil y una razones que seria prolijo explicar . Durante el fementido almuerzo , mal condimentado y peor servido , escuchábamos las novedades del pueblo de boca del sobrino del patron , *Ferminillo*, mozo travieso y decidor ; cuyas novedades se reducian á saber tal cual familia que habia llegado de Madrid , con todos los ribetes y circunstancias de lo que traian , lo que gastaban ,



lo que comian &c.; luego solia amenizar la relacion con alguna que otra paliza dada durante la noche, tal ó cual multa ó encarcelamiento; y acostumbraba concluir con acompañarse á la guitarra unas infames seguidillas de malignos conceptos y alusiones harto claras.

Cansados de Ferminillo, nos dirigiamos á alguno de los jardines y huertas particulares, donde (prévia una esquila del dueño, un permiso del mayordomo, un empeño del portero, ó una recomendacion del estercolador), podiamos pasearnos en dos fanegas de sembradura debajo de un emparrado, hasta que solia venir el conde ó el marques propietario, y, ó teniamos que abandonar el campo, ó que deshacernos á cumplidos y cortesias. Saliamos de alli cuando el Dios de los tabardillos ejercia ya su poderosa influencia, y por las amenas calles de aquella brillante poblacion (interrumpidas por algunos grupos de muchachos que reian de buena fé al mirar el sombrero de Jacinta, ó al verme á mí llevando su sombrilla), nos dirigiamos á visitar á algunas de las familias compatrias, á las cuales encontrábamos ó bien entregadas á un profundo sueño, ó bien ocupadas en echar de comer á las gallinas; ya jugando al asalto, ya leyendo la Gaceta de Madrid; y todos en general quejándose de que el dia en Carabanchel tenia cuarenta y ocho horas. En fin, despues de proyectar algun paseo para la tarde, nos retirábamos á nuestra casa á despachar la parca comida, siempre compuesta de los mismos articulos de pollo y tortilla, á menos que algun *propio* enviado de Madrid no nos trajese algo nuevo: dormiamos luego cua-

tro horas de siesta, y saliamos al paseo de las heras, ó bien al otro Carabanchel, en union de alguna otra familia, formando luego en cualquiera casa nuestra tertulia de tresillo hasta las once ó las doce.

Tal era la vida agreste que llevábamos, y no hay que decir que cada dia nos parecia mas necia; la salud de Jacinta empeoraba; la mia no ganaba nada, y ni médicos ni botica nos inspiraban confianza para consultarlos; el ejercicio que haciamos en un pais árido é ingrato nos cansaba el cuerpo y nos entristecia el alma; todos los objetos que nos rodeaban inspiraban tédio y desazon; la mezquindez de la habitacion y sus muebles, la grosería de sus dueños, las chanzas pesadas de Ferminillo, la etiqueta de las gentes que llegaban de Madrid, la monotonía de nuestras acciones, el aspecto mísero del lugar, la privacion de toda clase de conveniencias, las intrigas y enemistades ridículas que Fermin nos contaba, todo era muy á propósito para acabarnos de fastidiar, y al cabo de quince dias (de los cuales segun mi cuenta pasamos durmiendo los diez y medio), se empezó á tratar de volver á Madrid. Un incidente imprevisto vino á precipitarlo.

Hacia dos ó tres noches que yo habia visto por las ventanas que daban á las heras pasar un hombre á caballo con aspecto misterioso, y haciendo salir á Fermin á reconocerle, vi que se hablaban, y que se despidió de él el caballero; con lo cual, y con decirme Fermin que era un conocido de Madrid que estaba en el pueblo, cesaron mis sospechas, á pesar de que otras noches á la misma hora solia verle rondar la casa.



Ya nuestra partida estaba señalada para de allí á dos dias, cuando reuniéndonos una mañana al desayuno, notamos que Jacinta no venia; llamamos á su criada, no respondió; pasamos á su cuarto, y vimos que habian desaparecido una y otra, item mas, el Ferminillo, director de toda la intriga, y sobre la mesa encontramos un billete concebido en estos términos.

«Amados papá y mamá; el estado infeliz á que me ha reducido una pasión violenta, y el convencimiento que tengo de mi pronta muerte si me empeño en resistirla, me han obligado á dar un paso atrevido y ageno de mis ideas; pero creo que el amor que ustedes me tienen les inclinará á perdonármelo. Yo huyo de la casa paterna; pero huyo bajo la protección de las leyes, y huyo con el esposo que mi suerte me ha destinado. Voy con Fermín y Manuela, y quedo depositada en Madrid en casa de D.... su amigo de ustedes, mientras espero allí la aprobación paternal. Perdon, papá y mamá: no me aborrezcan ustedes, y compadézcanme por haberme visto precisada á este extremo. =Jacinta.»

No hay que decir el pasmo que en ambos consortes se manifestó con esta ocurrencia; sin embargo, en la mamá noté mas serenidad, como si hubiese tenido algun antecedente. Yo me encargué de convencer al padre, y llegado que hubimos á Madrid, viéndose invitado por la autoridad á prestar su aprobación, y fuertemente ins-

tado por todos sus amigos, cedió por fin á nuestras súplicas, y el matrimonio se celebró ayer con alegría y satisfaccion, sin mas nubes ni contratiempos.

La niña Jacinta parece satisfecha de haber salido á tomar aires, y no dudo que curará de sus males; en cuanto á mí, si no bastasen los que tomé en Carabanchel, continuaré tomándolos en el Retiro, ó me alejaré sesenta leguas de Madrid, adonde la sencilla ignorancia de la aldea no se halle mezclada con la malicia del pueblo bajo de la corte, y donde la campiña mas vária ofrezca mayor novedad y desahogo. Esto fue sin duda lo que me quiso decir mi médico.

(Agosto de 1832.)



EL PASO DE 1874



EL PASO DE 1874

ESCENAS MATRITENSES.



EL PASEO DE JUANA.



## EL PASEO DE JUANA.

«Debajo de esas ropas y jubones  
imagino serpientes enroscadas,  
uñas de grifos, garras de leones.»

*Lupercio.*

**A** electrizar muchos cuerpos  
Y á cautivar muchas almas  
Una noche de verano  
Salió Juana de su casa :  
Juana , la que en Avapies  
Goza por su noble fama  
Los galanes por docenas,  
Las palizas por semanas ;

La que con su vista solo  
Turba la paz de las casas ,  
La que las mugeres temen ,  
La que los maridos aman.

Un airoso zagalejo  
Sus perfecciones señala ,  
Y á la media pierna llega ,  
Y de alli, traidor , no pasa.

¡ Ah zagalejo paciente ,  
Qué de aventuras contáras  
Si fueras enriquecido  
Con el don de la palabra !

De sarga rica mantilla  
Con terciopelo de á cuarta  
Deja Juana por los hombros  
Colgar casi descolgada ,

Y en recoger las dos puntas  
La mano diestra empleaba ,  
Con la izquierda juguetona  
Un blancó pañuelo arrastra.

Apenas pisa la calle ,  
En marcha oblicua y taimada  
Sigue á *babór* y *estribór*  
Con un meneo que encanta ;



Nada, nada la detiene.  
Al cruzar las calles, salta,  
Y en gracia de la limpieza  
Alza el vestido una cuarta;

Todos la dejan la acera,  
Todos vuelven á mirarla,  
Y ella á todos los desdeña  
Y sigue alegre su marcha.

Algunos mas atrevidos  
La dicen «*Pase, mi alma;*»  
Pero ella alza su cabeza,  
Tuerce el labio, escupe ó canta;

Y va dejando plantones  
Por las calles donde pasa,  
Que hasta perderla de vista  
Permanecen como estátuas.

¡Qué es ver al señor don Bruno,  
El abogado de fama,  
Quedarse petrificado  
Sin saber lo que le pasa,

Andar dos pasos atras  
Mirando si le reparan,  
Hasta que mas reflexivo  
Sigue su camino y marcha!

Y á don Cosme el mercader,  
De la hambre fiel estampa,  
¿No es una risa el mirarle  
Que al ver á Juana se pára,

Se envuelve en su capotillo,  
Y se va tras la muchacha,  
Y tropezando y cayendo  
Hasta que llega á alcanzarla?

Dála entonces con el codo;  
Y entre toses y entre babas  
La dice cuatro chochees  
Con voz trémula y cascada;

Juana le mira y se asusta  
Al ver su figura estraña,  
Hasta que rompe en reir  
Y le deja... ¡cual quedaba!

Un cadete en este instante  
Al lado de Juana pasa;  
Mírala, vuelve, y la sigue;  
Al cabo una cadetada.

Formando iba mil proyectos,  
Y contemplando con ansia  
La belleza de Juanilla,  
Que ya cuenta por lograda.



Tienta primero el bolsillo  
Para escuchar si sonaba,  
Que esta clase de conquistas  
No se hace con otras balas.

Avanza luego atrevido,  
Y sin mirar mas que á Juana  
Con palabras de gragea  
Sus deseos la declara.

Juanilla, á quien el pudor  
(Como es natural) ahogaba,  
Sigue su paso, y camina  
Sin responderle palabra,

Y el cadete, conociendo  
Que *otorga todo el que calla*,  
Marcha al lado, y tanto dice  
Que al fin le responde Juana.

Arman, pues, conversacion,  
Y yo no sé de qué hablaban,  
Pero es cierto que el cadete  
Iba que lástima daba.

Su paso era acelerado;  
Mas la compañera maula,  
Que conoce del mancebo  
Las no disfrazadas ansias,

Quiere probar su paciencia,  
Y á un vecino que pasaba  
Haciendo el desentendido  
Y evitando el saludarla,

Le pára, y empieza á darle  
Conversacion mas que larga  
Sobre no sé qué diabluras  
Que hicieron noches pasadas.

Rabiando estaba el cadete  
Y pelándose las barbas  
Al mirar todo este paso  
Desde una esquina inmediata;

Hasta que compadecida  
De su situacion la Juana  
Se despide del vecino  
Y hácia el cadete ya marcha.

Este viéndola venir  
Olvida sus amenazas,  
Vuelve á espresar su contento,  
Vuelve á la dicha turbada.

Llegan despues de un buen rato  
De la tal niña á la casa,  
Y en un oscuro portal  
Entran en dulce compañía.



Una escalera de torre  
No es mas peligrosa ni alta  
Que la que el pobre cadete  
Tuvo que subir tras Juana.

Èl que se miró en lo oscuro  
Corre en pos de la muchacha ,  
Y como iba tan turbado  
Y la escalera era mala ,

No subia un escalon  
Sin que un susto le costara ,  
Porque en el que no caia  
Por lo menos tropezaba.

Llegan al alto por fin ,  
Y á la puerta Juana llama :  
Abrese , pues , y una vieja  
Asquerosa y remendada

(De estas viejas que su oficio  
Llevan pintado en la cara)  
Es el objeto primero  
Que delante se les planta.

Un torcido candelero  
Con media vela en la sala  
Coloca , y muy cuidadosa  
Dispone no falte nada ;

Pone sillas, las cortinas  
Desplega, espanta la gata,  
Y hace, en fin, lo que hacer suele  
Toda muger de su casta.

Vase despues, y los deja  
En libertad... pero calla,  
Que quiero tomar aliento  
Para describir la sala.

Érase un cuarto pequeño,  
Las paredes sombreadas,  
Las bovedillas mugrientas,  
Las arañas las poblaban.

Juana era caritativa,  
Y así vivir las dejara,  
Consiguiendo con sus telas  
Tener la casa colgada.

Una mesita de pino,  
Un San Antonio de talla,  
Y á su lado en simetria  
Dos tiestecitos de albaca;

Un espejo sin azogue,  
Del *dos de Mayo* una estampa,  
Y un pandero en una esquina  
Enfrente de una guitarra;



Tres desvencijadas sillas  
Concluian de la sala  
El adorno, y en verdad  
Que estaba bien adornada.

¿Pero... adónde está Juanilla?  
¿Y el cadete? ¡Ah, buenas maulas!  
Mas silencio, que á la puerta  
En este momento llaman;

¿Quién es? (pregunta la vieja.)—  
—«Abra usted, señora Claudia.»—  
—«¡Ay Juanita! que es el zurdo:  
Por Dios que no sienta nada.»—

Abre la vieja y un majo  
De sombrero de calaña,  
De chaquetilla redonda,  
Y de garrote y navaja,

Entra y toma posesion  
Pacífica de la sala;  
Y en tanto que la Juanita  
Sale á ver su buena alhaja,

El cadete de puntillas  
Se va por la puerta falsa,  
Agarrado de la vieja  
Bajando á oscuras la escala;

Y al encontrarse en la calle ;  
Su razon ya despejada  
Le hace ver su desvario ,  
Y mil temores lo asaltan.

Pero no solo en temores  
Pararon , que poco tarda  
En conocer los efectos  
De pasearse con Juana :

Y entonces diz que el cuitado  
A sus solas esclamaba :  
; Oh placer cuán poco duras ,  
Y qué de penas arrastras !

(Agosto de 1832.)

NOTA. Este romance , aunque publicado por primera vez en 1832 , fue escrito por el autor en 1824 cuando solo contaba veinte años de edad. Esta circunstancia puede servir de disculpa de su incorreccion , y mas aun de la libertad de la pintura.



## EL DIA 30 DEL MES.

---

"Reveses de fortuna  
llamais á las miserias :  
¿por qué , si son reveses  
de la conducta necia?"

*Samaniego.*

**P**ared por medio de mi casa vive *don Homobono Quiñones*, gefe de mesa de cierta oficina, y uno de los caracteres mas originales que he conocido. Fenelon aseguraba que *el hombre mas dichoso es aquel que cree serlo*, y si este dicho es exacto, como debemos sospecharlo, hay motivos para pensar que el don Homo-bono sea aquel mortal privilegiado. Y si no se me creyese sobre mi palabra, créase al menos la pintura que de él haré.

La satisfaccion y la alegría parecen haber escogido su mansion en aquel semblante que los años procuran en vano arrugar: ningun achaque destruye su físico; nin-

guna pena halla el camino de su corazón; ninguna sensación violenta obra fuertemente sobre su alma. Los movimientos del dolor le son desconocidos; su estado habitual es el de la alegría; pero no una alegría ardiente y bulliciosa que haga trabajar á su imaginación, sino un placer tranquilo y bonancible que le inclina á ver las cosas por el lado mas favorable. V. gr., su muger es áltiva, gastadora; y egerce sobre el esposo un dominio mas que conyugal; pero qué importa? es alegre, graciosa, se da tono en la sociedad, hace hablar de sí y de su casa, y esto le basta á su esposo: la niña es caprichosa, mal criada, y sin ninguna de las inclinaciones que descubren un fondo de virtud; ¡pero es tan bonita! ¡tan juguetona! ¡canta tan bien! ¡baila con tal gracia! que su papá se pasma mirándola; el muchacho es un calaverilla contrahecho, frívolo, enredador y pedante; ¡pero tiene unas ocurrencias tan graciosas! ¡se burla con tal agudeza de sus maestros! es tan diestro para hacer sus travesuras, que nadie (y menos su padre) se atreve á reprenderle: los amigos de la casa son demasiado francos, se toman hartas libertades, frecuentan sobradamente la mesa, y ayudan á caer á aquel ruinoso edificio; pero si no fuera por ellos, ¿quién habia de resistir la monotonía y el fastidio? Por último, los criados son habladores y rayan en insolentes, roban y malgastan lo que pueden, trabajan poco y mal, comen mucho y bien, y duermen mejor. ¿Pero quién tiene valor para meterse con ellos en contestaciones de esta especie? «*Il faut que tout le monde vive,*» decia Luis XVIII: es preciso que todos vivamos, traduce don Homo-bono.



Solo hay doce dias en el año en que este buen señor (*bonus vir*) suele hacer alguna reflexioncilla de distinta naturaleza, y son los dias 30 de cada mes, época fatal en que vienen á reducirse á maravedís todos los placeres y contentos de las tres décadas anteriores. Pero aquella sombra que por un momento quiere oscurecer su imaginacion, desaparece al instante, cual ligera nubecilla en un cielo tranquilo y sereno. Sin embargo, en las cortas horas que dura la estraña lucha de sus inclinaciones con su razon, ofrece un espectáculo tan grotesco, que el difunto Goya tomaria en él original para un nuevo *capricho*.

Llega por fin despues de veinte y nueve la suspirada aurora en que el cuerno de Amaltea va á destaparse y verter sobre mesas y bufetes su argentada preñez. Mi funcionario, por su calidad de gefe de mesa, debe dar buen ejemplo; el barbero, el peluquero, el chocolate y las demas ocupaciones matutinas, adelantan aquel dia media hora al sistema ordinario; y no bien han sonado las ocho y media de la mañana, sale de su casa, no sin grave agitacion de los artesanos y tenderos, que viéndole pasar, gritan «*las nueve*;» espresion natural y espontánea que honra mas la puntualidad de este empleado que cuantos discursos pudiera yo escribir.

Llega á la oficina... ¡qué exactitud en todo el mundo! ¡qué soltura para el trabajo! ¡qué valentía de pulsos para rubricar la nómina! ¡qué combinacion para repartir metódicamente los cartuchos de municiones de boca! Uno de los de grueso calibre toca por supuesto á don Homobono, y su imaginacion se espacia considerando su lon-

gitud, que le promete una série de goces no interrumpidos hasta el fin del mes siguiente. Mas ¡oh imperfección de las cosas humanas! ¿quién habia de decir que esta agradable ilusion habia de durar tan poco? Yo lo diré, y tambien la causa; y es que don Homo-bono habia echado la cuenta sin la huésped, y la huésped era su muger.

De vuelta á su casa, una horita mas temprano que de costumbre (por el sabio sistema de las compensaciones), viene cargado dulcemente con aquel amable fruto de sus tareas públicas, y ya le mira convertido en sendos jamones, nutridas empanadas, robustos pavos, é ingeniosos ramilletes, y tambien en palcos de toros y comedias, coches y tiros, merendonas y algazaras; tan armónicamente organizado está su cerebro. Mas ¡oh desgracia! al doblar la esquina de su calle, sale un fementido tendero, y con obligantes cortesias le pregunta por su salud; don Homo-bono cambia de color, y pasa á la otra mano el pañuelo de la mesada; pero del opuesto lado ábrese la puerta de la modista, y *Madama Cotillon* le hace tres cortesias á la francesa y le presenta un papel en español. (Aqui don Homo-bono guarda el pañuelo en la solapa del frac, remedando en este juego el de Bartolo con la bota en *El médico á palos*.) Recibe, pues, el papel con la misma seriedad que un ministro los memoriales, y entra bruscamente en el portal; pero un vinatero manchego, sentado en la escalera, le quita cortesmente la monterilla y sube detras de él, ganando por la mano al tendero y á la modista. Entra en su casa; cierto ca-



ballero muy elegante se le presenta y hace cincuenta cortesias ; contéstale don Homo-bono con otras tantas , y preguntada su gracia , le dice ser *Mr. Battement* , maestro de baile de *Mademoiselle* ; mas allá se inclina profundamente un viejo mal vestido , que se da á conocer por el maestro de gramática del señorito ; y no lejos de él *il signor Gorgorini* , *professore di musica et allievo del Conservatojo di Milano* , hace presente que es el encargado de la garganta de la *Signorina*.

Don Homo-bono conoce , aunque tarde , lo efímero de sus ilusiones ; pero resuelto á quedar con el honor correspondiente , entra solemnemente en su despacho , y colocado con magestad *sede pro tribunale* , manda abrir con estrépito entrambas hojas de la puerta , y empieza la audiencia y pago. Concluida la operacion con los que van relatados , se dispone á poner á cubierto de la derrota las medallas existentes , cuando un fuerte campanillazo le hace conocer que aun hay enemigos que aplacar. Con efecto , era el casero , y todos saben la clase de gesto tan repugnante que esta gente tiene , especialmente en ciertos dias ; gesto inevitablemente mensual , trimestral , semestral , ó anual , que recuerda las apariciones periódicas , de los cometas de gran cola , previstas tristemente por los astrólogos agoreros.

Fue preciso sacrificar á aquel fantasma terrible una buena parte del remanente de los 30 dias , y otra no corta porcion repartieron entre sí el sastre *géometra* , el zapatero *galan* , el fondista *son argent* , el almacenista de géneros *carillo* , el calesero *de antaño* y el peluquero *de*

ogaño , que todos fueron llegando como llamados á son de campana comunal.

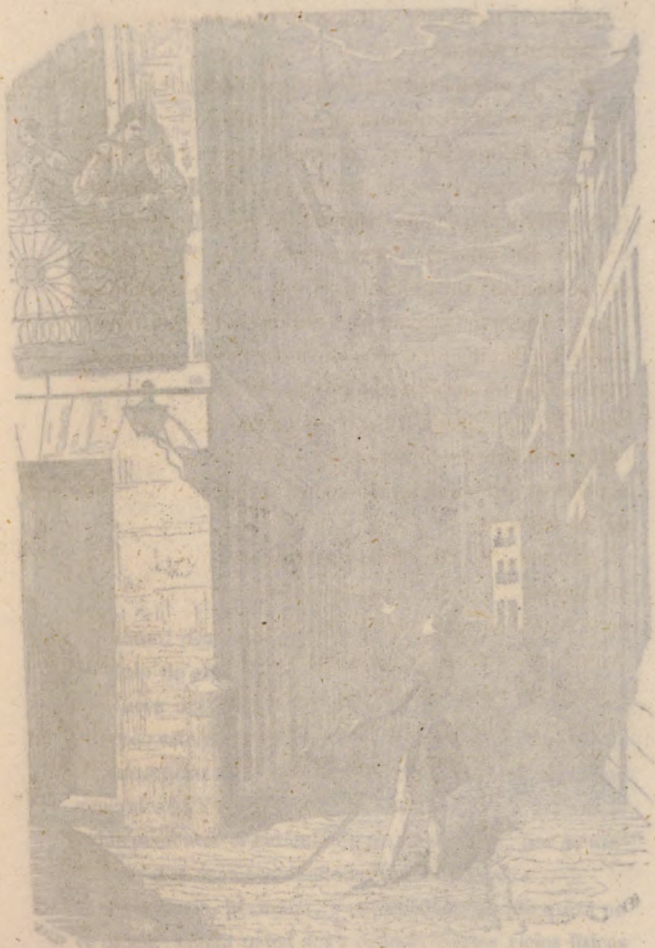
Pero la mas decisiva de las visitas faltaba aun , y era la de la amable compañera , la caritativa costilla de don Homo-bono , que venia á notificarle como de alli á dos dias era el cumpleaños de la niña , y que habia determinado tener unos cuantos convidados , y un poquito de funcion. En vano Quiñones se afaná en manifestarla que se quedaba sin un cuarto , y con un mes delante de sí ; su carácter no era tampoco para grandes reflexiones , ni ella las admitia ; y asi fue que á dos por tres quedó en manos de la última el resto de la mesada , y don Homo-bono libre de cuidados. Entre tanto aquella noche para empezar la funcion hubo música y baile , y el esposo fue el primero que en tales momentos se entregó al exceso de su felicidad.

Sin embargo , asi pasó un mes , y otro , y otro ; y vino un año , y se juntaron doce déficit que don Homo-bono no pudo pagar ; y á los dos años ya serán veinte y cuatro , y asi sucesivamente ; y se tendrá que empeñar , y luego no podrá satisfacer , y luego vendrá la vejez , y luego se jubilará , y luego , luego... en la calle de Atocha , última casa á la derecha , acaso darán razon.

(Agosto de 1832.)



ESCRIBAN MATRITENSIS.



EL AMANTE CORTO DE VISTA

Tomo I.

10

ESCENAS MATRITENSES.



EL AMANTE CORTO DE VISTA.



## EL AMANTE CORTO DE VISTA.

«¡ Ay cielos! sueño-despierto,  
piero cuando estoy ganando,  
soy lince y á oscuras ando,  
y en fin, apunto y no acierto.»

*Tirso de Molina.*

«**C**ómo! (esclamará con sorpresa algun crítico al leer el título de este discurso) ¿tampoco los vicios físicos están fuera del alcance de los tiros de *el Curioso*? ¿Ignora acaso este buen señor que no le es lícito particularizar circunstancias que quiten á sus cuadros las aplicaciones generales? ¿Y quién le ha dicho tampoco que sea razonable presentar el ridículo de un vicio físico, por lo menos sin que vaya acompañado de otro moral?»

—Paciencia, hermano, y entendámonos, que quizá no es difícil. Venga usted acá; cuando ciertos vicios físicos son tan comunes en un pueblo que contribuyen á carac-

terizar su particular fisonomía, ¿será bien que el descriptor de costumbres los pase por alto sin sacar partido de las varias escenas que deben ofrecerle? Si hubiese un pueblo, por ejemplo, compuesto de cojos, ¿no sería curioso saber el orden de la marcha de sus ejércitos, sus juegos, sus bailes, sus ejercicios gimnásticos? ¿Pues por qué no se ha de pintar al amor *corto de vista* donde apenas hay amante que no lo sea? Por otro lado, ¿quién le ha dicho á usted que esta enfermedad *de moda* no presenta su aspecto moral? ¿Tan difícil sería probar su origen de la depravacion de costumbres, de los vicios de la educacion, ó de los excesos de la juventud? Con que ya ve usted, señor crítico, que este asunto entra naturalmente en la jurisdiccion de mi benigna correa; con que ya usted conocerá que no hay inconveniente en hablar de él.—¿No? pues manos á la obra.

Los ejemplos me salen al paso, y no tengo mas que hacer que la eleccion de uno. Tóquele por hoy la suerte á Mauricio R... y perdone si le hago servir para desarregar la frente de mis amables lectoras.—¿Y quién es el tal?—El tal, señoras mías, es un joven de veinte y tres, cuya figura espresiva y aire sentimental descubren á primera vista un corazón tierno y propenso al amor; no es por lo tanto extraño que encontrase gracia cerca de ustedes. Así ha sucedido, pues, y algunas aventurillas en calles y paseos previnieron al joven Mauricio de sus ventajosas circunstancias; mas por desgracia el pobre mancebo tiene un defecto capital, y es el ser corto de vista, muy borto de vista, lo cual le contraría en todos sus planes.



Alto, señoras, no hay que reirse, que mi héroe no lo toma á risa, ni sabe sacar partido como otros muchos de este mismo defecto, para ser mas atrevido y exigente, para ostentar sobre su nariz brillantes gafas de oro, ó para sorprender con su *inevitable* lente las miradas furtivas de las damas. Nada menos que eso; Mauricio es sensible, pero muy comedido; y mas bien quiere privarse de un placer, que causar un disgusto á otra persona. Bien hubiera deseado ponerse anteojos perpétuos, como hacen otros sin necesidad y solo por petulancia; ¡pero dicen tan mal unos espejuelos moviéndose al precipitado compas de la *Mazzowrka!!!* y Mauricio á los veinte y tres años no podia determinarse á dejar de bailar la *Mazzowrka*. Buen remedio era por cierto el lente colgante; pero ademas de la prudencia con que le usaba, ¿cómo adivinar las escenas que iban á suceder para estar prevenido con él en la mano? Si la hermosa Filis volvía rápidamente hácia él sus bellos ojos, ó dejaba caer su pañuelo para darle ocasion de hablar con ella, ¿quién lo habia de prever un minuto antes? Si creyendo sacar á bailar á la mas hermosa de la sala, se hallaba con que se habia ofrecido á una momia de Egipto, ¿de qué le servia el lente un minuto despues? Vamos, está visto que el lente no sirve de nada, y Mauricio, que conocia esto, se desesperaba de veras.

El amor, que por largo tiempo se habia complacido en punzarle ligeramente, vino por fin á atravesar de parte á parte su corazon, y una noche en el baile de la marquesa de... Mauricio, que bailaba con la bella Matilde

de Lainez, no pudo menos de espontanear una declaracion en regla. La niña, en quien sin duda los atractivos de Mauricio hicieron su efecto, no se determinó á reprenderle

«*Faute d'avoir le temps de se mettre en courroux.*»

Y hé aqui á mi buen mancebo en el momento mas feliz del amor; el de mirarse correspondido por la persona amada. Ya nuestros amantes habian hablado largamente; tres *rigodones* y una *galop* no habian hecho mas que avivar el fuego de su pasion; pero el sarao se terminaba, y el rendido Mauricio renovaba las protestas y juramentos, tomaba exactamente la hora y el minuto en que Matilde se asomaria al balcon, la iglesia donde acudia á oír misa, los paseos y tertulias que frecuentaba, las óperas favoritas de la mamá; en una palabra, todos aquellos antecedentes que vosotros, diestros jóvenes, no descuidais en tales casos. Pero el inesperto Mauricio se olvidaba en tanto de reconocer puntualmente á la mamá y á una hermana mayor de Matilde, que estaban en el baile; no hizo alto en el padre de esta, coronel de caballeria; y por último, no se atrevió á prevenir á su amada de la circunstancia fatal de su cortedad de vista. El suceso le dió despues á conocer su error.

No bien llegó la hora señalada, corrió al siguiente dia á la calle donde vivia su dueño, repasando cuidadosamente las señas de la casa: Matilde le habia dicho que era número 12, y que hacia esquina á cierta calle; mas



por cuanto la otra esquina, que era número 72, parecióle 12 al desdichado amante, y fue la que escogió como objeto de su bloqueo.

Matilde, que le vió venir (ojos femeniles, ¡qué no veis cuando estais enamorados!), tiró su almohadilla, y saliendo precipitada al balcon ostentó á su amante todas las gracias de su hermosura en el traje de casa; pero en vano, porque Mauricio, situado á seis varas, en la otra esquina, fijos los ojos en los balcones de la casa de enfrente, apenas hizo alto en la belleza que se habia asomado al otro balcon. Este desden inesperado picó sobremanera el amor propio de Matilde; tosió dos veces, sacó su pañuelo blanco; todo era inutil; el amante dolorido la miraba rápidamente, y la volvía la espalda para ocuparse del otro objeto. Una hora y mas duró esta escena, hasta que desesperado el buen muchacho, y creyéndose abandonado de su dama, sintió fuertes tentaciones de aprovechar el rato con la otra vecina que tan inmóvil se mostraba. No pudiendo, en fin, resistirlas, y viendo que de lo contrario perdía la tarde del todo, se determinó al cabo (aunque con harto dolor de su corazon) á hacer un paréntesis á su amor, y hablar á la airosa vecina. Dicho y hecho; atraviesa la calle, marcha determinado bajo el balcon de Matilde, alza la cabeza para hablarla; pero en el mismo momento tírale ella á la cara el pañuelo que tenia en la mano (al que durante su furor habia hecho unos cuantos nudos), y sin dirigirle una palabra éntrase adentro y cierra estrepitosamente el balcon. Mauricio desdobló el pañuelo, y reconoció el bordado,

las mismas iniciales que habia visto en el que llevaba Matilde la noche del baile... Miró despues la casa, y alcanzó á ver *Visita general número 12* (1). ¿Cómo pintar su desesperacion?

Tres dias con tres noches paseó en vano la calle; el implacable balcon permanecia cerrado, y toda la vecindad, menos el objeto amado, era fiel testigo de sus suspiros. A la tercer noche se daba en el teatro una de las óperas favoritas de la mamá; colocado en su luneta, con el auxilio del *doble* antejo, recorre con avidez el coliseo, y nada ve que pudiera lisonjearle: sin embargo, en uno de los palcos por asientos cree ver á la mamá acompañada de la causa de su tormento. Sube, pasea los corredores, se asoma á la puerta del palco; no hay que dudar... son ellas... Mauricio se deshace á señas y visages, pero nada consigue; por último, se acaba la ópera, espéralas á su descenso, y en la parte mas oscura de la escalera acércase á la niña y la dice:

—«Señorita, perdone usted mi equivocacion; si sale usted luego al balcon la diré... entre tanto tome usted el pañuelo.»—Caballero, ¿qué dice usted? le contestó una voz estraña á tiempo que un menguado farolillo (de los farolillos que alumbran pálidamente las escaleras de nuestros teatros) vino á revelarle que hablaba á otra per-

(1) No hay necesidad de advertir que este artículo se escribió antes de la nueva numeracion de Madrid, que por su orden y claridad favorece á los amantes cortos de vista.



sona, si bien muy parecida á su ídolo.—Señora...—¡Calle! y el pañuelo es de mi hermanita.—¿Qué es eso, niña?—Nada, mamá; este caballero, que me da un pañuelo de Matilde.—¿Y por dónde tiene ese caballero un pañuelo de Matilde?—Señora... yo... dispense usted... el otro dia... la otra noche, quiero decir... en el baile de la marquesa de...—Es verdad, mamá, el señor bailó con mi hermana, y no es estraño que dejase olvidado el pañuelo.—Cierto, es verdad, señorita, se quedó olvidado... olvidado...—A la verdad que es estraño; en fin, caballero, damos á usted las gracias.»—

Un rayo caido á sus pies no hubiera turbado mas al pobre Mauricio, y lo que mas le apesadumbraba era que en una punta del pañuelo habia atado un billete en que hablaba de su amor, de la equivocacion de la casa, de las protestas del baile, en fin, hacia toda la esposicion del drama, y él no sabia qué suerte iba á correr el tal papel.

Trémulo é indeciso siguió á lo lejos á las damas, hasta que entraron en su casa y le dejaron en la calle en el mas oscuro abandono. En balde aplicaba el oido por ver si escuchaba algun diálogo animado; la voz lejana del sereno, que anunciaba las doce, ó la sonora marcha de los súcios carros de la limpieza, era lo único que hería sus oidos, y aun sus narices; hasta que cansado de esperar sin fruto, se retiró á su casa á velar y cavilar sobre sus desgraciados amores.

Entre tanto ¿qué sucedia en el interior de la otra casa? La mamá, que tomó el pañuelo para reprender á

la niña, habia descubierto el billete, se habia enterado de él, y pasados los primeros momentos de su enojo, habia resuelto por consejo de la hermanita callar y disimular, y escribir una respuesta muy lacónica y terminante al galan con el objeto de que no le quedase gana de volver; hicieronlo así, y el billete quedó escrito, firmado de letra de muger (que todas se parecen), cerrado con lacre y oblèa, y picado por mas señas con un alfiler. Hecha esta operacion se fueron á dormir, seguras de que á la mañana siguiente pasaria por la calle el desacerchado galan. Con efecto, no se hizo de rogar gran cosa; pues no habian dado las ocho cuando ya estaba en el portal de enfrente, sin atreverse á mirar. Estando así, oye abrirse el balcon: ¡oh felicidad! una mano blanca arroja un papelito; corre el dichoso á recibirle, y encuentra... el balcon se habia cerrado ya, y la esperanza de su corazon tambien.

En vano fuera intentar describir el efecto que hizo en Mauricio aquella série de desgracias; baste decir que renunció para siempre al amor; pero en fin, era mancebo, y al cabo de quince dias pensó de distinta manera, y salió al Prado con un amigo suyo. Era una de aquellas noches apacibles de julio que convidan á gozar del ambiente agradable bajo los frondosos árboles, y sentados ambos camaradas empezaron la consabida conversacion de sus amores. Mauricio con su franqueza natural contó á su amigo su última aventura, con todos los lances y peripecias que la formaban, hasta la amarga despedida que sus adversas equivocaciones le habian proporcionado;



pero al acabar esta relacion sintió un rápido movimiento en las sillas inmediatas , donde entre otras personas observó sentados á un militar y una joven : arrimase un poco mas , saca su antejo (¡ insensato ! ¿ por qué no le sacaste desde el principio ?), y conoce que la que tenia sentada junto á él oyendo su conversacion era nada menos que la hermosa Matilde.—«¡ Ingrata...! »—fue lo único que pudo articular, mientras el papá llamaba á un muchacho para encender el cigarro.—«Yo no he escrito ese billete.» (Esta respuesta obtuvo al cabo de un cuarto de hora.)—¿ Pues quién...?—«No sé... llévelo usted ; á las doce estaré al balcon.»

La esperanza volvió á derramar su bálsamo consolador en el corazon del pobre Mauricio , y lleno de ideas lisonjeras aguardó la hora señalada ; corre precipitadamente bajo el balcon : con efecto , está allí ; ya mira brillar sus hermosos ojos , ya advierte su blanca mano , ya... Mas ¡ oh , y qué bien dice Shakespeare , que *cuando los males vienen no vienen esparcidos como espías , sino reunidos en escuadrones !* Aquella noche se le habia antojado al papá tomar el fresco despues de cenar , y era él el que estaba repantigado en la barandilla , no sin grave agitacion de Matilde , que le rogaba se fuese á acostar para evitar el relente.

—«Bien mio , dijo Mauricio con voz almibarada , ¿ es usted ?»—Chica , Matilde , la dice el padre por lo bajo , ¿ es contigo esto?—Papá , conmigo no señor ; yo no sé...—No , pues estas cosas tuyas son ó de tu hermana.—«Para que vea usted (continua el galán amartelado) si tuve mo-

tivo de enfadarme, ahí va el billete.»—A ver, á ver, muchacha, aparta, aparta, y trae una luz, que voy á leerle...—Dicho y hecho; éntrase á la sala mirando á su hija con ojos amenazadores, abre el billete y lee... «*Caballero: si la noche del baile de la marquesa pude con mi indiscrecion hacer concebir á usted esperanzas locas...*»—Cielos; ¡pero qué veo! esta es letra de mi muger...— ¡Ay papá mio!— ¡Infame! á los cuarenta años te andas haciendo concebir esperanzas locas...— Pero papá...— Déjame que la despierte, y que alborote la casa... Con efecto, asi lo hizo, y en mas de una hora las voces, los gemidos, los llantos, dieron que hacer á toda la vecindad, con no poco susto del *galan fastasma*, que desde la calle llegó medio á entender el inaudito *quid pro quo*.

Su generosidad y su pundonor no le permitieron sufrir por mas tiempo el que todos padeciesen por su causa, y fuertemente determinado llama á la puerta; asómase el padre al balcon:—Caballero, tenga usted á bien escuchar una palabra satisfactoria de mi conducta.— El padre coge dos pistolas y baja precipitado; abre la puerta; «Escoja usted, le dice».—Serénese usted, contesta el joven; yo soy un caballero, mi nombre es N., y mi casa bien conocida; una combinacion desgraciada me ha hecho turbar la tranquilidad de su familia de usted, y no debo consentirlo sin esplicársela.— Aquí hizo una puntual y verdadera relacion de todos los hechos, la que apoyaron sucesivamente la mamá y las niñas, con lo cual calmó la agitacion del celoso coronel.

Al siguiente día la marquesa presentó á Mauricio en



casa de Matilde, y el padre, informado de sus circunstancias, no se opuso á ello.

Desde aqui siguió mas tranquila la historia de estos amores, y los que desean apurar las cosas hasta el fin, pueden descansar sabiendo que se casaron Mauricio y su amada, á pesar de que esta, mirada de cerca, á buena luz, y con anteojos, le pareció á aquel no tan bella por los hoyos de las viruelas y algun otro defectillo: sin embargo, sus cualidades morales eran muy apreciables, y Mauricio prescindió de las físicas, no teniendo que hacer para olvidar estas sino una sencilla operacion, que fue... quitarse los anteojos.

(Setiembre de 1832.)

## LAS TIENDAS.

“¿Quién nos dirá (dejadas sus cautelas,  
mayores) lo que cuestan sus encajes  
sus cadenetas, randas y arandelas?  
¿quién las ciegas mudanzas de los trages?

*B. de Argensola.”*

**E**ran las once en punto de la mañana, y yo no debía hallarme hasta las doce en cierta parte del mundo adonde la obligacion me llamaba. Quiero decir, que tenia sesenta minutos delante de mí para disponer de ellos á mi sabor. Encontrábame á la sazón en medio de la Puerta del Sol, mansion natural de todo desocupado, y yo en aquella hora lo estaba á mas no poder. Lánguido é indiferente, dejábame llevar en simétrica alternativa ya á una esquina, ya á otra, y mientras nada hacia, recreábame en mirar los estimulantes anuncios literarios que decoran aquellos eruditos postes, admirando su profusion, y la variedad de nombres clásicos que denuncian á la posteridad. En estas y otras cavilaciones me asaltó de improviso la idea de que si «para dormir no es menester luz,» para pensar tampoco se necesita estar en pie;



y esto diciendo, enfilé por lo mas ancho la famosa calle Mayor, huyendo de los encontrados pasos de diligencias, coches, ciegos, aguadores, borricos é importunos; y dejando á un lado las gradas de S. Felipe, tan animadas en tiempo de Quevedo, tan solitarias hoy, di fondo en uno de los elegantes almacenes de géneros que se encuentran sobre la izquierda.

Era cabalmente en un momento en que los cuatro jóvenes que regentaban el mostrador se encontraban sin pedidos; quiero decir, que no habia mas gente en la tienda que ellos y yo, que entraba.

—Felices días, señores.— A Dios, señor don Tal, (*le nom ne fait pas a l'affaire*). —¿Cómo así tan desocupados? ¿Habrá acaso entrado la economía de Dupin ó de Bergery en el sistema de las madrileñas? ¿qué es esto? vuelvo á decir: ¿qué soliloquio es este? ¿ha invadido el cólera-morbo nuestra capital, ó ha dejado de venir el *Journal des Modes*? Porque solo causas tan graves pudiesen hacer á esas varas castellanas estar paradas á tales horas.—Es la verdad, me contestó el mas almivarado pero no hay que estrañarlo, pues en el Diario de hoy se hacen tales anuncios que habrán llamado la concurrencia hácia el Sur, hasta que desengañada por la milésima vez venga antes de una hora como de costumbre.

Y no habia acabado de decir esto, cuando vimos entrar por la puerta á una dama muy elegante seguida de su lacayo; y saludando con aire marcial á los jóvenes, que la contestaron con el nombre de marquesa, se sentó en un confidente, compúsose la mantilla mirándose al es-

pejo que tenia en frente, quitó sus guantes, abrió su bolsita, y entre mil diges y chucherias sacó algo arrugado el número 89 del *Petit Courrier*. Entonces abrió un lentecito de oro, miró por encima de él, y leyó un rato, despues ojeó otro poco, luego recapacitó, miró el figurin, volvió á leer, y pidió *gros-grains*.—«No tenemos,» le contestó el mas próximo de los mancebos:—«¿Cómo que no?» interrumpió vivamente otro que desde el principio no había quitado ojo del figurin. ¿«No te acuerdas de aquella tela...» (Aqui bajó tanto la voz que no le pude oir.)—«¡Ah! sí, es verdad,» le contestó el primero;—«Ve por ella.» En efecto, entró en la trastienda, y del rincon de un armario que yo solo divisaba desde mi asiento sacó la pieza (que tuvo buen cuidado de sacudir de un polvo inveterado de tres años), y la puso satisfactoriamente sobre el mostrador; la risita de los demas mancebos me dió á sospechar que sino era la prevenida en el número 89 de este año, podia muy bien ser del de 1826. Pero la dama, seducida con la semejanza del color, y sin duda por no tener á mano una definicion académica de lo que quiere decir *gros-grains*, no dudó un instante en que fuese lo mismo que buscaba. Pidió un cierto número de varas, preguntó el precio: los mancebos hicieron entre sí una pequeña consulta para responder; nada regateó; abrió su bolsita, y sacó... una targeta muy elegante con yo no sé cuantas armaduras y geroglificos, que indicaba su título y señas de la habitacion, diciendo al mancebo principal que podria enviar por el importe el lunes; verdad es que no designó cuál. No pude menos de sonreír-



me de esta salida, y no bien se hubo marchado y mientras lo sentaban en el libro á continuacion de otras cinco ó seis partidas pendientes, di un poco de broma á los mancebos sobre el estreno que habian tenido; pero habiéndome explicado todo el negocio de la tela, me convencieron de que no era tan fuerte el engaño como yo creí.

Aun reiamos de ello, cuando una mamá y dos niñas, estas en un interesante *negligé* y aquella en una espantosa *toilette*, entraron en la tienda, y empezaron tal demanda de *rasos*, *gros de Náples*, *poplines*, *organdis*, *crespones*, *barès*, *moirès*, *paliacats*, *cotepalis* y demas, que los cuatro mancebos eran pocos para tomar y dejar, escaleras, subir y bajar piezas, desdoblar paquetess abrir cajas y enseñar muestras. Ellas entre sí armaron una algarabía singular: cuál se inclinaba á una tela, cuál á otra; ésta se ponía un pañuelo al espejo y nos parecia muy hermosa; luego se le ponía la mamá y nos parecia muy fea; despues disertaban sobre las calidades; si aquel era mas fino que éste, si éste mas elegante que estotro,

»si el tafetan de Florencia

abulta mas que el de España:»

preguntaban de donde eran aquellas telas; se les respondia que de *Lion*; y estaba yo viendo una punta no bien cortada que decia *Barcelona*; por fin apartaron no sé cuantas cosas y empezaron á pedir precios. Allí fue el hacer admiraciones, el entablar comparaciones con otras

tiendas, el despreciar los géneros, y en fin, hacer las indiferentes; despues hablaron aparte, y de repente tomaron un aire de broma, diciendo á los mancebos que eran unos picarillos, que no hacian gracia á las parroquianas, con que los pobres iban ablandando un tanto cuanto; pero una severa mirada del mas mal encarado les impuso en su deber, y respondieron unánimes:—»No podemos;»— con lo cual se marcharon las damas, y ellos se quedaron ocupados en volver á doblar las piezas.

No tardó en presentarse otra señora, que á juzgar por su aire, sus modales y vestido, calificué desde luego de una gran persona; entró con mucha solemnidad, y al ver la premura con que los mancebos corrieron á servirle, despejando el mostrador, no pudo menos de picarme la curiosidad de saber quien era; dirigime para el caso á uno de ellos, y no sin admiracion supe que era la esposa de un empleado muy subalterno á quien yo conozco; pero creció de todo punto mi asombro cuando habiendo escogido un velo de blonda, abrió su bolsillo y tiró sobre la mesa seis onzas (que eran al poco mas ó menos el sueldo de tres meses de su esposo), hecho lo cual, cargó de otras varias telas, que pagó tan generosamente, y marchó dejándome en el mayor éxtasis; por fortuna una dama que habia presenciado todo el paso me sacó de él, diciendo:—«Cómo luce la Fulana las onzas que ganó antes de anoche en casa de... valiérala mas pagar al casero.»

Ya á la sazón ocupaba un ángulo del mostrador cierta graciosa y esbelta modista, que habia venido á buscar



un pedazo de percal *como la muestra*, y el mancebillo listo la hacia rabiarse enseñándola piezas enteramente opuestas, y amenizando este juego escénico con tal cual chanzoneta medianamente disparada si bien mejor recibida; por último concluyó con darla lo que pedia; item mas, con la galantería de no quererla cobrar el importe.

No bien se habia acabado esta escena, empezó otra, en la cual tuve el honor de figurar, y fue la que produjo la entrada de cierta señora conocida mia, la cual me tomó por asesor de su gusto; yo, deseoso de darla la mejor idea del mio nunca me inclinaba á lo peor; por otro lado era preciso mirar por los intereses del amo de la tienda; así que en fuerza de mis observaciones le hice reunir una partidita mas que mediana. Llegó el caso de echar la cuenta, y por cuanto no hizo el diablo que faltase dinero para unos pañuelos y no sé qué otras frioleras, con lo cual la dama apareció ruborizada. ¡Qué habia yo de hacer! La ocasion no era para rechazada; volvíme á ella y la dije: —»Paquita, no no pase usted cuidado por ello, que está en tierra de amigos, y hallándome yo aqui...—Oh, no: ¡como tengo de permitir...!—Es que yo tengo en esta casa ciertas cuentas pendientes, y cabalmente hace falta para arreglarlas un pequeño pico como ese.—En vano me replicó dulcemente, yo insistí con mas dulzura, y dulcificando mas y mas nuestros tiros, quedé por fin vencedor, y la hermosa Dulcinea llevó los pañuelos. Verdad es que prometió pagármelos á domicilio.

La tienda entre tanto se iba llenando de gente, y eran

tan rápidos los movimientos que no podía enterarme de ninguno; solo llamó mi atención una pareja joven, tan exigua y acaramelada que no pude dudar que se hallaba todavía en el primer mes del matrimonio. Con efecto, era así, y un conocedor no podía menos de adivinarlo al ver las escesivas blondas, follages y perendengues de la dama, los cuidados y complacencia del galán. Por de pronto hizo sentar á la esposa con cierta solicitud que me dió á conocer sus esperanzas paternas; empezaron á pedir, y todo era poco para aquella exigencia de alfeñique femenino, y nada demasiado para el provisto bolsillo del marido. Parecíame ver ya hechos los trages de aquellas brillantes telas, agotada la imaginación de las modistas en dar con ellas forma humana donde no la hay, y casi me daban tentaciones de repetir al marido un gracioso dicho de Tirso:

«Dad al diablo la muger

Que gasta galas sin suma,

Porque ave de mucha pluma

Tiene poco que comer.»

Pero luego conocí que unos cuantos meses de matrimonio se lo dirían mejor que yo. En fin, fastidiado y enojoso despedíme de los muchachos y salí de aquel recinto.

Pero como todavía no eran mas que las once y media me dirigí por el pronto á una de las tiendas conocidas de la calle de la Montera, y me senté delante del pequeño mostrador, coronado de relojes, lamparillas, templos



góticos, escaparates y quinquets; pero no era yo solo el concurrente, pues ya otros tres elegantes *abonados* ocupaban los demas asientos. Queriendo emplear en algo el tiempo, pedí bastones para escoger uno; al momento todos empezaron á aconsejarme el que debia tomar, alabarme su belleza, asegurarme que era igual al que llevaba el duque de... y en fin, á hacer los demas oficios propios del mercader; yo, que di poca importancia á sus espresiones, tomé el que me pareció, y aun estaba contemplándole, cuando llegó otro camarada que lo cogió en sus manos, empezó á blandirle y á probar su elasticidad con tal brio, que á los cinco minutos tuve el consuelo de verle dividido en dos. Luego otro de ellos fue á dar una vuelta rápida y rompió el fanal de un reloj; verdad es que quiso pagarlo; pero el dueño no lo permitió; despues se levantaron todos y se pusieron á la puerta, y en entrando alguna señora, entraban detras, y hacian los mismos elogios de todo lo que ponía en precio; con esto y con algunas palabras mas ó menos ligeras, noté que las ahuyentaban, en términos que el dueño de la tienda iba poniendo un gesto bastante espresivo. En esto acertó á parar un coche delante de la tienda, y todos ellos se colocaron como en el juego de las cuatro esquinas; bajó una mamá y una hija muy bien parecida, entraron en la tienda, y puso aquella en ajuste un reloj. Al momento uno de ellos hizo tocar la música, y mientras la madre con una sonrisa placentera llevaba el compás con la cabeza, pie y abanico, la niña en el extremo contrario hablaba disimuladamente con uno de ellos, en términos que me hizo

sospechar que aquel encuentro no era casual, antes bien tenía todo el caracter de una verdadera conspiracion. La mamá volvió rápidamente á buscar á la niña, pero ya es-  
 la habia visto su movimiento en un espejo que tenia de-  
 tante, y con la mayor sinceridad se puso á preguntar si es-  
 taba vivo el pajarito que cantaba sobre una torrecilla del  
 monasterio de santa Amalverga. ¡Oh inocencia digna de  
 la edad media! La mamá tuvo trabajo en persuadirla  
 que era fingido, y el galan entre tanto probaba unos an-  
 teojos con disimulo, no sin grave susto del amo de la  
 casa que ya preveia su próxima disolucion.

Yo reia de veras de toda esta escena, y por tener un  
 pretesto para dilatar mi permanencia, compré una lampa-  
 rilla que servia de pedestal á Napoleon meditando los  
 planes de la batalla de Marengo, y un juego de bolos re-  
 presentando todos los varones célebres de Plutarco, y me  
 dispuse á observar el desenlace: mas ¡oh fatalidad! estan-  
 do en esto dieron las doce y tuve que echar á correr sin  
 ver el final de aquel suceso, preguntándome impacien-  
 te ¿qué es lo que yo habia hecho en una hora? y no  
 pudiendo menos de convenir con Moreto

«Que de aqui para alli»

Y de alli para aqui

De allá para acá

Y de acá para allá,

El tiempo se va.»

(Setiembre de 1832.)



## EL BARBERO DE MADRID.

«Pronto á far ttuto  
la notte e il giorno,  
sempre d' intorno  
in giro stà.»

*Aria de Figaro.*

¿Sabe usted, señor público, que es un compromiso demasiado fuerte el que yo me he echado encima de comunicarle semanalmente un cuadro de costumbres? ¿Sabe usted que no todos los dias estan mis humores en perfecto equilibrio, y que no hay sino obligarme á una cosa para luego mirarla con tibieza y hastio? A la verdad que nada hay que acorte el ingenio y mengüe el discurso como la obligacion de tenerles á tal ó tal hora determinada. Y no dígolo por el mio, pues este claro está que de suyo es apocado y exiguo, sino véolo en otros mayores y de marca imperial, de lo cual infiero y saco la conse-

cuencia de que el genio es naturalmente indómito, y repugna y rechaza los lazos que le sujetan.

Pero al fin y postre, y viniendo á mi asunto (puesto que maldita la gana tenga de ello), preciso será sentarme á escribir algo, si es que mañana he de responder con papel en mano al cajista de la imprenta. Paciencia, hermano; sentémonos, preparemos la pluma, dispongamos papel, y... pero entiendo que antes de empezar á escribir bueno será pensar sobre qué... Asi lo recomienda el célebre satírico frances

*«avant donc que d' écrire apprenez á penser.»*

Mas no hay porque detenerse en ello, sino imitar á tantos escritores del dia que escriben primero y piensan despues. Verdad es que tambien *piensan* los jumentos.

Repasemos mis memorias á ver cuál puede hoy servir de materia al entendimiento... Esta... la otra... nada, la voluntad dice que nones; pues señores, medrados quedamos.— (Aqui *el curioso* da una fuerte palmada sobre el bufete, tira violentamente la pluma, y permanece un rato con la mano en la frente haciendo *como el que piensa*. La mampara del estudio se abre en este momento; y el barbero se anuncia sacando al autor de su éxtasis).—  
 Hola, maestro, ¿es usted? Me alegro, con eso hablará usted por mí.  
 Mi barbero es un mozo de veinte y dos, alegre como Figaro, aunque con diversas inclinaciones; verdad es que á aquel le retrató Beaumarchais, y á este le pintó



yo; ¡no es nada la diferencia! Pero en fin, como todo en este mundo se hace viejo, el barbero de Sevilla también; además de que ya nos lo han ofrecido cantado y rezado, y aun en danza, y nos le sabemos de coro. Vaya otro barbero no tan sabio, no tan ingenioso, pero más del día; no vestido de calzon y chupetin, sino de casaquilla y corbata; no danzarin, sino *parlante* como yo; no... pero en fin, maestro, cuéntenos usted su historia, porque yo ni de hablar tengo hoy gana.

— Yo, señor, soy natural de Parla, y me llamo Pedro Correa; mi padre era sacristan del pueblo, y mi madre sacristana; yo entré de monaguillo así que supe decir *amen*; de manera que con el señor cura, mis padres y yo, componíamos todo el cabildo. En mi casa se tenía por cosa cierta que yo había de llegar á ser fraile francisco, porque así lo había soñado mi madre, y ya me hacían ir con el hábito y me enseñaban á rezar en latín; pero por más que discurrían no podían sujetar mis travesuras. Ni en las vinageras había vino seguro, ni las cabezas de los muchachos tampoco donde yo estaba; y cuando se me antojaba alborotar el lugar me colgaba de las cuerdas de la campana, y con pies y manos las hacía moverse, ni más ni menos que si fueran atacadas de perlesía. En suma, tanto me querían sujetar y tanto me recomendaban la santidad de la carrera á que me destinaban, que una mañana, sin decir esta boca es mía, cogí el camino por lo más ancho, y no paré hasta la carrera de S. Francisco de esta heroica villa, en casa de un primo mío, y habiéndome,

dicho el nombre de la calle, di por realizado el ensueño de mi madre, y á mi por desquitado de mi estrella.

Mi primo era cursante de cirujía, y llevaba dos años de asistencia al colegio de S. Carlos, con lo cual siempre nos andaba hablando de vísceras y tegumentos; y era tan afecto á la anatomía, que se empeñó en diseccionar á su muger. Asi que yo, luego que perdi el miedo á las terribles espresiones de *fisiologia*, *higiene*, *terapéutica*, *sifilítico*, *obstetricia*, y otras asi de que abundaban aquellos librotos que él traía entre manos, no hallé mejor salida para mi ingenio que seguir aquella misma profesion; y por el pronto aprendí á afeitar, haciendo la experiencia en un pobre de la esquina á quien siempre andaba conquistando para que se dejase afeitar *de limosna*.

Luego que ya me encontré suficientemente instruido en el manejo del arma, y matriculado ademas en el colegio, dejé á mi primo y me puse en otra barbería, donde habia una muchacha con quien disertar sobre mis lecciones de anatomía; pero el diablo (que no duerme) hubo de mezclarse en el negocio, y nos condujo á practicar no sé qué experiencias, con lo cual hicimos un embrollo que todos mis libros no supieron desatar en algunos meses. En fin, salí como pude, y de la casa tambien, marchando á seguir en otra mis estudios, aunque por entonces me limité á la parte teórica, dejando la práctica para mejor ocasion. Al cabo de algunos años de otros sucesos menores, me hallé con que sabia tanto como mi maestro, y que solo me faltaba un pedazo de papel para



poder abrir tienda; pero es el caso que este pedazo de papel cuesta un exámen y muy buenos maravedís, y si bien por lo primero no paso cuidado, lo segundo me aflige en estremo, por la sencilla razon de que no los tengo.

Desde entonces sigo buscando la buena ventura, ayudado de mis navajas y de tal cual enfermo *vergonzante* que suele caerme; y sino mirase al dia de mañana, créame usted que la vida que llevo no es para desear mudarla. Porque yo me levanto al romper el alba, y despues de afilar los instrumentos, barrer la tienda y afeitár á algun otro aguador ó panadero, salgo alegrando todo el barrio, y por costumbre inveterada corro al colegio á asistir en clase de oyente, ó á ver á mis antiguos camaradas. Súbome muy temprano, y al pasar por las plazas nunca falta alguna aventurilla galante que seguir, algun cesto que quitar de las manos de tal linda compradora, algunos cuartos que ofrecer á tal otra, ó alguna tienda de vinos que visitar. Empieza despues la operacion de la rasura, y en las dos horas siguientes corro todos los estremos de Madrid, convirtiendo rostros, de respetables en inocentes y de buen comer; entre tanto, en casa de una marquesa me sale al paso el señorito, que está haciendo su aprendizaje en el vicio, y me encarga traerle unguentos y brebages; en otra casa, el señor don Cenon, que ha sido atacado del reuma, me obliga á ponerle dos docenas de sanguijuelas; en otra don Crispulo, el elegante, quiere que le corte los callos; y en la de mas allá una niña me esplica los síntomas de una enfermedad

parecida á la que yo no pude curar en la que estudiaba conmigo.

Por todás partes ya se deja conocer que llueven sobre mí las propinas y los obsequios; pero de ninguno me resulta mayor complacencia como de los que recibo en cierta casa, prodigados por cierta fregona con quien el sol no pudiera competir. Porque ella me entretiene con su sabrosa plática entre tanto que el amo se viste y reza sus devociones; ella me auxilia vertiendo en la vacía al tiempo que el agua, ya el robusto chorizo, ya la estendida magra, ya la suculenta costilla con una destreza admirable; y ella, en fin, entretiene mis envejecidas esperanzas, haciéndome entrever seis grandes medallas que tiene guardadas para mi examen, con la condicion *sine qua non* de casarnos el mismo dia.

Concluidas, por fin, mis operaciones matutinas, vuelvo á la tienda tan contento de mí, que no me trocaria por el mismo maestro, y con esto, y con asistir á alguna operacion quirúrgica, rasurar tal ó cual escotero, ó rasgugar mi vihuela, se me pasa insensiblemente el dia. Llega la noche, y como caiga algun enfermo que cuidar, ó que velar algun muerto, salgo con mi guitarra bajo el brazo, y entre caldo y caldo, ó entre responso y gemido, hago mis escapatorias á colgarme de la ventana de mi Dulcinea, á quien despierto con los tiernos acentos de mi voz. Hé aqui mi vida tal como pasa, y si usted conoce otra mejor, para mi santiguada que yo no.—

Aqui calló Pedro Correa; y yo, que me sentí aliviado, me disponia á proseguir pensando en mi artículo;



pero nada bueno me salia , por lo cual tuve que dejarlo hasta la noche ; vino esta , y acordándome de la narracion de mi barbero , asaltome la idea de que diciendo lo que él habló , tenia coordinado mi discurso , supuesto que es de costumbres , sino de las mas limpias.

Hícelo en efecto asi , y me fui á acostar muy satisfecho ; mas no bien habia cerrado los ojos , cuando un ruido extraño me despertó. Parecióme oír puntear una guitarra , y asi era la verdad , que la punteaban de lado la calle ; mas diciendo como don Diego en el Si de las Niñas: *Pobre gente , ¿ quién sabe la importancia que darán ellos á la tal música ?* volvíme del otro lado con intencion de dormir ; pero en esto algunos pasos cercanos , y el rechinar de una imprudente puerta , me hizo conocer que el enemigo se hallaba cerca ; con lo cual , y la ventana abierta , oí distintamente una voz que cantaba esta seguidilla.

Aunque los males curo

De las heridas, est,

Amor no me permite

Curar las mias.

Que sus saetas

Tienen mas poderío

Que mis recetas.

No me pareció del todo mal el concepto barberil , y por ver si continuaba ó yo me habia equivocado , dejéle echar el prelude de la segunda copla , mientras el cual

la hermosa Maritornes se acercaba á la ventana á pocos pasos de donde yo me habia colocado. La guitarra concluyó el prelude, y la voz volvió á cantar :

Abandona ya el lecho,

Querida Antonia,

Para oir los suspiros

De quien te adora.

Depon el miedo,

Que todo el mundo duerme

Menos tu Pedro.

—Y yo tampoco duermo, *señor rapista*, porque las voces de usted no me lo permiten (dije con voz gutural asomándome á la ventana). ¿Párecéle á usted que aqui somos de piedra como el guardacanton de la esquina? ¿ó qué horas son estas para venir á alborotar el barrio? Por mi fé, seor Monaguillo Parlanchin, que asi vuelva usted á tomar mi barba como ahora llueven lechugas, y que la Maritornes que está á mi espalda no le tornará á colar mas chorizos en la bacía.—

Y diciéndo esto cerré estrepitosamente la ventana, y me fui á acostar. Pero á la mañana siguiente se me presentó el compungido galan; luego la trasnochada dama, y jugándola ambos de personajes de comedia se pusieron á mis pies pidiéndome licencia por matrimo- niar. ¿Qué habia yo de hacer! Soy tierno, y el paso era no sé si diga *clásico* ú *romántico*; alcélos con gravedad, y despues de un corto y mal dirigido sermon, les



dispensé mi venia; item mas, me ofrecí al padrinazgo, y aun á completar lo que faltaba para los gastos del título. De tal modo les pagué el haberme proporcionado materia para este artículo.

(Setiembre de 1832.)

EL BARRIO DE MADRID.  
dispense por venir; pero más me ofrecí al paraiso, y  
van a comprar lo que falta para los gastos del in-  
lo. De tal modo los pagué, el haberte proporcionado  
materia para este artículo.  
(Arribe de 1832)

## EL POETA Y SU DAMA.

“Ce qui ne vaut pas la peine  
d’être dit, on le chante.”

*Beaumarchais.*

**A**quel poeta inmortal  
Que en las alas del Pegaso  
Caminando hácia el Parnaso  
Se paró en el Hospital;  
El que con la lira de oro  
Tuvo que comer pepinos  
Por no vender los divinos  
Dones del luciente coro;



El que robaba las perlas  
De la aurora al despertar  
Sin poder nunca lograr  
Ni empeñarlas ni venderlas ;

El que pasó el medio día  
Con Horacio y con pan duro,  
Y en lugar de vino puro  
Bebió nectar y ambrosia.

A vos, del alma señora,  
La ingrata, la desleal,  
La que causásteis su mal,  
La que os burlais de él ahora ,

Libre ya de sus dolores  
Llega este insigne poeta  
De vuestra beldad perfeta  
A mirar los resplandores

Háganme trocar la poca  
Fortuna que en mí se siente  
La plata de vuestra frente  
Y el coral de vuestra boca,

Que si son vuestros cabellos  
De oro fino cual ninguno,  
Dándomelos uno á uno  
Me remediare con ellos.

No es mi miseria tan rara  
Si vos me quereis querer,  
Que algo me puede valer  
El marfil de vuestra cara.

Yo os haré á vos inmortal ;  
Vos me dareis con que coma ;  
Yo os haré verter aroma  
Por los labios de coral ;

Vos un hombre hareis de mí,  
Yo de vos, haré una diosa ;  
Si en ello venís gustosa,  
Empecemos desde aquí.—

Asi cantaba Liseno  
Con la lira destemplada,  
Aun medio convaliente,  
A la puerta de su dama.  
Ella sus voces oia,  
Pero ya solo escuchaba  
De otro amante los suspiros,  
Aunque eran en prosa llana ;  
Y es que iban acompañados  
De diamantes y esmeraldas,  
Y esto les daba una fuerza  
Bastante á rendir mil almas.  
Ella al oír al poeta  
Creía que rebuznaba,



Y escuchar á Ciceron  
Pensó cuando el otro hablára ;  
Porque en materia de letras  
Está por las que se cambian,  
Y cansada de ser diosa  
Quiere las cosas humanas.  
Hasta que ya decidida  
Abrió por fin la ventana,  
Y al poeta desdichado  
Estas razones le habla.

«No pienses en persuadirme ,  
Hombre mas duro y cansado  
Que el pedernal seco y firme ;  
Si no quieres aburrirme  
Vuelve el son hácia otro lado.

Escuchen otros oidos  
Tus sempiternas canciones ,  
Y te escuchen complacidos ,  
Que yo no quiero mas ruidos  
Que el ruido de los doblones.

Yo no busco que mi amante  
Me pondere su constancia  
En un discurso elegante  
Que como haya consonante  
Aunque hubiere disonancia.

Si son mis megillas perlas  
 Y mi frente plateada,  
 No llegarás á obtenerlas,  
 Pues con tanto encarecerlas  
 No ofreces por ellas nada.

Déjame tú en paz á mí,  
 Pues en paz te dejo yo:  
 Busca quien te diga *si*,  
 Y no pierdas tiempo aquí  
 Do siempre oirás que *no*.»

Absorto de este language  
 El amante desdichado  
 A la cerrada ventana  
 Se ha quedado contemplando;  
 Hasta que volviendo en sí  
 Tornó á marchar cabizbajo  
 Camino del Hospital  
 Como quien va hácia el Parnaso.

(Setiembre de 1832.)



**LAS FERIAS.**

"*Ferías* me pide por Mayo,  
y para pedir las Menga  
cada día es San Miguel  
y todo el año son ferias."

*Esquilache.*

**E**ste mundo es una gran feria, en que todos traficamos, aunque con materias diferentes y de un valor convencional. Hay quien da su mesa á cambio de cortesías; quien paga su amor á precio de cuatro suspiros; dos *ergos* y unos buenos pulmones suelen comprar un grado de doctor; la importunidad adquiere empleos, la desdicha suele á veces comprar el talento, y el talento cambiarse por desdicha; el vestido vale generalmente tanto como la educacion, y la figura corre en ocasiones á mas subido precio que las cualidades del alma. Cada cual, en

fin, valiéndose de las circunstancias de que puede disponer, suele adquirir con ellas las que le faltan; pero sin necesidad de tanto trabajo hay una materia positiva, con la cual puede obtenerse todo, y esta materia es *el dinero*; con ella se logran las comodidades, los halagos, el amor... el inestimable amor... la sabiduría, los honores, y hasta la hermosura física.—

—Alto ahí, señor Provinciano, que ya estoy cansado de tanta filosofía, y aun no sé si diga de tanta sutileza. ¡Hombre de Barrabás! ¿adónde va usted á parar con ese discursote, que no parece sino arrancado de algun manuscrito árabe del Escorial? Ya sabemos lo que sucede en el mundo en los tiempos ordinarios; pero aqui solo hablamos de lo que pasa en tiempo *de feria*: ¿qué tiene que ver lo uno con lo otro?

—Quiere decir, me replicó el Provinciano, que si una circunstancia cualquiera pone en mas rápida circulación todos los ejes de la gran máquina social, esta época será sin duda un panorama que nos presentará á un solo golpe de vista los esfuerzos de los hombres para engañarse unos á otros.

—Vaya, déjese usted de ejes y panoramas, y supueste que ha llegado á Madrid en la temporada de feria, sepa ante todas cosas que la de esta villa, que empieza el día de S. Mateo, 21 de setiembre, fue concedida por privilegio del rey don Juan el II en 8 de abril de 1447, y que esta feria, que llega hasta el día de San Miguel, y otra que empezaba en el mismo y duraba quince dias, se han reunido en una, que concluye en 4 de octubre,



y hé aqui sin duda la razon de que aun hoy se diga en Madrid *las ferias* en plural, como que realmente eran dos.— Mil gracias, señor Madrileño, por el trozo de erudicion histórica, aunque si va á decir la verdad, no le encuentro mas oportuno que mi exordio filosófico.— Tiene usted razon, señor Provinciano, pero por algo habiamos de empezar á hablar.—

Aqui llamamos los dos y proseguimos largo rato nuestro camino, hasta que pasando por la calle de Atocha:— Venga usted acá (dije al Provinciano), que me parece que en este puesto hemos de hallar algo bueno; y en efecto era asi, porque una multitud de muebles y vestidos del mejor gusto dejaban ver, aunque en modesta prenderia, su reciente fecha. Preguntamos los precios de varios, y como á todo nos contestase la muger que los vendia: «Esto se da en tanto, y ha costado cuanto hace seis meses;» entramos en curiosidad de saber qué desgracia repentina habia obligado á su dueño á desprenderse de ellos, á lo cual nos satisfizo la prendera, diciendonos que pertenecian á una cantatriz italiana que habia concluido su contrata: estando en esto vimos llegar á una joven acompañada de un caballero que los puso todos en precio; y al ver su resolucion, sus modales, y mas que todo la condescendencia del caballero, no pudimos menos de conocer que aquella empezaba entonces *su contrata*, aunque de distinto género.

Mas allá, en otro gran depósito, observamos una coleccion de catres de todos los gustos desde Felipe II acá, los cuales recordé haber visto ya cuando iba á la escuela,

sin que en las distintas *esposiciones* que desde entonces han mediado hayan mejorado de suerte. Mas por cuánto y no en aquel momento, mi Provinciano hubo de prendarse de uno, y determinó llevarlo á su pueblo para regalárselo á cierta sobrina casadera; y hé aqui que este olvidado mueble, mudo testigo de la fidelidad conyugal de seis generaciones, lo será aun de la sétima.

En un portal inmediato campeaban multitud de vestidos, de los que en otros tiempos figuraron en los bailes sérios, y ahora lucen en los de máscara; ¡cielos, qué profanacion!... en el bolsillo de una casaca muy bordada de sedas encontré un sobre antiguo que decia: «Al Escelentísimo Sr. D... Ministro de S. M. Fernando VI;...» ¡y yo la compré para llevarla á los bailes de Carnaval...!

Pero nada nos entretenia tanto como el mirar algunos puestos tan desmantelados que parecian la verdadera efigie del retablo de Maese Pedro despues de la descomunal batalla sostenida por el héroe manchego; v. gr., uno que dejamos á la derecha en la calle de la Magdalena consistia ni mas ni menos en los siguientes efectos: media tinaja, un espejo sin azogue, dos puertas rotas, una escopeta cubierta de orin, seis alcarrazas sin suelo, y sobre una mesa de dos pies y medio arrimada á la pared, hasta unos seis ó siete clavos romanos sin cabeza, dos cabezas sin clavo, una campanilla sin badajo, y una rodela vieja: y aun nos estábamos riendo de contemplar todo aquel aparato, cuando llegó á colmar nuestro asombro un hombre que despues de haberlo considerado todo detenidamente lo puso en ajuste, y lo compró por tres pe-



setas. No pude contenerme, y sin mas preámbulos me determiné á preguntarle para qué podria servirle todo aquello, á lo que el pobre con la mejor voluntad me contestó:—«Señor, soy maestro de obras, y hace diez años que formé el proyecto de hacer una casa en mi barrio del Ave-Maria; desde entonces voy aprovechando para ello todo cuanto ladrillo y cascote puedo de las obras que manejo, y ya tengo suficientes materiales para empezar, Dios mediante, el verano que viene. Asi que vi este puesto, consideré que la media tinaja podia servirme para el fogon, el espejo para la claravoya de la escalera, las puertas rotas para ventanas, la escopeta para el cañon de la chimenea, las alcarrazas para bajadas de aguas, los clavos para los adornos, menos uno que servirá de badajo á la campanilla, y la rodela agujereada para tronera de la cueva. Con que ya ustedes ven que todo puede servir en este mundo.»—

Pasmados nos dejó el buen maestro, y hablando de ello largo rato, hasta que vino á distraernos un gran puesto cubierto de cuadros que llamaba la atencion de los inteligentes. Allí era el verlos considerar las pinturas largo rato y á todas luces, arquear las cejas, adivinar el autor (despues de haber leído la firma que estaba á la espalda), hablar de *frescura* y de *matices*, de *claro-oscuro* y *encarnaciones*, con toda la demas retahila de voces científicas. El hombre que los vendia no estaba tan al corriente como ellos; asi que, para él era el mejor el que tenia mejor marco, con lo cual mis aficionados le fueron llevando los buenos por poco dinero, y dejándole

una coleccion de brillantes mamarrachos. Parado estaba yo delante de un retrato muy parecido, de cierta señora bien conocida por su belleza, y no pude menos de escandalizarme de que viviendo todavia, y aun durante su buena época, se la hiciesen ya los honores de la feria. El mismo asombro causaba en todos los que la veían, hasta que habiéndolo verificado un joven que acertó á pasar, manifestó con tales veras su descontento, que no pudimos menos de sospechar que fuese uno de sus adoradores; y tomando un aire de reto, preguntó ¿quién vendia aquel cuadro?; contestósele que el pintor, como propiedad suya, por no habersele pagado despues de mandárselo hacer; á lo cual mi galan algo abochornado lo rescató sin reparar en el precio: y solo exclamó:

«¡Oh dulces prendas por mi mal halladas!»

con lo demas que se sigue; mientras nosotros quedamos riendo del epigrama del pintor.

Mas en ninguna parte bullía tanta multitud ni se reproducian mas escenas que al rededor de los puestos de libros, y no hay necesidad de decir que el Provinciano y yo, como aficionados, tardamos poco en engolfarnos en ellos. Y mientras cogiamos este, abriamos aquel, ojeábamos el otro, ó tirábamos el de mas allá, no podian menos de distraer nuestra atencion algunos de los episodios que pasaban á nuestro lado; por ejemplo; llegó un pedanton de estos que hablan poco y gesticulan mucho, de estos que todo lo desprecian y que nada hacen; de estos, en fin, que se suponen superiores al mundo en-



tero, porque el mundo entero no se ha querido tomar el trabajo de desmentirles; caló sus anteojos, apartó á todo el mundo, pidió una libro en griego y otro en alemán; pero mientras le contemplábamos con gran respeto, no pudimos menos de observar que estaba muy entretenido en mirar las láminas, sin hacer la menor seña de entender el testo. Otros estaban con la nariz en el suelo rebuscando en el monton de artes de Cocina, Formularios, Guias atrasadas, Bertoldos, Soledades y Secretos raros, que se daban á 4 rs. chico con grande; y todos alargaban la mano á un tomo del Diccionario de M... porque tenia un forro muy bonito, y luego en leyendo la portada soltábanle ni mas ni menos que si se hubieran quemado los dedos. ¡ Oh, y cuántas producciones clásicas de nuestros dias, cuyos recientes anuncios ablandan aun las esquinas de la capital, yacian en aquel *osario* heridas de prematura y no sospechada muerte! Allí las novísimas Historias y Compendios abreviados; allí los Retratos y Discursos; allí las sensibles parejas Fulano y Zutana; los Amantes desgraciados, y los dichosos; los Castillos góticos; los Espectros y Fantasmas en galeria; los Artes para todo que de nada sirven; los Tratados breves, las Memorias y Folletos, las Enciclopedias que pueden ir en carta, las traducciones, las imitaciones, las refundiciones, las visiones y las aberraciones. ¿ Quién al mirar tal destrozo no habia de temblar por sí? Yo al menos hice mis *Mementos*, y por sí tambien me alcanzaba el castigo, exclamé con fervor: « *Domine, peccavi, miserere mei!* »

Apartámonos de aquel sitio, y llegamos á la plazuela de la Cebada, teatro un tiempo de las ferias de Madrid, y hoy destinada á mas terribles escenas. Intentando atravesarla, fuimos detenidos por una multitud de curiosos apiñados en rededor de una máquina óptica, dirigida por un ciego con un tamborcillo, que enseñaba por dos cuartos *tutti li mondi*. Y al pasar á su lado hirieron mis oídos estas voces, interrumpidas por el tamborcillo:—«*Tan tan...* Ahora van ustedes á ver la gran calle de Alcalá en tiempo de ferias.»—

Paréme un poco, y consultando con el amigo, convinimos en que si habíamos de atravesar todo Madrid para verla, era mas cómodo mirarla pintada por dos cuartos: pagámoslos, aplicamos la vista al cristalejo, y el ciego empezó á decir:

«Aquí verán ustedes qué grande y qué hermosa es esta calle de Alcalá, y la multitud de puestos y almacenes ambulantes que la adornan: *tan tan...* Van ustedes á ver la famosa feria de Madrid... Avellanas y nueces, dominguillos y cortejos... *tan tan...* Miren ustedes cuántos muebles, chicos y grandes, malos y buenos, nuevos y viejos; pues todos sirven, aunque no sea mas que de estorbo... *tan tan...* ¡Cuántos muñecos parados y cuántos que andan, y qué tiernos y qué delicados...! *tan tan...* ¡Cuántas muchachas, figuritas de barro, y cuántas de carne y hueso. ¡Ay, y qué pintaditas y qué compuestitas...! *tan tan...* ¡Cuántos platos y pucheros, y qué poco que comer, cuántos servicios, y qué pocos méritos; cuántos libros, y qué pocos



que lean...! *tan tan...* Miren ustedes qué apretones, y qué confusiones, y qué resbalones, y qué te... entonces... *tan tan...* Observen ustedes ahí á la derecha, conforme vamos, qué pareja tan acaramelada, seguida por un criado; pues ese que va detras no es el criado que es el marido... *tan tan...* Vean ustedes qué elegante va esa niña, y cuántas blondas y cuánto raso; pues su trabajo le ha costado el ganarlo, que á su padre no... *tan tan..* Atencion; miren ustedes esos lechuguinos que siguen esas niñas; ¡ ay, que se paran delante de las mesas á ver los muñecos!; y ellos tambien se paran en frente: «¿Qué quereis, hijas mias?— Ay, mamá, férienos usted un muñequito...» *tan tan...* A esotro lado vean ustedes un militar buen mozo, que se estira los bigotes, y cómo le gustan los de ese pimpollo que va delante, y la llega al oido y la dice: «Mi alma, ¿quiere usted que la ferie?» y ella dice: «¿Y por qué no?» Y la compra avellanas y azofaifas, y acerolas y nueces, y... ¡ay pobrecito, mira no te ferie ella á tí...! *tan tan...* Vean ustedes esotro elegante que hace parar un coche, y les alarga á los niños que van dentro tantos juguetes... pues no es por ellos, que es por la mamá, que no hay como adorar al santo por la peana... *tan tan...* Vamos, señores, que se va haciendo tarde: ¿he dicho algo? pues aun queda lo mejor; pero otro dia será; esto se acabó, y la feria tambien; hagan ustedes cuenta que llegamos al dia de San Francisco... *tan tan...*

Y tapó el cristalejo y nos dejó á buenas noches.

(Octubre de 1832.)

GRANDEZA Y MISERIA.

«No son todas las leyes generales ,  
que muchas escepciones hay en ellas ,  
ni las cosas del mundo son iguales.»

L. de Argensola.

**H**allándome en Zaragoza durante mi primera juventud contraje amistad íntima con el hijo del marques de... joven amable, franco y bullicioso, como yo lo era tambien entonces, y como me pesa no serlo ahora : nuestras relaciones no eran de aquellas superficiales que las circunstancias ó la casualidad suelen combinar, antes bien tenian el caracter de una verdadera amistad ; asi que, viviendo juntos, y no separándonos ni en aquellos ratos que dedicábamos al estudio (que eran los menos), ni en los que dábamos á la distraccion y los placeres (que eran los mas), llegamos á ser citados en la ciudad como modelo de amistosa fidelidad.



Ricardo (que así se llamaba el hijo del marques) unia á una bella figura la elegancia en el vestir, la destreza en la esgrima y en la danza, y la bizarría para dominar un alazan, con lo cual era tenido por el primer caballero de la ciudad; pero al mismo tiempo (preciso es confesarlo) los estudios de Ricardo se habian limitado á esto solo; y los maestros de filosofia, de ciencias y de idiomas, no tenian los motivos de alabanza que los de equitacion y de baile. En vano procuraba yo hacerle sentir lo equivocado de su conducta, la obligacion en que su elevada cuna le ponía de adquirir una instruccion poco comun; hablábale de la necesidad de corresponder á su noble apellido; los graves cargos y responsabilidades que algun dia pesarian sobre sus hombros; y le ponía delante la consideracion de que tanto mayor es el yerro cuanto mayor es el que yerra. Todo esto lo escuchaba con la bondad natural de su caracter; pero la adulacion llegaba muy pronto á destruir mi obra, y no faltaban labios fementidos que le hacian creer que el estudio no era ocupacion digna de un caballero, y sí solo de aquellos que le necesitan para elevarse; que supuesto que él era ya marques y poderoso, de nada mas necesitaba; que se dejase de cálculos y de vigiliass, y solo se ejercitase en aquellos juegos propios del valor ó de la destreza, que tan bien sientan en las personas bien nacidas; con lo cual, y la aprobacion de unos ojos negros, seducian al pobre marques en términos, que hube de dejar á que el tiempo obrase lo que yo no podia.

Desde entonces nuestra casa fue la mansion de la di-

sipacion y de los placeres : los festines , las músicas , las partidas de caza se reproducian sin cesar ; las damas mas bellas de Zaragoza se disputaban los favores del señorito ; los jóvenes imitaban sus modales y vestido : las modas de Paris y de Londres , los coches de Bruselas , los caballos normandos , todo le era presentado por diestros corredores que hallaban el secreto de cuadruplicar su valor ; y sin haber salido de Zaragoza , afectaba ya los usos de un *fashionable* de Londres , y hablaba mal de nuestras cosas , con lo cual , y fiándose de mercaderes extranjeros , muy pronto se vió asaltado de acreedores y rufianes.

La suerte me separó por entonces de mi amigo , y durante mi larga ausencia recibí algunas cartas suyas en que manifestaba sus ahogos y compromisos , que llegaron al extremo ; pero la muerte de su padre vino á poner término á ellos , y el nuevo marques al noticiármela al mismo tiempo que su casamiento con una señora de su misma clase , me manifestaba que habia variado de vida , arreglado sus negocios , y establecido un plan conveniente para lo sucesivo . Poco despues me escribió su marcha á la corte , adonde le llamaban sus deseos hacia muchos años , y desde entonces nada volví á saber de él ; hasta que habiendo yo venido á Madrid le visité como á un amigo antiguo ; pero ya no encontré aquel Ricardo compañero de mis primeros años , sino al marques de... , uno de los hombres mas visibles de la corte , y cuyo tren y magnificencia oia ponderar por todas partes . Recibióme con atencion , pero sin cordialidad ; me



enseñó con una distraccion afectada su palacio, sus elegantes adornos, su jardin, sus caballos y carrozas, y aun me presentó á la marquesa como un amigo *de su niñez*; pero en todos sus modales noté una reserva, una pretension, que me obligó á mantenerme á cierta distancia, sin que ni él ni yo pareciéramos acordarnos de nuestra antigua familiaridad.

Sentilo ciertamente, aunque no tanto como si le hubiera necesitado; pero me propuse no volver á visitarle, y en este estado se corrieron algunos años, hasta que dias pasados atravesando la calle de Alcalá me oí llamar desde un coche y conocí al marques, mi antiguo camarada: no dejó de sorprenderme esta demostracion; pero aun mas me sorprendieron sus instancias para que al siguiente martes le acompañase á almorzar, por tener, segun dijo, que consultar conmigo cosas del mayor interes; y sin dejarme accion para producir mis excusas, me hizo darle palabra terminante.

Llegado el martes me encaminé á casa del marques, preparando de antemano mi amor propio contra todo evento. Entré en el portalon, y á fuer del precepto de *Nadie pase sin hablar al portero*, escrito en enormes caracteres sobre la pequeña casilla de este, me dirigí á él para darle mi nombre; pero fue en vano, porque el buen inválido prosiguió en su ocupacion, que era enseñar el ejercicio á un perro de aguas; bien es la verdad que con la mano me indicó gravemente la escalera. Pero el diablo y mi poca memoria hizo que entrase por la primera puerta que encontré, donde vi tres hombres

al rededor de una mesa que jugaban á los naipes , y sin alzar los ojos á mí , ni informarse de á quién buscaba , tiraron de una cuerda desde su asiento , y abrieron una mampara que daba entrada á un salon cubierto de dobles filas de bufetes todos ocupados por varios caballeros.

Disputaban á la sazón fuertemente sobre si eran ocho ó nueve mil duros , si se contaba desde tal ó tal mes , y y otras condiciones , con lo cual no dudé que se trataba de algun arrendamiento de las posesiones del marques ; pero el nombre de una artista italiana que pronunciaron me hizo caer en la cuenta de que su conversacion era cosa de interes público. No la interrumpieron por mi llegada , antes bien me hicieron participe de ella , hasta que habiéndose enterado de mi deseo de ver á S. E. , y de la equivocacion que me habia hecho entrar en las oficinas , uno de ellos tuvo la bondad de acompañarme para ir á buscar otra escalera , lo cual hicimos atravesando unas cuantas salas todas igualmente ocupadas que la anterior , y sobre cuyas puertas habia varios rótulos , como *Secretaria* , *Contaduria* , *Archivo* , *Tesorería* &c. &c.

Las ocupaciones de aquellos señores eran varias ; cual se adiestraba en hacer rúbricas y letras góticas ; cual leia la gaceta con los codos sobre el bufete y meneando los labios ; quién tomaba el sol cerca de una ventana ; quién dormia en su sillón con las manos metidas en los bolsillos del pantalon ; y luego entraron los porteros y traían sendas botellas y vasos , acompañados de panecillos , con lo cual todos se apresuraron á tomar *las once* para cobrar nuevas fuerzas con que servir á S. E.



Compadecime del marqués á quien una antigua preocupacion obligaba á mantener aquella cohorte, y subí á la habitacion principal. No habia nadie en ella; atravesé la segunda sala en la misma soledad, pero á la tercera me encontré con un grupo de lacayos que me hicieron aguardar hasta que llegase el *portero de estrados*: pareció éste al cabo de un buen rato con toda la autoridad de un conserje, y dudando de pasar á tal hora recado á S. E.; díjele que era llamado; y entonces sin dejar de mirarme de arriba abajo con una curiosidad desconfiada, envió á llamar á un ayuda de cámara, el cual me dirigió á otro, y éste á otro, que me hizo dar con el *secretario particular*, quien ya tenia antecedentes de mi visita.

Abrióse por fin la mampara que ocultaba á S. E., y entrando en el gabinete me encontré al marques que acababa de dejar el lecho y se habia recostado en el sofá por precaucion para no fatigarse, mientras se entretenia en formar varias figuras con pedacitos de marfil pintados. No bien me vió, tiró todas las fichas y corrió á abrazarme, en lo cual, y en su espresion amable y sincera, volví á reconocer á mi amigo Ricardo; los criados dispusieron el almuerzo, y al concluir de él cogióme el marqués del brazo, y descendimos al jardín, donde empezó la conversacion de esta manera.

—«Sin duda, amigo mio, que mi proceder te habrá parecido estraño, ya por la pasada indiferencia, ya por la cordialidad presente, y no dejo de confesar que en efecto lo es.—Ni yo debo ocultarte que me ha sorprendido tu llamada mas que tu indiferencia, pues conozco

muy bien que el aire de la grandeza no sienta bien con la franqueza de la amistad.—Sin embargo, yo no debí olvidar la nuestra; mas por desgracia no es el remordimiento que debía inspirarme mi proceder contigo lo que me hace recurrir á tu amistad, es mas bien un sentimiento de egoismo.—¿Cómo?—Sí, amigo mio, necesito de tí.—¿De mí? ¿y en qué puedo yo servir al poderoso marqués de...?—¡Poderoso...! ¡ay...! no lo soy, pero aunque lo fuera, siempre me serian oportunos los consejos de un amigo verdadero, juzga tu cuánto mas necesarios me serán en la desgracia.—Habla, mi querido marqués; si mi amistad puede aliviarte en algo, desahógate con tu mejor amigo.—Un momento de silencio y un estrecho abrazo del marqués interrumpieron por algunos instantes nuestro diálogo.

—»Ya te acordarás (continuó) de que á poco tiempo de tu salida de Zaragoza heredé por muerte de mi padre los títulos y rentas de mi casa, con lo cual y mi casamiento traté de mudar enteramente la conducta que hasta allí habia seguido. Empecé, pues, por arreglar mis negocios, y yo mismo me asombré de los inmensos sacrificios que mi pasada disipacion me ocasionaba; pero dueño de una fortuna cuya renta anual se eleva á dos millones de reales, me costó poco trabajo el cubrir aquellos, y aun me lisongeé de comprar con ellos mi escarmiento. Mas mi venida á Madrid, con objeto de entrar en Palacio, llegó á reproducir mis ideas favoritas de ostentacion, y á lanzarme de nuevo en el gran mundo: mis rentas al principio bastaban á todo, y aun me parecia imposible



que el capricho me hiciera inventar medios bastantes á consumirlas; pero ¡ay de mí! ¡cómo me engañé! ¿Querás creerlo, mi buen amigo? Tú ves mi casa, mi tren y mis criados; oyes sin duda hablar de mis funciones y festines; considérame el mortal mas feliz de la tierra; crees que la abundancia reina en torno de mí; sí, amigo mio, reina, pero es para los que me rodean; el mas miserable de mis colonos es mas feliz y mas poderoso que yo.

—Creo haberlo adivinado.

—¿Ves esa legion de criados que pueblan mi casa y mis dependencias? pues de nada me sirven, mientras que mis rentas les sirven á ellos para gozar una vida regalada. ¿Miras ese secretario que me manifiesta tanto interés y afeccion? Pues ese publica mis debilidades, desacredita mi conducta y me impide con sus consejos caminar al arreglo de mi caasa. ¿Ese mayordomo tan fiel, tan desinteresado, que á una lijera insinuacion mia corre á buscarme fondos con que satisfacer mis invencibles caprichos? Pues ese me presta á un interés enorme los productos de mis mismas posesiones. ¿Esos administradores avaros que hacen que los tristes colonos maldigan mi nombre bajo el cual se ven acosados sin piedad? Pues esos son otros tantos señores con quienes yo mismo tengo que transigir para cobrar lo que quieren pagarme. ¿Esos ayudas de cámara que se inclinan á mi paso con el mas profundo respeto? Pues míralos un momento despues; veráslos vestidos con mi ropa, parodiando mis acciones, exagerando mis vicios y haciéndome el juguete de sus malas lenguas: por último, mis haciendas,

mis rentas, mis casas, mis salones, mis graneros, mi cocina, mis cuabras, todo es presa de esas plantas parásitas que se alimentan de lo que es mío, sin que pueda yo evitarlo por no chocar con la costumbre y aun con las ideas que recibí en la educación.—

—Pero al menos (le repliqué yo) tienes el consuelo de que tu casa sea citada como el modelo de la buena sociedad, y que todo el mundo te envidie y ensalce tu ostentación.—

—¿Y qué me sirve este concepto equivocado? Esa turba de aduladores y de egoístas que me aplauden ¿me ofrece acaso un amigo sincero y desinteresado con quien desahogar mi corazón? Mi esposa misma y mis hijos alejados de mí por la etiqueta y el buen tono, ¿me brindan por ventura las caricias y la afección que encuentra en los suyos hasta el más infeliz artesano? Mis enormes rentas ¿me permiten disponer á cualquier hora de una cantidad, por mínima que sea? ¿No he vendido ya mis fincas libres, gravado enormemente las vinculadas, acudido á los usureros, que primero me prestaban sobre mi palabra, luego sobre mi firma, después sobre alhajas y posesiones, y á falta de estas han llegado á no prestarme por nada? Los criados me piden su sueldos, mi muger su dote, mis hijos su fortuna, y la memoria de mis abuelos el lustre de su nombre. ¡Qué hacer, mi querido amigo, en tal ahogo, ni cómo remediar tamaños males!

—Con la filosofía y la virtud, mi querido marqués. Tú hubieras evitado tal abismo, si siguiendo mis conse-



jos hubieras cultivado tu buen carácter en la educación, y dado á tus inclinaciones el giro conveniente: el ocio, causa de todos tus desastres, te hubiera parecido insoportable, y para evitarle hubieras buscado mil recursos que tu fortuna te permitia: los viajes útiles, las empresas nobles, el deseo de verdadera gloria, que en otros países, y en nuestra misma España, ostentan varios de tu ilustre clase, no desdeñándose de proteger la industria, cultivar las artes y las letras, ó brillar en el campo del honor. Pero quisiste mas bien formarte para la holganza, y te rodeaste de una corte de holgazanes; quisiste servirte de ellos, y ellos se han servido de tí; pensaste no necesitar de nadie, y no reflexionabas que un hombre inútil necesita de todo el mundo. Pero en fin, mi querido Ricardo, todavía estás á tiempo; por fortuna tu corazón ha sufrido sin dañarse tamaño combate; pero tu debilidad no te permite permanecer en el puesto para sufrir nuevas asechanzas. Huye, pues, de este centro de corrupcion y de placeres; huye, y en tu apacible quinta de las orillas del Ebro, lejos de la disipacion y del bullicio, encontrarás la paz del alma que solo puede proporcionar una conciencia tranquila. Tus rentas bien distribuidas sirvan despues de satisfacer tus empeños, á proteger al genio y al trabajo; tu casa, purgada de bajos aduladores, sea el asilo de la franqueza y de la honradez; tus hijos, educados bajo otros principios que tú, aprendan de tu boca las desgracias que el ocio proporciona; tu esposa, compañera de tu prosperidad, ayúdete á remediar tu desgracia; y tus súb-

ditos mirándote de cerca, lleguen á conocerte y amarte...

Huye, mi querido Ricardo, muéstrate hombre una vez...

Un nuevo abrazo, interrumpido con los sollozos del marqués, puso fin á esta vehemente conversacion...

Quince dias despues he recibido una carta de mi amigo, fecha en su quinta cerca de Zaragoza, y su contenido me proporciona el placer de pensar que no han sido inútiles mis consejos.

(Octubre de 1832.)



## EL CAMPO SANTO (1.)

«No se engañe nadie, no,  
pensando que ha de durar  
lo que espera,  
mas que duró lo que vió,  
porque todo ha de pasar  
por tal manera.»

Jorge Manrique.

**M**uy pocos serán (hablo solo de aquellos seres dotados de sensibilidad y reflexion) los que no hayan experimentado la verdad del dicho de que *la tristeza tiene su voluptuosidad*. Con efecto, ¿quién no conoce aquella dulce melancolía, aquella abnegacion de sí mismo que nos inclina en ocasiones á hacernos saborear nuestras mismas penas, midiendo grado por grado su estension, y

(1) El suceso á que se refiere este discurso es exacto; las personas y palabras tambien, segun todo me lo reproduce mi memoria aun despues de algunos años.

como deteniéndonos en cada uno para mejor contemplar su inmensidad? ¡Cuán extraño es en aquel momento el hombre á todo lo que le rodea! ¡cuál busca en su imaginacion la sola compañía que necesita! ¡y cuál, en fin, elevando al cielo su alma, encuentra en él el único consuelo á sus desventuras! Huyendo entonces el bullicio del mundo quiere los campos, y su triste soledad le halaga mas que la agitacion y la alegría.

Tal era el estado de mi espíritu una mañana en que tristes pensamientos me habian obligado á dejar el lecho. Acompañado de mi sola imaginacion, me dirigí fuera de la villa, adonde mas libremente pudiese entregar al viento mis suspiros; una doble fila de árboles que seguí cortorato desde la puerta de S. Fernando, me condujo al sitio en que se divide el camino en varias direcciones, y habiendo herido mi vista la modesta cúpula de la capilla que preside al recinto de la muerte, torcí maquinalmente el paso por la vereda que conduce á aquel. A medida que me alejaba del camino real iba dejando de oír el confuso ruido de los carros y caminantes que hasta allí habian interrumpido mis reflexiones, y un profundo silencio sucedia á aquella animacion. Sin embargo, un impulso irresistible me hacia continuar el camino, deteniéndome solo un instante para saludar á la cruz que vi delante de la puerta; pero esta se hallaba cerrada, y nadie parecia al rededor; fuertes eran mis deseos de llamar; mas ¿cómo osar llamar en la morada de los muertos?...  
Desistia ya de mi proyecto apoyado sobre la puerta,



cuando una pequeña inclinacion de esta me dió á conocer que no estaba cerrada ; continué entonces el impulso , y girando sobre sus goznes me dejó ver el *Campo Santo*.

Entré , no sin pavor , en aquella terrible morada : atravesé el primer patio , y me dirigí á la iglesia que veía enfrente , mirando á todas partes por si descubria alguno de los encargados del cementerio ; pero á nadie vi , y mientras hice mi breve oracion tuve lugar para cerciorarme de que nadie sino yo respiraba en aquel sitio. Volví á salir de la iglesia á uno de los seis grandes patios de que consta el cementerio , y siguiendo á lo largo de sus paredes iba leyendo las lápidas é inscripciones colocadas sobre los nichos , al mismo tiempo que mis pies pisaban la arena que cubre las sepulturas de la multitud.

Esta consideracion , la soledad absoluta del lugar , y el ruido de mis suspiros , que repetia el eco en los otros patios , me llenaban de pavor , que subia de todo punto cuando leia entre los epitafios el nombre de alguno de mis amigos , ó de aquellas personas á quienes vi brillar en el mundo.

— ¡Y qué! decia yo ; ¿ será posible que aqui , donde al parecer estoy solo , me encuentre rodeado de un pueblo numeroso , de magnates distinguidos , de hombres virtuosos , de criminales y desgraciados , de las gracias de la juventud , de los encantos de la belleza y la gloria de saber ? « *Aqui yace el escelentísimo señor duque de...* »

¿ Será verdad ,

« Al que de un pueblo ante sus pies rendido

Vi aclamado, en la casa de la muerte

Le hallo ya entre sus siervos confundido.»

¿Pero qué miro? ¿tú también, bella Matilde, robada á la sociedad á los quince años, cuando formabas sus mayores esperanzas? ¿Y tú, desgraciado Anselmo, á quien el mundo pagó tan mal tus nobles trabajos y fatigas por su bienestar...? ¿Mas de qué sirven todos esos títulos y honores que ostenta esa lápida, para quien ya es un monton de tierra...? ¡Adulacion, adulacion por todas partes...! «*Aquí yace don... arrebatado por una enfermedad á los 87 años...*» ¡Lisonjeros! escuchad á Montaigne, y él os dirá que *á cierta edad no se muere mas que de la muerte...* Pero alli veo sobre una lápida un genio apagando una antorcha; sin duda uno de nuestros hombres grandes... ¡Insensato! un nombre oscuro; ¿ni cómo podía ser otra cosa? El cementerio es moderno, y en el dia escasean mucho los hombres verdaderamente ilustres, ó no se entierran en su patria... Y sino, ¿dónde se hallan Isla, Cienfuegos, Melendez, Moratin...? Si acaso nos queda alguno, busquémosle en el suelo, en las sepulturas de la multitud.

Pero entremos á otro patio, por ver si se encuentra alguien...; nadie...; la misma soledad, la misma monotonía; ni un solo árbol que sombree los sepulcros, ni un solo epitafio que espese un concepto profundo; el nombre, la patria, la edad y el dia de la muerte, y nada mas... y de este otro lado aun no está lleno... Multitud de nichos abiertos que parecen amenazar á la ge-



neracion actual... ¡Cielos! acaso yo... en este... pero ¿qué miro? ¿aquel bulto que diviso en el ángulo del patio no es un hombre que iguala la tierra con su azada...? Sí, corro á hablarle...

—Buenos dias, amigo.—«Buenos dias,» me contestó el mozo como sorprendido de ver allí á un viviente. «¿Qué queria usted?» añadió con el aire de un hombre acostumbrado á no hacer tal pregunta.—Nada, buen amigo; queria visitar el cementerio.—Sino es mas que eso, véale usted; pero algo mas será.—No, nada mas; ¿acaso tiene algo de particular esta visita?—Y tanto como tiene. ¡Ay señor! nuestros difuntos no pueden quejarse de que el llanto de sus parientes venga á turbar su reposo.

Esta espresion natural, salida de la boca de un sepulturero, me hizo reflexionar sériamente sobre esta indiferencia que tanto choca en nuestras costumbres.— ¡Qué quiere usted! contesté al sepulturero, todavia no se ha desterrado la preocupacion general contra los cementerios.—A la verdad que es sin razon, pues ya conoce usted, caballero, cuánto mejor estan aqui los cuerpos que en las iglesias; esta ventilacion, esta limpieza, este orden... recorra usted todos los patios, no encontrará ni una mala yerba, pues Francisco y yo tenemos cuidado de arrancarlas; no verá una lápida ni letrero que no esté muy cuidado; ni en fin, nada que pueda repugnar á la vista; mas por lo que hace á las gentes, esto no lo ven sino una vez al año, y es en el primer dia de noviembre; pero entonces, como dice el señor cura, valia mas que no lo vieran, pues la mayor parte

vienen mas por paseo que por devocion, y mas preparados á los banquetes y algazara de aquel dia, que á implorar al cielo por el alma de los suyos.—

Admirado estaba yo del language del buen José, que asi se llamaba el sepulturero; y asi fue que le rogué me enseñase lo que hubiese de curioso en el cementerio; seguimos, pues, por todos los patios, haciendo alto de tiempo en tiempo para contemplar tal ó cual nicho mas notable; despues llegamos á un sitio donde habia varias zanjas abiertas, y en una de ellas...—«¡Qué lástima! me dijo José: yo nunca reparo en los que vienen; hoy he sepultado seis, y apenas podré decir si eran mugeres ú hombres; pero esta pobrecita, ¡qué buena moza...!» y urgando con su azada me dejó ver una muger como de veinte años, joven, hermosa, y atravesado el pecho con un puñal por su bárbaro amante... Volví horrorizado la vista, y mientras tanto José repetia:—«¡Ay Dios mio! ¡libreme Dios de un mal pensamiento!»—Esta exclamacion enérgica me hizo reparar en mis cadenas y reloj, y por primera vez temblé por mí al encontrarme en aquel sitio y soledad al borde de una zanja y un sepulturero al lado con el azadon sobre el hombro.

Sin embargo, la probidad de José estaba á prueba de tentaciones, y asegurado por ella me atrevi á declararle un deseo que me instaba fuertemente desde que entré en el cementerio: este deseo era el encontrar la sepultura de mi padre...—¿Cómo se llamaba?—Don...—¿En qué año murió?—En 1820.—¿Ha pagado usted renue-



vo?—No; ni nadie me lo ha pedido.—Pues entonces es de temer que haya sido sacado del nicho para pasar al depósito general.—¿Cómo?—Sí señor, porque no pagando el renuevo del precio del nicho cada cuatro años, se saca el cuerpo.—¿Y por qué no se me ha informado de ello?—Sin embargo, no se lleva con gran rigor, y acaso puede que... pero entremos en la capilla y veremos los registros.

En efecto, así lo hicimos, pasamos á la pieza de sacristía, sacó el libro de entradas del cementerio, abrió al año de 20 y leyó: «Día 5 de enero: don... número 261.»

Un temblor involuntario me sobrecogió en este momento; salimos precipitados con el libro en la mano, buscamos el número del nicho... ¡Oh Dios! ¡oh padre mío! Ya no estabas allí... otro cuerpo habia sustituido el tuyo; ¡y tu hijo, á quien tú legastes tus bienes y tu buen nombre, se veía privado por una ignorancia reprehensible del consuelo de derramar sus lágrimas sobre tu tumba...! Entonces José, llevándome á otro patio bajo de cuyo suelo está el *osario* ó depósito general, puso el pie sobre la piedra que le cubre diciendo: «*aquí está*»; á cuya voz caí sobre mis rodillas como herido de un rayo.

Largo tiempo permanecí en este estado de abatimiento y de estupor, hasta que levantándome José y marchando delante de mí, seguile con paso trémulo y entramos por una puertecilla á la escalera que conduce sobre el cubierto de la capilla; luego que hubimos llegado arriba hizo alto, y tendiendo su azada con aire satis-

fecho, —«Vea usted desde aqui, me dijo, todo el cementerio... ¡qué hermoso, qué aseado, y bien dispuesto!»— y parecia complacerse en mirarle... Yo tendí la vista por los seis uniformes patios, y despues sobre otro recinto adjunto, en medio del cual vi un elegante mausoleo que la piedad filial ha elevado al defensor de Madrid no lejos del sitio en que inmortalizó su valor (1). Despues, salvando las murallas, fijé los ojos en la populosa corte, cuyo lejano rumor y agitacion llegaba hasta mí... ¡Qué de pasiones encontradas, qué de intrigas, qué movimiento! y todo ¿para qué... para venir á hundirse en este sitio...

Bajamos silenciosamente la escalera; atravesamos los patios; yo me despedí de José agradeciéndole y pagándole su bondad, y al estrechar en mi mano aquella que tal vez ha de cubrirme con la tierra,

*Mihi frigidus horror*

*membra quatit, gelidusque coit formidine sanguis.»*

Abrimos la puerta á tiempo que el compañero Francisco, guiando á cuatro mozos que traian un ataud, nos saludó con estrañeza, como admirado de que un mortal se atreviese á salir de alli. Preguntéle de quién era el cadaver

(1) El sepulcro del marques de San Simón, erigido por su hija en un sitio cercado é independiente del cementerio. Napoleon condenó á muerte á aquel benemérito general por el teson que manifestó en la defensa de la puerta de Fuencarral en los primeros dias de diciembre de 1808, y su hija alcanzó del emperador la conmutacion de esta pena por la de encierro perpétuo en Francia.



que conducía, y me dijo que de un poderoso á quien yo conocí servido y obsequiado de toda la corte... ¡ Infeliz! ; y no habia un amigo que le acompañase á su última morada....!

Seguí lentamente la vereda que me conducía á las puertas de la villa, y al atravesar sus calles, al mirar la animacion del pueblo parecíame ver una tropa que habia hecho allí un ligero alto para ir á pasar la noche á la posada que yo por una combinacion estraña acababa de dejar.

*(Noviembre de 1832.)*

PRETENDER POR ALTO.

*"Il n' est guère moins nécessaire  
de voir ce qu' il faut éviter  
que de savoir ce qu' il faut faire."*

Mme. Deshoulières.

*"Tan útil es saber lo que debemos  
evitar como lo que debemos hacer."*

**E**n un pueblo como Madrid, donde las propiedades adquieren un valor enorme reduciendo á un corto número la clase de propietarios; donde la consideracion de esta clase desaparece casi del todo ante el brillo seductor de los honores y del poder; pueblo que por su posicion no ofrece al comerciante empresas grandes; cuya industria tiene que ser limitada á cubrir las necesidades del mismo, por la escasez de primeras materias y el subido precio de los jornales; pueblo, en fin, donde el orgullo cortesano hace necesario el lujo, al paso que limita los medios de produccion, ¿cómo estrañar que una gran



parte de sus habitantes se vea acometida de aquella enfermedad endémica conocida por el nombre de *empleomania*?

Sobre tales consideraciones giraba mi imaginacion una mañana que me hallaba sentado entre la inmensa multitud de postulantes en un rincon de cierta antesala, adonde me habia conducido, no la ambicion propia, sino la exigencia agena; esto es, aquella obligacion tácita que á juicio de los amigos de provincia contraemos los habitantes de Madrid de tener siempre nuestro tiempo y nuestras relaciones á disposicion suya; y era por entonces el que me lanzaba en el campo de los solicitantes cierto pariente de un pariente mio, que espontáneamente me habia encargado de una pretension suya fulminada desde las orillas del Segura.

No es por ahora mi ánimo el bosquejar un cuadro critico-filosófico de aquella antesala, ni menos hacer reir á mis lectores á costa de las distintas caricaturas que conmigo la poblaban. No hablaré de la pretension y el entonamiento de los unos, del rendimiento y humildad de los otros; huiré de presentar grupos de entrantes y salientes, porteros y lacayos, damas y caballeros; como igualmente de esplayar las reflexiones, si bien graves, si bien burlescas, que retozaban en mi cabeza; todo ello podrá tener lugar en otro discurso, si algun dia me vinieren deseos de hacerle; mas lo que es por hoy bastará para inteligencia de mi narracion el manifestar que al cabo de catorce semanas de periódica asistencia á la susodicha antesala, despues de ponerme al corriente

de las innumerables fisonomias demandantes de la capital, y despues, en fin, de hallarme medianamente versado en el lenguaje de oficio, pude conseguir en obsequio de mi protegido un decreto de N., esto es, «*Negado*;» con lo cual conocí que no era la voluntad de Dios el que yo le sirviera, y escribí al amigo que buscara otro conducto para sus pretensiones.

El transcurso de dos meses me habia hecho ya olvidar de ellas, persuadiéndome de que al interesado le hubiese sucedido lo mismo, y que un primer reves le habria curado de su enfermedad; pero hube de desengañarme del todo, cuando una mañana me le encontré en mi habitacion y me esplicó su designio de continuar *personalmente* sus pretensiones en la corte.

Este *personalmente*, repetido con cierto énfasis y mirándose á un espejo, me dió á conocer á primera vista la sobrada confianza que le merecia su persona, asi como tambien la esplicacion de su plan me hubo de convencer de que desaprobaba el mio; en vano le di á entender que yo no conocia otros caminos que los marcados por las leyes, pues los otros mas bien los creia derribaderos; él se rió de mi pobreza de espíritu, y me declaró solemnemente que su intencion era *pretender por alto*; tal fue su espresion.

Confieso á la verdad que se me pasaron ganas de entrar en contestaciones con él sobre el sentido de esta frase; pero no me dejó lugar, pues todo se le fue en hablarme de sus méritos, encarecer sus conocimientos y ponderar sus modales, en términos que quedé firme-



mente persuadido de que tenia que adquirir en Madrid méritos, conocimientos y modales. Por último, para prueba de su buena estrella, y de aquel *no sé qué* que segun él le acompañaban, me contó la notable adquisicion que habia hecho la tarde anterior, á saber la amistad íntima contraida con un *don Solicito Ganzúa*, que *por casualidad* se habia hallado presente en la posada á la hora en que él llegó.

Este personage, hasta ahora incógnito, prendado sin duda del buen talle de mi pretendiente, y acaso tambien de su equipage nada modesto, entró en conversacion con él, le habló largamente de sus relaciones en la corte, escuchó con atencion la benévola confesion del recién venido, y aconsejándole con el mayor desinterés la mas completa desconfianza de todo el que intentase seducirle, se dignó tomar los negocios del provinciano bajo su poderosa proteccion, sin mediar (por ahora) otro interés que el de la simpatía con que habian simpatizado. Estos unido á una prolija esplicacion de los ardides de que podria ser víctima en la corte (escepto el de los protectore-aparecidos), dejó á mi buen hombre tan encaprichado en la idea de que algun espíritu benévolo se encargaba de su prosperidad, que no me pareció oportuno pensar en desengañarle por entonces. Aconsejéle si que midiese los pasos, que desconfiase de todos, empezando por su misma persona, y que tuviese presente que la ciencia de la corte no se aprende sino en la corte misma, con lo cual no pondria reparo en matricularse como estudiante en ella. Todo lo escuchó con atencion, y aun prometió

observarlo ; pero lo hizo de una manera que consideré que solo el escarmiento podia curarle ; asi que , me limité á vigilar sus pasos (lo que pude hacer con mas comodidad por haberse venido á vivir conmigo), y afecté una completa indiferencia , dejándole tanta cuerda cuanta consideré que necesitaba para acercarse al precipicio sin perecer en él.

Don Solicito desde entonces se hizo gran amigo de la casa ; entraba y salia en ella , cuándo con una lista de vacantes , cuándo con otra de mudanzas en pronóstico ; ya con borradores de memoriales , ya con esquelas recomenatorias ; y luego para diferenciar , le proporcionaba á mi pariente permisos para ver palacios y museos , y billetes de bailes y festines , cuyos obsequios y actividad le hacian á él hallarse mas complacido y á mí mas receloso.

Yo guardaba el dinero de mi huésped , y esto me tenia seguro de que sin mi noticia pudiesen engañarle ; y aunque observé que sus gastos iban en un aumento mas que regular , nada le dije , considerando que acaso su buen porte podria contribuir al logro de sus pretensiones , pues bien se me alcanzaba que en la corte el que pretende en coche tiene ya medio lograda su solicitud ; y confirmábame en ello cuando le veia acompañado de personas de gran tono , ó ya sentado en un palco entre seda y plumas , ó tuteándose con un duque en una partida de *ecarté*. En fin , su seguridad y satisfaccion eran tales , que me hacian dudar á mi mismo.

Una mañana en que mi huésped no estaba en casa , vino Ganzúa , y en su semblante y preguntas creí notar



cierta agitacion, no disimulando lo que le contrariaba el no encontrar en casa al otro, y si á mi : preguntóme si sabia por casualidad si mi amigo habia ido á casa de doña *Melchora Tragacanto*; dijele que no sabia, tanto cuanto que era la primera vez que el dicho nombre llegaba á mis oidos; con lo cual y una mirada escrutadora que le dirigí, no pudo disimular su turbacion, ni reparar la indiscreta falta que habia cometido.

Aumentáronse mis sospechas con la llegada de un agente de cambios que venia á entregar el producto de una letra de dos mil pesos que mi pariente, sin noticia mia, habia girado contra su casa y aquel habia negociado. Recogí el dinero, y solo pensé ya en buscar el hilo de aquel nudo en que se intentaba al parecer envolver á mi amigo; pero no lo hubiera conseguido facilmente si la suerte no me hubiera ayudado, y hé aqui el cómo.

Un coche que paró á la puerta á corto rato me hizo sospechar si acaso la dama vendria en persona á visitarnos; pero solo se presentó un caballero bien portado á quien por la ventana de la escalera vi ponerse en el ojal de la casaca una cinta de honor; esta evolucion no me gustó gran cosa; pero ¡cuál fue mi sorpresa cuando saliendo á su encuentro reconocí en él á *Perico*, mi antiguo amanuense, cuyas repetidas travesuras me habian causado en otro tiempo bastantes disgustos!

No pude contenerme, habléle con la mayor estrañeza pidiéndole esplicaciones de aquella farsa, y aprovechando el anegamiento en que le habia constituido mi inesperada

aparicion, le pregunté con resolucion quiénes eran doña Melchora Tragacanto y don Solicito Ganzúa, amenazándole con mis procedimientos sino me descubria la verdad, y ofreciéndole una buena recompensa en caso contrario.

Entonces sin poderse contener, y mientras me pedia perdon de sus enredos, me entregó una carta abierta dirigida á mi amigo, y concebida en estos términos.

»Amiguito mio; segun lo que acordamos anoche, y á fin de cumplir con quien conviene, le envio á nuestro don Judas con el pagaré que usted me dejó, para que se sirva entregarle la suma consabida, de que le dará recibo, y antes de la noche tendrá usted en su poder el resultado; rompan ustedes esta carta, y hasta la noche, que venga por acá á que le demos una enhorabuena. Su fiel amiga y desinteresada servidora—*Melchora Tragacanto.*»

Acabada que fue la lectura de la carta, Perico me refirió por menor las circunstancias de la tal señora, que eran singulares. Porque ella vivia con lujo, sosteniendo sus grandes necesidades, sin mas que aparentar una proteccion de que absolutamente carecia, para lo cual habia tomado muy bien sus medidas con los pobres pretendientes que llegaban á la corte. Entre otras tenia varios comensales distribuidos en las puertas, posadas y casas de huéspedes, los cuales introduciéndose con los reciénvenidos, les brindaban su proteccion, adquiriéndose su confianza; luego les presentaban en la casa, y alli se ostentaba rodeada de una comparsa, á la cual repartia los papeles que la convenian, para que el pobre forastero se-



ducido cayese en el lazo y soltase prenda.—«Podría contarle á usted (continuó Perico) varios lances sucedidos en mi tiempo, pero solo me limitaré á decirle que su pariente es el objeto del dia, y que yo era el encargado de engañarle, y de terminar esta farsa cogiéndole una cantidad que él debia negociar hoy. Pero ya que la suerte lo dispone de otro modo, ordene usted lo que yo debo hacer para complacerle y enmendar mi delito.»

Grande fue mi indignacion durante el discurso de Perico; pero despues de reflexionar bien, parecióme que no era tiempo de desahogarle, antes sí de sacar partido de la feliz combinacion que me hacia dueño del secreto de aquellos malvados; y asi, dejando de tomarlo por el lado sério, combiné con el astuto Pedro una salida que pudiera castigar á la protectora y al protegido, y divertirnos al mismo tiempo.

No tardó en llegar mi buen huésped, al cual le dije que habiéndome entregado el agente los dos mil pesos de la letra que habia hecho negociar, y presentándoseme luego un caballero con aquella firma suya, se los habia entregado; al mismo tiempo puse en sus manos un pliego, que supuse que el mismo sugeto me habia dejado. Abriólo con precipitacion, y sus ojos brillaban de alegria, entonándose y mirándome con aire satisfecho: yo afectaba la mayor indiferencia, y luego que le ví cambiar de color y conmovirse al leer el pliego me escurri bonitamente al gabinete inmediato; pero no bien lo habia hecho, cuando entró por la sala doña Melchora Traga-canto con el rostro encendido, y vertiendo contra mi

amigo las mas horribles imprecaciones ; seguianla don Solicito y Perico , el cual se vino á reunir conmigo al gabinete. El pintar los muchos reproches, las invectivas que se dijeron y la bulla que armaron , sin llegar á entenderse , fuera negocio largo de referir ; y ¿ por qué todo ello ? (Travesuras que me sugirió Perico.) Que mi huésped habia encontrado en el pliego que yo le entregué , escrito en letras enormes , el siguiente motete :

De un pretendiente novicio

Castigando la ambición,

Le hago un notorio servicio,

Pues por corto sacrificio

recibe buena leccion.

Y doña Melchora en el talego que yo la habia remitido se encontró hasta unos cincuenta reales en monedas de á dos cuartos , nuevas y relucientes , como recién fabricadas que eran con el cuño de Segovia , y atravesada entre ellas la coplilla que aqui campa :

De una astuta cortesana

Pago la falaz intriga

Dándola una leccion sana :

Desnude á otra oveja , amiga ,

Que yo vuelvo con mi lana.

Despues que Perico y yo nos cansamos de reir y ellos de gritar , salí de mi escondite , y dirigiéndome á ellos, —



Señores míos, les dije, ustedes habrán de disimularme la burla que me he permitido hacerles, conociendo y apreciando como no podrán menos los motivos que á ello me han movido. Usted, mi señora doña Melchora, á quien hasta ahora no tuve la dicha de conocer, conserve la memoria de este suceso, tratando de buscar otros medios con que acudir á sus necesidades, sin abusar del infeliz forastero que viene á la corte, el cual, si en ella encontrara muchas como usted, creeria haber entrado en una cueva de vicios y de horrores; mas por fortuna no es asi, pues la vigilancia del gobierno sabe descubrir las estafas y castigarlas menos festivamente que yo lo hago; y á usted, señor pretendiente por alto, ó mas bien por bajo medio, sirvale de escarmiento lo pasado; y si sus merecimientos y servicios son algunos, hágalos conocer por los medios que la razon y el honor aprueban, teniendo entendido que el verdadero mérito se coloca él mismo á la altura de los honores, sin elevarse á impulso de una bajeza. En cuanto á ustedes, señores subalternos de tan pérfida intriga...

Iba á continuar, pero al volver mi cabeza á uno y otro lado, eché de ver que me habia quedado sin oyentes, pues todos habian desaparecido confusos y avergonzados.

(*Noviembre de 1832.*)

## LA POLÍTICO-MANIA.

«Traten otros del gobierno  
del mundo y sus monarquias,  
mientras gobiernan mis dias  
mantequillas y pan tierno,  
y las mañanas de invierno  
naranjada y aguardiente,  
y riase la gente.»

Góngora.

**P**ero señor, ¿todo ha de ser gravedad? ¿Todo ha de ser proclamas, y discursos, y notas, y discusiones, y cálculos, y proyectos? ¿Y no habrá de sufrirse que yo, menguado de mi, que no conozco al filósofo Ginebrino mas que de oidas en un sermón, ni al presidente de Burdeos mas que de vista en la comedia de la *Llave falsa*, intente colocar mis pobres razonamientos aunque sea al abrigo del cañón de la ciudadela de Amberes? ¿O habré de estar siempre sujeto á que mis discursos salten á cada paso de la prensa para ceder su lugar á cualquiera disertacion politica que impoliticamente venga á tomar-me la delantera?



—Si señor, preciso será que usted lo sufra: no faltaba mas, sino que ahora que el aspecto guerrero de la Europa ofrece al discurso tantas combinaciones, ahora que los periódicos (crónicas mas ó menos parciales del tiempo presente) deben esforzarse para tenernos al tanto de lo que ocurre desde Cádiz al Japon, nos viene usted con tres ó cuatro columnas de observaciones crítico-filosóficas sobre nuestros usos y costumbres; eso, amigo, desengañese usted, era muy bueno allá en los tiempos de antaño, cuando los epigramas de la Crónica ó los versos de Rabadan formaban acontecimientos importantes; pero ahora es otra cosa, y no hay ya lector, por festivo que sea, que quede satisfecho si no se desayuna cada mañana con media docena de protocolos de la conferencia de Londres.

Sin embargo, señor don Zoilo, parecíame á mí que esto de la política no es, ó á lo menos no debía ser, para todas las cabezas, asi bien como ciertos alimentos no son digeribles por todos los estómagos; y por otro lado estaba persuadido de que el *utile dulci* del poeta latino, y el *per troppo variare* del toscano, emblemas ambos tan manoseados de los autores, se dirian con algun motivo. Creia yo; qué no cree la ignorancia! que las altas cuestiones de la política eran tan difíciles de comprender como de tratar, y que solo una disposicion natural y un estudio profundo podian conducir tal vez al descubrimiento de sus arcanos.

—Pues, señor mio, debe usted convencerse de todo lo contrario, y si no, escuche usted las conversaciones

de hombres y mugeres, de viejos y de niños, de grandes y pequeños; escuche sus reflexiones, sus discusiones, y sus conclusiones, y por resultado de ellas adquirirá el convencimiento de que la política es una ciencia natural que se da espontáneamente en nuestras cabezas sin mas preparativos ni sementeras; y que el gusto dominante del siglo, desarrollando en nosotros aquella natural facultad, hace de cada uno un improvisador de leyes capaz de disputar con el mismo Solon Ateniese.

Así será bien que lo crea, pues que el inapelable dictamen de usted me lo afirma; sin embargo (y sin que sea visto contradecir en un punto su opinion), ¿me permitirá usted que le entretenga con un v. gr., que, ó yo soy un bolo, ó viene aquí de molde? ¿Si? Pues oígame usted.

Yo tenia un tio llamado don Gaspar, el cual tio era natural de Navarra, y siéndolo, podrá usted venir en conocimiento de que era navarro; quiero decir, un navarro verdadero; honrado y testarudo, generoso y determinado. Los estudios de este buen señor se habian limitado á las primeras letras y algo de contar, con lo cual, y su buena suerte, tuvo la fortuna de hacer prosperar su comercio, primeramente en su provincia, y despues en la corte, donde fijó al fin su residencia. Casado en ella, y con una posteridad correspondiente, habia llegado en paz á la cuarta decena de su vida, pronosticando seguir el resto del mismo modo; pero la revolucion de 1808 vino á alterar su tranquilidad mudando completamente su caracter.

Enemigo irreconciliable del invasor de España, y de-



clarado desde luego acérrimo partidario de aquel «no importa» que por tantas veces ha hecho triunfar á nuestra patria de sus enemigos, no hubo en él un instante de incertidumbre, tanto sobre la verdad de su opinion, como en el indispensable triunfo de ella. Guiado por sus patrióticas ideas convirtió su casa en un receptáculo general de todos los noticiosos de Madrid; los cuales, reunidos dia y noche, se complacian en tejer fábulas análogas á sus esperanzas, que á pocos instantes de concebidas pasaban por axiomas á los ojos de los mismos que las habian formado. Y era lo mas gracioso de esta escena el oirlos glosar los papeles y boletines franceses, siempre por el lado favorable; v. gr., decian aquellos:—«*en la batalla de tal perecieron quinientos franceses*;—al instante no faltaba uno que replicaba:—«*algunos mas serán*;»—continuaba luego el boletin diciendo:—«*y cinco mil de los españoles*;»—y todos prorumpian esclamando:—«*¡ya se ve, ellos qué han de decir!*»—Asegurábase que tal plaza habia sido ocupada por los enemigos.—«Imposible.»—Hombre, que lo dicen las cartas.—«Se equivocan las cartas.»—Que lo dan de oficio los periódicos.—«Mienten los periódicos.»—Pero al fin las semanas y los meses pasaban, la noticia se confirmaba, y entonces mi tio solia decir con aire misterioso y satisfecho:—«No tengan ustedes cuidado, eso es un ardid del Lord; tanto mejor, dejarlos que se internen.»—Y estando en esto solia entrar algun otro, á quien dirigiéndole el saludo ordinario de—«¿Qué hay de nuevo?» no dejaba nunca de responder:—«Hombre, yo no sé; dicen que

se van;»—«dicen que vienen los nuestros;»—con lo cual las esperanzas de toda la reunion se fortificaban, y mi tío con el mapa delante solia lucir entonces sus conocimientos geográficos y estratégicos, haciendo maniobrar la caballería en la cumbre del Moncayo, ó acampar la artillería en medio en medio del Guadalquivir.

Pero en fin, aquella época pasó, y mi tío vió realizadas sus esperanzas, si no por un efecto de sus planes y combinaciones, por resultado del heroísmo de la nacion entera. Parecia, pues, natural que restituida la calma, y restablecida en Europa la paz general, tornaria mi don Gaspar á su tranquilidad primitiva, y haria prosperar su comercio con el mismo interes que en otros tiempos. Pues nada menos que eso; el demonio de la política (que debe ser un personage principal entre los demas espíritus infernales) se habia agarrado tan bien de él, que ni aun la voluntad le dejó de escaparse de sus uñas, antes bien atormentándole con sus continuas inspiraciones le hacia correr aqui y alli buscando alimento con que satisfacerlas. Desde aquel punto y hora no hubo lugar público ni secreto de la capital que no fuese testigo de sus eternas disputas, ni bóveda que no resonase con su agudo chillido provincial.

Levantábase al amanecer, y su primera operacion era rodearse de todos los periódicos nacionales y extranjeros que podia procurarse; los primeros los leia sin entenderlos, y los segundos los entendia sin saberlos leer; quiero decir, que como ignoraba otras lenguas que la suya, solo podia adivinar aquellas pala-



bras que presentaban alguna analogia; con lo cual, y con los nombres propios de los generales y de las plazas, hacia él su composicion de lugar para formar luego su opinion; y solíale acontecer á veces tomar el nombre del comandante de un sitio por el de la ciudadela, ó hacer maniobrar á un rio creyéndole general de division.

Pero luego que bien penetrado de estos antecedentes se creia en estado de poder fijar todas las cuestiones, salia á la calle, y sin mas rodeos se dirigia á la Puerta del Sol, donde siempre tenia dos ó tres tiendas en que ya se le esperaba con gran ansiedad para oir de su boca los proyectos ulteriores del ruso ó los secretos recónditos del ingles. Allí era el oirle disertar y argüir con sus contrincantes, haciendo trizas el mapa con mas garbo que un sastre opera en una pieza de tela; allí el verle saltar montañas, adjudicar rios, firmar tratados, pasar notas, espedir correos, reunir congresos, publicar manifiestos, y manejar, en fin, la política universal desde una tienda de sombrerero, teniendo por oyentes á un prestamista sobre alhajas, á un corista de la ópera, dos mozos de casa y tres aprendices del almacén.

Luego pasaba á los cafés, y allí rodeado de oficiales á medio sueldo y de paisanos sin sueldo alguno, ocupaba su conocido lugar, y su primera operacion era pedir la gaceta para volverla á repasar; despues, tomando por base cualquiera de sus párrafos, empezaba la discusion, unos en pro y otros en contra, asegurando todos que los motivos en que fundaban su opinion los sabian *de muy buena tinta*, y citando autoridades tales que cualquiera

hubiera creído que habían cenado la noche anterior con el rey de Francia ó con el emperador de Rusia; hasta que cansados de estragos y mortandades, se separaban en distintas direcciones, encaminándose unos al patio del correo á ver si era cierta la salida del extraordinario, otros al gabinete de lectura á cielo raso de la calle de la Paz; cuál á las tiendas de la calle de la Montera, cuál, en fin (y este era mi tio), á la escalera de Palacio á ver subir y bajar los magnates, y augurar por las arrugas perpendiculares ó transversales de sus semblantes lo que pasaba en lo interior del gabinete.

Verificadas todas aquellas correrías, se retiraba á comer á su casa, y ni la tierna solicitud de su esposa, ni las gracias amables de sus hijos, le conseguían sacar de aquella abnegacion, de aquella cavilosidad que constituían ya su estado favorito. Tal vez, sin embargo, entraba en su casa abatido y lánguido; su familia sobresaltada le preguntaba la causa de su tristeza, y no le dejaba hasta que habia declarado que la motivaba el rompimiento de la guerra entre la Rusia y la Persia. Otras veces volvia lleno de alegría, y averiguada la causa sabíamos que era nada menos que la mudanza del ministerio dinamarqués.

Por la tarde salia rodeado de dos ó tres amigos de su mismo caracter, y paseaban por sitios estraviados y solitarios, parándose á cada momento y disputando á voces sobre la navegacion del Escalda, ó sobre las fronteras de Hungría. De alli venian á nuestro pais, y hacian caer á su antojo todos los magnates, substituyéndolos inmediatamente por otros; luego decian en confianza los proyec-



tos de decretos de todo el año corriente; y toda esta máquina continuaba despues en el café, sazónada con un bol de ponche, ó en la tertulia entre jugada y jugada de ajedrez.

No hay que decir que los negocios particulares de mi tio decayeron á medida que se habia ido ocupando de los negocios públicos; siendo tanto mas chocante, cuanto que á pesar de que su muger, en vista de su debilidad, quiso sacar partido de ella escitándole á pretender algun empleo, él nunca vino en ello, porque decia que no queria sujetar su opinion ni depender de ninguna influencia. Mas por de pronto aquello que él llamaba independencia y franqueza le valió tres ó cuatro delaciones, en virtud de las cuales tuvo que saltar de un punto á otro, sin que en ninguna parte dejase de perseguirle su inconcebible manía. Por último, agotadas sus fuerzas morales y físicas con tanto discurrir y tanto sufrimiento, adquirió una enfermedad cerebral que dió con él en el hospital de Toledo, adonde se entretuvo hasta su muerte en componer un periódico para uso de los demas locos, que si he de decir verdad, podia pasar por cuerdo al lado de algunos que alcanzamos á ver hoy.

Quedé, pues, por tutor de sus hijos menores, y haciendo el inventario de los bienes, encontré una larga relacion de acreedores, y un sistema completo de amortizacion de la deuda pública; dos ó tres papeles sobre la paz interior, y un pleito de divorcio con su muger; tres ó cuatro libros de filosofia, y una pistola, que segun él repetia, era para cuando se hubiese cansa-

do de vivir ; un tratado general de educacion pública , y cuatro muchachos que no sabian leer ; un...

—Basta, basta, interrumpió vivamente don Zoilo con el rostro encendido y la voz trémula ; basta que usted me haya bosquejado las principales escenas de mi vida ; no se complazca usted en presentarme las que sucederán despues de mi muerte.—Yo, amigo, no intenté...—Conozco la sana intencion de usted , estoy convencido de que de ninguna manera fue la de retratarme ; pero ¡ay amigo mio ! me ha presentado usted un espejo y me he mirado en él : ¿ quiere usted mas ?—Pues si ello es asi, debo felicitarle por la conmocion que usted manifiesta, y que no dejará de producir su resultado.—Sí , amigo , desde este momento veo que mis ideas toman otro giro, y si bien no renuncio al interes que todo ser bien organizado debe sentir por la felicidad de su pais y del mundo entero , trataré de apartarme de cuestiones ajenas á mi obligacion y á mi capacidad, procurando aplicar los buenos principios al gobierno de mi familia , y contribuyendo de este modo al orden y la felicidad pública.—Entonces no pude contenerme , y abrazándole arrebatado exclamé : ¡ Ay, amigo mio, si todos me entendieran como usted !

(Diciembre de 1832.)



## EL AGUINALDO.

"*Omnia tempus habent, et habet sua tempora tempus.*"

TRADUCCION SUFLTA.

"Cada cosa en su tiempo, y los nabos en adviento."

**E**l erudito Mr. de Jouy consagró un capítulo de su preciosa obra de *El Ermitaño* á describir la costumbre de los estrenos (*etrennes*) ó regalos de año nuevo que tan en boga está en Francia y en otros países, y razonando sobre ello con su profunda erudicion, pretende probar que aquel uso viene de Tacio, rey de los sabinos, á quien en un dia de año nuevo se habia hecho el presente de algunos ramos consagrados á Strinuo, diosa de la fuerza, lo que parece que aquel señor hubo de tomar á buen agüero. Por qué tanto aquel año fue para él muy dichoso, y en justo agradecimiento autorizó la usanza de los dichos regalos en lo sucesivo llamándolos *strenæ*, de lo cual po-

sitivamente viene la voz francesa *etrennes*, y la castellana *estrenos*, que han usado en igual sentido nuestros autores.

Pero esta voz ha perdido entre nosotros su uso casi del todo, sin duda porque la costumbre á que se refería ha caducado tambien, pues si bien es cierto que aun se conservan algunos regalos de principio de año, á consecuencia de la burlesca ceremonia aun bastante generalizada en las tertulias de sacar á la suerte en la víspera de año nuevo parejas de hombre y muger, sin embargo, puede considerarse como desacreditada semejante costumbre (especialmente en Madrid, donde hablamos), si bien en su lugar tenemos otra ocasion de lucir nuestra generosidad pocos dias antes, en las dádivas llamadas de *aguinaldo* con que solemos endulzar la memoria del nacimiento de nuestro Redentor.

Que sea uno mismo nuestro *aguinaldo* que *les etrennes* franceses, lo asegura por mí un autor acreditado cuando dice:—«y por ser á cuatro dias de mi llegada dia de año nuevo, cobré mi *aguinaldo* de los señores de aquella corte.»—Mas si la costumbre es la misma, la palabra tiene distinto origen. Tal lo siente el famoso Cobarrubias cuando la hace venir de la voz arábica *guineldun*, que significa regalar, ó de la palabra griega *gininaldo*, que vale tanto como regalar en dia de natalicio. Mas sea de ello lo que quiera, es lo cierto que con la voz *aguinaldo* (ó *aguilando* como dicen en algunas provincias) designamos generalmente todos los presentes que se hacen desde la víspera de Navidad hasta la Epifanía, y que



esta es una costumbre bastante general para haberla de pasar por alto.

Ahora bien, ¿cómo se verifica esta costumbre? ¿Consiste acaso como en Francia (segun nos la describe el ya dicho Ermitaño) en un cambio mútuo de todo lo que la perfeccion de las fábricas, el genio de los artistas ó el buen gusto de los literatos ostentan á porfia en ocasion semejante? ¿Invéntanse para ello nuevas telas, alhajas y muebles primorosos, libros llenos de ingenio y agudeza? ¿Pónense en movimiento grandes capitales destinados á vivificar las artes y el comercio, ó á hacer florecer la literatura y las ciencias? ¿Amenizase el todo con sales epigramáticas, composiciones sublimes ó cartas llenas de ternura y sensibilidad? Vamos á verlo.

En el año de 1824 tenia yo en mi casa un alojado frances, oficial de la Guardia real, el cual, por razon de cierta herencia habida de una tia suya casada en Alicante, permaneció en España mas tiempo que el ejército, lo bastante para poner en claro la testamentaria (cosa que no es tan facil como parece), y con este motivo, y siendo ademas de un natural amable y amigo de sociedad, hizo relacion con muchas personas de todas clases que le recibian en su casa con la mayor complacencia. Las aventuras particulares de este frances son cosa de que mas de una vez he querido hacer participes á mis lectores, y que servirian ahora de clave para entender mejor este discurso; pero como de esas cosas me faltan que decir y hallarán su colocacion cuando menos se piense. Mas contrayéndome por ahora al objeto del dia,

solo diré que acercándose el fin de aquel año , y deseando mi Parisien corresponder con aquellas personas á quien debia obligaciones ó amistad , de un modo relativo á su clase y circunstancias , consultó conmigo sobre *les etrennes* que deberia regalar ; y como él desconfiaba de saber hacer por sí las compras , vino á proponerme sus intenciones , á saber.

En primer lugar á cierto personage á quien él debia singular proteccion y benevolencia , le destinaba una primorosa coleccion de clásicos de la literatura francesa ; á una señora cuya influencia le habia servido de notable recomendacion , la ofrecia un precioso artificio de pájaros disecados sobre flores y frutas trabajadas en cera ; á su abogado defensor , dedicábale una caja de ébano que contenia los códigos frances é ingles ; al agente de sus negocios , le brindaba un semanero con registros de *agenda* para todos los dias del año ; á la esposa del escribano , media docena de cuadros copias de Vernet , con sendos marcos de relumbron ; y por último , á la causa de su tormento , un primoroso libro encuadernado en mosaico que contenia las poesías mas sentimentales de Lamartine.

No pude dejar de sonreirme al escuchar tales propuestas ; mas sin replicarle una palabra parecí conformarme con su idea y me encargué de la compra.

Por supuesto pueden venir en conocimiento mis lectores de que en vez de dirigirme á fábricas y librerías , hice rumbo hácia los portales de la plaza y calle Mayor , tocando empero al paso en ciertas tiendas de ultramarinos adonde sabia poder encontrar lo necesario para mi



objeto. Y verificados que fueron mis ajustes, torné á mi casa, donde ya me esperaba el oficial con seis ó siete cartas redactadas en el interin, cuales en prosa á la Chateaubriand, cuales en verso á la Victor-Hugo; y todas alusivas á los diferentes objetos que remitia. V. gr., empezaba la del personage:—«La voz de la sabiduría busca  
 »los oidos del sabio; permitid, señor, á los autores clásicos de nuestra literatura que vayan á acogerse bajo la  
 »superior inteligencia de usted;»—Y en esto entraban ya por la sala tres mozos cargados con seis barriles de *Peralta*, *Pedro Jimenez*, *Manzanilla* y otros diferentes autores. Seguía la de la dama, diciendo:

Símbolo de ternura y de amistad,

Ellos, señora, al dirigirse á ti,

De un corazon sensible á tu bondad,

La gratitud espresarán por mí.

Y á este tiempo ocuparon la sala media docena de pavos y otra media de capones cantando un *tutti* parecido al final de un primer acto.

Empezaba la del abogado diciendo: «La ley de todas las naciones...» y sin dejarle proseguir le presenté un precioso bolsillo que contenía una cincuentena de escudos. Proseguía la del agente: «Trescientos sesenta y cinco dias bien empleados...» y á este tiempo hice sacar de las alforjas del conductor treinta docenas de chorizos; pero éste me hizo ver que me había equivocado en la cuenta, pues faltaban cinco piezas para todo el año. Ve-

nia despues la carta de la muger del escribano, y lo mismo fue ver que se hablaba en ella de cuadros, que al instante hice salir una coleccion de ellos capaz de garantizar la mas ámplia despensa. Por último, al prorumpir con la carta de la querida en la mano:—«¿Qué podré yo dedicar á la virgen de mis primeros amores que reuna en mas alto punto la sensibilidad y el gusto mas delicado?»—Una caja de mazapan de Toledo, exclamé yo con entusiasmo, poniéndola sobre la mesa.

Hasta aqui pudo llegar el sufrimiento de mi buen francés, el cual, saltando en medio de la sala, y con voz estentórea, apoyada por el bajo continuo de los pavos, exclamó—¿Cómo? ¿qué es esto? ¿Usted pretende ponerme en ridiculo?—Nada menos que eso, amigo mio, le contesté yo con gran calma; antes bien trato de evitársele á usted, ademas que yo creo haber cumplido sus intenciones. Usted me encargó una coleccion de autores clásicos, ¿y no lo son *Pedro Jimenez* y demas?—Unas aves disecadas; ¿pues que les falta á esas para serlo?—Un código de leyes; yo le ofrezco un bolsillo lleno;—Un semanero; ¿y cuál mas á propósito que una cuelga de chorizos?—Una coleccion de cuadros; ¿y no lo son tambien los del tocino?—Una obra de ingenio, pues bien, segun mi dictamen pienso que lo es una caja de mazapan.

Pero dejando á un lado las chañzas, amigo mio, ¿párecele á usted que estamos aqui en Paris? ó piensa que en circunstancias semejantes nos pagamos por acá de libritos y de monadas? No, sino eche usted un pedazo en el puchero, y verá qué caldo sale. Nada de eso, no señor;



todas esas son ideas románticas que aqui no pegan, porque nosotros (á Dios gracias) estamos por el género clásico. Esas obras y artefactos son muy santos y muy buenos, sí señor; pero no podrian sacar á un hombre de un apuro del dia, y asi los agradecerian los regalados como por los cerros de Ubeda. Y si no, véngase un par de horas por esas calles de Dios, y verá como todos piensan de este modo; recorra usted esas confiterías, y observarálas preñadas de obeliscos y templetos (pruebas felices de nuestra arquitectura); verá en las diversas piezas de dulces y mazapanes la imitacion de la naturaleza tan recomendada de los artistas; desengáñese usted; estos y no otros cuadros necesitamos en nuestras galerias. ¡Estatuas! ¡pinturas! ¡producciones raras de los tres reinos! ¡bravo! Asómese usted á ese balcon y verálas cruzar en todos sentidos, pero solo del reino animal y algunas pocas del vegetal para la colacion de Noche-buena: en cuanto á piedras ¡fuego! cómaselas quien las quiera. Mire usted, mire usted todos esos mozos qué cargados van; pues todo lo que llevan es producto de nuestras fábricas; vea usted, chocolate... longanizas... confitura... turrón... ¡y luego dirán que no hay industria! Pero acabemos de una vez; venga usted conmigo, y observe lo que sea digno de observar. Y no hubo mas, sino que agarrándole del brazo di con él en medio de la plaza Mayor.

Pasmado se hallaba el bravo oficial al considerar toda aquella provision de viveres capaz de asegurar á la poblacion de Pekin, y bien que acostumbrado al redoble

del parche ó al estampido del cañon , todavia se le hacia insoportable el espantoso clamoreo de los vendedores y vendedoras de dulces y frutas , el pestifero olor de los besugos *vivitos de hoy* , el zumbido de los instrumentos rústicos , zambombas y panderos , chicharras y tambores , rabeles y castañuelas ; el monosílabo canto de los pavos y las escalas de las gallinas , que atados y confundidos en manojos cabeza abajo , pendian de los fuertes hombros de gallegos y asturianos ; el rechinar de las carretas que entraban por el arco de Toledo henchidas de cajones , que en enormes rótulos denunciaban á la opinion pública los dichosos á quienes iban dirigidos ; la no interrumpida cadena de aldeanos y aldeanas , montados en sus pollinos , que se encaminaban á las casas de sus conocidos de la corte á pasar las pascuas á mesa y mantel , en justa retribucion de una cantarilla de arropo ó una cestita de bollos que traian de su lugar ; el eterno gruñir de los muchachos , cuál porque un mal intencionado le habia picado el rabel , cuál porque un asesino le habia llevado de un embion entrambas piernas del pastor del arcabuz , ó de la charrita de Belen ; y en fin el animado canto de los ciegos que entonaban sus villancicos delante de las tiendas de beber.

—¿Cómo (esclamaba el extranjero) , y es esta la nacion sóbria y taciturna?—Eslo sin duda , pero *dulce est dissipere in loco* , y algun dia en el año habiamos de hacer traicion á nuestro *inevitable* puchero y nuestra eterna prosopopeya.—¿Mas cómo puede llegar á consumirse toda esa provision , que parece destinada á sostener un



sitio de cuatro meses?—Yo le diré á usted. Dedicándose todos á la gastronomía durante las vacaciones; reproduciéndose casi todos los dias los convites de familia; poniéndose unos á otros en contribucion de aguinaldo para sostenerlos; aumentándose notablemente la poblacion de Madrid con el refuerzo de los lugares circunvecinos, y dando rienda suelta para comer y cenar á soldados y muchachos.

¿Y en tales momentos pretende usted que se aprecien los obsequios que usted preparaba? No, amigo mio, sea usted romano en Roma; espida desde este central depósito aves y turrone; omita el acompañarlos con elegantes misivas; que si ellos fueren de ley, ellos hablarán por usted; y si son malos, todas las epístolas de Ciceron no bastarian á hacerlos buenos. Recorra despues las casas de los obsequiados, y verá que toda la alegría del licor malagueño se ha trasladado á los semblantes, y toda la dulzura del mazapan se ha comunicado á los labios.

(Diciembre de 1832.)

X.	El Fruto	67
XI.	Las cosas por venir	72
XII.	1802 y 1803	100
XIII.	Los años del Duque	110
XIV.	El paseo de Juan	120
XV.	El día 20 del mes	130
XVI.	El amante perdido	140
XVII.	Las riendas	150
XVIII.	El barbero de Alarcón	160
XIX.	El poeta y su libro	174
XX.	Las ferias	179





# ÍNDICE

DE

## LOS ARTICULOS Ó ESCENAS

QUE CONTIENE ESTE TOMO.

	<u>págs.</u>
	V.
	1
I. <i>El retrato.</i> . . . . .	9
II. <i>La calle de Toledo.</i> . . . . .	19
III. <i>La comedia casera.</i> . . . . .	29
IV. <i>Las visitas de dias.</i> . . . . .	37
V. <i>Las costumbres de Madrid.</i> . . . . .	45
VI. <i>Los cómicos en cuaresma.</i> . . . . .	57
VII. <i>La romería de San Isidro.</i> . . . . .	65
VIII. <i>La empleo-mania.</i> . . . . .	74
IX. <i>Un viage al sitio.</i> . . . . .	87
X. <i>El Prado.</i> . . . . .	99
XI. <i>Las casas por dentro.</i> . . . . .	108
XII. <i>1802 y 1832.</i> . . . . .	118
XIII. <i>Los aires del lugar.</i> . . . . .	129
XIV. <i>El paseo de Juana.</i> . . . . .	139
XV. <i>El dia 30 del mes.</i> . . . . .	145
XVI. <i>El amante corto de vista.</i> . . . . .	156
XVII. <i>Las tiendas.</i> . . . . .	165
XVIII. <i>El barbero de Madrid.</i> . . . . .	174
XIX. <i>El poeta y su dama.</i> . . . . .	179
XX. <i>Las ferias.</i> . . . . .	

XXI.	<i>Grandeza y miseria.</i>	188
XXII.	<i>El campo santo.</i>	199
XXIII.	<i>Pretender por alto.</i>	208
XXIV.	<i>La politico-mania.</i>	217
XXV.	<i>El aguinaldo.</i>	227

QUE CONTIENE ESTE TOMO

1	Introducción.	I
9	El tratado.	II
19	La calle de Toledo.	III
29	La comedia nueva.	IV
37	Las fiestas de día.	V
47	Las fiestas de noche.	VI
57	Las fiestas de día y noche.	VII
67	Las fiestas de día y noche.	VIII
74	Las fiestas de día y noche.	IX
87	El Prádo.	X
98	Las cosas que se hacen en el Prádo.	XI
108	1802 y 1821.	XII
118	Las naves del Prádo.	XIII
129	El paseo de la Reina.	XIV
139	El día 30 del mes.	XV
149	El asento corto de esta.	XVI
156	Las truchas.	XVII
165	El dardo de Madrid.	XVIII
174	El poeta y su dama.	XIX
179	Las fiestas.	XX





ESCENAS  
MATEMÁTICAS,

El Curioso Parlante.

TERCERA EDICION.

CORREGIDA Y AUMENTADA POR EL AUTOR.

CON UNAS CUANTAS



TOMO II.

EL AUTOR.

IMPRESA DE VENIS, CALLE DE SROVIA, N.º 6.

1842.

XXI	De... ..	180
XXII	De... ..	189
XXIII	De... ..	200
XXIV	De... ..	217
XXV	De... ..	227





**ESCENAS**  
**MATRITENSES,**

POR

**El Curioso Parlante.**

**TERCERA EDICION,**

**CORREGIDA Y AUMENTADA POR EL AUTOR,**

**Y ADORNADA CON LÁMINAS.**



**TOMO II.**

**MADRID :**

**IMPRESA DE YENES, CALLE DE SEGOVIA, N.º 6.**

**1842.**

ESCENAS  
DE LA TRAGEDIA

DEL CURSOS DE LA

TERCERA EDICION

CORREGIDA Y AUMENTADA POR EL AUTOR

Y AUMENTADA CON LÁMINAS



TOMO II.

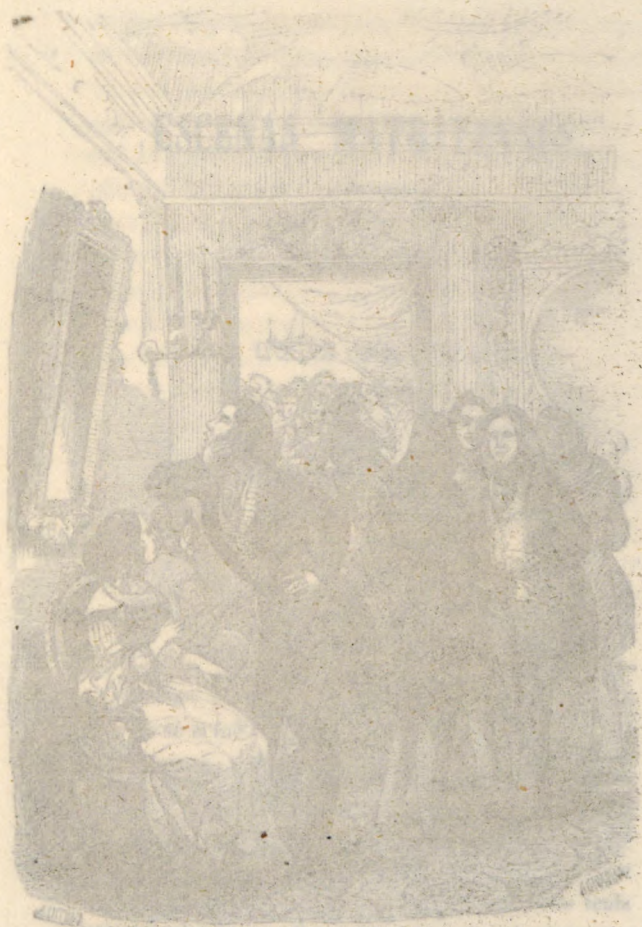
MADRID:

IMPRESA DE FERNANDEZ, CALLE DE SEGOVIA, N.º 6.

1848

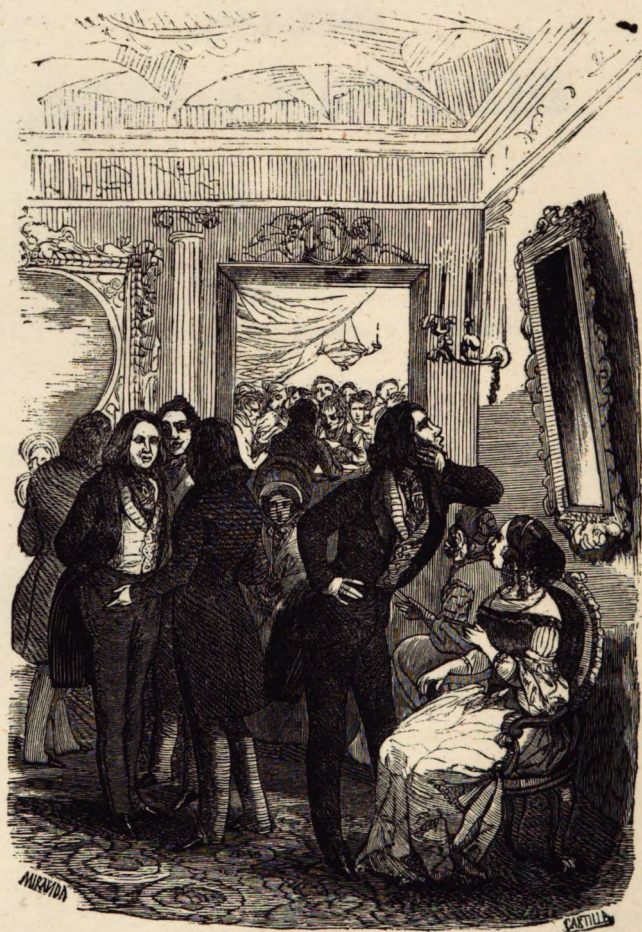


ESCNAS MATRITENSES.



LAS TRES HERMANAS.

ESCENAS MATRITENSES.



LAS TRES TERTULIAS.



## ESCENAS MATRITENSES.

### LAS TRES TERTULIAS.

«Con estas cosas que digo  
y lo que paso en silencio,  
á mis soledades voy,  
de mis soledades vengo.»

*Lope de Vega.*

**Y**o no sé si fué el temor de la niebla que cubría nuestro horizonte, ó de la mas espesa aun que la etiqueta y el fastidio estienden en nuestras sociedades cortesanas, lo que me determinó noches pasadas á subir á visitar á mi vecino *don Plácido Cascabelillo*, de quien ya tienen conocimiento mis lectores. Y como para ello no tenia que aguardar á que diesen las once, ni que ocuparme durante dos horas en el pulimento y adorno de mi per-

sona, no hubo mas, sino que á cosa de las siete, y segun y como me encontraba vestido, pillé la escalera y me presenté en casa del vecino.

No fui, sin embargo, el primero, pues que ya se hallaban sentados en agradable círculo en derredor del brasero casi todos los individuos que componian la tertulia, de los cuales fui recibido con grandes muestras de contento, haciéndome el amo de la casa los honores de recién venido, escarbando la lumbre, en tanto que los demás estrechaban su formacion para darme asiento dentro de la rueda.

No se puede negar que un brasero defendido por diez ó doce personas, todas alegres, todas amables, y sin grandes pretensiones, es una de las cosas que inspiran mayor confianza, y dan rienda suelta al natural ingenio para desenvolverse sin aquellas trabas que la afectacion, el orgullo, y el falsamente llamado *buen tono*, suelen imponerle. Todas las palabras (excepto algunas justamente proscriptas en cualquiera sociedad) son allí buenas para espresar los conceptos; los chistes familiares, los modismos del lenguaje, esmaltan á cada paso la conversacion, prestándola un caracter nacional y sin el desdichado sabor de estrangerismo de que adolece en el gran mundo; en una sociedad de esta clase, los melindres desaparecen, las exageradas obligaciones de la moda tienen un aspecto ridículo, los sentimientos naturales se manifiestan sencillamente, y el amor, la amistad y la alegria se ostentan con franqueza sin temor de la censura ni del sarcasmo.



Tal era el cuadro que presentaba la reducida tertulia de mi vecino; ni allí una dama se sentía *vaporosa*; ni á un caballero se le permitía *secarse*; ni para designar aquella reunion se la llamaba *soirée* ni *círculo*, ni á la sala *salon*; ni nadie se avergonzaba de hablar español; ni de no conocer á Paris mas que en el mapa; ni de dejar su sombrero á la entrada, ni de tomar la mantilla á la salida; todo era franqueza y alegría, y como la coquetería y la envidia no habian podido aun penetrar en aquel modesto recinto, los amantes se consideraban felices, y el espectáculo de sus sencillos amores divertía á los demas.

Una hora habia ya que yo permanecia en aquella agradable escena, cuando acertó á entrar *doña Dorotea Ventosa*, viuda joven de cincuenta años (cumplidos en 1825), señora de gran tono y de numerosos adoradores, que suspiran por los bellos ojos de su bolsillo; señora cuyo crédito se estiende desde el salon del Prado hasta la misma puerta de la Vega; y señora, en fin, muy de mi conocimiento, y cuya historia sabrá el lector algun día.

Entró con aquel aparato con que una *prima donna* suele presentarse á cantar su ária despues del coro que la precede: toda la sociedad se dispuso en alas para recibirla; y la recién llegada, prévia la ceremonia de dejar su capa y su pelliza, y de arreglar su schal y su sombrero, se adelantó á recibir aquellos homenages, dispensando á la media rueda de señoras sendos besos en las mejillas, y dedicando á los caballeros una afectada cortesía y sonrisa.

Instalada aquella nueva interlocutora, tomó de derecho la palabra, y nos habló de los sucesos del gran mundo (que eran para ella el salon del Prado, la ópera italiana y dos ó tres casas de juego); y cuando ya creyó que habia escitado la admiracion y la envidia general, propuso una partida hasta las diez, hora en que tenia que marchar á otras tertulias. Inmediatamente don Plácido hizo poner la mesa en el gabinete, y principiaron un tresillo á cuarto el tanto, no sin oposicion de doña Dorotea, que jugaba con guantes por no ensuciarse los dedos.

Mas el germen de discordia que la viuda habia arrojado en nuestra plácida reunion, no se separó con ella, antes bien manifestándose en voz baja, empezaron unos á censurar su afectacion y vanidad; otros á reir de sus flores y diges; cuál á contar anécdotas picantes de las sociedades á que ella dijo concurrir; cuál, en fin, á manifestar desden por ellas. Por último, nuestra inocente conversacion se convirtió en amarga sátira, y esto empezó á desagradarme, tanto mas, cuanto que públicamente acababa de aceptar la propuesta de doña Dorotea de presentarme aquella noche en casa de la baronesa de... por lo cual no dejaron de darme broma.

Aquella nube desapareció sin embargo muy luego, y la calma volvió á restablecerse, con lo cual, y con unos cuantos juegos de prendas, cuyo único interes consistia en decirse secretos al oido, tornó á renacer la alegria y el contento en todos los corazones.

Mas para que se vea que no hay dicha en este bajo mundo sin su poco de azar, por qué tanto una de las



viejas hubo de tener la mala tentacion de invitar á cierto don Calisto (de menguada memoria) á que luciese un poco sus habilidades á la guitarra; y hé aqui á toda la sociedad pendiente de aquellas mal templadas cuerdas y peor dirigidos dedos, y aguzando los oidos para no perder un punto de aquella maravilla.

El nuevo *Sor* ocupó media hora larga en retocar clavijas, probar bordones, y saltar primas, de las cuales por dicha fue á parar una á los ojos de la vieja, su apasionada, entre la mal reprimida risa de todos los circunstantes; despues nos obsequió con tres escalas en *sol* y una en *fa*, cuatro arpegios, y tres ejercicios de mano izquierda; hasta que colocándose bien en la silla y marcando con el pie los compases, improvisó un *walls* del *Barbero de Sevilla*, otro conocido por *el de las Fraguas* en la Pata de Cabra, y un rondó obligado (música del célebre maestro *Paquete*) capaz de arrancar lágrimas de desesperacion; pero subió de todo punto nuestro entusiasmo, cuando despues de otro retoque general de clavijas, y de dos ó tres hondas toses, entregó su voz al viento con unas *seguidillas* intermediadas de *matraca*, y luego, pasando al estilo patético en las dos canciones de «*Horror me da el dia*» y «*La sombra de la noche*,» acabó de arrancar largos y pronunciados aplausos de manos y pies.

Sin embargo, yo, satisfecho de tan buen ratito, me escurri sin ser notado á mi cuarto para vestirme convenientemente, á fin de acompañar á doña Dorotea; hice lo asi, y como luego me manifestase esta que era muy tem-

prano para ir á casa de la baronesa , y que antes debiamos tocar en cierta tertulia donde no faltaria campo á mis observaciones , nos despedimos de aquella amable reunion , y tomando el coche de doña Dorotea nos dirigimos á la otra sociedad.

Era esta en casa de un personaje de alta importancia , á quien mi viuda compañera intentaba recomendar cierto pretendiente joven , del que hablaremos en tiempo y lugar. La multitud de caballeros , escesiva respecto al número de señoras , me hubieron desde luego dado á conocer una tertulia de cálculo , asi como la deferencia y respeto gradual de los concurrentes me impuso al momento de quiénes eran el amo de la casa , su señora , hijos , parientes y confidentes.

El primero , sentado cerca de la chimenea , se hallaba rodeado de tres ó cuatro graves personajes , los cuales aguardaban á que él hablase para sentirse exactísimamente del mismo parecer , y aun comentar sus discursos citando á cada paso algunas de las palabras del señor ; si tal vez éste se levantaba á recorrer la sala , todos se alineaban para abrirle paso , haciéndole una cortesía los mas viejos , los jóvenes componiéndose el cabello , las niñas regalándole una sonrisa , é interrumpiendo por un momento su conversacion *de ordenanza* con los oficiales de la guardia , y estos ostentando un continente marcial. El buen anciano se detenia un momento en cada grupo , tomaba parte en las conversaciones , animaba á todos con su benevolencia , y todos se lisonjaban de haber fijado exclusivamente su atencion.



Algo mas allá, la señora de la casa presidia una mesa de *ecarté* con gran aplauso del triple círculo de mirones que encomiaban á cada paso su destreza y generosidad. Las señoritas, en otro lado, recibian los homenajes de los brillantes jóvenes, que se esmeraban en ostentar su gallardía como un título de recomendacion para inclinar á papá en favor de sus pretensiones; las amigas y amigos de la casa hablaban aparte con los presentados, los introducian en el círculo del señor ó de la señora, referian en público sus gracias, y los colocaban en posicion de lucirlas.

Con tan delicada intencion precedió doña Dorotea con su recomendado, buscando el modo de hacerle cantar una magnífica ária del *Mahometo*; luego haciéndole tocar una sinfonia de *Meyerbeer*; y despues promoviéndole sus conversaciones favoritas, para que luciese la espedicion de su lengua y el brillo de sus grandes ojos árabes, con lo cual toda la tertulia quedó prendada del mancebo; el señor se informó de sus cualidades; la señora alabó sobremanera su hermosa voz; las jóvenes felicitaron á doña Dorotea, no sin algunos asomos de malicia, y ésta aseguró al galan que mas habia ganado aquella noche que en tres años de antesalas y audiencias.

Serian las doce dadas, cuando, concluida la mision de doña Dorotea, determinó que pasáramos á la otra tertulia, y con efecto, no tardamos en verificarlo. Mi presentacion se verificó en debida forma; mi introduccion y yo atravesamos el salon, y dirigiéndonos á la señora de la casa, pronunciamos las simultáneas palabras de

estilo, interpoladas con las cortesias propias del ceremonial, con cuyo brevísimo introito quedé instalado solemnemente, y pude dirigirme adonde me pareció.

La eleccion no era dudosa: guiado por aquella inclinacion natural hácia las hijas de Adan, propia y comun á todos los hijos de Eva, empecé mi reconocimiento por aquellas, dando una vuelta disimulada en derredor de la sala, y pude, con auxilio de mi doble antejo, ponerme al corriente de las diversas fisonomias y sus fechas respectivas; luego me introduje (siempre con la misma precaucion) en los grupos de los jóvenes que formaban en el centro del salon; y de las conversaciones de los unos, y de las sonrisas y cuchicheos de las otras, formé mi cuadro general, al cual iba prestando episodios segun la casualidad me los iba ofreciendo. Pero á corto rato de recogerlos eché de ver que todos eran idénticos, y que no habia por qué tomarse aquel trabajo.

Por ejemplo: uno de los jóvenes del grupo general flechaba su antejo hácia donde le parecia bien, y apartándose luego de sus compañeros, se adelantaba con cierto aire de satisfaccion, ya jugando con los sellos del reloj, ya con entrambos pulgares pendientes de las bocamangas del chaleco; poníase delante de cualquiera señorita, y mirándose de paso á un espejo que solia caer perpendicular sobre el peinado de esta, la dirigia con aire distraido é indiferente cuatro palabras (no las mas puras por cierto, ni las mejor escogidas), y mientras aguardaba su respuesta, continuaba su operacion de arreglarse el cabello ó la corbata, ó bien se hacia aire con



el abanico de la niña. Persuadíame yo de que esta, ofendida de aquella grosera presuncion, responderia con altivez á las altiveces del galan; pues nada menos que eso; la mayor amabilidad, el mayor gracejo, la mas encantadora sonrisa; y si aquel, animado por ella, prorumpia en un concepto atrevido, solo se le interrumpia con un *¡qué malo es usted!*... mas pronunciado con cierta indulgencia que no movia á lástima del hablador.

Pero ya este, embriagado con el triunfo de aquella escena, se incorporaba al círculo de sus camaradas para recibir sus aplausos, ó bien se dirigia al otro extremo de la sala, y colocándose al lado de otra joven la dirigia *¡qué falacia!* las mismas espresiones que á la anterior; mas como en este mundo todo se halla compensado, mi indignacion cesaba al escuchar que aquella estaba dando las mismas respuestas á otro interlocutor que ocupó el lugar del primero. Esta regla de conveniencia general presidia en toda la tertulia, y solamente se esceptuaba de ella alguno que otro joven, ó mas tímido ó menos petulante, que dejaba ver en su semblante las emociones del verdadero amor; pero estos eran por lo regular el objeto de los secretitos burlones ó de las risas improvisadas de las niñas, asi bien como algunas de estas menos determinadas, yacian en los rincones, sin que ninguno las dirigiese la palabra.

Todo lo observaba yo en silencio; mas como las observaciones no son agradables hasta el punto en que se comunican, no pude resistir al deseo de hacerlo; y dirigiéndome á un caballero que tenia al lado, le hice parti-

cipe de ellas, y hablé tanto, que apenas le dejé manifestar su opinion. Despues, suponiéndole antiguo en la tertulia, le fui preguntando los nombres de algunos y algunas de los que mas me habian llamado la atencion; pero de todos respondia no conocerlos, con lo cual quedé penetrado de que era alli tan novicio como yo; pero estando en esto, un lacayo que vino á comunicarle una orden de la señora me dió á conocer que era nada menos que el amo de la casa.

Castigado, pues, con este suceso, me replegué al lado de doña Dorotea, la cual con su natural locuacidad me dispó ciertas dudas que me habian asaltado durante la noche: ella me hizo ver que aquello que yo llamaba atrevimiento y grosería no era otra cosa que aire de mundo y de gran tono; que el amor, que yo creia aun vendado, hacia ya tiempo que veia muy bien, y sabia por dónde iba; ella dispó mis temores respecto á las incautas jóvenes; ella me convenció de que la ficcion sistematizada era una de las perfectibilidades sociales; que el ardor de las pasiones, y la animada espresion de la alegria, eran propios de las almas comunes, y de ningun modo convenientes en las reuniones de buen tono; que para lucir en ellas solo eran necesarios una buena dosis de presuncion y el correspondiente desenfado; que hoy dia para no parecer ridículo es preciso serlo; que la moda habia autorizado algunas que yo llamaba descortesías, tales como dejar solas en la sala á las señoras; negarse á bailar; permanecer sentados afectando indiferencia; equivococar las contradanzas; llevar siempre una misma pareja; y



otras muchas cosas, á las cuales llamaba doña Dorotea *darse tono*.

—Pues si es ello así (repliqué yo), ¿cuál es el aliciente que puede atraer á una diversion donde nadie se divierte; á un baile donde no se baila; á una sociedad donde apenas se habla; donde todo es aparente, y donde ni los genios, ni las figuras, ni la clase, ni las palabras, representan su valor positivo? ¿Qué encanto, pues, es el que reúne á esta sociedad?

«Ahora lo verá usted» me dijo doña Dorotea tomándome de la mano, y llevándome á una salita inmediata. La dificultad que experimentamos para penetrar en ella me hizo conocer que allí estaba la sección central de la tertulia, y que lo que habia visto hasta allí no eran sino las subalternas. Y en efecto, despues de un largo y sostenido ataque, llegué á penetrar hasta una mesa circundada por numerosos grupos de cabezas, verdadera caricatura de Boilly, en cuyas espresivas facciones reconocí toda la coleccion de mamás y de maridos, ciegamente ocupados en correr tras una sota ó un caballo, en tanto que hijas y esposas se esforzaban en la sala á salir al paso de los caballeros en un *baile ruso* capaz de hacer sudar á las orillas del Newa, ó en una *galopada* mas propia de un camino real que de un salon.

Todos estos antecedentes, unidos al consiguiente de ser ya las dos de la mañana, sin que nuestras desmayadas fuerzas tuviesen otra perspectiva de socorro que seis vasos de agua pura y serenada que campaban en la antesala, empezaron á alterar mi humor, y me obligaron

á invitar á doña Dorotea á que diésemos la vuelta ; hicimoslo así , y por colmo de mi pesadumbre tuve la desgracia de medio reñir con ella porque la dije que de las tres tertulias *de confianza* , *de respeto* y *de gran tono* que habíamos visitado , ninguna me habia ofrecido reunidas aquella franqueza delicada , aquella finura verdadera , aquel encanto irresistible que solo se encuentra en la reunion de personas amables é instruidas , exentas á un mismo tiempo de una exagerada pretension , de un bajo interes , y de una nulidad insustancial.

(Enero de 1833.)



## EL ESTRANGERO EN SU PATRIA.

«La cántara conserva largos días el gusto  
y el olor del primer licor de que se llena, y  
la primera edad decide euasi siempre de  
nuestro caracter y afecciones.»

*Melendez Valdés.*—Disc. forenses.

**P**reparábame á sentarme á la mesa á la hora acostumbra-  
brada , cuando de repente un fuerte campanillazo hirió  
mis oídos. Abrese la puerta, y un caballero muy elegan-  
te se dirige á mi habitacion á largos pasos, y en llegan-  
do á ella, y delante de mí:

—¿Es á Mr. de... (me dijo) á quien yo tengo el ho-  
nor de dirigir mi palabra?

—Fulano de Tal, para servir á usted (le contesté yo levantándome con atencion).

—*C'est egal; vos sin duda no me reconocereis; ello es posible; eh bien; yo seré obligado á deciros quién yo soy.*

—A la verdad que no caigo...

—*Ah mon cher! ello no es difícil; los años y los viages han cambiado mucho de mi forma primera, á la manera que yo no reconozco en mi patria de hoy, á mi patria de otro tiempo.*

—¡Cómo! ¿Usted es español?

—*Oui, desgraciadamente; bien entendido, español por nacimiento, mas no por inclinacion ni por caracter.*

—Cierto que ese aire, esos modales, ese acento y language me habian persuadido...

—*Son, señor, las nobles maneras del gran mundo que yo vengo de dejar; ¡helas! mas ello es bien cierto, pourtant, que yo soy nacido á Madrid (lo cual sea dicho entre nosotros), y que yo he tenido el honor de ser muy vuestro antes de mi partida en Francia.*

—Pues señor mio, dicho se está que si usted no tiene la bondad de declararse, nunca vendré en conocimiento....

—*¡Oh mon Dieu! ¿est il posible? ¿o haceis semblante de ello? ¡Parbleu! el gran amigo y camarada de mi papá, el hombre de su confianza, ¿habrá olvidado á aquel hijo de quien los primeros pasos dirigió? ¿al joven hombre que le fue redevable de tantas buenas amistades?*

—Me hace usted dudar...



—¡Ah! no lo dudeis, señor: es *Monsieur de Reveseint*, que es mi padre.

—¿Cómo? ¿el hijo de don Melquiades Revesino?

—*A la bonne heure, yo soy ese hijo, moi.*

—¡Ah, querido amigo!

—*Oh mon cher!*

El público lector no tiene obligacion de acordarse ya de la familia de don Melquiades Revesino, de quien le hice tomar conocimiento con motivo de los amores y boda de la niña Jacinta y de su viage á Carabanchel (1); y como allí no lo dije, habré de decir ahora que el dicho don Melchor, ademas de aquella niña, cuyo amoroso drama supimos entonces, es tambien padre del joven Camilo Revesino, á quien hacia nombrarse *Mr. de Reveseint*, la misma mania que al italiano *Signor Giovanni Trotini*, que viajando por Francia se hacia llamar *Mr. Trotein*, en Inglaterra *Mister Trotan*, en Rusia *Trotonoff*, en Polonia *Trotinski*, en España *don Juan de Trotinos*, y en Portugal o *Senor Troutiñu*.

Pero viniendo á mi Camilo, este joven, despues de aprender la gramática en los Escolapios, hubo de seguir el precepto de su padre, el cual, seducido con las continuas relaciones de los viajeros, llegó á persuadirse de lo conveniente que seria que su hijo, el heredero de su nombre, y á quien pronosticaba brillantes destinos, continuase su educacion en la capital de Francia, donde podria adquirir al paso que unos conocimientos superio-

(1) Véase en el tomo primero el artículo de *los aires del lugar*.

res, los modales y porte de gran tono; y pudiendo en él mas esta persuasion que el sentimiento de separarse de su hijo, envióle á París bien recomendado. El joven Camilo, que contaba á la sazón doce años, fue instalado desde luego en un colegio, donde aprendió ante todas cosas á olvidar la lengua patria, trocándola por la del pais, y consiguiéndolo de tal modo, que á la vuelta de dos años pasaba por un verdadero francés, y aun él mismo llegó á persuadirse de que lo era.

Sus conocimientos, es verdad, crecian en poporcion de sus estudios; y los diversos premios adquiridos en los exámenes de historia, matemáticas, física, química, dibujo y demas, mientras permaneció en el colegio, eran para su padre otros tantos argumentos en apoyo de su resolucion. En vano algunos amigos intentaron hacerle ver lo perjudicial que podría ser á su hijo tan prolongada separacion de su pais natal, y que pasando en el extranjero la edad mas decisiva de su vida, era muy posible que adoptase costumbres é inclinaciones que le harian parecer luego una planta exótica en su mismo suelo; ademas de que no faltaban en este los medios de recibir una esmerada educacion, pudiendo despues viajar, cuando se hallara en estado de poder adoptar solo lo conveniente para mejorarla. Todo fue en vano, y el bueno de don Melquiades, seducido con la idea de tener un hijo que, segun él decia, habia de llegar á ser la envidia de todo Madrid, persistió en su obstinacion, negándose á llamarle hasta que cumpliese los veinte y cuatro años.

Llegó por fin aquella época tan suspirada de toda la



familia, que tuvo la satisfacción de recibir en su seno un mozo brillante por sus conocimientos, sus modales y su figura. Por todas partes resonaban los elogios del recién venido; sus acciones y palabras eran repetidas por los otros jóvenes en tiendas y tertulias, sus trages formaban el objeto de los continuos desvelos de los sastres afamados; la narracion animada de sus aventuras servia para reunir en torno de él un circulo de admiradores y aun de envidiosos; y las mas altivas notabilidades femeninas se daban por contentas con fijar por un momento las miradas del español parisien.

No hay que decir el contento que todo esto inspiraria á los suyos; pero como todas las ilusiones duran poco, no tardaron en echar de ver que en medio de aquella felicidad aparente, nada de lo que le rodeaba era conforme á su caracter y costumbres. Por ejemplo; la distribucion de sus horas era diametralmente opuesta á la de la familia; pues él se desayunaba á medio dia, comia de noche, y no dormia hasta las dos de la mañana; su conversacion era siempre en francés; llamaba á sus padres de tú, y de vos á los criados; bailaba al espejo aunque fuese delante de personas de gran prosopeya; besaba á su hermana, y reñia con las visitas porque no le dejaban hacer otro tanto; tocaba el violin, ó tiraba el florete los ratos que no cantaba en alta voz; y en fin, tenia toda la vivacidad propia de un francés y de un joven de veinte y cuatro. Por otro lado, se hablaba de comida, «¡Oh, las fondas de *Very* ó *Rocher de Cancalle!*» Iba al teatro, «¡Ah, qué teatros los de París!» Se le convidaba á los toros,

¡«Bárbaro espectáculo!» Salía á la calle, «¡Peste de país!» Volvia á su casa, «¡Oh *mon hôtel garni!*»—

—Con estas y otras cosas, con desaprobar abiertamente todo lo que se apartaba de los usos franceses al mismo tiempo que ridiculizaba las imitaciones de ellos, llegó á hacerse de tal modo insoportable hasta en su misma casa, que todos los días daba lugar á cuestiones; y aun en la visita que al presente me hacia, me dió á entender una que acababa de tener con su padre, con motivo de proponerle un matrimonio que repugnaba á su corazón. No pude dejar de estrañarle, conociendo bien el caracter de don Melquiades, y aunque por la misma conversacion del joven creí penetrar la causa de su aversion, suspendí el juicio hasta averiguarla por mí mismo.

Entre tanto hícele presente con franqueza que siendo ya cerca de las cuatro de la tarde, habia retrasado una hora mi comida, y convidéle á participar de ella; no aceptó por ser demasiado temprano para él, pero se entretuvo en probarme mientras comia que á aquella hora no habia apetito (sin embargo que yo demostraba en la práctica todo lo contrario); y luego que vió salir la fuente con todo el interior de la olla castellana, lanzó una fílipica fulminante para demostrarme que aquel alimento era indigesto y mal sano; á lo que por única respuesta le contesté que sin duda debia surtir tales efectos muy á la larga, por cuanto no me acordaba de haber padecido una indigestion. Por último, subió de todo punto su encono cuando acabada la comida llegó á entender que era mi costumbre el dormir media horita de siesta; á esto ya no



pudo sufrir mas, y saludándome con el nombre de español incorregible, se separó de mí, menos contento que á su llegada.

A la mañana siguiente pasé á pagarle la visita; no le hallé en casa, y encontrándome solo con el padre le felicité por la llegada de su hijo, y por las bellas cualidades que ostentaba; pero muy luego pude conocer que su satisfaccion se hallaba mezclada con algun disgusto, como en efecto no tardó en declararme.

—¿Tiene usted presente, me dijo en voz lastimera, cierta disputa que tuve con usted en este mismo gabinete acerca de las ventajas de la educacion en Francia?

—Sí señor; y por cierto que me acuerdo de la viva defensa que usted sostuvo.

—¿Pues qué diria usted si la esperiencia me inclinara hoy á sostener lo contrario?

—Es imposible: las relevantes cualidades que adornan á su hijo de usted, el aplauso que le rodea, y la satisfaccion interior que de ello debe resultar á un buen padre, son causas bastantes para afirmar á usted en su primitiva opinion.

—¿Y qué me sirven esas cualidades y ese aplauso, y que le sirven á él tampoco, si van emponzoñados con un tedio invencible, una aversion inesplicable á todo lo que le rodea, bastante á hacerle resistir mis proyectos para su felicidad?

—Quizás esos proyectos no esten bien meditados, y acaso en ellos no haya usted consultado el corazon de su hijo.

—¿Y qué mas puedo hacer para ello? Yo le he querido hacer obtener un buen destino en la administracion; se me ha opuesto á ello bajo el pretexto de no conocer bien las leyes de nuestro pais, y por temor de no desempeñarle cumplidamente.

—Ha dicho muy bien, y pocos á quienes se ofreciera un empleo contestarian del mismo modo. Conócese bien que no está al corriente de nuestras costumbres.

—Le he indicado despues la carrera militar; me ha respondido que como las vicisitudes del mundo pudieran acaso algun dia obligarle á dirigir sus armas contra el pais en que ha recibido su educacion, no le permite su honor obligarse bajo el juramento militar.

—En eso manifiesta su virtud y su agradecimiento.

—Le he hablado despues del comercio, que no tiene ninguno de esos inconvenientes; me ha manifestado otros que dice que suele tener entre nosotros esta profesion.

—Puede que no esté equivocado.

—Las carreras de la iglesia ó del foro no he podido siquiera indicárselas, porque en efecto no ha hecho los estudios que á ellas conducen; mas por último, le he propuesto que viviendo tranquilamente de las rentas de nuestro mayorazgo, imitase á tantos de su clase como pasan la vida sin hacer nada; y ha rechazado con violencia mi proposicion, diciéndome que él ha nacido y ha estudiado para hacer algo.

—Y tiene mucha razon.

—Ahora bien, pasando despues al punto de su matrimonio, le he presentado á varias personas dignas de lla-



mar su atención; pues ninguna de ellas ha llenado sus ideas: la una carece á su vista de modales elegantes y de *buena compañía*, como él dice: la otra ignora hasta los primeros rudimentos de la geografía y la historia: otra piensa muy en español: otra... En suma, ¿qué partido tomar con una persona para quien nada hay á propósito, y cuyos conocimientos y circunstancias no pueden aplicarse en la sociedad en que ha de vivir?

—Ello es en fin, le interrumpí yo, que su hijo de usted ha renunciado á su patria, y que la educación estrangera, dando otro giro á sus inclinaciones y sus deseos, le ha sacado fuera del círculo en que nació, para colocarle en otro muy distinto del que usted imaginaba; fácil era prever semejante resultado, pues es bien sabido que la educación es una segunda naturaleza, acaso mas fuerte que la primera; ¿y quién sabe tambien si otras causas se habrán mezclado al mismo tiempo en destruir los planes de usted? Su hijo de usted es joven y ardiente; ¿quién nos responde de que haya podido resistir al amor...?

—«Usted ha encontrado lo justo (esclamó en este momento Camilo, abriendo repentinamente la puerta del gabinete); el amor... un amor volcánico, irresistible, ha prendido en mi pecho, y si hasta ahora he podido hacer traición á mis sentimientos, ya no me es posible ocultarlos. Dos años ha que una señorita de Paris es el objeto de mi amor.»—

Suspensos nos dejó por largo rato tan súbita declaración, hasta que volviendo en sí don Melquiades intentó

reprender severamente á su hijo; pero tomando yo la palabra:—No es ya tiempo, le dije, de reparar un daño de que usted fue la causa principal; sufra usted, amigo mio, que se lo diga: usted, separando á su hijo de su pais en los años mas decisivos de su vida, ha dado lugar á que este joven apreciable se vea, á pesar suyo, hecho un extranjero en la patria que le dió el ser; educado en ella, hubiera sabido conocer y apreciar sin violencia las eminentes cualidades que la son peculiares, y hubiera pagado con sus conocimientos y su trabajo el tributo que todos la debemos; no anhelaria otros placeres que los nuestros, y ellos habrian bastado á su felicidad y la de usted. Llore usted ahora el haber renunciado á esta dicha, robando al mismo tiempo á la patria uno de sus hijos; pero no intente remediar una violencia con otra violencia, y deje seguir al suyo la determinacion á que le llama la suerte.

Camilo al oír esto se arrojó á los pies de su padre, y le pidió su permiso para fijarse en Paris; y este, con la voz ahogada en lágrimas de dolor, tuvo que dar un consentimiento que ya no podia evitar.

Volvió en efecto nuestro joven á la capital de Francia, donde contrajo matrimonio con su amada, y ha establecido su casa-comercio, que sin duda acreditará con su talento y honradez. El padre en tanto llora el error de haber él mismo arrojado de su pais su nombre y su descendencia... ; Cuántos así!

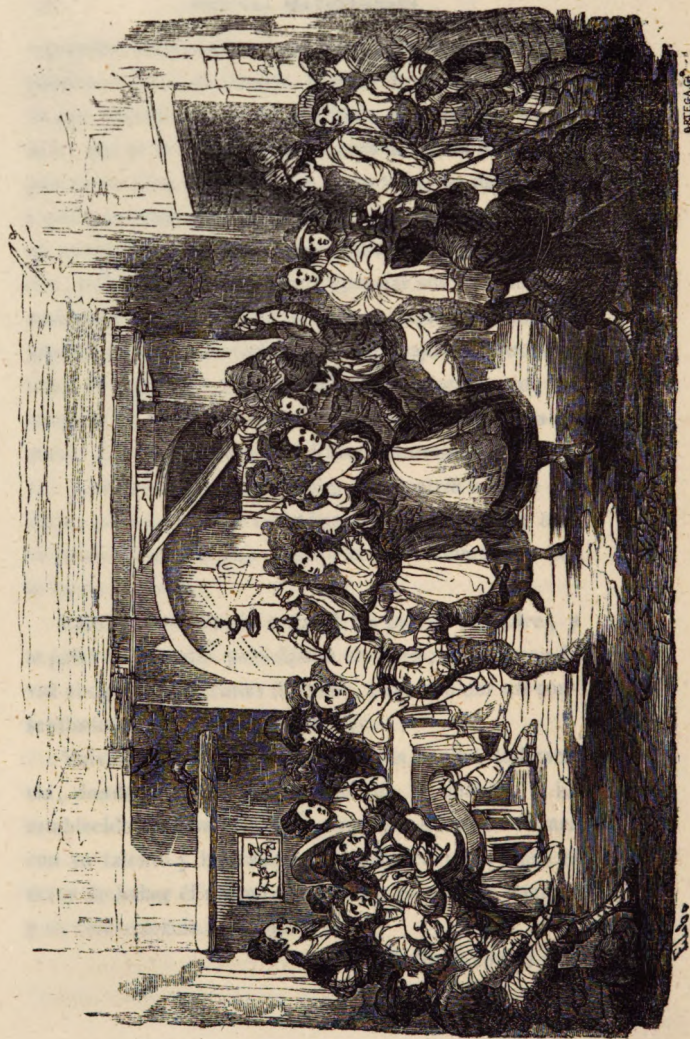
(Enero de 1833.)



ESCEVAE MULIERES



ESCENAS MATRITENSES.



EL BAILE DE CANDIL.

BATEGAG

1870



## LA CAPA VIEJA

### EL BAILE DE CANDIL.

..... Del Rastro á Maravillas,  
del alto de San Blas á las Bellocas,  
no hay barrio, calle, casa ni zahurda  
á su padron negado.

*Jovellanos.*—Sát.

—«**B**ravo título! ¡digno asunto! Por cierto que el señor Curioso nos promete hoy un discurso de gran tono.»

Tales ó semejantes exclamaciones zumban ya en mis oídos, proferidas por ciertos críticos de salón, de estos que afectan desdeñar todo lo que no sea sublime... ¡Pobres gentes! ¡como si ellos lo fueran!

—Pero señores (les respondo yo), ¿todo ha de ser primores y filigrana? ¿Ignoran que el secreto del arte consiste en oponer los contrastes de lo alto y de lo bajo, de lo pulido y de lo grosero? ¿Y por qué habré yo de renun-

ciar á esta ventaja , si he de hacer formar idea general de las costumbres de todas las clases? En un mismo cuartel , en una misma calle , ¿no existen usos é inclinaciones diferentes? ¿Pues cuánto mayor no será esta diferencia , tratándose de toda una capital? No hay remedio , señores míos ; si han de conocer la fisonomía particular de las clases que no habitan el centro de esta villa , fuerza será que le abandonen conmigo por un momento , y que si no lo han por enojo , me sigan adonde me cumplieren llevarles.

Revolviendo la esquina de la calle de la Ruda para entrar en la plazuela del Rastro (¡taparse bien las narices , señores críticos !), íbame entreteniéndome agradablemente en reconocer los diversos almacenes ambulantes , restos de veneranda antigüedad , que ya decoran armoniosamente la angosta entrada de un chirivivil , á quien llaman tienda , ya figuran airosos á campo raso tendidos sobre un trozo de estera en medio del andito de la calle. A la vista , pues , de tantos despojos de la moda , que en otro tiempo decoraron estudios y salones , íbame llenando de aquel supersticioso respeto con que mas de un anticuario suele colocar en su gabinete tal cuarto segoviano , roñoso y carcomido , juzgándole moneda del bajo imperio ; y considerando por otro lado que todos ó gran parte de aquellos objetos podrian haber sido conquistados en buena guerra , me disponia ya á dirigirles una alocucion romántica , cual si fuesen espada del Cid ó escudo de Carlo Magno.

Pero mi monólogo pasó á ser diálogo , cuando vol-



viendo la cabeza hallé detras de mi al amigo *don Pascual Bailon Corredera*, á quien no habia vuelto á ver desde el lance de la hermosa *Narcisa*, que, si mal no me acuerdo, conté en el artículo de *Los cómicos en Cuaresma*. Llenóme de placer este encuentro, y proseguimos juntos nuestro paseo escrutador, cuando al pasar por una vieja prenderia, paróse don Pascual como herido súbitamente, dándome lugar á un mediano susto; mas sin reparar en él, corre á la tienda, alcanza una capa vieja que pendia á la puerta, reconócela prolijamente broches y vivos, embozos y costuras, puertas y ventanas, y alzando cuanto pudo su voz... «Ella es (esclamó con ademan doliente), la compañera de mi juventud, la encubridora de mis estrayíos, ella es;» y la abrazaba enternecido, y la regaba con sus lágrimas.

—Pero don Pascual, ¿qué locura es está?

—«Déjeme usted, amigo mio, déjeme usted que pague este tributo á un mudo acusador mio; déjeme usted recobrarle despues de largos años de separacion.»

—Y diciendo y haciendo pagó á la muger que la vendia el precio de la capa, y poniéndola debajo de la que llevaba, continuamos nuestro paseo; pero como yo insistiese en que me explicara el misterio de aquel astroso mueble, tomó la palabra don Pascual, y me habló de esta manera.

—«Creo á usted sabedor, amigo mio, de que en mi juventud fui lo que se llama un calavera completo, y que la crónica escandalosa de Madrid ofrecia en aquel tiempo pocos lances en los cuales yo no figurase, ha-

ciéndome mi vanidad buscar los mas comprometidos por el solo placer de que todos se ocupasen de mí. Mientras permanecí en el círculo de la alta sociedad, tuve intrigas amorosas mas ó menos complicadas, casos de honor mas ó menos pblemáticos, y de todos salí sano y salvo, como está admitido entre personas de cierta educacion. Pero el mal demonio, que no duerme, me hubo de fastidiar de aquel género de vida y de placeres, y ofreciendo un ejemplo mas á aquella regla de que los extremos se tocan, pasé por una brusca transicion desde el orgullo aristocrático á los modales mas groseros de la plebe. Cesaron, pues, mis galas y mis tocados; olvidéme de teatros y salones; renuncié á mis antiguas amistades, y adopté el traje y los modales de un *manolo* verdadero.

»Armado con mi calzon y chaqueta, corbata de sortija y sombrero calañés, y embozado sobre todo en mi gran capa, echéme á buscar aventuras por Lavapies y el Barquillo, con mas determinacion que el héroe manchego por el campo de Montiel. Mi generosidad, mi buen humor, y mi determinacion para todo, me hicieron desde luego célebre entre aquellos habitantes, y ya se sabia que no habia funcion en que no se contara con *don Pascualito*; y hombres y mugeres me festejaban á cual mas, con lo cual tenia yo cierta superioridad parecida á la de un cacique en una tribu de Araucanos. Contribuia en gran manera á ello mi capa azul, que aunque vieja, era aun superior á las que me rodeaban; pero como yo no queria distinciones, acerté á tratarla tan mal, que en muy pocos dias logré hacerla equivocar



con todas, con lo cual me creí ya protegido del escudo de Minerva, y todo lo vencía, y nada me arredraba. Con ella frecuenté tabernas y figones, guardillas y pasillos, palomares y azoteas, y sin ella nada de esto hubiera podido hacer; tal era la confianza que este disfraz me inspiraba.

»Una tarde (de San Anton por cierto) salí envuelto en mi encubridora capa al paseo ó romería de *las vueltas*, como es uso y costumbre en tal día. Ignoro si usted, como curioso, habrá observado el espectáculo grotesco que en semejante ocasion presentan las dos calles de Hortaleza y Fuencarral, accesorias á la iglesia del santo anacoreta; la inmensa multitud de fieles que impulsados de su devocion se acercan por la mayor parte á la puerta de la iglesia sin entrar en ella; la esposicion pública de caballos y mulas de alquiler, adornados de cintas, que, guiados por inespertos ginetes, corren al trote por el arroyo ó lodazal, y van á gustar la cebada bendita; la multitud de tiendas de panecillos del Santo para pasto de los fieles; los coches y calesas prodigiosamente henchidos de mugeres y muchachos; y el sofoco de la concurrencia, que son plácido espectáculo á la multitud de espectadores de rejas y balcones; las sales del ingenio chisperil, y demas circunstancias, en fin, que hacen aquel cuadro tan original en su clase.

»Servia yo de breve episodio en él, marchando con el sombrero hasta las cejas y el embozo á las pestañas, puestos en jarras bajo la capa entrambos brazos, y abriéndome paso con los codos á derecha é izquierda.

Andaba, pues, titubeando sobre cuál de aquellas estre-llas habia de tomar por norte, cuando al atravesar la boca-calle de San Marcos vi venir haciendo alarde de su desenvoltura á una manola, para cuyo retrato necesitaria yo la pluma de Cruz ó el pincel de Goya. Acompañábanla otras tres mozas, que si la desmerecian en hermosura, la igualaban por lo menos en desvergüenza, y á pocos pasos las seguia un grupo de majos de chaqueta y vara, á quienes ellas tiraban panecillos por cima del hombro.

»Confieso á usted que la vista y la razon se me turbaron al contemplar aquella belleza, y sin ser dueño del primer movimiento, bajéme un poco mas el sombrero, y me interpuse entre el planeta y sus satélites; pero un mediano garrotazo que sentí en el hombro derecho, me hizo volver en mí, y siguiendo el camino de dicho palo hasta encontrar el brazo que le blandía, encontré, no sin sorpresa, que estaba pegado á un mozo que yo conocia de varias aventuras anteriores. Esto fue hallarme como quien dice en tierra de amigos, y muy luego lo fueron todos los individuos de ambos sexos que componian aquellas guerrillas, merced á algunas oportunas estaciones que mi bolsillo permiti6, donde convino.

»La niña retozona llevaba la vanguardia, y á cada paso nos comprometia en quimeras y reconvencciones, ya insultando á los pascantes, ya espantando los caballos, ó cogiendo las ruedas de las calesas, ó tirando cáscaras de naranja á los que iban en los coches. Crecia mi amor á cada una de estas barbaridades, y no perdía una oca-



sion de espresárselo , á lo cual ponía ella mejor cara que uno de los acompañantes , que era el galan , mientras que el marido , que tambien era de la comparsa , todo se volvía condescendencias y atencion.

»Vino la noche , y habiendo manifestado aquella honrada gente que en casa de cierta amiga habia baile , nos dimos todos por convidados , y yo el primero me dirigí con mas apresuramiento á aquel *baile de candil* , que si fuera *Soirée* parisiense ó *Rout* ingles.

»Pasamos desde luego á la calle de San Anton , y en una de sus casas , cuyos pisos eran dos , el de la calle y el del tejado , llamamos con estrépito , y salieron á recibirnos hasta dos docenas de personajes parecidos á los que entrábamos. Por de pronto hubo aquello de negarnos la entrada , amenazas y voces , empujones y palos ; pero en fin , asaltamos la plaza , y griegos y troyanos , olvidando resentimientos mútuos , improvisamos unas *manchegas* que hubieran llamado la atencion de toda la vecindad , si toda la vecindad no hubiera estado ocupada en otras tales. Siguiéronlas en ingeniosa alternativa *boleras* y  *fandango* , intermediados con los correspondientes refrescos trasegados del almacen de enfrente ; y á favor de la algazara que el mosto infundia en la concurrencia , creía yo poder formar con mi consabida pareja la conspiracion correspondiente ; pero otra mas sorda , dirigida por el amostazado galan , se formaba á mis espaldas , no sin grave peligro de ellas. Por último , para abreviar ; el baile se fue acabando , cuando una patrulla que pasaba hizo cerrar el almacen de lo tinto á tiempo

que este empezaba ya á obrar fuertemente sobre las cabezas, y ya se trataba de retirarnos, para lo cual cebamos el último fandango con capa y sombrero, cuando un fuerte palo, disparado por el furioso Otelo al candilón de tres mechas que pendia colgado de una viga del techo, hizole saltar en tierra, dejándonos a buenas noches. Aqui la consternacion se hizo general; las mugeres corrian á buscar la puerta, y encontrándola atrancada daban gritos furibundos; los hombres repartian palos al aire; rodaban las sillas; estrellábanse las mesas; y voces no estampadas en ningun diccionario completaban este cuadro general.

*«Si licet exemplis in parvo grandibus uti;*

*Hæc facies trojæ cùm caperetur, erat.»*

«Pero el centro de la refriega éramos por desgracia el matrimonio y yo, en cuya direccion disparaban los conjurados sus alevosos golpes, hasta que un agudo grito del marido, que vino al suelo al lanzarle, dió lugar á que la puerta se abriese, y todos se precipitasen á salir, quedando solamente el ya dicho tumbado en el suelo, sin sentido, y yo con el suficiente para ver que mi pérvida Elena, apoderándose de mi capa y envolviéndose en ella, huia alegremente con sus raptores. A mis voces y lamentos llega una ronda, reconoce al hombre que estaba á mi lado bañado en sangre: «¡Cielos! ¡está muerto!» y yo sin mas pruebas que mi dicho, disfrazado vilmente, niego mi nombre, me turbo de vergüenza, y haciendo concebir sospechas de mí, soy conducido á la cárcel pública.



»¡Qué noche, amigo mio! ¡qué noche de desengaños y de amargas reflexiones! Entonces maldije mi indiscrecion, me horroricé de mi envilecimiento, conocí, aunque tarde, todo lo criminal de mi conducta, y lamenté mi futuro destino. Pero la divina Providencia quiso darme solo un fuerte aviso, pues el hombre á quien creíamos muerto solo estaba herido, y declaró mi inocencia, con lo cual logré al cabo de algunos dias recobrar mi libertad. Mas esta leccion, impresa indeleblemente en mi memoria, me hizo renunciar para siempre á aquel género de vida, volviéndome á la sociedad á que pertenecia; y tan fuerte es aun la impresion que en mi dejó aquel suceso, que no he podido disimularlo á la vista de este cómplice de mis estravios, que rescato hoy para eterna vergüenza mia.»

—Un traje grosero (repuse yo para aplicar la moraleja del cuento) suele inspirar ideas villanas. Usted, señor don Pascual, tiene hijos que no tardarán en ser mancebos: inspireles usted la misma saludable aversion que usted ha cobrado; procure que su traje sea siempre correspondiente á su clase para que les haga apartarse de aquellos sitios en que teman comprometerla, y sobre todo, créame usted, no les permita en ningun tiempo usar una *capa vieja*.

(Enero de 1833.)

## LAS NIÑAS DEL DÍA.

Las solteras no me prenden ,  
porque se andan ya tan sueltas  
que ellas se mueren por todos ;  
¿quién se ha de morir por ellas?\*

*D. F. de Leiva , comedia de*

*El Socorro de los mantos.*

**P**aseábase Diógenes con una luz en medio del día por la plaza de Atenas buscando un hombre. Si Diógenes hubiera vivido en Madrid quizás habría buscado una muger. ¿La hubiera encontrado? ¿O cansado de inútiles pesquisas tornariase mohino á su tinaja? ¡Atencion, vosotros, celibatos de veinte á cuarenta, los que á manera de nube poblais calles y salones de esta heróica capital, y sin ser Diógenes, ni conocer el código de su filosofia, teneis la suficiente para no hallar una muger en el salon del Prado; con vosotros hablo, y vuestra causa es hoy la que defiendo! Daos prisa á aprovecharos de mis argumentos; pues quizás otro dia volviéndolos ingeniosa-



mente en contra vuestra, á guisa de abogado veterano, defenderé con tesón los derechos de vuestra parte contraria, presentándoos por causadores de sus flaquezas. Entre tanto, oid y callad.

Y vosotras, amabilísimas criaturas, perdonadme si el inevitable giro de mis discursos me conduce hoy al atrevido intento de bosquejar vuestra incomprendible imagen; perdonadme si mi tosca y desaliñada pluma se atreve á delinear algunos de vuestros rasgos característicos. ¿Cómo remediarlo? Vuestra importancia en el orden social es tal, que un escritor célebre ha dicho con razón: « Los hombres hacen las leyes; las mujeres forman las costumbres; » por cuya consecuencia mal podría yo proseguir en la pintura de estas, sino colocándoos en primer término de mis cuadros. Empero si alguna punta de amargo se deslizase hoy en mi tintero, cuyo inocente licor compongo para este caso con arbesca goma y azúcar cristalizada; si mi antejo escrutador acertase por desgracia á encontrar en vuestro cielo alguna nubecilla, sed tolerantes y no os enojeis, sino reid conmigo de vuestras propias debilidades.

Háganse á un lado, señoras viudas, alegres ó plañidoras, en flor ó en conserva, con tocás y lutos, ó con paletina y schall; háganse á un lado, digo, que por hoy no son el blanco de mi pensamiento; y ustedes también, señoras esposas, Lucrecias ó Helenas, ensanchen el pecho y sigan su camino, que tampoco á ustedes tocan hoy los puntos de mi sermón. Empero vosotras (no culpeis la llaneza del estilo) niñas en esperanza, fruta temprana

de 1833, las que salvando vuestro tercer lustro, os mereis alegremente en los felices límites del cuarto, rodeadme aqui todas y miradme frente á frente, por ver si mi pincel, animado con vuestra presencia, consigue trasladar al papel vuestra copia original.

16 Mas privilegiadas que vosotras las que os precedieron en juventud y gracias en los siglos anteriores, fueron el objeto de las delicadas plumas de Lope y Calderon, las cuales supieron embellecer hasta sus mismos defectos. Si el teatro es el espejo fiel de las costumbres, y los autores cómicos los mas ciertos historiadores de ellas, no puede menos de sorprendernos el espectáculo que presentan aquellas damas heróicas hasta en sus mismos extravios, sublimes hasta en los yerros de su amor. Aquella contradiccion de orgullo y rendimiento, aquella mezcla de flaqueza y de virtud, aquel amoroso desden, aquella generosa venganza, aquel sistema de amor sugerido por la unidad del sentimiento y por la mas natural filosofía para cautivar la admiracion y el entusiasmo del afortunado galan, son cosas que infunden asombro, y ponen en fuego al alma mas helada é indiferente.—Pero (me direis) la temeridad de sus pasos, el olvido de sus mas sólidos intereses, el atrevimiento de sus disfraces, la libertad de sus palabras, la...—Teneis razon, queridas mias, teneis razon; todo esto pudo pasar sin riesgo en aquellos tiempos, porque los galanes del siglo XVII merecian tambien mas amor, mas talento y menos egoismo que los insignificantes y ligeros mancebos que os rodean.

17 Un siglo despues, diversas causas, que seria prolijo



relatar, obraron notable diferencia en el sistema muge-  
ril. Consideradas como demasiado peligrosas á la luz del  
día delante de padres y tutores celosos que podrian muy  
bien ser ofuscados por ellas, fueron encerradas tras las  
altas murallas de un convento, ó tapiadas en la casa pa-  
terna entre rejas y celosías: el *Desiderio* y *Electo*, y las  
*Soledades de la vida*, eran las únicas lecturas que se les  
permitian; la estameña y muselina sus galas; la costura  
y el bordado su única ocupacion: mas al través de estos  
obstáculos, el incorregible amor hallaba medios de fle-  
char aquellos incautos corazones, y cuando sus guardas  
vigilantes abrian los cerrojos para dar entrada al hombre  
á quien la autoridad paterna designaba por esposo, ya no  
era tiempo, pues el amor se veia adelantado, y «amor  
que entra por la ventana (dice Marmontel) es mas peli-  
groso que el que entra por la puerta.»

El filósofo Moratin, en sus dos mejores comedias,  
nos ha dejado una pintura fiel de las consecuencias de  
esta educacion violenta y suspicaz, presentándonos en  
una la terrible obediencia, pronta á sacrificar su vida al  
capricho paternal, y en otra la industriosa resistencia y  
el fingimiento mas refinado para burlar su vigilancia. Pe-  
ro ya *doña Paquita* y *doña Clara* no son personajes de  
esta época, y sus retratos deben ser considerados mas  
bien como modelos del arte y como documentos históri-  
cos, que no como traslado de nuestras niñas actuales,  
que asi se apartan de las aventureras damas de Calderon  
y de Tirso, como de las desventuradas y oprimidas de  
Moratin.

Escuchadme aqui todas, *Adelaidas*, *Carolinas*, *Julias* (que hasta los nombres habeis embellecido), escuchadme aqui todas, que con vosotras y de vosotras voy á tratar. Pero quisiera ante todo que me dijereis qué premio me señalais si llego á adivinar el sistema de cada una. ¿Mudarlo? No, hijas mias, no creais que es mi intento ser corrector vuestro... ¿Pues qué premio ha de ser? Ea, daréme por contento con solo que me tolereis el que os conozca.

No estrañeis que empiece la rueda por la seductora *Amalia*, la de los ojos dormidos y el labio desdeñoso. Miradla atentamente; su marcha desigual y fingidamente penosa, su mirar oblicuo y descendiente, hacen descubrir en ella la costumbre de dejarse arrastrar en su carroza; su afectada sonrisa, su estudiado saludo, ese aire de pretension y de superioridad que la distingue, revelan la elevada sociedad á que pertenece, y haríanla traicion si pretendiese ocultarla.

Asi es la verdad; *Amalia* es una rica heredera de la primera nobleza, y este pensamiento que en ella domina, se comunica tambien á los que la miran. Desde sus primeros años fue el objeto de la adulacion asalariada; separada casi constantemente por la etiqueta, de la vista de sus padres, rodeada de gentes inferiores á ella, desconoce los sentimientos tiernos y el lenguaje de la verdadera amistad; dirigida por maestros á quienes siempre miró como criados, para ella el genio no tiene ninguna superioridad; y estos por su parte convencidos de la inutilidad de sus lecciones, solo la explicaron lo suficiente para



alargar su enseñanza, y para llenar su cabeza de palabras sin ideas, pero bastantes á deslumbrar á su papá. Primeras letras, gramática, geografía, lenguas, dibujo, música y baile, de todo recibió lecciones; y por resultado de esta enseñanza, que costó un considerable capital, sabe hoy escribir un billete sin puntos ni comas; cantar una cabatina en italiano ó bailar una mazourka en ruso; lo cual es suficiente saber para los tiempos que corren. Agrádala la lisonja y la cortesía de los jóvenes que la rodean, y quisiera tal vez responder con menos altivez á sus suspiros; pero aun no es tiempo: fiel á su dorada cuna, tiene empeñada su mano desde antes de nacer á un cuarto primo, con cuyo enlace conseguirá añadir al escudo de su casa dos osos trepantes y una serpiente en campo de plata. Con tales antecedentes, preguntaréisme, ¿le hará feliz ó desgraciado? Lo ignoro, amigas; solo sé decir que le hará marqués.

Pero saltando de flor en flor, como mariposa, ¿me negareis que os hable de las festivas gracias y del mirar maligno de la risueña *Flora*? Esa marcialidad y ese despejo que formaban mientras estuvo en el colegio la envidia de sus compañeras y el encanto de sus parientes, me hicieron mas de una vez temer por los pobres amantes que algun dia habian de intentar rendir un corazon dispuesto á burlarse de todo. Mas ya se ve, ¿es tan graciosa una niña revoltosa y pizpireta! sienta tambien la risa á una cara infantil, que todos nos apresurábamos á hacerla mil lisonjas. Yo la vi en los solemnes exámenes del colegio llevar siempre los premios en la música y la dan-

za , dejando desdeñosamente á sus compañeras los menos brillantes de la aguja y el pincel. Yo la vi salir de la enseñanza y poner en movimiento á toda la sociedad elegante de Madrid; yo la vi seducir por la ostentacion de sus gracias , por el primor de sus adornos , por la riqueza de sus galas , por el torrente amable de su conversacion: ¿Quién es el dueño de su corazón? (pregunté). Todos creían serlo, y ella no creía que lo fuese ninguno : mas de un alumno de Marte gimió arrestado una quincena por renovar *il posto abbandonato*; mas de un espediente quedó sin despachar por visitarla un joven empleado; mas de un soneto hirió sus oídos, plañido por la musa de soporífero poeta; mas de una espada desnuda brilló á sus ojos. Gozosa desde su balcon recibia estos tributos como otros tantos trofeos de su beldad, cual si los viera representados en el teatro desde su palco; mas ¡oh venganza! los jóvenes llegan por fin á conocerla y á entenderse: promesas falaces , prendas débiles de su cariño, sortijas y emblemas misteriosas, cartas novelescas, bucles ingeniosamente tejidos , todo depone su volubilidad y mala fe; todo lo recibe en un dia devuelto por sus desengañados amantes. Desde entonces su moda pasó , sus gracias quedaron eclipsadas , las mugeres sonrieron á su presencia , los hombres hablaron con ironía , y por colmo de su desgracia el desden ageno vino á castigarla del suyo , viéndose hoy despreciada de un hombre á quien ama con frenesí , y el cual es tambien el menos meritorio de sus amantes.

¡Qué diferencia de la sensible *Heloisa*! Un corazón



hecho para el amor; un semblante formado por las gracias; un mirar lánguido y penetrante; una cabeza dulcemente inclinada; una boca suspirante que parece decir al que la mira: «Amadme, y yo os amaré.» ¡Cuántos encantos en una sola persona! Habla de amor; su pecho se inflama con la pintura del hermano de Saladino ó de la huérfana de Underlách. Se sienta al piano ó al harpa; ¡qué precision en los toques, que afinacion en los sonidos! Luce su hermosísima voz; ¡qué profunda sensibilidad! ¡qué espresion tan sublime y animada! Los suspiros quejosos de *Bellini* no tuvieron nunca intérprete mejor. Un movimiento eléctrico se comunica á toda la concurrencia, y la sala resuena con estrepitosas y unánimes aclamaciones. ¿Quién no ha de amarla? ¿quién no ha de rendirla su albedrío? Una nube de incienso la rodea; pero ¡ay! que esta misma nube que lisonjea su corazón, formada por los ecos de falsos amantes, la impide tal vez la vista del verdadero, que adorándola en secreto teme que tanto incienso trastorne su cabeza, y repite con Castillejo:

«La cumplida en cualquier cosa

Y acabada,

Menos que todas me agrada,

Porque segun mi pensar

Tiene mucho qué guardar

La de todos descada.»

Mas volved la vista á esotro lado; vereis venir cru-

jiendo sedas, y descubriendo su beldad por entre el celage de finísima blonda, á la hermosa *Serafina*: ¿quién al ver su equipage no la tendrá por alguna marquesa? Pues nada menos que eso; tal como la veis es hija del empleado don Homobono Quiñones, mi vecino, cuya mesada no equivale á la mitad de lo que ha costado ese velo. ¿Cómo se verifica tal milagro? me preguntais. Hijas mias, sino teneis memoria, mirad el artículo de *El dia 30 del mes* (1). Serafina, seducida con la idea de un casamiento brillante, exagera el adorno de su persona como para alejar á los que no estén en estado de sostener su esplendor; y en efecto consigue verse rodeada de multitud de pretendientes de su belleza, que no de su mano; pero ella escucha indiferente sus solicitudes, y para disponer de su voluntad solo espera que la hablen de matrimonio, diciéndoles en buenas palabras como la condesa que pinta Regnard :

«Je ne donne mon coeur que par-devant notaire.»

que viene á significar en nuestro romance español

Yo no doy mi corazón

Sino delante del cura.

Con lo cual consigue renovar constantemente la concurrencia de acreedores, sin que ninguno se dé por no-

(1) Véase el tomo primero.



tificado del contenido de aquel emblema. Seis años hace que Serafina es estrella fija en nuestro cielo, y todas las noches se la ve aparecer en bailes y tertulias; pero en vano; y ya estaba casi determinada á entregar su mano á un joven rico y amable que la pretendia, y á quien ella no podia perdonar el no tener un mal uniforme ni el menor sueldo por el gobierno, cuando ¡oh desgracia! el joven calculando por una proporcion matemática los quilates á que subiria la ostentacion de su elegante novia despues del matrimonio, y temiendo ver su caudal en manos de modistas y joyeros, se retiró con tiempo. Por último, se presentó cierto meritorio de oficina, el cual ha logrado enamorarla, y con quien se espera haga un brillante casamiento.

¿Pero qué es esto? ¿todas vais desfilando, ingratas oyentes? ¿os fastidia mi oracion, ó temeis que os llegue vuestra vez? No, queridas mias, nada temais. Mudaré de conversacion por complaceros; hablaremos de revistas en el Prado; de injusticias en el reparto de galones y charreteras; os alabaré vuestras galas y tocados; os traduciré la leyenda de los figurines y del *Journal des modes*. No me aborrezcais; pediré prestado el estro á un amigo mio para componer una sátira contra la aguja y el dedal; haré una disertacion para probar que un moderado recogimiento y un trato reducido, son antiguallas, y solamente propios de aquellas oscuras bellezas no destinadas á hacer el encanto de nuestra sociedad matritense. No me abandonéis, y os serviré para ayudaros á hacer cordoncitos y petacas; seré de vuestra opinion en cuanto á ópe-

ras y dramas; os leeré á Walter Scott y D'Arlincourt; os prestaré la *Revista Española* para que leais mis artículos de costumbres, y riais á placer cuando no os toquen á vosotras; y en fin os haré uno laudatorio pintando una niña perfecta como yo la he soñado; y diré que todas sois así, aunque vosotras os esforceis en desmentirme y dejarme mal.

(Febrero de 1833.)



## EL DOMINÓ.

«Oyente, si tú me ayudas  
con tu malicia y tu risa,  
verdades diré en camisa  
poco menos que desnudas.»

Quevedo.

**S**ería en vano que yo pretendiera ocupar en los presentes dias la atencion de mis lectores con otro objeto que no sea el Carnaval y sus amables disipaciones. Ninguno querria escucharme; y mi discurso, por muy moral y filosófico que fuera, apareceria desabrido, y mirariase desdeñado por aquella máxima del *non erat his locus*. Por el contrario, si vestido y engalanado á la moda del dia, acierto á ofrecerle como el figurin moral de la semana, no me será difícil cautivar la atencion de mis leyentes, en gracia de la oportunidad; y hé aqui la razon que me decide á presentarle en *dominó*.

No se crea por ello que al tratar de máscaras sea mi intencion hablar de aquellas con que suelen cubrirse habitualmente los vicios y debilidades humanas para imitar el aspecto de la virtud, del patriotismo, de la amistad, del amor, de la modestia y del desinteres. Semejantes máscaras, por comunes y continuas, no llaman ya nuestra atencion, y entran en la línea de aquellas *conveniencias sociales* contra las cuales seria ocioso declamar. Yo por lo menos, huyendo de tan espinoso argumento, limito hoy mi narrativa á tratar de aquella diversion festiva, y en cierto modo filosófica, que igualando todas las edades, todas las clases y condiciones por medio de un pedazo de tela sobre el rostro, presta al Carnaval su verdadero caracter de originalidad y de alegría.

Si deseoso de ostentar erudicion (lo cual es harto facil con una buena memoria y una regular voluntad) anduviese aqui á caza de autores para repetir lo que ellos hayan dicho relativo á esta diversion, haciéndola unos derivar de los romanos, y otros de la *muscara* (bufonada) de los árabes cordobeses y granadinos, seria componer mi razonamiento de retazos, lo cual equivaldria á vestirle de arlequin, siendo asi que ya he dicho el traje en que hoy le quiero. Con que no hay sino abandonar aquellos tiempos remotos, y dejarme caer en medio en medio de mi auditorio, quiero decir, en el Carnaval de 1833.

¡Oh quién fuera ahora Velez de Guevara ó Lesage para tener á mis órdenes un diablillo Asmodeo, aunque fuese cojo, que me ayudase á levantar los techos de las casas de Madrid para presentar su interior á los que aun



se empeñan en caracterizarnos á su antojo! Verian si es como ellos dicen sombrío y taciturno un pueblo que á la hora en que escribo olvida alegremente sus cuidados, moviéndose á compas; dijéranme si es miserable este mismo pueblo que tan crecidas sumas gasta en magnificas funciones, ostentando en todas ellas la riqueza y el buen gusto; verian, en fin, si son tan celosos nuestros maridos, tan altivas nuestras mugeres, tan intratables nuestros padres, tan rendidos nuestros amantes, tan espesas nuestras celosias, tan temibles nuestros puñales.

Semejantes reflexiones se agolpaban á mi imaginacion, vivamente afectada por el interesante espectáculo que acababa de dejar en cierto café de esta capital. Era la hora en que suelen concurrir á este Llody danzomano todos los demandantes y cambiantes de billetes de las diversas sociedades de suscripcion que se reparten en tales noches la concurrencia; y aunque al principio hube de estudiar aquel language mercantil, viendo ofrecer dos *Sartenes* por una *Corona*, un *Solis* por dos *Fontanas*, un *San Bernardino* por un *Santa Catalina*, una *Paz* por una *Alameda*, un *Leon* por dos *Jardines*, y otras á este tenor, no tardé en ponerme al corriente de aquel vocabulario, y aun pude graduar la importancia respectiva de tales documentos por el boletin de cotizacion que uno de los mozos me dijo al oido. Por último, animado con el ejemplo y favorecido por la buena suerte, acepté un billete (no diré para cuál baile por solo dar á mi narracion este aire de misterio), y marché á recorrer prenderias y almacenes en que alquilar un traje á propósito

para envolver mi catadura. Mas como no era mi intencion figurar, sino desfigurarme, parecióme conveniente abandonar mantos y bordados, y eclipsarme en un sencillo dominó, cuyo agradable color, y no afectada modestia, llamó mi atencion entre un *Genghiskan* y un *Saladino*, que alquilaron delante de mi un ropero de calle Mayor y un barberito de Puerta Cerrada.

De vuelta á mi casa, queriendo aprovechar el calor de mi fantasia, me puse á escribir el principio de este discurso; mas disgustado de la pobreza de mi pensamiento, concluí por envidiar á don Cleofas su Asmodeo, y tirando la pluma, cogí mi dominó con ánimo de pasarle y ceñirle en derredor de mi cuerpo. Cuando ¡oh sorpresa! al ir á poner el capuchon, hállome en el fondo de él un papel; cójole, le desdoblo, y veo escrito en él... ¿qué creerán mis lectores que veria? pues era nada menos que la *Historia de este dominó contada por él mismo*.

Figúrense las almas piadosas cuál sería mi contento con este hallazgo; no hay cómo esplicarlo; solo si que, enagenado por él, suspendí mi vestido, calé mis anteojos, espabilé la luz, y leí de esta manera:

—«Amigo lector: cualquiera que tú seas á cuyas manos me haya deparado la suerte para encubrir por horas contadas tu triste ó alegre figura, suspende, te ruego, la operacion de tu disfraz, y tómate el trabajo de leer mi historia, si es que á trabajo tienes el saber aventuras de suyo peregrinas, que podrán servirte de gran provecho. Y pues cuento desde luego con tu benevolencia, escucha por ahora, y préstame atencion.



»Yo nací en el Carnaval de 1822 en manos de una corista de la ópera, la cual con poco cariño maternal me arrojó entre otros trages *espósitos*, entregando las primicias de mi inocencia al primero que llegase á alquilarme.

»Era la noche del 3 de febrero de aquel año, y habia baile de máscaras en ambos teatros, con lo cual no tardó en cargar conmigo un criado que, conduciéndome á una elegante casa, me puso en las manos de un señor de edad y grave aspecto, cuya clase y circunstancias me dieron mucho que pensar.

»Al observar su seriedad y su entonamiento, no pudo menos de asaltarme el temor de que iba á pasar una noche muy triste; pero me engañé completamente, pues envolviendo en mí su añeja persona, salió silenciosamente y se dirigió al teatro del Príncipe, donde ya á la sazón se habia empezado el baile; y asegurado por la libertad que yo y la careta le dábamos, verificó tan repentino descenso desde la mas alta prosopopeya á la mas cordial alegría, que no fue posible dejar de felicitarle por este mágico talisman, que al parecer se encerraba en mí, capaz de causar la felicidad momentánea de una persona á quien su clase ó sus deberes imponian tal vez una perpétua contraccion de espíritu.

»Mas entre tanto que yo hacia estas y otras reflexiones, mi buen señor se agitaba corriendo tras una rapaza que acababa de arrojar una careta de ochentona, quedándose con la mas fresca y bien cortada de diez y nueve que imaginarse pueda; y si bien mi conductor y yo hu-

bimos de notar que aquella estrella parecia ya completamente observada y reconocida por los jóvenes astrólogos, segun la seguridad y confianza con que la miraban, sin embargo, animado aquel con las benévolas respuestas de tan linda boca, endulzaba la suya lo mejor posible, procurando ocultar en sus conceptos el estilo escolar y argumentante, aunque mas de un *audi precor* vino á confirmarme en la idea que desde luego habia formado. La niña, sin embargo, poniendo en limpio aquel borrador, leia corrientemente en el pecho de mi escondido, y deseosa de complacerle prestándole atento oido, habiase retirado con él á uno de los extremos del teatro, donde sentados mano á mano entregábanse mutuamente al sabor de tan peregrina plática... mas ¡oh suerte fatal!... estando ambos en esta agradable situacion huyendo los vaivenes de la multitud, los maderos que sostenian parte del tablado teatral sobrecargados enormemente crujen con estrépito, y abriendo un ancho boqueron húndese en él una buena parte de la concurrencia (1).

»¿Cómo pintar (continuaba el dominó) aquella escena viva é inesperada? Hágalo el filósofo espectador que mas feliz que los demas se encontró del otro lado del teatro, sin dignarse interrumpir su contradanza al mirar nuestro *mal paso*; en cuanto á mí, comprendido en la fatal desgracia, solo tuve serenidad para agarrarme de un clavo, donde permaneci un instante debilitando el impetu de la caída de mi dueño, la cual sin embargo se veri-

(1) Histórico.



ficó, sacando él por resultado una fuerte contusion, y yo un giron de vara y media. Pero la vergüenza de aquel, y el temor de ser reconocido, pudo mas que su dolor, y rebujándose en mí mas fuertemente que nunca, salió conducido por los mozos, sin osar destaparse hasta su casa, donde quedé prisionero en premio de mi servicio, como sucede de ordinario á los que tercian en las debilidades de los grandes señores.

»Doce meses justos yací escondido en un armario en compañía de otros trages y ropas, al cabo de los cuales cierta sobrina del señor, mi compañero de desgracia, me hubo de hallar, y compadecida de mi triste situacion, me compuso y arregló á su lindo cuerpo, tal que di por bien empleado mi anterior desman.

»Era por entonces el Carnaval de 1823, y todo Madrid estaba ocupado de las máscaras; el amo de la casa, aun con un resto de cojera, oía con horror las conversaciones, y hablaba á su sobrina de aquella funcion con una acrimonia que ella atribuía á la elevacion de su alma, y yo á la caída de su cuerpo. La muchacha, que rayaba en los diez y seis, y era resueltilla y despierta como la que mas, oía con cuidado todas las asechanzas que segun el tio se tienden á la virtud en tales funciones, y rabiaba en deseos de experimentarlas, tanto mas cuanto que no faltaba cierto alferez, primo suyo, que siempre la estaba convidando. Por último, ¿para qué cansar? las prohibiciones del tio, las invitaciones del sobrino, y mi vista mas que todo, fueron causas suficientes á despertar la curiosidad de esta niña, la cual,

cediendo á las instancias de su amante, cogióme silenciosamente cierta noche, y se fue al teatro fiada en mi defensa; mas ¡ay! que... (Aqui el manuscrito estaba borrado, sin duda por las lágrimas del dominó, y luego proseguia) ¡Muchachas, las que teneis primos amantes, ó amantes aunque no sean primos, no os dejeis conducir por ellos á las máscaras, y creed á un dominó experimentado...!

»Eran pasados cuatro años desde que saliendo de la casa de mis dueños por medio de una criada que se escapó conmigo, me hallaba arrinconado entre otros compañeros de desgracia en el desvan de un prendero de la calle del Prado, y ocupábame con ellos en la narracion de nuestras aventuras respectivas, cuando un nuevo Carnaval (1827) vino á procurarnos salida, si bien con mas precauciones que si fuéramos tabaco de la vuelta de abajo, ó moneda española acuñada en Gibraltar. Y era la razon cierta ley no sé cuantas de la Novísima, que hace trescientos años prohibió segun parece las máscaras y disfraces (1). Mas como los hombres,

(1) «Es la ley 7, lib. 8 del titulo *de los levantamientos y asonadas de gente armada*, promulgada á peticion de las Cortes de Valladolid de 1523; su época y su titulo abren su interpretacion. La autoridad pública era entonces insultada por gentes asociadas para malos fines, que usaban alguna vez de máscaras y disfraces para lograrlos mas de seguro. No se trató, pues, de prohibir los inocentes disfraces de personas reunidas para divertirse en lugares cerrados señalados por el magistrado público, y protegidos y velados por él, sino de que los enmascarados vagasen dia y noche por calles y plazas, cosa que podia provocar



siguiendo el ejemplo de nuestra primera madre, somos por desgracia tan inclinados á dar mas valor á las cosas prohibidas, de aqui nació la manía de enmascararse, en términos que á despecho de escribanos y corchetes inundábamos calles y salones.

»Entre las infinitas aventuras que me proporcionó la circunstancia de servir por mi cómoda hechura para damas y galanes, llamaré tu atención sobre una que me aconteció cierta noche de aquel año, en la cual salí alquilado por un joven que formaba parte de una comparsa mascaril. Figuraba en la misma cierta deidad á

«á delito, cubriendo sus autores.» (*Jovellanos, Memoria sobre las diversiones públicas.*)

Después de la opinión de tan respetable magistrado, solo se podrán traer en apoyo los hechos, los cuales demuestran que en los reinados posteriores al de los reyes católicos, en que se promulgó aquella ley, fueron permitidas y autorizadas las diversiones de máscaras, como lo acreditan las historias de aquellos tiempos, pudiéndose citar entre otras varias ocasiones las que se celebraron en Madrid en 1637 con motivo de haber sido elevado al imperio el rey de Bohemia y Hungría, cuñado de Felipe IV. Además, léanse las comedias de Calderon, Moreto y otros, donde se habla siempre de las máscaras como cosa corriente.

Posteriormente en 26 de enero de 1716 dió S. M. Felipe V una ley (que es la segunda, tit. 13 del lib. 12 de la Nov. Recop.) prohibiendo las máscaras bajo severas penas, la cual reprodujo y agravó en otra de 27 de febrero de 1745. Mas á pesar de todo fueron permitidas pocos años después, y puede verse sobre ello la *Instrucción para la concurrencia de los bailes de máscara dados en el teatro del Príncipe en el Carnaval de 1767*, que es un papel muy curioso por su minuciosidad. También han sido permitidas en otras ocasiones y reinados en la corte, y casi constantemente en Barcelona y otras ciudades principales del reino.

cuya mano aspiraba el mancebo, y lleno de amor y rendimiento al salir de la tertulia, incorporado con los demás para dirigirse á la casa del baile, ibase á precipitar á ofrecer su brazo á la niña, cuando la mamá (que ya empezaba á ejercer los rigores de suegra) le llamó para sostenerla, entre tanto que otro galán mas dichoso ocupó el lado de la amada.

»Rabiando iba mi pobre mozo con tan desdichada ocurrencia, lo cual conocia yo por sus contorsiones y movimientos mal reprimidos; y agobiado ademas por el medio siglo que pesaba sobre su diestro brazo, dejábase arrastrar lentamente, haciendo mas y mas sensible la distancia que la ligera pareja delantera les llevaba. Y ya iban á enfilear la calle angosta de Peligros, cuando el linternon de una ronda, haciendo reflejar las lantejuelas del turbante de sultana que cubria las canas de la mamá, vino á destruir nuestros planes. Fuimos, pues, descubiertos y detenidos con todas las parejas que venian detras, en tanto que los dichosos delanteros llegaban sin novedad á la sazón á la casa del baile.

»; Oh lector, si no eres duro pedernal, contempla y compadece la situacion de mi galán interior, viéndose conducir á la presencia judicial en compañía de una sultana vieja, un Henrique IV y una Raquel, Julio César y la Valiere, Marco Antonio y Cleopatra, Elisa y Claudio, y otras parejas mas ó menos dichosas! Pero sobre todo, lo que le sacaba de juicio era el sospechar que su abandonada Ariadna podria consolarse de la pérdida de su Teseo con el Baco que delante tenia, y es-



te pensamiento no le abandonó en el menguado recinto adonde tuvo que pasar la noche. En cuanto á mi y los demas trages, como cuerpos del delito, corrimos unidos bajo una cuerda al proceso que se formó, y sacados en consecuencia á pública subasta, quedamos entregados al mejor postor, que lo fue por cierto otro prendero de la calle de Atocha.

» Varias y muy graves aventuras podria seguirte refiriendo de aquel tiempo en que fui contrabando; pero como todo debe tener sus limites, mi narracion tambien, y asi solo me permitirás que te hable del último lance que me ocurrió en la última salida verificada una de estas noches.

» Fue, pues, el caso que cierto marido joven, prèvia la venia conyugal para ir á las máscaras, vino á alquilarme á poco de haberse llevado una dama á otro compañero mio que estaba á mi lado. Llegados al baile, divisé entre muchos á este compañero, y obligando á nuestros dueños á llegar á hablarse (sin duda por la simpatía del traje) tuvimos ocasion de entablar tambien nuestra conversacion escuderil, y al comunicarnos las señas de la casa de donde habiamos salido, no pudimos menos de reirnos á duo. Entre tanto nuestros dueños habian comenzado una plática amorosa que nos tenia edificados, y ya la niña iba manifestando su corazon de algodón cardado, que no de agudo pedernal, cuando yo por un efecto de mi prevision, y descoso de servirla de despertador, dejé caer mi capuchon y descubrí la cabeza del marido (que tal era el que me lle-

vaba), con lo cual la discretísima criatura pudo conducir su conversacion en términos no tan solo de evitar un compromiso, sino tambien de quedar bien puesta para regañar despues al esposo, que se convenció mas que nunca del amor de su consorte...!»—

—Aquí acababa el manuscrito del dominó, sin que yo tenga necesidad de decir que durante su lectura la interrumpí varias veces con mi risa; y lleno de contento por poder figurar en adelante en tan curiosa crónica, me apresuré á cubrirme con él y á trasladarme al baile; pero aquí quiero hacer un punto y coma á mi narracion, para tomar un ligero descanso antes de ofrecer á mis lectores un cuadro fantástico del tal baile.

—Figúrense, pues, allá en el interior de su mente, un gran salon capaz de quinientas personas, ocupado por mil, que con sus anchos disfraces y exagerado movimiento habian menester el espacio correspondiente á mil y quinientas; fórmense una temperatura á treinta y seis sobre cero, ocasionada por el inmenso número de luces y de concurrentes; añadan á esto para el sentido del olfato, la mucha confusion de buenas y malas exhalaciones naturales y artificiales; diviertan la vista con el deslumbrante reflejo de aderezos y bordados, gorras y turbantes, mantos y capacetes; amenicen el tímpano con el tiple continuo de las voces disfrazadas, y con los rotundos compases de una *galope* infernal ejecutada por dos docenas de músicos, y obligada de pandereta y látigo; encomienden al tacto la violenta ondulacion que por un principio físico obliga á la mitad de la concurrencia á



marchar impelida por la otra mitad; y satisfagan por último el gusto con una perdiz petrificada y solicitada en pie por espacio de tres horas en la sala *de descanso*. Con todos estos antecedentes podrán formarse una idea en miniatura de los goces que un baile semejante proporciona á los sentidos. ¡Felices los que pillando una silla podrian entregar á ella sus fatigados miembros! Mas ¿cómo lograrla? Las desdichadas mamas y las parejas dichosas las habian tomado por asalto al principio de la noche para no desocuparlas hasta el amanecer. Envuelto en mi amigo dominó, y apoyado en el quicio de una puerta de paso, hallábame contemplando aquel animado espectáculo con la comodidad que dejo pensar; mas si mis sentidos se daban por quejosos, menos satisfecho aun quedé del lado del espíritu, pues apuntando cuidadosamente en mi memoria todos los dichos, preguntas, respuestas, réplicas y argumentos que escuché, me convencian de una de dos cosas, ó que era falso el dicho de que «es menester tener muy poco talento para no tenerlo con la careta,» ó que yo tenia orejas de Midas.

Luego me ocupé en seguir las intrigas juveniles, sorprender combinaciones y armar peripecias, con lo cual mi dominó azul llegó á infundir tal pavora en aquel género volátil, que á mi llegada huian en grupos cual bandada de palomas á la vista del milano. Quién me tomaba por un marido celoso, quién por un amante desdeñado; cuál me daba satisfacciones; cuál me pedia cuenta de agravios; y como la circunstancia de conocer las intrigas

anteriores de mi dominó me ponía desde luego en el medio de las cuestiones, pasé alternativamente por amante, por padre y por marido de todas, y por último conviniéron en que era brujo, hasta que arrancándome por fuerza la careta se encontraron mas admiradas viendo que no me conocian, y yo sí á ellas.

¡Que no pueda yo presentar aqui de lleno el fruto de aquella noche de observacion y movimiento! mas no me es lícito por tres causas: la primera porque ofrecí á mis amables descubridoras que no las descubriría: la segunda porque de hacerlo corría peligro de estar hablando de máscaras hasta el miércoles de ceniza; y la tercera y principal, por no tener permiso de mi dominó para continuar la narracion de sus aventuras, por aquella sabia regla de que «la historia no se ha de escribir al tiempo que se verifica.»

(Febrero de 1833.)



## LA COMPRA DE LA CASA.

"No todo lo que es brillante,  
riqueza al avaro ofrece:  
oro la alquimia parece,  
vidrio hay que imita al diamante."

*Tirso de Molina.*

Nada hay tan lisonjero para un honrado almacenista de esta villa, como la idea de invertir en una casita propia el resultado de sus cálculos y combinaciones sobre el queso de Rochefort y los barriles de Málaga. Mientras estos solo le produjeron el ahorro de un millar de pesos, limitó sus proyectos á enriquecer su almacen y dar mayor ensanche á sus negociaciones: lisonjeado por el éxito de estas, alquiló una espaciosa tienda, y la embelleció con cristales y columnas, al paso que abandonó la antigua manía de tener siempre el mejor género: los hombres son niños grandes, y pagan mas caro lo brillante que lo bueno.

ideas adquisidoras : la sola consideracion de poseer una casa en la calle en que habia nacido, bastaria á decidirle, si las seguridades de su arquitecto, las invitaciones del escribano, y los respetuosos homenajes de los inquilinos, que desde el primer dia le saludaron como á su casero, no hubieran añadido á sus deseos una fuerza irresistible.

La casa se vendia en virtud de mandamiento judicial y para pago de acreedores, los cuales en vano habian esperado postores que hiciesen subir su valor : si hubiera estado situada en la calle de Carretas, de Alcalá, ó cosa tal, millares de comerciantes ricos, americanos emigrados, ó compañías revendedoras, se hubieran apresurado á doblar su tasacion; pero como era en la calle de la Palma alta, todos la desdeñaban, y solamente nuestro tendero tenia empeño en poseerla.

No dejó de conocerlo el escribano, el cual lo transmitió á los acreedores, manifestándoles el único medio de sacar partido del entusiasmo de nuestro comprador; y con efecto, llegado el dia de la subasta, verificada en el piso bajo de las Casas Consistoriales ante la presencia judicial, el honrado tendero, que creia hallarse solo, vió con sorpresa un banco entero de oposicion, cuyos individuos se empeñaban en pujarle siempre *mil reales mas*; y en los intermedios de los pregones hablaban entre si ponderando las cualidades de la tal casa, y manifestando su empeño en llevarla; pero mi tendero, rascándose la frente y tentándose el garguero, pujaba mas, y ya la mayor parte de aquellos se iban retirando fingiendo sen-



timiento por la derrota ; solo quedaba uno mas obstinado que todos, el cual ; fijo en sus mil reales mas, hizo desconfiar al pujante tendero de vencerle, y por fin, con harto sentimiento, se determinó á cederla; pero no bien habian salido de la subasta, cuando llamándole el nuevo dueño de la finca, le hizo presente que él habia hecho la puja por encargo, pero que si tenia fuertes deseos de la casa, estaba resuelto á cedérsela aunque hubiera que dar algunos *guantes* á su principal, pues no podia ver padecer al prójimo: el buen hombre, que oyó que por un par de guantes tendria la casa, al momento iba á darle los suyos (que eran por cierto de punto de estambre azul con ribetes blancos); pero el otro le hizo ver lo que él llamaba guantes, y no hubo mas remedio que transigir con él en media docena de medallas de pelucon.

Despues de este vinieron los gastos de escritura, alcabala, hipotecas, arquitecto consultor, reconocimiento de títulos, &c. &c., lo cual iba haciéndose sentir terriblemente en el archivo numismático del tendero. Pero todo lo dió por bien empleado cuando con toda la solemnidad legal se vió investido con la autoridad de propietario, dándosele á reconocer á los inquilinos como *único dueño de la finca, á quien debian acudir con el pago de sus alquileres*; y en seguida *abrió y cerró puertas, y paseó las habitaciones, echando fuera las gentes que dentro estaban, y haciendo otros actos de dominio no turbado ni contradicho*, con lo cual se le dió la posesion en forma.

Al siguiente dia abrió su tribunal en la trastienda de

su almacén para oír y juzgar las reclamaciones de los inquilinos, las cuales estaban reducidas á pedir rebajas en los precios y varias obras de comodidad: sin embargo, el tendero por un sistema de compensación tuvo por más prudente desestimar las obras, y solo proveer la subida de precios con arreglo al presupuesto de productos que él se había formado al comprar la casa. En vano los inquilinos intentaron reclamar aquella violación de su derecho: la autoridad de un dueño nuevo es terrible, y nada pudieron lograr; pero deseosos de vengarse del todo fueron tomando la determinación de dejar la casa, quedando á deber dos, tres ó más meses de alquiler, con lo cual tuvo el propietario que entablar tantas demandas como inquilinos eran; y luego otras tantas como plazos les señalaron para pagar, con cuyos gastos vino á duplicar el importe de las deudas. Por otro lado, los vecinos parecidos por aquellos barrios de Monserrate y el Hospicio, desacreditaron la casa *vieja* y el casero *nuevo*, en términos que en vano éste había gastado ya cinco cuadernillos de papel para poner las señas del alquiler, y diez pesetas en anuncios de Diario, porque nadie parecía á pretenderla, con lo cual su autoridad dominal venía á quedar puramente nominal.

Nada de esto sabía bien el nuevo propietario, tanto más cuanto que el pago de la contribución de frutos civiles, regalía de aposento, farol y sereno, censos y demás cargas, eran invariables, ya estuviese alquilada, ya no; y por otro lado los actuales inquilinos (que eran los ratones), además de habitarla gratis, minaban los ci-



mientos y destruían el edificio; así que, convencido por estas circunstancias, por el ejemplo general de refundición, por las invitaciones de su esposa, y mas que todo por los cálculos moderadísimos de su arquitecto, determinó reformar su casa dándole el aspecto de la novedad y de la frescura.

Dicho y hecho; plan de tintas de colores, licencia, cálculo de ganancia, presupuesto de gastos, todo se formó en un instante, y la obra empezó bajo la dirección del consabido. Abajo el tejado, piso tercero, cuarto, guardillas... Pero ¡qué desdicha! á los primeros golpes húndese una viga y el pavimento del segundo se desploma detras: el principal como si hubiese aguardado esta señal, verifica la misma operacion.—Pues señor, ya nos encontramos en la tienda sin necesidad de bajar escaleras: ¿qué se hará, que no se hará? y estando en esto, los cimientos flaquean, la fachada se inclina, y por mucha prisa que los obreros se daban para alijerar, una nube de polvo deshaciéndose en las nubes, dejó ver al segundo día el ancho boqueron en que *fue la casa*, cubierto de vigas y de cascotes.

Ya tenemos á mi señor de obra en el caso de edificar una casa de nueva planta, cuando solo pensaba en reformar la antigua, para lo cual contaba con los fondos suficientes. Estos quedaron consumidos en sacar los nuevos cimientos; en vano acudió á la enagenacion de efectos y alhajas; todo ello bastó para elevar el primer piso: empuñado en su empresa, recurre á los prestamistas, los cuales le adelantan lo suficiente para edificar el segundo,

bajo la garantía ó hipoteca del principal; por último una comunidad de monjas se le opone á la elevacion del tercero por sobreponerse á las paredes de su huerta. No le queda mas arbitrio al nuevo propietario que subdividir en muchas habitaciones los dos mil pies de terreno que posee, y siguiendo la regla del sastre de las monteras, asigna á cada una lo estrictamente necesario para poder vivir inquilinos *Liliputienses*, si bien gastando en puertas y ventanas mas de un año del alquiler.

Pero concluida que fue la casa, y colocada en el caballete del tejado la cruz de siete brazos y siete banderas, empezó á disfrutar los placeres consiguientes á la calidad de dueño que tanto habia deseado.

Entonces observó la puntualidad y buenos modos de los vecinos para pagarle su alquiler; la tolerancia de las contribuciones; las multas improvisadas; la sencillez y la moderacion de las cuentas de albañiles y vidrieros carpinteros y soladores; la entretenida historia de las demandas de despojo; las divertidas comparecencias judiciales; los términos *por equidad*; los mandamientos *de amparo*, y tantos otros incidentes como dan grata ocupacion á los caseros y campo al ingenio de los inquilinos de Madrid.

Mas lo peor del caso fue que la señora tendera y las niñas luego que se vieron con casa propia dijeron con resolucion: «*No mas mostrador*;» y fue tal su energia, que consiguieron determinar al amo de casa á trasladarse á vivir al cuarto principal de la propia. Con todas estas bajas, los empeños contraidos lejos de disminuirse fueron



en aumento con los intereses anuales, en términos que, á vuelta de algunos años, el hipotecario, observando que su crédito ascendia ya al valor de toda la finca, la reclamó judicialmente y le fue adjudicada.

De esta manera desapareció el tesoro del almacenista, cual precioso monumento estraído sin precaucion de las ruinas de Herculano, que se deshace y evapora á la sola impresion del aire.

(Marzo de 1833.)

## LOS PALETOS EN MADRID.

---

«Juan Labrador, ¿qué os parecen los músicos?» — «Que son diestros; pero mejor me parecen de mi exido los gilgueros.»

*Matos.*

**E**l aire de corte es semejante al tufo en una pieza cerrada, que solo le perciben los que vienen de fuera. Esta fria atencion, estos estudiados modales, estas palabras vagas, este cortés egoismo que llamamos *buen tono* y bien parecer, desconciertan sobremanera á los forasteros, y hacen formar distinto concepto de nosotros á aquellos mismos que si nos vieron fuera de Madrid quedaron prendados de nuestra amabilidad y cortesía. ¿Y por qué esta diferencia? Porque en la corte la fantasma del poder nos persigue constantemente, obligándonos á estu-



diar y medir nuestras palabras y acciones; congójanos con el temor de aparecer hombres vulgares; llena nuestras mentes de proyectos quiméricos y de esperanzas ambiciosas; y adormeciéndonos con ellas, nos hace desdeñar los sólidos caminos de la fortuna por seguir los engañosos atajos del favor.

Sea, pues, ejemplo de estas verdades la familia de *don Teodoro Sobrepuja*. Este caballero, á quien sus importantes empleos y comisiones delicadas habian ocasionado una enfermedad de pecho que le redujo en poco tiempo á un estado lastimoso, viéndose precisado á buscar en los aires nativos el recobro de su salud, pasó á la villa de Olmedo, llevando consigo á sus dos hijos Carlos y Luisita, joven aquel de diez y ocho, y ésta de catorce años de edad.

La amabilidad de don Teodoro y de sus hijos y las muchas relaciones de familia que tenia en el pueblo, les sirvieron en términos que muy luego fueron el objeto de las atenciones y obsequios generales; pero mas particularmente de parte de la familia de *Patricio Mirabajo*, el mas rico hacendado de aquellos contornos, compañero de infancia de don Teodoro, y cuya amistad llegó al estremo, que no contento con prodigarle toda clase de atenciones, no paró hasta llevársele á vivir á su casa á fin de atender con mas cuidado al restablecimiento de su salud. La muger de Patricio, *Aldonza Cantueso*, muger de un escelente fondo, aunque rústica sobremanera, y sus dos hijos Braulio y Feliciano, contribuyeron por su parte á hacer grata á los forasteros la estancia del lugar,

de modo que, dilatándose esta mas de año y medio, recobró don Teodoro, no tan solo su perdida salud, sino aquel apacible sosiego del espíritu que huye de las ciudades, y solo se encuentra bajo los techos de la aldea.

Los jóvenes por su parte, cuya tierna edad era la mas á propósito para recibir las primeras impresiones del amor, no pusieron cuidado en resistirlas; antes bien dejaron crecer á la vista de sus mismos padres una pasión inocente que estos se complacieron en fortificar, disponiendo en consecuencia los matrimonios de Carlos con Feliciano, y de Luisita con Braulio; pero como todavía eran tan jóvenes, señalaron el plazo para de allí á tres años, que deberian reunirse en Madrid; y consolados con esta esperanza, aunque penetrados de sentimiento, regresaron don Teodoro y sus hijos á la capital.

Facil es de concebir la firmeza que resolucion semejante podria mantener en el pecho de un hombre en quien la ausencia de la corte no habia hecho mas que adormecer las ideas de orgullo y de elevacion; como tambien los vaivenes que durante tres años sufririan los corazones de nuestros jóvenes en aquella peligrosa edad, y rodeados de los atractivos y seducciones cortesanas. Con efecto, el recuerdo de sus amores se debilitaba de dia en dia; pesabales ya el momento de escribir á sus amantes, y en el interior de sus corazones temian ver llegar el plazo de la entrevista. Don Teodoro por su parte, ocupado en sus ascensos y engrandecimiento, apenas recordaba ya su compromiso, euando una mañana la ronca voz de la señora Aldonza vino á sacar á todos de su distraccion, y



vieron con asombro á aquella y sus dos hijos, que entraban por la sala con la algazara y contento propias de personas sencillas y satisfechas.

Tan inesperada invasion no pudo menos de sorprender á don Teodoro y su familia; pero sobreponiéndose luego al primer movimiento de estrañeza, recordó aquel los inmensos favores que debia á sus huéspedes, y haciendo una violencia á su fisonomia y á su lengua, procuró recibirles con muestras de regocijo. Las parejas juveniles, observándose con desconfianza y curiosidad, tardaron aun largo rato en manifestarse; pero un resto del fuego de su antiguo amor, encendido á la vista de aquellas facciones, en otro tiempo adoradas, les obligó por entonces á hacer abstraccion de trages y modales, y solo mirar el objeto de sus primeros amores, con lo cual pudieron entregarse á las demostraciones de su contento; demostraciones que se prolongaron todo aquel dia.

A la mañana siguiente fue preciso condescender con el deseo de los huéspedes de dar una vuelta por calles y paseos, con lo cual empezaron estos muy de mañana á destapar cofres y maletas, y sacar de ellos los trages de *dia del Corpus* para presentarse en Madrid con el decoro conveniente. Pero el elegantísimo Carlitos, á quien toda la noche habia traído desvelado la consideracion de lo mucho que iba á padecer su vanidad, no perdía de vista aquella operacion: asustado con los tales preparativos corrió al cuarto de su hermanita, y arrojándose en una silla,—¡Ay Luisita mia, exclamaba, tristes de nosotros acompañando á los lugareños! ¡si vieras qué

vestidos, qué telas, qué peinados ! sin duda que vamos á ser la burla de todo el Prado. ¿Qué dirán tus amiguitas las de *Yerba-vana*, que tan sublime concepto tienen formado de mi elegancia, viéndome hacer el amor á una paleta con el talle bajo el brazo, mantilla hueca y recogida á la garganta, bucles cortitos y peineta de á terciá, zapatos de tabinete y guantes de color de rosa? Y tú por tu parte, ¿cómo has de sufrir la risa del alférez de la Guardia, mirándote acompañar por un frac del año 12, sombrero ancho de copa, pantalon de punto ajustado, y botas de campana á la bombé?

—Sin duda, Carlitos (esclamaba Luisita sollozando), sin duda que haremos con ellos un buen contraste, tú con tu levita *de fantasia*, y yo con mi *cachemir ternó*.

—Y papá, ¿qué papel va á hacer con sus dos veneras, acompañando á la señora Aldonza de vestido de estameña y moño de calabaza?

—¡ Oh ! eso es insufrible, y yo voy á fingirme mala.

—Y yo tambien, decia Carlitos ; pero al llegar aqui abren con estrépito la mampara, y se adelanta el triunvirato olmedino, ofreciendo el anacronismo mas disonante en aquel primoroso *tocador-Psiché*.

Sin embargo, los jóvenes cortesanos disimularon su extrañeza ; pero no asi los paletos, los cuales rieron á carcajadas al mirar el ajustado talle de Carlos y el elegante prendido de Luisita, mortificando á estos con sus preguntas y algazara, no menos que al padre, que se presentó despues ; pero no hubo mas remedio que hacerse una fuerte violencia, y acompañarlos á paseo.



Pongo en consideracion de mis lectores la estravagante caricatura que ofrecerian las tres parejas, asi como tambien de jo considerar el efecto que en los recién venidos produciria la vista de tantos objetos estraños. Este á la verdad era singular é incomprensible; v. g., pasaron sin hacer alto por delante del hermoso edificio de la Aduana, y les llenó de admiracion la fuente de la Puerta del Sol: vieron sin entusiasmo el salon del Prado, y en las fuentes de Cibeles, Apolo y Neptuno, lo que mas les admiraba era la anchura del pilon. Cada coche que pasaba era para ellos un suceso: las mugeres, madre é hija, agarraban á sus parejas respectivas, temiendo que las atropellasen, aunque fuesen á treinta varas de distancia, y el mancebo se quitaba cortesmente el sombrero, creyendo que los que iban dentro eran personas reales. A cada lugareño que pasaba iban á hablarle, tomándole por paisano suyo, y la vista de cada elegante les producía risas convulsivas y dichos nada corteses. Su marcha en la confusion del Prado era oblicua y desigual; quejábanse de las apreturas; distraíanse mirando atentamente á las caras de los paseantes; dejaban caer el abanico, los guantes, el pañuelo, y á cada objeto que les chocaba llamaban la atencion de los demas señalándole con el dedo. Mas en fin, cansados á la segunda vuelta, quisieron sentarse, no sin gráve alivio de los acompañantes, que vieron disimulada por un momento su enfadosa publicidad.

De vuelta de paseo manifestaron deseos de beber, y don Teodoro, venciendo su repugnancia, les hizo en-

trar en un café, donde pidieron limon y leche, y luego chocolate con bollos; y habiendo querido obsequiar Carlitos á Feliciano con un queso helado, esta pidió al mozo un cuchillo para partirle.

Pasaron despues al teatro á ocupar un palco, tomado de antemano: allí se echaron de brazos en la barandilla, y dejaron caer un anteojo perpendicular encima de la cabeza de un alguacil, con lo que llamaron la atencion de toda la concurrencia, no sin grave bochorno de los dos jóvenes madrileños, que se escondian lo mejor posible.

La desgracia hizo que aquella noche acertasen á hacer la ópera de *L' ultimo giorno di Pompei*, y si bien al principio la vista de las decoraciones y el ruido de la música y de los coros los tenia agradablemente entretenidos, no tardaron en empezar á bostezar, y al caer el telon al final del primer acto cayeron tambien sus párpados, permaneciendo en tan envidiable estado, hasta que la erupcion del Vesubio, al concluirse la ópera, les hizo despertar asombrados, y figurándosela verdadera corrieron á la puerta, temiendo ser victimas de aquella catástrofe.

Seria nunca acabar el ir refiriendo una por una las escenas grotescas que ofrecia la naturalidad de nuestros paletos, contrapuesta á la afectacion de los cortesanos; por mi parte tuve motivo de ser testigo de algunas de ellas, por haberles acompañado, en calidad de amigo de la casa, á ver las curiosidades de Madrid, y preguntándoles despues ¿qué era lo que mas les habia gustado de



ellas? me respondieron que en el Palacio la pieza de porcelana; en el Museo el cuadro del hambre de Madrid; la bajilla de plata en el Casino; la campana china en el Gabinete de Historia natural; en el Retiro el ídolo egipcio de la fuente del estanque, y en la Armería el espejo para curar la ictericia. En punto á paseos dieron la preferencia á la Ronda, y de funciones teatrales ninguna les agradó como la *Pata de Cabra*; lo demas todo lo hallaron mediano, y de ningun modo preferible á las bellezas de Olmedo.

No hay necesidad de decir que la ilusion de nuestros jóvenes madrileños habia ido desapareciendo á medida que observaban estas cosas; pero dudosos sobre su futura suerte, y aun confiados en que la permanencia en la corte obligaria á los otros á mudar de inclinaciones, formaron empeño en inspirarles otras ideas; inútil intento: la sencillez de las naturales venia á descomponer todos sus planes. En vano los sastres y modistas acomodaron á sus cuerpos todos los caprichos de los figurines parisinos: la cabeza erguida, y los brazos caidos, dábanles el aspecto de un manequí sin animacion: en vano les enseñaban á pronunciar bien las palabras: su lengua no sujeta, les hacia traicion á cada momentó.

Por último, un dia en que todos manifestaban su mútuo descontento por lo inútil de estas lecciones, saltó la señora Aldonza, y dando rienda suelta á su mal reprimido disgusto: — «No os canseis, chicos (les dijo), que pa golver en ca e vuestro padre Patricio Mirabajo con los mismos pecaos que trujisteis, eso me da que igais

aches como que igais erres, y Dios en mis adrentos, que lo demas son sotilezas: con que no hay sino dejallo y no andarme con aqui te la puse, que lo mejor solo Dios lo sabe, y como esas cosas podria yo contarles á los de Madrid cacaso no entienden... ¡No sino urguenme un tantico, y verán como todos tenemos nuestro aquel...! Y dígolo porque yastoy cansáa de tanto pedricarles de la pulitica, y dale con las cortisias, y torna con los filis, que asi Dios me perdone como parecen saltarines de los cantaño bajaron á mi pueblo. ¿Sus parece chicos (añadió encarándose con los madrileños), que los mis mochachos pa casarse nesecitan deprender toas esas estilaciones de la corte? Pues náa meos queso; porque ellos mientras Dios dé vida y salú á Aldonza Cantueso y Patricio Mirabajo, no han de apartarse dellos, agora se casen, agora no, que pa eso les himos parío y criaio á nuestros pechos, pa que tengan cuidiao de mosotros desque lleguemos á viejos, y si lo contrario hicieren, para esta (y besó la cruz) que no habian de llevar un chavo, casi es nuestra última y pestrimera veluntá. Y esto mismo cuento de icirle á vuestro padre, y que ó herrar ó quitar el banco, y vosotros ya sabeis el camino de Olmedo, con que alli aguardamos la rempuesta.»—

Corridos y confusos quedaron los dos jóvenes con aquella inesperada *proclama*, y luego que quedaron solos empezaron á reflexionar sobre su suerte; vieron cuán ilusorios eran sus proyectos de enseñar á sus amantes el aire de corte, cuando ellós mismos se verian precisados á olvidarle si habian de casarse y vivir en Olmedo: pre-



guntáronse mutuamente sobre el estado de sus corazones, y hallaron que no quedaba en ellos una chispa del amor primero; observaron la tibieza de su padre en recordarles el empeño contraído; y por último, llamaron en su auxilio las gracias de la señorita de Yerba-vana y del alfez de la Guardia, que acertaron á entrar en aquel momento. Don Teodoro por su parte, acalorado por las reconvenciones de Aldonza, no tuvo reparo en anular el contrato, y los jóvenes renunciaron con gusto á una renta de diez mil ducados por no verse precisados á salir de Madrid, así como los aldeanos resolvieron olvidar un amor que les ponía en peligro de tener que alejarse de Olmedo.

(Marzo de 1832.)

## LA FILARMONÍA.

«La dulzura de la música es el único  
hechizo permitido que hay en el mundo.»

*Feijóo.*

«La música compone los ánimos descompues-  
tos, y alivia los trabajos que nacen del espíritu.»

*Cervantes.*

**E**l entusiasmo melomano producido á principios de este siglo por la fecunda lira del Cisne de Pésaro, halagaba las imaginaciones europeas, harto fatigadas por las combinaciones de la política y los desastres de la guerra. Las artes encantadoras, que solo crecen á la sombra de la paz, tornaban á ejercer su influencia en los corazones generosos, y el privilegiado *Rossini*, aun no bien salido de la infancia, acababa de fijar la atención general presentando en la escena Veneciana en el Carnaval de 1813 su famoso *Tancredi*. A los acentos del nuevo Orfeo respondieron todos los corazones: «desde el dux hasta el



último gondolero repetían involuntariamente su armonía, y las orillas del Adriático resonaban á todas horas «*mi rivedrai, ti rivedró.*» «Ni paró aquí (añadian los periódicos de aquella época) el triunfo del compositor bolognés: en menos de un año su magnífica produccion dió la vuelta á Europa; sus cantos se hicieron populares, y admirados en todas partes, así se oían en la capilla Sixtina como en las revistas de Hide-park, en los conciertos de Petersburgo como en los bailes de Paris.»

Desde entonces los teatros líricos de Europa quedaron como avasallados al sublime genio que incesantemente les alimentaba con nuevas producciones, llenas de riqueza y de armonía; y si bien el nuestro, aun no restablecido de los efectos de una guerra devastadora, no pudo ofrecernos tan pronto una produccion del compositor del día, no por eso su música era desconocida en esta capital, en cuyos salones resonaba con el merecido aplauso.

El ajuste de las señoras *Moreno* y de otros artistas españoles para los teatros de Madrid, vino á ofrecer la posibilidad del espectáculo lírico, y aun de la ópera Rossiniana, siendo *La Italiana en Argel* la primera de estas que oyó el público madrileño en la noche del domingo 29 de setiembre de 1816 con motivo del augusto enlace de nuestro soberano con la reina doña Maria Isabel. El entusiasmo inesplicable que aquella brillante produccion causó en esta capital fue un anuncio de los gratos momentos que el público matritense podía esperar del autor del Barbero de Sevilla; mas por entonces

hubo de contentarse con algunas óperas de otros maestros, porque la escasez de la compañía lírica no permitía funciones de gran desempeño. Esta misma razón sin duda, fue la que motivó que la señora *Lorenza Correa*, que acababa de contribuir en los teatros extranjeros á la gloria de Rossini, no se determinase á dar en Madrid ninguna de sus óperas, contentándose con hacernos conocer el *Di tanti palpiti*, y *Una voce poco fú*, que colocó en las óperas tituladas *Los pretendientes* y *No se compra amor con oro*.

Sin embargo de la escasez del espectáculo, no fue perdido para un público naturalmente filarmónico, y á medida que aquel iba adquiriendo vigor, veíase desterrar entre los aficionados el estilo monótono y amanerado de la antigua escuela, para dar lugar al sentimiento y vida de la nueva. La afición del público iba creciendo al compas que sus conocimientos, y era menester complacerle si se quería dar calor á aquel movimiento. La empresa teatral de 1821 hubo de pensar sin duda de este modo, decidiéndose á volver á presentar á los madrileños el espectáculo de la ópera italiana, de que aun conservaban reminiscencia, aunque remota. Para ello contrató una compañía, compuesta de profesores distinguidos tales como *Mari, Capitani, Vaccani &c.*, y á esta fue á quien debió Madrid el conocimiento de las obras mas escogidas de Rossini y demas célebres compositores modernos, cuyas bellezas acabaron de fijar su natural predileccion por la música, y le fueron un manantial de placeres. Muchos años pasarán sin que olvide el delirio que



le infundia *Tancredo* en la peregrina voz de la señora *Adelaida Sala*, ó *Garcia de Paredes* en el *Barbero de Sevilla*.

Siguió así la ópera, mas ó menos boyante, hasta que en 1825 se ajustó la compañía de *Montresor*, desde cuya época no fue una afición la del público, sino un furor filarmónico. El mérito de los cantantes, la nueva pompa con que se adornó el espectáculo, lo escogido de las funciones que se presentaron, fueron cosas de trastornar todas las cabezas, y llegó á tal punto el entusiasmo, que no solamente se les imitaba en el canto, sino en gestos y modales; se vestía á la *Montresor*, se peinaba á la *Cortessi*, y las mugeres varoniles á la *Fabrica* causaron furor todo aquel año. Tan poderoso es el prestigio de la novedad, y tan dominantes los preceptos de la moda.

La exigencia del público, creciendo desproporcionadamente, no se contentaba ya con artistas medianos. Fue preciso presentarle los de primer orden, y las célebres *Corri*, *Césari*, *Albini*, *Lorenzani*, *Tossi* y *Merie Lande*, y los señores *Maggioroti*, *Piermarini*, *Galli*, *Inchindi*, *Passini* y *Trezzini*, con tantos otros como siempre ascendiendo hemos visto despues, han necesitado toda la estension de sus talentos, y la perfecta ejecucion de las obras mas clásicas de *Rossini*, *Pacini*, *Meyerbeer*, *Mercadante*, *Morlachi*, *Carnicer*, *Donizzeti* y *Bellini* para sostener la afición del público, y escitar su entusiasmo, hasta el punto que al concluirse el año cómico de 1831 con la despedida de la señora *Adelaida Tossi*, faltó poco para que los partidos encontrados de *Tossis-*

tas y *Lalandistas* consiguiesen sembrar una eterna discordia en nuestra sociedad madrileña.

Tan imposible era ya hacer subir de punto aquella exageracion que necesariamente tenia que empezar á declinar, y asi es que en el año último puede decirse que ha entrado la ópera en el período de su decadencia, de que solo han podido retraerla algunos instantes los extraordinarios recursos artisticos de la señora *Meric Lalande*. En vano los entusiastas ó intolerantes esclaman que los artistas no son nuevos, y las óperas no bien escogidas: en vano buscan á su tibieza causas interiores; el mal está en su imaginacion. Satisfecha esta con el continuado alimento musical, y pasado tambien el influjo de la moda, ha llegado á mirar con indiferencia lo mismo que en otro tiempo la entusiasmaba; y por otro lado despues de escuchar *Semiramide*, *Mosé*, *L'ultimo giorno di Pompei*, *il Crociatto*, *il Pirata* y *la Straniera*, ¿qué otras composiciones podrian buscarse para escitar su admiracion? Por esta sencilla razon seria de desear que la exigencia filarmónica hiciese un alto, para mecerse agradablemente, y sin un furor imposible de perpetuarse, en el ameno campo que le ofrecen la rica fantasia de los compositores y la extraordinaria habilidad de los cantantes del dia.

Esta dilatada educacion musical, unida á la particular disposicion de los órganos españoles para la ciencia de la armonía, han producido éntre nosotros tan notables aficionados, que pueden hacerse oír con placer aun despues de los célebres profesores que hemos visto en el



teatro. Reconocida generalmente la superioridad de la música italiana sobre la insulsa pesadez de los romances franceses que antes ocuparan nuestros salones de buen tono, vióse en ellos campear la verdadera escuela del canto, si bien modificada cada año á la manera del modelo que se ostentaba en las tablas; así que alternativamente hemos observado reproducidas con una admirable fidelidad la arrogante determinacion de la Albini, la tranquila correccion de la Lorenzani, la espresion romántica de la Tossi, y hasta la voz ahogada de Montresor, las prolongadas *floriture* de Vaccani, y la tal vez nasal entonacion de Galli.

Ocasion era esta (si yo pretendiera tener vinculada la risa de mis lectores) para trazar un cuadro, si bien fantástico, si bien exacto, de nuestros filarmónicos de salon, poniendo de manifiesto las intriguillas que parecen anejas al ejercicio del arte, los desentonos de la *armonia*, las disputas de los *acordes*, las encontradas vociferaciones de los *unisonos*, y las intenciones menguadas de algunos *virtuosos*.

¡Qué festivos matices no podrian suministrar á mi bosquejo las ronqueras improvisadas, las pérdidas de voz y las recuperaciones repentinas; los descuidos con cuidado en mas de un duo, con el piadoso fin de perder al compañero; las espresivas miradas y suspiros en otro; las gratas palabras de *cara immagine, mio dolce bene, tenero oggetto; bel' idol' mio; abbi pieta di mé*, tan dulcisimamente deslizadas de ciertos lábios como benévola-mente acogidas por ciertos oidos; las imprecaciones á un

las carretadas de bueyes cargadas de carbon; las interminables filas de mulas conductoras de paja; los inevitables serones de los panaderos ecuestres; los muchachos que venden candela y suelen arrimarla al que no la solicita; los que salen en tropel de las aulas, ó convierten la calle en público anfiteatro imitando la corrida de toros; los fogosos caballos de la brillante carretela que se dirige al Prado; la eterna pesadez de los simones; la silenciosa embestida de los bombés *facultativos*, y la vacilante direccion de los calesines. Todas estas y otras cosas que se me fueron ofreciendo á la vista en calles y peseos durante todo el dia, acabaron de completar mi disgusto.

Llegada la noche tomé puerto en el teatro, en el cual no tuve otro contratiempo sino unas cuantas gotas de aceite que perpendicularmente me cayeron de la araña; y al volver á mi casa á la luz de los faroles (que solo sirven para hacer visibles las tinieblas), iba buscando las calles mas acompañadas por hallarse ya cerradas todas las tiendas.

Mi desgracia iba como siempre delante de mí: cuando me hacia tropezar con una muralla provisional de cascotes apilados, procedentes de alguna obra, y colocados á tres cuartas de la pared, entre la cual dejaban un estrecho callejon apenas suficiente para el paso de una persona; cuando me lanzaba de pies en un montón de cal recién apagada; ora me enredaba en una fila de basuras colocadas en medio del arroyo con ocho horas de anticipacion al acto de recogerlas; ora me ponía delante ciertos avechuchos nocturnos, cuyo mal aspecto y repugnante



desvergüenza ofenden al pudor y la moral pública; por aquí me salía al paso una vacilante tertulia arrojada de una taberna; por allá oía aproximarse el ruidoso tren encargado de aquella parte mas sucia de la limpieza; huyendo de su olorífica influencia en el acto solemne de sonar las once, me acogia á la otra acera, á tiempo cabalmente de recibir el rocío con que una amable deidad alimentaba los tiestos de su balcon; por último, un sereno que venia detras, entonó á este tiempo su agudisima y prolongada cancion, en términos que por miedo de que volviese á repetirla le invité á acompañarme á mi casa, y fue lo único que hice bien en todo el día, pues al aparecer su farolillo á la entrada de cierta callejuela que teniamos que atravesar, vimos echar á correr dos hombres que sin duda no eran amigos de las luces.

Libre ya, en fin, de los pasados sustos, y procurando hacerme superior á las encontradas impresiones, reflexioné las inmensas mejoras que el aspecto de nuestra capital ha tenido en pocos años: reconocí que ellas son la causa de la exigencia actual sobre los inconvenientes que aun observamos, y cuyo remedio en un pueblo grande no es obra de un instante, y me dormí contento con la lisonjera perspectiva que el celo de las autoridades nos presenta, trabajando en hacerlos desaparecer de dia en dia.

(Marzo de 1833.)

## LA CASA Á LA ANTIGUA.

«Ne genez pas, je vous en donne avis  
tant vos enfans, ó vous, peres et meres,  
tant vos moitiés, vous epous et maris,  
c'est ou l'amour fait le mieux ses affaires.»

*La Fontaine.*

**M**uy distinto era el asunto que me proponia tratar en mi artículo de esta semana; pero al prepararme á ello hallé sobre mi bufete una carta que me hizo variar de idea. Firmábala *don Perpetuo Antañon*, sugeto para mi desconocido, aunque sus circunstancias me parecieron tan notables, que desde luego me propuse ponerlas en conocimiento de mis lectores. Cavilando largo rato sobre el modo de hacerlo con mayor efecto, no hay que decir que corté varias plumas, tracé algunas líneas, las borré luego, cambié muchas veces de papel, y me rasqué no po-



cas las orejas y la frente; pero todo en vano, pues nada de lo que escribia llenaba mis deseos; hasta que volviendo á leer la carta, me ocurrió la feliz idea de que en vano intentaria yo prestar á mi pintura aquel colorido fiel y sencillo que la da el pincel del propio interesado, y en su consecuencia nada podrian agradecerme tanto mis lectores como recibir de mis manos el mismo bosquejo original. Lo cual diciendo, tuve por bien salir de mis apuros sin otro trabajo que el de trasladar literalmente dicha carta, y héla aqui punto por coma.

«Señor curioso: usted es el mismísimo diablo cojuelo, y aun mas, pues sin el ingenioso espediente de alzar los tejados de Madrid ni hacernos volar por los aires, como aquel al licenciado don Cleofás, nos pone usted de manifiesto aquellas escenas que pasan de puertas adentro de nuestras casas, y cuya observacion se escapa á la mayor parte de los testigos. Esta pintura, desdeñada por el historiador, y exagerada en pro ú en contra por viageros y poetas satíricos, es tanto mas importante, cuanto que nos ofrece un espejo fiel en que mirar nuestras inclinaciones, nuestros placeres, y tambien nuestras virtudes, nuestros defectos y ridiculeces (pues desde luego convengo con usted en que los crímenes no entran en su benévola inspeccion), y puede ofrecernos mas modelos que seguir y mas escollos que evitar que la misma historia, por la misma razon de que hay mas Juanes ó Mengas que Titos y Dioclecianos, y que la mayor parte de los hechos y dichos de los varones célebres de Plutarco parecerian ridículos en un mercader de calle de Postas.

«Pero supuesta la necesidad de esta moral linterna mágica, y supuesta tambien la dificultad de iluminarla de modo que todos la veamos, no puede menos de asaltarme la idea de que usted tenga á sus órdenes algun espíritu foletto para comunicarle los sucesos con la verdad con que los describe, como si á un mismo tiempo fuera jóven, viejo, elegante, pelucon, padre, amante, galan, cortejo ú pretendiente. Esta consideracion, que me ha ocupado tres noches de desvelo, me ha hecho temer que el dicho malandrín al comunicarle la noticia de mi desman, la tuerza y desfigure tal vez en menos pro de mi buena fama, y por si así sucediere, quiero yo mismo ser fiel coronista de ella y describirsela á usted, á fin de que despues haga el uso que crea conveniente.

«Para mayor inteligencia de mi discurso, empezaré por decir á usted que aqui donde nõ me ve, soy un antiguo comerciante, que habiendo debido á la divina Providencia y á cuarenta años de trabajo un capital respetable, fruto no de quiebras fraudulentas ni especulaciones ilícitas, sino de una honradez y buena fe nunca desmentidas, resolví habrá cinco años retirarme de los negocios, y vivir tranquilo en mi casa con aquella uniformidad y dulzura á que me inclinaba ya el conocimiento del mundo.

«No le negaré á usted que la causa principal de mi retiro fue sin duda la continuada reflexion sobre los vicios que la miseria parece haber puesto á la moda; observé la mala fe de los diestros estafadores; ví la hipocresia de los falsos amigos; adiviné el interés de los bajos



aduladores; y conocí, en fin, la delicada posicion de un hombre de bien en medio de las asechanzas que le rodean; y sea esta conviccion, ó mi natural deseo del descanso, ello fue que desde entonces me cerré herméticamente en mi casa, con la sola compañía de mi esposa, una hija niña y dos antiguos criados de conciencia esperimentada.

»Confesaré á usted que el edificio que ocupo en un barrio lejano es de los mas antiguos de Madrid, y que su aspecto sombrío, sus balcones de gran vuelo, la enorme ala del tejado, y toda su esterioridad, están denunciando á los transeuntes su fecha de tres siglos: convengo tambien en que el interior no es de mas moderna invencion; que no reina en él la economía presente; que las pinturas son antiguas, los techos envigados y de una altura desmesurada; las puertas colosales, los vidrios pequeños y verdinegros, las baldosas cortadas y desiguales; pero en cambio es casa propia, tengo en ella salones **inmensos**, corredores interminables, escaleras interiores, habitaciones independientes, guardillas, sótanos para guardar un almacen. Por otra lado, la prodigiosa multitud de muebles que poseo no solamente encuentran cabida en este inmenso caseron, sino que juegan muy bien por su fecha y por su forma con lo material del edificio; y sino, dígame usted, ¿en cuál de los del dia podria yo colocar las costosas arañas de doce brazos que llenan ellas solas una sala, los cuadros de tres ó cuatro varas, las mesas macizas de nogal, los sillones de baqueta de Moscovia, las camas im-

periales, los bufetes de cuatro registros, las alhacenas y las cómodas de doce cajones? ¿Ni qué bien irían en una casita de muñecas las floreadas cornucopias, las estampas del Hijo pródigo, los ricos escaparates del nacimiento, los sitiales encarnados, los bancos de respaldo, las colgaduras de damasco, los tapices de Ciro, los tiestos de tinaja, los relojes de flautas clavados en la pared, las rinconeras de dos pies, los mapas de media caña, los biombos chinoscos, los velones de cuatro pábilos, ó de bomba de cristal, los armarios enrejados, las figuras de talla, y tantos enseres á este tenor como forman el adorno de mi habitacion? Y por último, ¿qué figura habia de hacer yo mismo, vestido á la 1805 con mis zapatos en punta, hebilla de plata, media negra, calzon corto, chaleco cumplido, corbata blanca sin lazo, baston de tres altos, empolvado tupé y sombrero en facha?

»Sin querer, señor curioso, le he hecho á usted la descripcion de mi habitacion y de mi persona; ¿quiere usted saber mi método de vida? pues oígale usted.—Yo me levanto al salir el sol, y mi primera diligencia es salir á oír misa á la parroquia, donde todos los concurrentes nos conocemos ya de vista cotidiana: satisfecho este primer deber, me suelo dirigir á cualquiera de las plazuelas de san Ildefonso ó de santo Domingo; allí, al mismo tiempo que tengo un rato agradable con la animacion y bullicio del mercado, ajusto de paso algunas provisiones, y sé mejor que sus amos lo que cuestan las que llevan los criados de mi vecindad. De vuelta á mi casa me



entretengo agradablemente con mi jicaron de dos onzas de chocolate, eclipsado entre cuatro baluartes de tostadas y bollos, cuya sustancia restauradora me presta fuerzas para la lectura del Diario (único papel á que conservo aficion, por ser á mi entender el que mas ideas contiene), y como vea en él el anuncio de alguna almohada ó pública subasta, no dejo de anotarlas en mi registro para darme una vuelta por ellas, último resto que conservo de mi inclinacion mercantil. Cuido despues de mis tiestos y mis canarios, y salgo á las diez á visitar algun amigo de mi humor y de mi edad, con el cual me entretengo en ensalzar lo pasado á costa de lo presente; entro luego en una librería, donde suelo escuchar cosas que no estan escritas en ningun libro; recorro despues plazas y prenderías buscando preciosidades parecidas á las que yo conservo en mi casa, lo cual suele darme cierto aspecto de anticuario; examino despues el estado de las obras públicas, calculando su duracion, en cuyo cálculo suelo equivocarme en algunos años; y por último, vengo á parar en mi antiguo almacen, recordando en él los vaivenes de mi juventud, cual el viejo marinero sentado en la playa contempla como en sueños sus pasados sustos y alegrías.

»Alli permanezco hasta que suena la una del reloj del *Buen-Suceso*, á cuya hora vuelvo á mi casa, en la que percibo ya el olor de mis compras de la mañana; mas como no hay cosa que se envidie mas que un sentido á otro, no tardo en confiar al gusto los placeres del olfato, y sentado entre mis dos femeninas compañeras, empiezo

la comida, que entre trabajo y descanso suele prolongarse hasta las tres.

»Alzados los manteles, me retiro á dormir una horita de siesta, y despues salgo á paseo con algun amigo (que por lo regular suele ser un religioso), dirigiéndonos despacito al camino de Chamberí ó á las ventas de Alcorcon. Sentámonos donde nos parece, al sol ó á la sombra, parámonos de vez en cuando á tomar un polvo, y departiendo nuestros sentimientos en sabrosa é inocente plática, aguardamos á que el sol empiece á esconderse, para volver á la capital, y dirigirnos, ya juntos, ya separados, á restaurar nuestras fuerzas con la segunda toma de chocolate, precedida por un vaso de limon ó de agraz. Reunido despues la familia, rezamos nuestro rosario, y acabado éste, suelo retirarme á mi despacho á leer un par de horas; ó bien acontece bajar el vecino don Segundo con su esposa, que forman con la mia y conmigo dos parejas homogéneas, para jugar una manita de mediator ó de malilla hasta las nueve, hora en que indispensablemente he de cenar, á fin de poder oir entre sábanas la campana de las diez.

»Tal es mi método de vida, que solo se interrumpe dos dias en el año, cuales son el del santo de mi esposa y el mio: en ellos, ademas del convite á los vecinos á mesa y refresco, es de ordenanza el tomar un palco para ver la funcion del coliseo, sea cual fuere, y sin cuidarnos de si pertenece á la familia clásica ó á la romántica, aunque siento mucho cuando toca en el género fastidioso.



»Pero es el caso, señor curioso de mi alma (y aqui entra la parte mas sensible de mi narracion), que asi como no siempre llueve á gusto de todos, tampoco esta serenidad complacia á mi hija, desde que dió asomos de querer cumplir los quince, y desde aquel instante cesó la tranquilidad de mi existencia: hecho un Argos vigilante de sus pasos, con el fin de que no llegase á conocer las seducciones del mundo, me oponia á todo aquello que consideraba propio á despertar sus pasiones; evité cuidadosamente que ninguna persona humana mas que mis vecinos visitase nuestra casa; cerré puertas y balcones; prohibí amiguitas y parientas; desterré lecturas, músicas y baile; y en los ratos que me ostentaba mas amable, de vuelta á casa, despues de un paseo con ella á la fuente *del Pajarito*, ó á Nuestra Señora del Puerto, en vez de mi ordinaria cancion contra las costumbres del dia, la daba á leer algunos de los artículos de usted en las *Cartas Españolas* ó la *Revista*, tales como *Las visitas de dias*, *El Prado*, *Las tertulias*, *Las niñas del dia* &c., con lo cual creia haberla convencido sobre los inconvenientes del gran mundo para la juventud; pero si estos y los demas medios de mi defensa surtieron el efecto que me propuse, va usted á juzgarlo por sí mismo.

»Ya he dicho á usted que mi casa era inaccesible á los pretendientes que la belleza y buena dote de mi hija podrian suscitar; sin embargo, el amor y el interes fueron bastante móvil para hacer que algunos (y por cierto no despreciables) me hicieran proposiciones por medio de

POLICÍA URBANA. (1)

“Si por la laguna Estigia  
juró el Tonante hasta aquí,  
hoy jura por la marea  
de las calles de Madrid.”

*D. Juan de Iriarte.*

Uno de aquellos días felices en que el perfecto equilibrio de nuestros humores, ocasionado quizás por una buena digestion, suele inclinarnos á la satisfaccion y al contento, haciéndonos mirar todos los objetos por el la-

(1) Este artículo carece ya afortunadamente de una parte de su exactitud por haberse remediado muchos de los defectos que se critican en él con el nuevo alumbrado, empedrado y numeracion.



do favorable, salí yo de mi casa sin destino fijo, y con la sola intencion de ponerme en movimiento, dando al mismo tiempo ocupacion á mi tranquila mente con la variedad de cuadros animados que ofrecen las calles de Madrid. Y como aquel dia por fortuna todo me parecia bien, no es facil formarse una idea de las sensaciones agradables que á cada paso experimentaba.

El cielo sereno y despejado, el sol brillante, el ambiente apacible, me trasladaban en imaginacion al clima delicioso de las orillas del Betis; el bullicio y animacion de las calles divertía mi fantasia; todos los hombres me parecian contentos, alegres y corteses; todas las mugeres bellas, amables y satisfechas; sobre todo, llamaban mi atencion por su picante fisonomía los jóvenes desde veinte hasta veinte y cinco, y ajustando las fechas, hube de observar que todos ellos debian haber nacido desde 1808 al 13, lo cual me condujo á sacar la consecuencia de que la guerra de invasion en nada perjudicó á las fisonomías.

Llamó luego mi atención la multitud y belleza de las casas nuevas ó reformadas, sino con la mejor voluntad de los caseros, por lo menos con notable complacencia de los inquilinos: consideraba despues la garantia que á estas mismas casas presta la filantrópica sociedad de seguros, causa principal del embellecimiento de la poblacion: miré con complacencia los edificios públicos destinados á establecimientos útiles y de nueva creacion: recorri los paseos que por todos lados adornan diariamente nuestra capital: vi sus plazas mas públicas despejadas

de la insalubre suciedad que ocasionaba la venta de comestibles: observé mejoras en la limpieza, buena arquitectura en las fuentes y puertas modernas, gusto y elegancia en la innumerable multitud de tiendas y cafés: admirable provision de comestibles en los varios mercados; comodidad incalculable proporcionada por la multitud de mercaderes ambulantes que bajo distinto diapason entonan sus géneros por las calles; belleza y baratura en los objetos artísticos espuestos en los almacenes; prueba incontestable de que hay literatura en la multitud de carteles con letras de á medio pie que adornan las esquinas: decencia y lujo en los vestidos, coches y habitaciones; y mil proyectos útiles, en fin, para en lo sucesivo, tales como el de alumbrado, conduccion de aguas, magnífico teatro y otros semejantes, de los cuales espera esta capital su futuro engrandecimiento. Y animado por la contemplacion de tantas bellezas, no puede menos de rendir en el interior de mi pecho el mas sincero tributo de admiracion y gratitud á las autoridades matritenses, que tanto se desvelan por la prosperidad de este pueblo.

El entusiasmo que aquel paseo habia infundido en mí fue suficiente á hacerme tomar la pluma, y llamando en mi auxilio la musa de Chateaubriand tracé las siguientes líneas: «¡Levanta la cabeza, villa de los dos mundos, levanta la cabeza, y sal del abatimiento á que una mano estraña te redujo: desecha los tristes lutos hijos de una guerra desastrosa, para vestirte de nuevas galas y primores: tú eres la joya de la España, tú eres



la palma del desierto, la fuente del arenal y la estrella de la noche: como el fenix renace de sus cenizas, así tú mas hermosa y brillante te presentas despues de tus escenas lastimosas; viuda desconsolada que se adorna con preciosas galas para obsequiar al nuevo esposo; tu conquistada belleza y los nuevos encantos que ostentas, forman la dicha de tu enamorado ausente que vuelve á sus lares, y se admira de encontrarte mas jóven y mas bella que á su partida: permite, ¡oh Mantua! permite que mi débil voz entone tus loores: permite que enagenado con el suave ambiente de tu eterna primavera....»

Pero al llegar aqui el espantoso ruido de un aguacero y granizo improvisados súbitamente, no sin grave riesgo de mis cristales, vino á distraer mi atencion, y aun á arrancarme de mi amable éxtasis. Viendo, pues, que por entonces no me era tan facil volver á él, y conociendo por otro lado que mi estómago pedia á toda prisa el calor que habia subido al cerebro, me puse á cenar al ruido del chaparron, que no hay cosa como cenar tranquilamente mientras silba por fuera la furia del Aquilon y el bramido del Noto.

Consecuencia inmediata de la cena fue el quedar rendido al sueño, del que no volví hasta bien entrada la mañana siguiente: el frio intenso que sentia me hizo mirar el termómetro, y vi que por una de aquellas bruscas transiciones tan frecuentes en nuestra atmósfera, habíamos pasado en pocas horas desde doce grados sobre cero á tres por bajo, con lo cual no estrañé la fuerte tos que me molestaba, y que sin duda fue presagio de las ma-

las aventuras que me esperaban todo el día. Mas halagado con el recuerdo del anterior, y á pesar del aguacero que habia durado toda la noche, y amenazaba volver á empezar, púseme en la calle con la idea de continuar mi paseo á fin de concluir mi empezado discurso.

Lo primero que desconcertó mi intencion fue el in-mundo lodazal de las calles, que no sabia como evitar, pues si buscaba las estrechas y remendadas losas, iba haciendo pasos vascos, impelido por la suavidad del lodo reposado sobre ellas; y si me salia al empedrado, siempre encontraba el medio de poner el pie en las frecuentes hon-donadas y charcos. Leia los bandos fijos en las esquinas y alababa las disposiciones que previenen á los vecinos barrer los frentes de sus casas; pero al mismo tiempo obser-vaba la indolencia general en este punto, y no podia menos de irritarme al considerar este descuido en cosa de interés comun, cuya ejecucion debia ser voluntaria; y estando en estas consideraciones vi desfilar delante de mí una multitud de mendigos, los cuales venian de recoger el segundo desayuno á la puerta de un convento ó de una fonda, sin que á ninguno le ocurriese ofrecer su servicio á los vecinos para dar cumplimiento al barrido de las calles.

El cielo en tanto se iba cubriendo de nuevo, y no tardó en romper en otro turbion que á todos nos hizo aligerar el paso; pero en vano; á la lluvia por igual y go-teada sucedieron muy pronto los asombrosos surtidores de los canalones de los tejados, los cuales describiendo una curva perfecta cruzaban sus aguas en las calles es-



trechas, y en vano el misero transeunte intentaba evitar su golpe, pues al menor descuido veíase aplanado y oía resonar sobre su sombrero la cascada de Aranjuez. Muy luego, arroyos, mas rios que el Manzanares, se formaron en las calles, y si bien algunos puentes improvisados ofrecían su socorro, mediante una corta y aun voluntaria retribucion, eran de suyo tan débiles y vacilantes, que habia una probabilidad mas que mediana de caer en el arroyo, lo cual no dejaba de divertir sobremanera á los grupos de mozos de cordel repartidos por las esquinas, que cargarían con media casa si alguno se lo mandase, y formaban escrúpulo de alargar su mano ni ofrecer el menor auxilio á los pasajeros.

Yo buscaba el número 4 de la calle de... para tomar puerto en casa de un amigo; y no bien le hube hallado, cuando sin reparar apenas en lo inmundo del portal, infestado por los vapores que exhalaban los dos depósitos que hasta la presente parecen indispensables en la mayor parte de los portales de esta corte, y sin mirar tampoco lo empinado, estrecho y oscuro de la escalera, subí á tientas y llamé en el cuarto que me figuré ser el del amigo; pero se me dijo que no era allí, y que tal vez seria otro número 4 que habia en frente. Atravesé corriendo la calle, subí á la otra casa (cuyo número por cierto estaba cubierto con una enorme muestra que decia: *Halmacen de ace-yte-vinagre, belas de sevoy demas comestibles*), pero tampoco era allí, y solo pude sacar en limpio que aun habia otros dos números 4 en la calle. Mohino y enojado contra la numeracion de las casas por

manzanas, que tanta molestia me ocasionaba, continué la calle abajo y me entré por el primer portal que encontré con aquel número: seguí largo rato su estrecha lobreguez, y ni él se acababa ni yo encontraba la escalera: en esto siento pasos precipitados detras de mí; redoblo yo los míos, acábase el callejon y me encuentro en otra calle distinta, con lo que vine en conocimiento de que aquello era un pasadizo formado como la mayor parte de los de Madrid por la union de dos portales accesorios, aunque sin adornos de cristales y primorosas tiendas como los *passages* de París.

Desesperado con mis azares y con la lluvia; que aun proseguia, no sé qué hubiera dado por hallar un coche que me volviese á mi casa; mas para encontrarle hubiera necesitado ir á la calle de Alcalá ó la de Toledo, y alquilarlo lo menos por medio dia mediante la cómoda retribucion de cuarenta reales, lo cual era peor que aguardar á que pasase la lluvia. Tuve, en fin, que tomar esta última determinacion; mas por fortuna no tardó en despejarse el dia, y por una estravagancia del temporal muy conforme con las anteriores, ostentar el sol su brillo natural.

Volvió la animacion de las calles; pero no volvió mi alegría, pues mis desdichas no desaparecieron con las nubes: distraido con las cavilaciones á que ellas me conducian, iba á torcer una esquina, cuando me miré rodeado de una docena de ligeros jumentillos que, recién aliviados de la carga de los costales de yeso, y animados por la flexible vara del mancebo que los presidia montado en el último término del mas provecto, no me dió lu-



gar á defenderme en regla , sino grotescamente con manos y pies , recordando de paso al mozo con palabras har- to duras la benéfica orden que les previene conducir su ganado sujeto á fila ; pero aun estaba yo dirigiendo mi filípica , cuando blandiendo de nuevo la vara sobre los lomos de los pollinos , formó una densísima nube de yeso y desapareció con ellos , dejándome entregado al corage y á una violenta tos , que muy pronto conjuró contra mí á todos los perros que han sobrevivido á la persecucion judicial del verano pasado.

Salvéme lo mejor que pude de aquellos peligros ; pero fue para tropezar en otro , enredándome en una cuerda atada á un palo que habia delante de una obra , y por pronto que quise salir sufrí gran parte de la lluvia de cascote arrojada desde el tejado ; apartéme de allí , y fui á dar cerca de una docena de picapedreros que estaban labrando las piedras para la obra , los cuales acertaron á asestarme un guijarro á un ojo , en términos que hube de permanecer tuerto por todo el dia.

Tantos y tan graves contratiempos irritaron mi bilis en términos que todo me incomodaba ; los gritos de los vendedores agudos y disonantes : el descoco de las naranjeras ; las ropas nada limpias puestas á secar en balcones y ventanas ; los tocadores al sol en calles no muy retiradas ; el humo de las hachas que acompañaron al Santísimo Viático , impreso á propósito en las paredes del portal ; las rejas salientes que amenazan los hombros de los adultos y las cabezas de los chiquillos ; las riñas de los aguadores en las fuentes por tomar vez para llenar ;

las carretadas de bueyes cargadas de carbon; las interminables filas de mulas conductoras de paja; los inevitables serones de los panaderos ecuestres; los muchachos que venden candela y suelen arrimarla al que no la solicita; los que salen en tropel de las aulas, ó convierten la calle en público anfiteatro imitando la corrida de toros; los fogosos caballos de la brillante carretela que se dirige al Prado; la eterna pesadez de los simones; la silenciosa embestida de los bombés *facultativos*, y la vacilante direccion de los calesines. Todas estas y otras cosas que se me fueron ofreciendo á la vista en calles y peseos durante todo el dia, acabaron de completar mi disgusto.

Llegada la noche tomé puerto en el teatro, en el cual no tuve otro contratiempo sino unas cuantas gotas de aceite que perpendicularmente me cayeron de la araña; y al volver á mi casa á la luz de los faroles (que solo sirven para hacer visibles las tinieblas), iba buscando las calles mas acompañadas por hallarse ya cerradas todas las tiendas.

Mi desgracia iba como siempre delante de mí: cuando me hacia tropezar con una muralla provisional de cascotes apilados, procedentes de alguna obra, y colocados á tres cuartas de la pared, entre la cual dejaban un estrecho callejon apenas suficiente para el paso de una persona; cuando me lanzaba de pies en un monton de cal recién apagada; ora me enredaba en una fila de basuras colocadas en medio del arroyo con ocho horas de anticipacion al acto de recogerlas; ora me ponía delante ciertos avechuchos nocturnos, cuyo mal aspecto y repugnante



desvergüenza ofenden al pudor y la moral pública; por aqui me salia al paso una vacilante tertulia arrojada de una taberna; por allá oía aproximarse el ruidoso tren encargado de aquella parte mas sucia de la limpieza; huyendo de su olorífica influencia en el acto solemne de sonar las once, me acogia á la otra acera, á tiempo cabalmente de recibir el rocío con que una amable deidad alimentaba los tiestos de su balcon; por último, un sereno que venia detras, entonó á este tiempo su agudísima y prolongada cancion, en términos que por miedo de que volviese á repetirla le invité á acompañarme á mi casa, y fue lo único que hice bien en todo el día, pues al aparecer su farolillo á la entrada de cierta callejuela que teniamos que atravesar, vimos echar á correr dos hombres que sin duda no eran amigos de las luces.

Libre ya, en fin, de los pasados sustos, y procurando hacerme superior á las encontradas impresiones, reflexioné las inmensas mejoras que el aspecto de nuestra capital ha tenido en pocos años: reconocí que ellas son la causa de la exigencia actual sobre los inconvenientes que aun observamos, y cuyo remedio en un pueblo grande no es obra de un instante, y me dormí contento con la lisongera perspectiva que el celo de las autoridades nos presenta, trabajando en hacerlos desaparecer de dia en dia.

(Marzo de 1833.)

## LA FILARMONÍA.

—♦♦♦—  
"La dulzura de la música es el único  
hechizo permitido que hay en el mundo."

*Feijóo.*

*«La música compone los ánimos descompues-  
tos, y alivia los trabajos que nacen del espíritu.»*

*Cervantes.*

**E**l entusiasmo melomano producido á principios de este siglo por la fecunda lira del Cisne de Pésaro, halagaba las imaginaciones europeas, harto fatigadas por las combinaciones de la política y los desastres de la guerra. Las artes encantadoras, que solo crecen á la sombra de la paz, tornaban á ejercer su influencia en los corazones generosos, y el privilegiado *Rossini*, aun no bien salido de la infancia, acababa de fijar la atención general presentando en la escena Veneciana en el Carnaval de 1813 su famoso *Tancredi*. A los acentos del nuevo Orfeo respondieron todos los corazones: «desde el dux hasta el



último gondolero repetían involuntariamente su armonía, y las orillas del Adriático resonaban á todas horas «*mi rivedrai, ti rivedró.*» «Ni paró aquí (añadian los periódicos de aquella época) el triunfo del compositor bolognés: en menos de un año su magnífica produccion dió la vuelta á Europa; sus cantos se hicieron populares, y admirados en todas partes, así se oían en la capilla Sixtina como en las revistas de Hide-park, en los conciertos de Petersburgo como en los bailes de Paris.»

Desde entonces los teatros líricos de Europa quedaron como avasallados al sublime genio que incesantemente les alimentaba con nuevas producciones, llenas de riqueza y de armonía; y si bien el nuestro, aun no restablecido de los efectos de una guerra devastadora, no pudo ofrecernos tan pronto una produccion del compositor del día, no por eso su música era desconocida en esta capital, en cuyos salones resonaba con el merecido aplauso.

El ajuste de las señoras *Moreno* y de otros artistas españoles para los teatros de Madrid, vino á ofrecer la posibilidad del espectáculo lírico, y aun de la ópera Rosiniana, siendo *La Italiana en Argel* la primera de estas que oyó el público madrileño en la noche del domingo 29 de setiembre de 1816 con motivo del augusto enlace de nuestro soberano con la reina doña Maria Isabel. El entusiasmo inesplicable que aquella brillante produccion causó en esta capital fue un anuncio de los gratos momentos que el público matritense podía esperar del autor del Barbero de Sevilla; mas por entonces

hubo de contentarse con algunas óperas de otros maestros, porque la escasez de la compañía lírica no permitía funciones de gran desempeño. Esta misma razon sin duda, fue la que motivó que la señora *Lorenza Correa*, que acababa de contribuir en los teatros extranjeros á la gloria de Rossini, no se determinase á dar en Madrid ninguna de sus óperas, contentándose con hacernos conocer el *Di tanti palpiti*, y *Una voce poco fú*, que colocó en las óperas tituladas *Los pretendientes* y *No se compra amor con oro*.

Sin embargo de la escasez del espectáculo, no fue perdido para un público naturalmente filarmónico, y á medida que aquel iba adquiriendo vigor, veíase desterrar entre los aficionados el estilo monótono y amanerado de la antigua escuela, para dar lugar al sentimiento y vida de la nueva. La afición del público iba creciendo al compas que sus conocimientos, y era menester complacerle si se queria dar calor á aquel movimiento. La empresa teatral de 1821 hubo de pensar sin duda de este modo, decidiéndose á volver á presentar á los madrileños el espectáculo de la ópera italiana, de que aun conservaban reminiscencia, aunque remota. Para ello contrató una compañía, compuesta de profesores distinguidos tales como *Mari*, *Capitani*, *Vaccani* &c., y á esta fue á quien debió Madrid el conocimiento de las obras mas escogidas de Rossini y demas célebres compositores modernos, cuyas bellezas acabaron de fijar su natural predileccion por la música, y le fueron un manantial de placeres. Muchos años pasarán sin que olvide el delirio que



le infundia *Tancredo* en la peregrina voz de la señora *Adelaida Sala*, ó *Garcia de Paredes* en el *Barbero de Sevilla*.

Siguió así la ópera, mas ó menos boyante, hasta que en 1825 se ajustó la compañía de *Montresor*, desde cuya época no fue una afición la del público, sino un furor filarmónico. El mérito de los cantantes, la nueva pompa con que se adornó el espectáculo, lo escogido de las funciones que se presentaron, fueron cosas de trastornar todas las cabezas, y llegó á tal punto el entusiasmo, que no solamente se les imitaba en el canto, sino en gestos y modales; se vestía á *la Montresor*, se peinaba á *la Cortessi*, y las mugeres varoniles á *la Fabrica* causaron furor todo aquel año. Tan poderoso es el prestigio de la novedad, y tan dominantes los preceptos de la moda.

La exigencia del público, creciendo desproporcionadamente, no se contentaba ya con artistas medianos. Fue preciso presentarle los de primer orden, y las célebres *Corri*, *Césari*, *Albini*, *Lorenzani*, *Tossi* y *Merie Lalande*, y los señores *Maggioroti*, *Piermarini*, *Galli*, *Inchindi*, *Passini* y *Trezzini*, con tantos otros como siempre ascendiendo hemos visto despues, han necesitado toda la estension de sus talentos, y la perfecta ejecucion de las obras mas clásicas de *Rossini*, *Pacini*, *Me-yerbeer*, *Mercadante*, *Morlachi*, *Carnicer*, *Donizzeti* y *Bellini* para sostener la afición del público, y escitar su entusiasmo, hasta el punto que al concluirse el año cómico de 1831 con la despedida de la señora *Adelaida Tossi*, faltó poco para que los partidos encontrados de *Tossis-*

tas y *Lalandistas* consiguiesen sembrar una eterna discordia en nuestra sociedad madrileña.

Tan imposible era ya hacer subir de punto aquella exageracion que necesariamente tenia que empezar á declinar, y así es que en el año último puede decirse que ha entrado la ópera en el período de su decadencia, de que solo han podido retraerla algunos instantes los extraordinarios recursos artísticos de la señora *Meic Lalande*. En vano los entusiastas ó intolerantes esclaman que los artistas no son nuevos, y las óperas no bien escogidas: en vano buscan á su tibieza causas interiores; el mal está en su imaginacion. Satisfecha esta con el continuado alimento musical, y pasado tambien el influjo de la moda, ha llegado á mirar con indiferencia lo mismo que en otro tiempo la entusiasmaba; y por otro lado despues de escuchar *Semiramide*, *Mosé*, *L'ultimo giorno di Pompei*, *il Crociato*, *il Pirata* y *la Straniera*, ¿qué otras composiciones podrian buscarse para escitar su admiracion? Por esta sencilla razon sería de desear que la exigencia filarmónica hiciese un alto, para mecerse agradablemente, y sin un furor imposible de perpetuarse, en el ameno campo que le ofrecen la rica fantasia de los compositores y la extraordinaria habilidad de los cantantes del dia.

Esta dilatada educacion musical, unida á la particular disposicion de los órganos españoles para la ciencia de la armonia, han producido éntre nosotros tan notables aficionados, que pueden hacerse oír con placer aun despues de los célebres profesores que hemos visto en el



teatro. Reconocida generalmente la superioridad de la música italiana sobre la insulsa pesadez de los romances franceses que antes ocuparan nuestros salones de buen tono, vióse en ellos campar la verdadera escuela del canto, si bien modificada cada año á la manera del modelo que se ostentaba en las tablas; así que alternativamente hemos observado reproducidas con una admirable fidelidad la arrogante determinacion de la Albini, la tranquila correccion de la Lorenzani, la espresion romántica de la Tossi, y hasta la voz ahogada de Montessor, las prolongadas *floriture* de Vaccani, y la tal vez nasal entonacion de Galli.

Ocasion era esta (si yo pretendiera tener vinculada la risa de mis lectores) para trazar un cuadro, si bien fantástico, si bien exacto, de nuestros filarmónicos de salon, poniendo de manifiesto las intriguillas que parecen anejas al ejercicio del arte, los desentonos de la *armonia*, las disputas de los *acordes*, las encontradas vociferaciones de los *unisonos*, y las intenciones menguadas de algunos *virtuosos*.

¡Qué festivos matices no podrian suministrar á mi bosquejo las ronqueras improvisadas, las pérdidas de voz y las recuperaciones repentinas; los descuidos con cuidado en mas de un duo, con el piadoso fin de perder al compañero; las espresivas miradas y suspiros en otro; las gratas palabras de *cara immaggine, mio dolce bene; tenero oggetto; bel' idol' mio; abbi pieta di mé*, tan dulcissimamente deslizadas de ciertos lábios como benévola-mente acogidas por ciertos oidos; las imprecaciones á un

POLICÍA URBANA. (1)

“Si por la laguna Estigia  
juró el Tonante hasta aquí,  
hoy jura por la marea  
de las calles de Madrid.”

*D. Juan de Iviarte.*

Uno de aquellos días felices en que el perfecto equilibrio de nuestros humores, ocasionado quizás por una buena digestion, suele inclinarnos á la satisfaccion y al contento, haciéndonos mirar todos los objetos por el la-

(1) Este artículo carece ya afortunadamente de una parte de su exactitud por haberse remediado muchos de los defectos que se critican en él con el nuevo alumbrado, empedrado y numeracion.



do favorable, salí yo de mi casa sin destino fijo, y con la sola intencion de ponerme en movimiento, dando al mismo tiempo ocupacion á mi tranquila mente con la variedad de cuadros animados que ofrecen las calles de Madrid. Y como aquel día por fortuna todo me parecía bien, no es fácil formarse una idea de las sensaciones agradables que á cada paso experimentaba.

El cielo sereno y despejado, el sol brillante, el ambiente apacible, me trasladaban en imaginacion al clima delicioso de las orillas del Betis; el bullicio y animacion de las calles divertía mi fantasia; todos los hombres me parecían contentos, alegres y corteses; todas las mugeres bellas, amables y satisfechas; sobre todo, llamaban mi atencion por su picante fisonomía los jóvenes desde veinte hasta veinte y cinco, y ajustando las fechas, hube de observar que todos ellos debían haber nacido desde 1808 al 13, lo cual me condujo á sacar la consecuencia de que la guerra de invasion en nada perjudicó á las fisonomías.

Llamó luego mi atencion la multitud y belleza de las casas nuevas ó reformadas, sino con la mejor voluntad de los caseros, por lo menos con notable complacencia de los inquilinos: consideraba despues la garantía que á estas mismas casas presta la filantrópica sociedad de seguros, causa principal del embellecimiento de la poblacion: miré con complacencia los edificios públicos destinados á establecimientos útiles y de nueva creacion: recorri los paseos que por todos lados adornan diariamente nuestra capital: ví sus plazas mas públicas despejadas

de la insalubre suciedad que ocasionaba la venta de comestibles: observé mejoras en la limpieza, buena arquitectura en las fuentes y puertas modernas, gusto y elegancia en la innumerable multitud de tiendas y cafés: admirable provision de comestibles en los varios mercados; comodidad incalculable proporcionada por la multitud de mercaderes ambulantes que bajo distinto diapason entonan sus géneros por las calles; belleza y baratura en los objetos artísticos espuestos en los almacenes; prueba incontestable de que hay literatura en la multitud de carteles con letras de á medio pie que adornan las esquinas: decencia y lujo en los vestidos, coches y habitaciones; y mil proyectos útiles, en fin, para en lo sucesivo, tales como el de alumbrado, conduccion de aguas, magnífico teatro y otros semejantes, de los cuales espera esta capital su futuro engrandecimiento. Y animado por la contemplacion de tantas bellezas, no pude menos de rendir en el interior de mi pecho el mas sincero tributo de admiracion y gratitud á las autoridades matritenses, que tanto se desvelan por la prosperidad de este pueblo.

El entusiasmo que aquel paseo habia infundido en mi fue suficiente á hacerme tomar la pluma, y llamando en mi auxilio la musa de Chateaubriand tracé las siguientes líneas: «¡Levanta la cabeza, villa de los dos mundos, levanta la cabeza, y sal del abatimiento á que una mano estraña te redujo: desecha los tristes lutos hijos de una guerra desastrosa, para vestirtte de nuevas galas y primores: tú eres la joya de la España; tú eres



la palma del desierto, la fuente del arenal y la estrella de la noche: como el fenix renace de sus cenizas, así tú mas hermosa y brillante te presentas despues de tus escenas lastimosas; viuda desconsolada que se adorna con preciosas galas para obsequiar al nuevo esposo; tu conquistada belleza y los nuevos encantos que ostentas, forman la dicha de tu enamorado ausente que vuelve á sus lares, y se admira de encontrarte mas jóven y mas bella que á su partida: permite, ¡oh Mantua! permite que mi débil voz entone tus loores: permite que enagenado con el suave ambiente de tu eterna primavera....»

Pero al llegar aqui el espantoso ruido de un aguacero y granizo improvisados súbitamente, no sin grave riesgo de mis cristales, vino á distraer mi atencion, y aun á arrancarme de mi amable éxtasis. Viendo, pues, que por entonces no me era tan facil volver á él, y conociendo por otro lado que mi estómago pedia á toda prisa el calor que habia subido al cerebro, me puse á cenar al ruido del chaparron, que no hay cosa como cenar tranquilamente mientras silba por fuera la furia del Aquilon y el bramido del Noto.

Consecuencia inmediata de la cena fue el quedar rendido al sueño, del que no volví hasta bien entrada la mañana siguiente: el frio intenso que sentia me hizo mirar el termómetro, y vi que por una de aquellas bruscas transiciones tan frecuentes en nuestra atmósfera, habíamos pasado en pocas horas desde doce grados sobre cero á tres por bajo, con lo cual no estrañé la fuerte tos que me molestaba, y que sin duda fue presagio de las ma-

las aventuras que me esperaban todo el día. Mas halagado con el recuerdo del anterior, y á pesar del aguacero que habia durado toda la noche, y amenazaba volver á empezar, púseme en la calle con la idea de continuar mi paseo á fin de concluir mi empezado discurso.

Lo primero que desconcertó mi intencion fue el inundo lodazal de las calles, que no sabia como evitar, pues si buscaba las estrechas y remendadas losas, iba haciendo pasos vascos, impelido por la suavidad del lodo reposado sobre ellas; y si me salia al empedrado, siempre encontraba el medio de poner el pie en las frecuentes hondonadas y charcos. Leia los bandos fijos en las esquinas y alababa las disposiciones que previenen á los vecinos barrer los frentes de sus casas; pero al mismo tiempo observaba la indolencia general en este punto, y no podia menos de irritarme al considerar este descuido en cosa de interés comun, cuya ejecucion debia ser voluntaria; y estando en estas consideraciones vi desfilar delante de mí una multitud de mendigos, los cuales venian de recoger el segundo desayuno á la puerta de un convento ó de una fonda, sin que á ninguno le ocurriese ofrecer su servicio á los vecinos para dar cumplimiento al barrido de las calles.

El cielo en tanto se iba cubriendo de nuevo, y no tardó en romper en otro turbion que á todos nos hizo aligerar el paso; pero en vano; á la lluvia por igual y go-teada sucedieron muy pronto los asombrosos surtidores de los canalones de los tejados, los cuales describiendo una curva perfecta cruzaban sus aguas en las calles es-



trechas, y en vano el misero transeunte intentaba evitar su golpe, pues al menor descuido veíase aplanado y oía resonar sobre su sombrero la cascada de Aranjuez. Muy luego, arroyos, mas rios que el Manzanares, se formaron en las calles, y si bien algunos puentes improvisados ofrecían su socorro, mediante una corta y aun voluntaria retribucion, eran de suyo tan débiles y vacilantes, que habia una probabilidad mas que mediana de caer en el arroyo, lo cual no dejaba de divertir sobremanera á los grupos de mozos de cordel repartidos por las esquinas, que cargarían con media casa si alguno se lo mandase, y formaban escúpulo de alargar su mano ni ofrecer el menor auxilio á los pasajeros.

Yo buscaba el número 4 de la calle de... para tomar puerto en casa de un amigo; y no bien le hube hallado, cuando sin reparar apenas en lo inmundo del portal, infestado por los vapores que exhalaban los dos depósitos que hasta la presente parecen indispensables en la mayor parte de los portales de esta corte, y sin mirar tampoco lo empinado, estrecho y oscuro de la escalera, subí á tientas y llamé en el cuarto que me figuré ser el del amigo; pero se me dijo que no era allí, y que tal vez sería otro número 4 que habia en frente. Atravesé corriendo la calle, subí á la otra casa (cuyo número por cierto estaba cubierto con una enorme muestra que decia: *Halmacen de ace-yte-vinagre, belas de sevoy demas comestibles*), pero tampoco era allí, y solo pude sacar en limpio que aun habia otros dos números 4 en la calle. Mohino y enojado contra la numeracion de las casas por

manzanas, que tanta molestia me ocasionaba, continué la calle abajo y me entré por el primer portal que encontré con aquel número: seguí largo rato su estrecha lobre-guez, y ni él se acababa ni yo encontraba la escalera: en esto siento pasos precipitados detras de mí; redoblo yo los míos, acábase el callejon y me encuentro en otra calle distinta, con lo que vine en conocimiento de que aquello era un pasadizo formado como la mayor parte de los de Madrid por la union de dos portales accesorios, aunque sin adornos de cristales y primorosas tiendas como los *passages* de París.

Desesperado con mis azares y con la lluvia; que aun proseguia, no sé qué hubiera dado por hallar un coche que me volviese á mi casa; mas para encontrarle hubiera necesitado ir á la calle de Alcalá ó la de Toledo, y alquilarlo lo menos por medio día mediante la cómoda retribucion de cuarenta reales, lo cual era peor que aguardar á que pasase la lluvia. Tuve, en fin, que tomar esta última determinacion; mas por fortuna no tardó en despejarse el día, y por una estravagancia del temporal muy conforme con las anteriores, ostentar el sol su brillo natural.

Volvió la animacion de las calles; pero no volvió mi alegría, pues mis desdichas no desaparecieron con las nubes: distraido con las cavilaciones á que ellas me conducian, iba á torcer una esquina, cuando me miré rodeado de una docena de ligeros jumentillos que, recién aliviados de la carga de los costales de yeso, y animados por la flexible vara del mancebo que los presidia montado en el último término del mas provector, no me dió lu-



gar á defenderme en regla , sino grotescamente con manos y pies , recordando de paso al mozo con palabras har- to duras la benéfica orden que les previene conducir su ganado sujeto á fila ; pero aun estaba yo dirigiendo mi filípica, cuando blandiendo de nuevo la vara sobre los lomos de los pollinos, formó una densísima nube de yeso y desapareció con ellos, dejándome entregado al corage y á una violenta tos, que muy pronto conjuró contra mí á todos los perros que han sobrevivido á la persecucion judicial del verano pasado.

Salvéme lo mejor que pude de aquellos peligros; pero fue para tropezar en otro , enredándome en una cuerda atada á un palo que habia delante de una obra , y por pronto que quise salir sufrí gran parte de la lluvia de cascote arrojada desde el tejado ; apartéme de allí, y fui á dar cerca de una docena de picapedreros que estaban labrando las piedras para la obra , los cuales acertaron á asestarme un guijarro á un ojo, en términos que hube de permanecer tuerto por todo el día.

Tantos y tan graves contratiempos irritaron mi bilis en términos que todo me incomodaba; los gritos de los vendedores agudos y disonantes: el descoco de las naranjeras; las ropas nada limpias puestas á secar en balcones y ventanas; los tocadores al sol en calles no muy retiradas; el humo de las hachas que acompañaron al Santísimo Viático, impreso á propósito en las paredes del portal ; las rejas salientes que amenazan los hombros de los adultos y las cabezas de los chiquillos; las riñas de los aguadores en las fuentes por tomar vez para llenar;

las carretadas de bueyes cargadas de carbon; las interminables filas de mulas conductoras de paja; los inevitables serones de los panaderos ecuestres; los muchachos que venden candela y suelen arrimarla al que no la solicita; los que salen en tropel de las aulas, ó convierten la calle en público anfiteatro imitando la corrida de toros; los fogosos caballos de la brillante carretela que se dirige al Prado; la eterna pesadez de los simones; la silenciosa embestida de los bombés *facultativos*, y la vacilante direccion de los calesines. Todas estas y otras cosas que se me fueron ofreciendo á la vista en calles y peseos durante todo el dia, acabaron de completar mi disgusto.

Llegada la noche tomé puerto en el teatro, en el cual no tuve otro contratiempo sino unas cuantas gotas de aceite que perpendicularmente me cayeron de la araña; y al volver á mi casa á la luz de los faroles (que solo sirven para hacer visibles las tinieblas), iba buscando las calles mas acompañadas por hallarse ya cerradas todas las tiendas.

Mi desgracia iba como siempre delante de mí: cuando me hacia tropezar con una muralla provisional de cascotes apilados, procedentes de alguna obra, y colocados á tres cuartas de la pared, entre la cual dejaban un estrecho callejon apenas suficiente para el paso de una persona; cuando me lanzaba de pies en un monton de cal recién apagada; ora me enredaba en una fila de basuras colocadas en medio del arroyo con ocho horas de anticipacion al acto de recogerlas; ora me ponía delante ciertos avechuchos nocturnos, cuyo mal aspecto y repugnante



desvergüenza ofenden al pudor y la moral pública; por aquí me salía al paso una vacilante tertulia arrojada de una taberna; por allá oía aproximarse el ruidoso tren encargado de aquella parte mas sucia de la limpieza; huyendo de su olorífica influencia en el acto solemne de sonar las once, me acogía á la otra acera, á tiempo cabalmente de recibir el rocío con que una amable deidad alimentaba los tiestos de su balcon; por último, un sereno que venia detras, entonó á este tiempo su agudísima y prolongada cancion, en términos que por miedo de que volviese á repetirla le invité á acompañarme á mi casa, y fue lo único que hice bien en todo el día, pues al aparecer su farolillo á la entrada de cierta callejuela que teníamos que atravesar, vimos echar á correr dos hombres que sin duda no eran amigos de las luces.

Libre ya, en fin, de los pasados sustos, y procurando hacerme superior á las encontradas impresiones, reflexioné las inmensas mejoras que el aspecto de nuestra capital ha tenido en pocos años: reconocí que ellas son la causa de la exigencia actual sobre los inconvenientes que aun observamos, y cuyo remedio en un pueblo grande no es obra de un instante, y me dormí contento con la lisongera perspectiva que el celo de las autoridades nos presenta, trabajando en hacerlos desaparecer de dia en dia.

(Marzo de 1833.)

LA CASA Á LA ANTIGUA.

«Ne genez pas, je vous en donne avis  
tant vos enfans, ó vous, peres et meres,  
tant vos moitiés, vous epous et maris,  
c'est ou l'amour fait le mieux ses affaires.»

*La Fontaine.*

**M**uy distinto era el asunto que me proponia tratar en mi articulo de esta semana; pero al prepararme á ello hallé sobre mi bufete una carta que me hizo variar de idea. Firmábala *don Perpetuo Antañon*, sugeto para mi desconocido, aunque sus circunstancias me parecieron tan notables, que desde luego me propuse ponerlas en conocimiento de mis lectores. Cavilando largo rato sobre el modo de hacerlo con mayor efecto, no hay que decir que corté varias plumas, tracé algunas líneas, las borré luego, cambié muchas veces de papel, y me rasqué no po-



cas las orejas y la frente; pero todo en vano, pues nada de lo que escribia llenaba mis deseos; hasta que volviendo á leer la carta, me ocurrió la feliz idea de que en vano intentaria yo prestar á mi pintura aquel colorido fiel y sencillo que la da el pincel del propio interesado, y en su consecuencia nada podrian agradecerme tanto mis lectores como recibir de mis manos el mismo bosquejo original. Lo cual diciendo, tuve por bien salir de mis apuros sin otro trabajo que el de trasladar literalmente dicha carta, y héla aqui punto por coma.

«Señor curioso: usted es el mismísimo diablo cojuelo, y aun mas, pues sin el ingenioso espediente de alzar los tejados de Madrid ni hacernos volar por los aires, como aquel al licenciado don Cleofás, nos pone usted de manifiesto aquellas escenas que pasan de puertas adentro de nuestras casas, y cuya observacion se escapa á la mayor parte de los testigos. Esta pintura, desdeñada por el historiador, y exagerada en pro ú en contra por viageros y poetas satiricos, es tanto mas importante, cuanto que nos ofrece un espejo fiel en que mirar nuestras inclinaciones, nuestros placeres, y tambien nuestras virtudes, nuestros defectos y ridiculeces (pues desde luego convengo con usted en que los crímenes no entran en su benévola inspeccion), y puede ofrecernos mas modelos que seguir y mas escollos que evitar que la misma historia, por la misma razon de que hay mas Juanes ó Mengas que Titos y Dioclecianos, y que la mayor parte de los hechos y dichos de los varones célebres de Plutarco parecerian ridículos en un mercader de calle de Postas.

«Pero supuesta la necesidad de esta moral linterna mágica, y supuesta tambien la dificultad de iluminarla de modo que todos la veamos, no puede menos de asaltarme la idea de que usted tenga á sus órdenes algun espíritu foletto para comunicarle los sucesos con la verdad con que los describe, como si á un mismo tiempo fuera jóven, viejo, elegante, pelucon, padre, amante, galan, cortejo ú pretendiente. Esta consideracion, que me ha ocupado tres noches de desvelo, me ha hecho temer que el dicho malandrin al comunicarle la noticia de mi desman, la tuerza y desfigure tal vez en menos pro de mi buena fama, y por si asi sucediere, quiero yo mismo ser fiel coronista de ella y describírsela á usted, á fin de que despues haga el uso que crea conveniente.

«Para mayor inteligencia de mi discurso, empezaré por decir á usted que aqui donde nõ me ve, soy un antiguo comerciante, que habiendo debido á la divina Providencia y á cuarenta años de trabajo un capital respetable, fruto no de quiebras fraudulentas ni especulaciones ilicitas, sino de una honradez y buena fe nunca desmentidas, resolví habré cinco años retirarme de los negocios, y vivir tranquilo en mi casa con aquella uniformidad y dulzura á que me inclinaba ya el conocimiento del mundo.

«No le negaré á usted que la causa principal de mi retiro fue sin duda la continuada reflexion sobre los vicios que la miseria parece haber puesto á la moda; observé la mala fe de los diestros estafadores; vi la hipocresia de los falsos amigos; adiviné el interés de los bajos



aduladores ; y conocí, en fin , la delicada posicion de un hombre de bien en medio de las asechanzas que le rodean ; y sea esta conviccion , ó mi natural deseo del descanso, ello fue que desde entonces me cerré herméticamente en mi casa , con la sola compañía de mi esposa, una hija niña y dos antiguos criados de conciencia esperimentada.

»Confesaré á usted que el edificio que ocupo en un barrio lejano es de los mas antiguos de Madrid , y que su aspecto sombrío , sus balcones de gran vuelo , la enorme ala del tejado , y toda su exterioridad , están denunciando á los transeuntes su fecha de tres siglos : convengo tambien en que el interior no es de mas moderna invencion ; que no reina en él la economía presente ; que las pinturas son antiguas , los techos envidados y de una altura desmesurada ; las puertas colosales , los vidrios pequeños y verdinegros , las baldosas cortadas y desiguales ; pero en cambio es casa propia , tengo en ella salones inmensos , corredores interminables , escaleras interiores , habitaciones independientes , guardillas , sótanos para guardar un almacen . Por otra lado , la prodigiosa multitud de muebles que poseo no solamente encuentran cabida en este inmenso caseron , sino que juegan muy bien por su fecha y por su forma con lo material del edificio ; y sino , dígame usted , ¿ en cuál de los del dia podria yo colocar las costosas arañas de doce brazos que llenan ellas solas una sala , los cuadros de tres ó cuatro varas , las mesas macizas de nogal , los sillones de baqueta de Moscovia , las camas im-

periales, los bufetes de cuatro registros, las alhacenas y las cómodas de doce cajones? ¿Ni qué bien irían en una casita de muñecas las floreadas cornucopias, las estampas del Hijo pródigo, los ricos escaparates del nacimiento, los sitiales encarnados, los bancos de respaldo, las colgaduras de damasco, los tapices de Ciro, los tiestos de tinaja, los relojes de flautas clavados en la pared, las rinconeras de dos pies, los mapas de media caña, los biombos chinescos, los velones de cuatro pábilos, ó de bomba de cristal, los armarios enrejados, las figuras de talla, y tantos enseres á este tenor como forman el adorno de mi habitacion? Y por último, ¿qué figura habia de hacer yo mismo, vestido á la 1805 con mis zapatos en punta, hebilla de plata, media negra, calzon corto, chaleco cumplido, corbata blanca sin lazo, baston de tres altos, empolvado tupé y sombrero en facha?

»Sin querer, señor curioso, le he hecho á usted la descripcion de mi habitacion y de mi persona; ¿quiere usted saber mi método de vida? pues oígale usted.—Yo me levanto al salir el sol, y mi primera diligencia es salir á oír misa á la parroquia, donde todos los concurrentes nos conocemos ya de vista cotidiana: satisfecho este primer deber, me suelo dirigir á cualquiera de las plazuelas de san Ildefonso ó de santo Domingo; allí, al mismo tiempo que tengo un rato agradable con la animacion y bullicio del mercado, ajusto de paso algunas provisiones, y sé mejor que sus amos lo que cuestan las que llevan los criados de mi vecindad. De vuelta á mi casa me



entretengo agradablemente con mi jicaron de dos onzas de chocolate, eclipsado entre cuatro baluartes de tostadas y bollos, cuya sustancia restauradora me presta fuerzas para la lectura del Diario (único papel á que conservo aficion, por ser á mi entender el que mas ideas contiene), y como vea en él el anuncio de alguna almóndea ó pública subasta, no dejo de anotarlas en mi registro para darme una vuelta por ellas, último resto que conservo de mi inclinacion mercantil. Cuido despues de mis tiestos y mis canarios, y salgo á las diez á visitar algun amigo de mi humor y de mi edad, con el cual me entretengo en ensalzar lo pasado á costa de lo presente; entro luego en una librería, donde suelo escuchar cosas que no estan escritas en ningun libro; recorro despues plazas y prenderías buscando preciosidades parecidas á las que yo conservo en mi casa, lo cual suele darme cierto aspecto de anticuario; examino despues el estado de las obras públicas, calculando su duracion, en cuyo cálculo suelo equivocarme en algunos años; y por último, vengo á parar en mi antiguo almacen, recordando en él los vaivenes de mi juventud, cual el viejo marinero sentado en la playa contempla como en sueños sus pasados sustos y alegrías.

»Alli permanezco hasta que suena la una del reloj del *Buen-Suceso*, á cuya hora vuelvo á mi casa, en la que percibo ya el olor de mis compras de la mañana; mas como no hay cosa que se envidie mas que un sentido á otro, no tardo en confiar al gusto los placeres del olfato, y sentado entre mis dos femeninas compañeras, empiezo

la comida, que entre trabajo y descanso suele prolongarse hasta las tres.

»Alzados los manteles, me retiro á dormir una horita de siesta, y despues salgo á paseo con algun amigo (que por lo regular suele ser un religioso), dirigiéndonos despacito al camino de Chamberí ó á las ventas de Alcorcon. Sentámonos donde nos parece, al sol ó á la sombra, parámonos de vez en cuando á tomar un polvo, y departiendo nuestros sentimientos en sabrosa é inocente plática, aguardamos á que el sol empiece á esconderse, para volver á la capital, y dirigirnos, ya juntos, ya separados, á restaurar nuestras fuerzas con la segunda toma de chocolate, precedida por un vaso de limon ó de agraz. Reunido despues la familia, rezamos nuestro rosario, y acabado éste, suelo retirarme á mi despacho á leer un par de horas; ó bien acontece bajar el vecino don Segundo con su esposa, que forman con la mia y conmigo dos parejas homogéneas, para jugar una manita de mediator ó de malilla hasta las nueve, hora en que indispensablemente he de cenar, á fin de poder oir entre sábanas la campana de las diez.

»Tal es mi método de vida, que solo se interrumpe dos dias en el año, cuales son el del santo de mi esposa y el mio: en ellos, ademas del convite á los vecinos á mesa y refresco, es de ordenanza el tomar un palco para ver la funcion del coliseo, sea cual fuere, y sin cuidarnos de si pertenece á la familia clásica ó á la romántica, aunque siento mucho cuando toca en el género fastidioso.



»Pero es el caso, señor curioso de mi alma (y aqui entra la parte mas sensible de mi narracion), que asi como no siempre llene á gusto de todos, tampoco esta serenidad complacia á mi hija, desde que dió asomos de querer cumplir los quince, y desde aquel instante cesó la tranquilidad de mi existencia: hecho un Argos vigilante de sus pasos, con el fin de que no llegase á conocer las seducciones del mundo, me oponia á todo aquello que consideraba propio á despertar sus pasiones; evité cuidadosamente que ninguna persona humana mas que mis vecinos visitase nuestra casa; cerré puertas y balcones; prohibí amiguitas y parientas; desterré lecturas, músicas y baile; y en los ratos que me ostentaba mas amable, de vuelta á casa, despues de un paseo con ella á la fuente *del Pajarito*, ó á Nuestra Señora del Puerto, en vez de mi ordinaria cancion contra las costumbres del dia, la daba á leer algunos de los articulos de usted en las *Cartas Españolas* ó la *Revista*, tales como *Las visitas de dias*, *El Prado*, *Las tertulias*, *Las niñas del dia* &c., con lo cual creia haberla convencido sobre los inconvenientes del gran mundo para la juventud; pero si estos y los demas medios de mi defensa surtieron el efecto que me propuse, va usted á juzgarlo por si mismo.

»Ya he dicho á usted que mi casa era inaccesible á los pretendientes que la belleza y buena dote de mi hija podrian suscitar; sin embargo, el amor y el interes fueron bastante móvil para hacer que algunos (y por cierto no despreciables) me hicieran proposiciones por medio de

mis amigos; pero mi contestacion se reducía siempre á decir que mi hija era muy niña y no perdía tiempo (y á la verdad que esto último era demasiado cierto); con lo cual todos quedaban despedidos, y yo satisfecho de mi precaucion. El cielo, sin embargo, me reservaba el castigo de mi confianza, y aun no sé si diga de mi manía.

»Yo tenía por mis peccados un pleito pendiente, de cuyo estado venía á darme parte alguna vez mi procurador *don Simon Papirolario*, el cual solía traer consigo para llevar los autos á su escribiente *Frasquito*, mozo despierto y hablador: este, con toda intencion encontraba siempre el medio de empeñarme en disputas con su principal, mientras iba él á la cocina ó á la pieza de labor á beber agua ó á encender el cigarro, y... ¿lo creerá usted, señor observador? Pues tal ha sido el disfraz que tomó el amor para rendir el corazón de mi hija; con este trastornó su cabeza, inspirándola una pasion frenética, y este, en fin, es el que á consecuencia de una larga serie de disgustos, de males y contiendas, tengo que consentir como yerno mio, despues de haber despreciado tan ventajosos partidos. ¡Un escribiente de procurador...!

»Ahora dígame usted si debí esperar tan desgraciado suceso de mi sistema de vida, ó si cree mas bien que haya sido un resultado forzoso de él, en cuyo caso debe desengañar á los que le sigan, aconsejándoles que se engolfen en el gran mundo, y que escarmienten en cabeza del inconsolable=*Perpetuo Antañon*.»

Hasta aqui la carta del afligido corresponsal y no



habrá un solo lector que no haya observado en este buen señor á uno de aquellos espíritus exagerados que tienen la desgracia de no ver mas que los extremos de las cosas. Huyendo de las seducciones del gran mundo, vino á caer en el ridículo opuesto, convirtiendo su casa en un castillo; cerró las puertas al amor, y se le entró por la ventana. Lástjma grande que no hubiera tenido un amigo sincero que á tiempo le hubiera aconsejado lo conveniente.

«Vigile usted en buen hora (le hubiera dicho) sobre la conservacion de las buenas costumbres en su familia; pero no las revista de una austeridad insoportable: huya tal vez de las tertulias y sociedades en donde la seduccion se halla sistematizada; mas no cierre su casa á un pequeño número de personas escogidas y dignas de frecuentarla; dirija en vez de torcer las inclinaciones de su hija, y no dude que estas serán racionales cuando cese de mirar en el techo paterno una prision, y en el primer miserable atrevido que se la presente, su libertador y paladin.»

(Abril de 1833.)

## EL DIA DE FIESTA.

"Sin que pase la tarde  
decir no puedes  
¡qué dia tan hermoso!  
muchos como este."

\*\*\*

- ¿**M**uchacho?
- Señor.
- ¿Son campanas?
- Sí señor.
- Temprano la han tomado; ¡si apenas es de dia!
- Es verdad; pero como hoy es una fiesta solemne,  
ya usted ve.
- Y qué, ¿es á fiesta ese tañido?
- Mire usted, de todo hay: esas que se sienten á lo  
lejos son las de San Ginés, donde se celebra el santo del  
dia, y por eso tocan á vuelo, y las de mas cerca son las  
de Santa Cruz, y tocan á muerto, sin duda por aquel



droguero gordo de la calle de Postas, cuyo entierro se verifica hoy.

—Cierra, cierra bien los balcones, que voy á escribir.

—¿A escribir, señor? no verá usted.

—Tanto mejor, con eso no sabré lo que me escribo, y entraré en la moda del día.

Ahora, pues, leamos despacio mis notas, y escojamos materia conveniente... pero han llamado.

—Muchacho.

—Señor.

—Mira quién llama.

—Es el vecino de arriba que va á caza, y viene por usted.

—¿A cazarme á mí?

—Quiero decir, á que usted le acompañe.

—Buenos dias; señor *Postas*.

—Buenos dias, vecino; ¿qué tal, he cumplido la palabra?

—Sí; pero, hombre, salir así, tan de mañana....

—Pues mire usted, por mucha prisa que nos demos, ya llevaremos por delante cien escopetas que habrán estado esperando á que abrieran las puértas.

—¿Con que es decir que habré de vestirme?

—De cualquier modo; mireme usted á mí, ¡qué sencillito! zapato blanco, botines de estezado, pantalon gris, chaqueta corta, sombrero de calaña, mi morral, mi frasco, y... nada mas; lo que importa es ir ligero para poder andar mucho.

—¡ Ah! ¿ con que en eso consiste la diversion? Pero...  
; calle! ¿ otro convidado mas?

—No señor, es el vecino de la tienda, el señor *Liga*,  
que viene armado con su caña y demas arreos de pesca  
para ver si me cogia la delantera en llevarse á usted; pe-  
ro amigo, por esta vez chasco se lleva.

—Ya escucha usted, señor *Liga*, mi compromiso; el  
señor *Postas* es mas madrugador que usted.

—No consiste en eso, señor vecino, sino en mi mal-  
dita caña, que he tenido que prepararla con todo cuida-  
do por si acaso pica alguna pieza grande.

—Una ballena tal vez, ¿ no es verdad, señor *Liga*?

—Vaya, señor vecino, no hay que venirse con pullas,  
que á las veces donde menos se piensa salta la liebre.

—Eso de liebre (replicó vivamente el señor *Postas*)  
me toca á mí, y salte ella una vez, que asi se me escape  
á mí como por los cerros de *Ubeda*.

—Pues, señores, ya estoy vestido, y á la orden de  
ustedes.

—Ahora falta que escoja entre los dos elementos.

—El caso es que yo creo que los cuatro son á cual  
mejor, y si pudieran reunirse no encuentro motivo para  
separarlos.

—Dice muy bien el vecino; ¿ hay mas que marchar  
juntos, y alli donde atravesare el aire algun bulto lucir  
usted su habilidad, señor *Postas*, y donde topáremos  
agua sacar yo partido de la mia?

—Vamos, señores, vamos, pues, á nuestra anfibia  
espedicion.



Esto diciendo, nos dimos á luz por las pacíficas calles donde solo encontrábamos á tales horas cual ó cual lechero ó buñolera que preparaban con sus espeditos manjares el camino de la tienda de la esquina que acababa de abrirse, y cuyo amo enjuagaba ya las copas del aguardiente.

La campana de una iglesia inmediata nos recordó que la primera obligacion era la de oír misa; entramos, pues, en el templo; su inmensidad y silencio inspiraban recogimiento y devocion; el sonido de la campanilla, los trémulos pasos de algun anciano, la tos de algun otro escondido en las capillas, los fuertes golpes de pecho de un mozo arrodillado, ó el silbado rezo de una anciana sentada en el suelo, eran los únicos objetos que alteraban tal vez aquella sublime tranquilidad; y penetrado por ella, no pude menos de comparar tal espectáculo con el que algunas horas despues ofreceria el mismo templo henchido de gentes de todos sexos y condiciones, mezclados sin distincion, y mas ocupados en ostentar sus gracias y sus adornos que en la contemplacion del acto religioso.

Cuando salimos de la iglesia ya las plazuelas iban llenándose de géneros y de compradores, siendo los encargados de las fondas los primeros que acudieron á hacer enormes provisiones, prueba no pequeña de la solemnidad del dia, y en tanto que mis acompañantes empleaban algunos maravedises en pan y en frutas, compré yo disimuladamente unas perdices y unos peces, dando encargo á un mozo que nos siguiera con ellos á lo lejos.

Saliendo despues por la puerta de Toledo nos dirigimos al Canal, con el objeto de realizar nuestra alternativa diversion; el señor Liga en cuanto vió el agua, tomó su posicion académica, enarbolando su caña, y el señor Postas echó á correr por los vericuetos con la escopeta al hombro; yo tomé asiento al lado del primero con el objeto de ser testigo de sus triunfos; pero en los tres cuartos de hora que permanecí con él solo obtuvo por resultado una rana, un zapato y un pez, que me produjeron tres movimientos convulsivos de risa. Queriendo disimularla en lo posible, me alejé del vecino, fui á encontrar al lejano mozo, le envié cerca del pescador, con encargo de pregonar sus peces, entretanto que me dirigia á buscar á Postas, cuyos repetidos tiros me daban la esperanza de una abundante caza.

La victoria, sin embargo, no correspondia á aquella salva, pues todo ello se redujo á un gorrion que, tasado por peritos, podria valer hasta ocho maravedis, á trueque de cinco reales muy cumplidos de municiones que iban ya consumidas. El héroe, sin embargo, no se desanimó, y viéndome venir redobló sus esfuerzos, sosteniendo con guardas y pastores tantas disputas como descargas hacia; pero observando yo lo inútil de su eficacia resolví acudir al consabido espediente de llamar al de las perdices para que diese una vuelta al rededor del cazador.

Situéme despues en un puesto distante, y segun la señal convenida llamé con la bocina á mis dos corsarios; no tardaron en llegar cantando victoria, ostentando con



aire triunfal sus presas, y contándome el pormenor de su captura; yo les felicité como debía; pero al preparar el almuerzo con ellas, no pude resistir á la tentacion de hacer presente al señor Postas que aquellas perdices habian sido cogidas con lazo, y aquellos peces eran de otra clase que los que se dan en el Canal; replicáronme fuertemente; aparenté convencerme; mas volviendo á sonar el cuerno, se presentó mi montero mayor con el resto de las provisiones. Dejo pensar el efecto grotesco que produciria su vista en ambos adalides, y solo diré que, deseosos de recobrar su honor en el segundo ojeo, corrieron de nuevo á las armas, y me dejaron en disposicion de volverme pacíficamente á Madrid.

Las nueve poco mas serian, cuando atravesé la villa de uno á otro extremo, y mientras lo hacia con todo despacio, saboreando las diversas escenas que se presentaban á mi vista, sentíme llamar por un amigo que me seguia de cerca, el cual, tomando la palabra, ¿Qué es eso, señor curioso (me dijo), va usted recogiendo materiales para sus Escenas matritenses? Pues algunos podria yo darle á usted, que tambien yo hago mis observaciones, y aun me precio de inteligente en el arte de Lavater. Y sino, ¿quiere usted que le diga el estado y las circunstancias de todos los que van pasando á nuestra vista? pues óigala usted.

¿Ve usted aquel caballero tan bien portado que corre diligente con un lio debajo del brazo cubierto con su pañuelo? Pues ese caballero es un sastre que va á llevar la ropa á los parroquianos; diez y seis de ellos estan espe-

rándole sin salir de sus casas, y él no lleva recado mas que para cuatro, con que los otros doce irán á reconvenirle al taller ; pero él ha provisto ya á este inconveniente cerrándole y marchándose á pasar el dia al Soto de Migas Calientes.

Ahora repare usted á estotro lado, y observe esa pareja que cruza delante de nosotros : media hora hace que salió la joven (que en su guardapiés de primavera, delantal negro, pañuelo amarillo y mantilla de sarga, muestra ser diosa de cocina) de una casa en la calle de la Magdalena, y al despedirse del ama, que la encargó que volviera pronto, respondió muy satisfecha :—«Descuide usted, señora, en cuanto oiga misa.»—Pero al volver la esquina de la calle tropezó con aquel mancebo que la esperaba, y aunque en todo este tiempo que van juntos han pasado por diferentes iglesias, en ninguna han dado muestras de entrar ; y no es lo peor eso, sino que por el rato que va transcurrido tendrá ya la muchacha que volver á su casa.

—¿Y á usted qué le importa, le repliqué yo á este punto, esa intriguilla escuderil? Eleve usted un poco su pensamiento, y repare, si es que ya no lo hizo, en esa mamá noble que acaba de salir de su casa, llevando delantero un pimpollo de muchacha ; observe aquel cuidadoso descuido de su traje matutino, y como no ha temido su belleza á la peligrosa experiencia de la papalina rizada y pegadita á la cara : vea usted como ese pañuelito corto y recogido al cuello nos deja contemplar su talle delicado, y la botita de color su pie de cinco puntos:



mire usted con qué gracia nos hace conocer que va á misa, ostentando en las manos su devocionario lindamente encuadernado á la *Gaufré* por Alegria ó por Gi-  
nesta; pero sobre todo, ¿á que no adivina usted por qué vuelve la cabeza tan repetidas veces hácia nosotros? Pues no se esponje y envanezca, que no repican por él, y si no torne usted su vista hácia ese joven militar con capote de barragan azul forrado de encarnado, que viene detras de nosotros acortando sus pasos, y como midiéndolos á un compas conocido, rizándose los bigotes, y oblicuando sus miradas á la acera izquierda por donde va la niña.

—¿Y cómo ha sorprendido usted su pensamiento?

—Muy facilmente; observando que el salió de un portal de enfrente al mismo tiempo que ella de su casa, espiando despues sus miradas de inteligencia y... pero ¿á qué cansar? Sigalas usted si quiere, y por mí la cuenta sino les viere oir una misma misa; mas no, déjeles usted, y repare en ese joven que se adelanta hácia nosotros con su traje deslumbrante, como que conserva aun todo el brillo de la fábrica; contemple usted su atusado sombrero, todavia caliente de la plancha, su elevado corbatin, su lazo tan enigmático, sus botones de piedras de color, los sellos de similor purisimo; pues es un honrado ropero de calle de Toledo que va derechamente á hacer su visita matutina y *en gran tren* á su futura la hija de madama *Bobiné*, modista de Orleans; pero antes reflexiona que será bien comprar unos guantes amarillos para mayor autorizacion de su blanca mano, y con efec-

to, entra en aquella mal cerrada guantería; mas ¡ay! que ese que ha entrado detras de él es un alguacil; mucho me temo que al guantero le ha de costar diez ducados de multa el vender guantes el día de fiesta: verdad es que el día de trabajo nadie se los compra.

—No pierda usted, por Dios (me dijo á este tiempo mi amigo), el espectáculo de ese coche simon, nuevo caballo troyano, en cuyo seno han encontrado cabida hasta once cabezas entre chicas y grandes, formando un grupo piramidal en forma de caricatura, á cuyo pie podria escribirse: *Una boda del Barquillo*. La novia es una tabernera de la calle de San Anton, y el novio un alojero de la de San Marcos; el padrino, que es un tocine-ro rico de la Costanilla, ha tomado el coche para todo el día, con el objeto de pasear la boda por las calles y saludar á todo el mundo; pero como las mulas son algo flacas y la carga demasiado gruesa, y como por otro lado han tomado la precaucion de emborrachar al cochero, de aqui viene esa marcha oblicua y desigual que usted observa, y que concluirá por dar con la boda en el suelo, no sin grave contento de curiosos y muchachos que acompañen con sus silbidos los lamentos de los contusos.

Con estos y otros espectáculos eran las once cuando llegué á mi casa, y al pasar por delante de la tienda del señor Liga observé á un mancebo muy agraciado que estaba á la puerta haciendo sonreír á la esposa de aquel, con lo cual no pude menos de exclamar: ¡Cosas del mundo! ¡su marido acaso no habrá sacado aun un pez, y á ella sin buscarlos se le vienen á la mano!



Subi diciendo esto á mi cuarto, cuando sentí abrir la puerta de mi vecino el señor *don Magnifico Pabon*, cuyo criado, cuadrándose en la escalera, preguntó:— «¿ Es el peluquero de su señoría? »—No, amigo, le contesté; pero segun el tufo de esencias que me ha dado al pasar, juraré que le dejo á la puerta de la tienda componiendo una receta de mil flores; y asi era la verdad, pues á este tiempo subia ya el mancebo, preparando los peines al son del romance frances de *Le Trouvador*.

Encerrado por fin en mi cuarto, me proponia aprovechar el resto de la mañana en disponer mi artículo; mas no bien lo empezaba á hacer, cuando entró por la puerta el señor don Magnifico en persona, radiante como un reverbero, que iba á la corte con su uniforme nuevo; propúsome acompañarle para hacer despues juntos varias visitas; acepté el ofrecimiento, y hénos aqui caminando á palacio por entre una multitud de carruages de todas edades y condiciones, y de otra aun mas numerosa de pedestres en canillas, cuya vista, fija en los pies, se hallaba ocupada en defender las nacaradas medias de la inmunda profanacion del lodo.

Llegados á palacio subió mi compañero, y yo marché á esperarle á casa de un amigo, donde no tardó en llegar, con lo cual empezamos nuestras visitas de buen tono; pero tuvimos la suerte de despacharlas pronto, porque las señoras habian salido, cuál á la misa de la tropa, cuál á la *de las dos* en el Buen Suceso, cuál á la revista en el Prado, y cuál, en fin, á otras visitas, y esto

me convenció de la ventaja de hacerlas en día de fiesta. A todo esto eran ya las tres, y por indicacion de don Magnifico, y aunque no teniamos necesidad de ello, atravesamos á lo largo la calle de la Montera, en cuya acera izquierda se hallaba reunida á aquella hora entre sol y sombra la flor y la nata de la andante caballeria, y al pasar por aquellos grupos no pudo prescindir mi vecino de bajar el cristal y sacar por el ventanillo la manga de su uniforme, con la cual quedó satisfecho de haber fijado la conversacion general por cinco minutos.

La tarde de un día de fiesta necesitaria por sí una prolija descripcion en que podria lucir el pintor el efecto de los contrastes. Pintaria de un lado á una buena parte de la multitud, piadosa y recogida, poblando las iglesias para asistir al jubileo ó al sermón, en tanto que otra gran parte del pueblo corre bulliciosa á los circos á presenciar las gracias de un novillo ó las desgracias de un volatin; opondria la variedad y alegria de los retirados paseos, como la pradera del Canal, la Virgen del Puerto, la fuente Castellana y otros asi, en que las meriendas improvisadas, las danzas provinciales, y los juegos bulliciosos ofrecen una animacion exagerada, y aun peligrosa algunas veces, á la prosopopeya uniforme de los paseos de buen tono, como el Prado y el Retiro; las ruidosas disputas de las tabernas, y las acaloradas discusiones de los cafés: la complacencia extraordinaria de los espectadores de la escena muda del descuartizado, ejecutada por *el primer fantasmagórico español*, ó de los azares de don Simplicio Bobadilla, y la fria indife-



rencia de la sociedad altisonante escuchando pocas horas despues el Cid de Corneille ó el Pirata de Bellini. Esto me hizo repetir la observacion que alguno ha hecho antes que yo, á saber: «que las fiestas son variedad en el aburrimiento del rico, consuelo y verdadero placer del pobre.»

Tarareando aun el rondó final de la ópera regresé á mi casa para descansar de una vez; pero me hallé con un nuevo suceso que vino á distraer mi atencion, y fue que al entrar en mi cuarto me hallé tendido al señor Postas llorando su desventura.

—¿Qué hay, señor Postas, qué llanto es ese?

—Pobre de mí, señor vecino, pobre de mí, que he ido por lana y vuelvo trasquilado; quiero decir, que yo salí de mi casa á cazar sin haberlo conseguido, mientras que otro ha cazado en mi casa todo lo que habia en ella.

—¡Qué desgracia!

—Verdad es que no habia nada, pero menos he hallado yo fuera, como no sea este fagonazo que me ha abrasado media cara.

—Vaya, consuéllese usted, podrá ser que.... pero ¿qué voces son estas que se sienten arriba, «¡que me mata! ¡vecinos!» qué es esto?

—Nada, señor vecino, no se asuste usted, será el tío *Curro Cariñena*, el oficial de zapatero que vive en la buardilla de la esquina, que vendrá con el refuerzo acostumbrado en tales días, y tratará de disculparse con su muger dándola de palos.

—¡Infeliz! vamos á socorrerla.

Hicimoslo en efecto , no sin grave trabajo ; y dejando al señor Postas en su habitacion , tomé yo á la mia para acostarme , como lo hice , procurando desechar penas y enojos ; pero el ruido del baile que aquella noche daba don Magnifico , pared por medio de mi alcoba , no me dejaba sosegar un momento , haciéndome renegar de mi vecindad y del dia de fiesta , cuando de repente siento una agitacion universal en toda la casa , y entre carreras y gemidos llegan á mí las voces de « *fuego , fuego.* » Salto precipitado de mi lecho , corro al peligro , y encuentro que era el fogon del señor Liga , que habiéndole abandonado sin precaucion por todo el dia , el marido ausente en la pesca , y la muger en los novillos , salia ahora con la ocurrencia de que se estaba quemando desde las seis de la tarde. La consternacion entonces se hizo general ; toda la vecindad acudió á apagar el incendio , y aunque felizmente lo conseguimos muy pronto , tardamos aun el resto de la noche en recoger las reliquias de muchos efectos que algunos amigos officiosos , para librarles de todo peligro , habian arrojado violentamente por el balcon .

(Abril de 1833.)



## LA CASA DE GERVANTES.

—••—

“Los sitios habitados en otro tiempo por los hombres ilustres escitan grandes y generosos recuerdos, y no sin razón se ha comparado la fama que les sigue á aquellas preciosas esencias que llenan el espacio y se evaporan difícilmente.”

Jouy.

**E**l antiguo Madrid no existe ya. Si por ventura lució bajo el nombre de *Mantua* en tiempo de los griegos, ningun vestigio, ningun testimonio sólido nos queda para probar tan remota antigüedad. ¿Pretendemos buscar el *Maioritum* ó la *Ursaria* de los romanos? ¿Dónde estan, pues, los templos, los circos, los caminos, los acueductos con que aquellos enriquecieron su recinto? Ni una sola piedra nos demuestra su existencia en aquella época. Los godos, que arrancaron á los romanos el imperio de España, gobernándola por siglos hasta la in-

vasion de los sarracenos , ¿ qué monumentos de su poder dejaron á esta villa ? ningunos : ni las historias de aquellos reinados la nombran aun.

¿ Qué prueba tenemos de la prosperidad del *Magerit* de los mahometanos ? Un estrecho recinto contenido desde el sitio donde estuvo el Alcázar , al de Puerta de Moros , y en él muchas calles revueltas y costaneras ; uno ó dos templos de mezquinas proporciones , y los nombres de algunos sitios ; tales son los únicos restos de la villa avanzada de Toledo , de la conquista de Alfonso el VI.

El soberbio alcázar de Madrid , que resistió á las tropas del emperador de Marruecos , y posteriormente jugó un papel de importancia en las civiles guerras de don Pedro y don Enrique , doña Isabel y doña Juana ; las poderosas murallas , las torres y puertas que aun se conservaban en el reinado del emperador , todo fue desapareciendo con el tiempo ; pudiéndose hoy apenas encontrar algun otro edificio cuya fecha sea anterior al establecimiento de la corte en Madrid por el señor don Felipe II. Empero aquella real determinacion , atrayendo á esta villa el poder y la riqueza de dos mundos , hizo nacer como por encanto una poblacion , cuya estension y suntuosidad oscureció casi del todo las glorias de la antigua ; y hé aqui la razon por qué los recuerdos matritenses apenas penetran mas allá de aquella época.

La imaginacion se sorprende con el brillante espectáculo de la corte del poderose Felipe II y de sus dos sucesores. Capital de la monarquia mas estendida del



orbe, llave de la política europea, teatro de los mas importantes acontecimientos, centro de los hombres mas distinguidos, Madrid se identifica entonces con los recuerdos mas gloriosos, y su historia es ya desde aquella época la historia de la monarquía. Eternos por lo tanto deberian ser los monumentos de tal grandeza; mas por desgracia el transcurso de los tiempos, los desastres de las guerras, y el capricho y comodidad de los moradores de esta villa, han ido destruyendo continuamente aquellos históricos documentos, en términos que solo algun otro edificio público nos queda para idea de la corte de los siglos XVI y XVII.

Verdad es que la munificencia de los augustos soberanos de la casa de Borbon, dirigida por el buen gusto de la época presente, han hecho olvidar la falta de aquellas antigüedades con magnificas obras que prestan á la villa su actual suntuosidad. El palacio de Felipe IV pereció; pero en su lugar se eleva uno de los mas elegantes de Europa. El sitio del Buen-Retiro, obra del poderoso conde-duque, apenas conserva vestigios de su primera faz, si bien ostenta en el dia nuevos primores. Los templos fundados durante los reinados de la casa de Austria, destruidos por la mayor parte en la invasion francesa, aparecen hoy despojados de su caracter de antigüedad, y revestidos del gusto moderno. Los paseos, teatro de las galantes aventuras de aquella época, presentan hoy un aspecto y una importancia diferentes; el ingenioso Calderon desconoceria el florido *Parque de Palacio* en el inculto término que hoy conocemos con aquel nombre,

al paso que sentiria admiracion al contemplar el magnifico paseo que ha sustituido al desigual y escabroso *Prado de san Hierónimo*. Los palacios de los magnates, los edificios públicos, las magnificas puertas, y el aspecto, en fin, de novedad y elegancia que adornan á la corte de Carlos III y Fernando VII, la harian desconocida á los mismos que en otro tiempo la pintaran, al inmortal Cervantes, al sublime Calderon, al fecundo Lope, al festivo Quevedo, y á tantos otros como en aquellos siglos formaron las delicias de Madrid, cautivando la admiracion de Europa.

Mas si nuestra exigencia y nuestro lujo pueden tal vez hallarse satisfechos con la moderna belleza de los objetos que nos rodean, no asi lo quedarian nuestro entendimiento y nuestra memoria, si tal vez pretendieran saborear la magia de los recuerdos; despojados ora de los restos de la antigüedad, en vano intentaríamos respirar el aura de la gloria en los sitios habitados por los hombres ilustres; en vano pretendiéramos identificarnos con ellos, uniendo su memoria á los objetos materiales que les rodearon en vida; la simple vista de aquellos monumentos nos sacaria al instante de nuestro error, ofreciéndonos solamente la mano del moderno artista, donde buscábamos la sombra del antiguo genio.

No era un mero capricho el que habia determinado en mí estas reflexiones, sino la escena que acababa de presenciar, y en la que habia yo sido uno de los interlocutores. Parado una de estas últimas mañanas en la calle del Leon viendo derribar la casa número 20 de



la manzana 228, que hace esquina y vuelve á la de Francos, habia largo rato que permanecia abismado en aquellas ó semejantes consideraciones, cuando llamó mi atencion viniendo á sacarme de mi éxtasis el caballero Roberto Welford, joven inglés de ilustre nacimiento, y uno de los poquisimos extranjeros que visitan nuestra España con solo el objeto de verla.

—¿Qué hace usted ahí, me dijo, tan absorto y entretenido?

—Veo derribar una casa.

—Por cierto que es un filosófico espectáculo.

—Acaso mas que lo que usted cree.

—Conforme: si la casa es de usted, desde luego le doy la razon.

—No, no es mia, ni un sentimiento material y mezquino es lo que me ocupa en este momento: mas sublime es la idea que me hacen nacer esas ruinas, y usted sin duda participará de mi sensacion cuando le diga que en esa casa que desaparece ante nuestra vista vivió y murió pobremente **MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA** (1).

(1) Léanse en prueba de esta asercion las noticias prolijas de los señores Rios, Pellicer, Mayans, Navarrete y otros; solamente no fijan el cuarto que ocupó, aunque hay razones para creer que fuera el entresuelo, y acaso podrian añadir á ellas fundamento los siguientes versos con que concluye el viaje al Parnaso:

» Fuíme con esto, y lleno de despecho  
 busqué *mi antigua y lóbrega posada*  
 y arrojéme molido sobre el lecho,  
 que cansa, cuando es larga, una jornada.»

—¡*La casa de Cervantes...*! (un golpe eléctrico no hubiera hecho impresion tan repentina en el semblante del inglés como la que produjo el solo nombre del autor inmortal). ¡Es posible! exclamó con resolucion; ¿y quién se atreve á profanar la morada del *escritor alegre, del regocijo de las musas*?

—El interés, mister, el interés será el que justamente incline á su dueño á sacar mas partido de su propiedad, sin cuidarse de glorias que nada le producen.

—¿Y por qué no le producen? ¿Por qué los magnates, los cuerpos literarios, los particulares amantes de su pais, no se apresuraron á adquirir á toda costa el único resto de tan célebre autor, para evitar cuidadosamente su aniquilamiento? —(Y esto diciendo, sacó su Album, y empezó á dibujar la fachada de la casa, accion sencilla, pero espresiva, que hizo correr mis lágrimas.)

—Los ilustrados historiadores y anotadores de Cervantes (deciale yo mientras continuaba su dibujo) han averiguado con efecto, á no poderlo dudar, que habitando esta casa arrebató la muerte al hombre célebre, cuya sangre, derramada en los combates, cuyo ánimo esforzado en las prisiones, y el sublime mérito en fin, de sus obras en la paz y en el retiro, no pudieron despertar la atencion de sus contemporáneos, viviendo en medio de ellos pobre y necesitado, y muriendo oscura y miserablemente el dia 23 de abril de 1616.

—¿Cómo, exclamó vivamente el inglés, en el mismo dia que nuestro *Shakespeare*! Pero el poeta britano tiene el soberbio mausoleo de Westminster, al lado de nues-



tros monarcas, mientras que el español... ¡qué contraste!

—Su cuerpo fue depositado por disposicion suya en el convento de las monjas trinitarias: pero el injusto desden que le persiguió durante su vida, privó á sus cenizas del homenaje merecido, llegándose á ignorar el lugar de su sepultura, culpa imperdonable en sus ingratos contemporáneos.

Los mas eruditos españoles que vinieron despues, ocupados cuidadosamente en recoger los mas pequeños datos de la vida del autor del QUIJOTE; los sabios de todas las naciones, formando una sola voz para encomiar aquella obra inmortal; las prensas y buriles, continuamente ocupados en reproducir sus bellezas con todo el lujo artístico, no eran aun completo desagravio á la ultrajada memoria de Cervantes; estaba, pues, reservada esta gloria á nuestro monarca actual, consagrando á aquel el monumento mas noble y desconocido entre nosotros; sí, amigo mio, á la voz del soberano, y bajo la direccion de un ilustrado magnate, cuyo nombre se enlaza naturalmente con los estímulos dados á las letras y á las artes, ya el cincel del español Solá reproduce las facciones del *manco de Lepanto*, para que colocada su estatua en una de las plazas públicas de esta capital sirva de eterno tributo consagrado á la memoria del escritor que forma el orgullo de la nacion y las delicias del género humano (1).

(1) Esta estatua está ya colocada en la plaza de las Córtes.

—Cuando el gobierno da el ejemplo (replicó el inglés), el público no debía mostrarse indiferente, y una suscripción voluntaria debería no solo haber libertado esta casa de su ruina, sino haberla consagrado exclusivamente á la mansión de un cuerpo literario ú otro objeto adecuado á la memoria del ilustre escritor.

—¿Qué quiere usted? Esos testimonios prodigados al genio en otros países, no escitan entre nosotros emulación ni entusiasmo. Vea usted desde aquí, sin ir mas lejos, aquella casa baja, señalada con el número 11 en la calle de Francos; pues esa fue propiedad del famoso LOPE DE VEGA, el cual colocó sobre su puerta esta filosófica inscripción, que tampoco existe hoy: »*Parva propria magna, magna alliena parva.*» En ella vivió y murió; y aunque por una escepcion estraña entre nosotros reunió durante su vida á una decente medianía la gloria que sus numerosas obras le produjeron (1), y mereció á su muer-

(1) Los que exageran las riquezas de Lope de Vega pueden leer los siguientes trozos de su testamento, que original he visto casualmente, y cuya copia conservo. Este testamento está otorgado en 26 de agosto de 1635, vispera de su muerte, ante don Francisco Morales, escribano del número de esta villa, y entre otras cosas dice lo siguiente:

—“Declaro que antes de ser sacerdote y religioso fui casado, según orden de la Santa Madre Iglesia, con doña Juana de Guardo, hija de Antonio de Guardo y doña María de Collantes, su muger, difuntos, vecinos que fueron de esta villa, y la dicha mi muger trajo por dote suyo á mi poder 22.382 rs. de plata do-uble, é yo la hice de arras 500 ducados de que otorgué escritura ante Juan de Pina, y de ellos soy deudor á doña Feliciana Fellix del Carpio, mi hija única, y de la dicha mi muger, á quien



te el duelo general de todo un pueblo que acompañó sus restos hasta la bóveda de san Sebastian , muy luego fue olvidado en ella , y á pesar de los propósitos del duque de Sesa , su testamentario , de levantarle un mausoleo correspondiente , es lo cierto que no llegó á verificarse , y que sus cenizas fueron confundidas con las de la multitud.

«mando se paguen y restituyan de lo mejor de mi hacienda con las ganancias que le tocaren.

—Declaro que la dicha doña Feliciana , mi hija , está casada con Luis Usategui , vecino de esta villa , y al tiempo que se trató el dicho casamiento le ofrecí 5000 ducados de dote , comprendiéndose en ellos lo que á dicha mi hija le toca de su abuelo materno... *y respecto de haber estado yo alcanzado* no he pagado ni satisfecho por cuenta de la dicha dote maravedís ni otra cosa alguna , aunque he cobrado de la herencia del dicho mi suegro algunas cantidades... mando se les paguen los dichos 5000 ducados.

—Declaro que el rey nuestro señor (Dios le guarde) , usando de su benignidad y largueza , ha muchos años que en remuneración del mucho afecto y voluntad con que le he servido , me ofreció dar un oficio para la persona que casase con la dicha mi hija , conforme á la calidad de dicha persona , y porque con esta esperanza tuvo efecto el dicho matrimonio , y el dicho Luis de Usategui , mi yerno , es hombre principal y noble , y está muy alcanzado : suplico á S. M. con toda la humildad , y al Excmo. Sr. Conde-duque , en atención de lo referido , honre al dicho mi yerno haciéndole merced , como lo fío de su grandeza.”

Este testamento concluye nombrando por heredera universal á doña Feliciana , su hija única , y á la sagrada religion de san Juan , por lo que la perteneciere , segun los estatutos , y por testamentarios nombró al Excmo. Sr. duque de Sesa , don Luis Fernandez de Córdoba , y á su yerno Luis de Usategui.

Vuelva usted la vista á esa calle que tenemos á la derecha (que es la llamada del Niño); en ella y su número 4 vivió el ingeniosísimo *Quevedo*, aunque de resultas de las graves persecuciones que sufrió, murió pobremente en la Torre de Juan Abad, siendo enterrado en Villanueva de los Infantes, á pesar de haber ordenado que su cuerpo se trajese á santo Domingo de Madrid.

El mas privilegiado en este punto de nuestros antiguos escritores es *Calderon*, quien habiendo legado sus bienes á la piadosa congregacion de presbiteros naturales de esta corte, de que fue hermano mayor, mereció de esta un sencillo cenotafio en el sitio de su sepultura á los pies de la iglesia de san Salvador, que aun existe con el retrato del poeta, pintado por su amigo don Juan de Alfaro (1).

Este es el único monumento que recuerdo existente hoy en Madrid elevado á las cenizas de un particular sabio, al paso que observará usted muchos prodigados á nombres solo conocidos por sus títulos y riquezas. *Mariana*, *Solis*, *Saavedra*, *Moreto*, *Tirso*, *Juan de Herrera*, *Velazquez* y tantos otros, cuyos sublimes genios formaron otro tiempo el encanto de la corte y de la nacion entera, yacen ignorados sin que nadie se duela de ellos: los modernos *Jovellanos*, *Isla*, *Melendez*, *Moratin*, *Cienfuegos*, *Maiquez* y otros muchos, victimas

(1) A consecuencia del derribo de la iglesia de san Salvador en 1841 fueron trasladados los restos de Calderon al cementerio de san Nicolás fuera de la puerta de Atocha.



de su desgraciada suerte, fueron por lo general cubiertos con estraña tierra; y si bien la benevolencia del monarca ha levantado monumentos duraderos á la memoria de varios de ellos en la edicion magnífica de sus obras, la indiferencia del público es la misma, y en prueba de ella me contentaré con citar á usted un hecho solo.

Aun no hace tres años que la real junta de damas de honor y mérito de la piadosa casa inclusa de esta corte determinó rifar la casa y huerta de Moratin, en la villa de Pastrana, de que aquel habia hecho generosa cesion á dicho establecimiento. Dejo á usted considerar el resultado de una rifa abierta en Lóndres á la casa de Shakespeare, ó en Paris á la de Moliere; pues bien; en Madrid fueron tan pocos los billetes despachados á la de Moratin, que volvió á quedar por el mismo establecimiento; bien es la verdad, que ni en los anuncios ni billetes se espresó haber pertenecido al Terencio español; pero esto mismo prueba la persuasion en que se estuvo de que semejante titulo no añadiría mayor estímulo á los jugadores.

A este punto llegábamos de nuestra plática, cuando un gran trozo de pared viniendo al suelo, y envolviéndonos en una nube de polvo, nos obligó á retirarnos de aquel sitio, si bien lentamente, y volviendo á cada paso los ojos á *la casa de Cervantes*.

## NOTA.

La lectura de este artículo, publicado por el *Curioso Parlante* en la Revista Española el dia 23 de abril de 1833 (aniversa-

rio de la muerte de Cervantes), escitó de tal manera el celo patriótico del difunto comisario de Cruzada don Manuel Fernandez Varela, que inmediatamente llamó al autor y empezó á dar activos pasos, que produjeron á los diez dias la real orden que se copia á continuacion. El autor de esta obrita se lisonjea en recordar aqui la parte que pudo caberle en tan patriótica resolucion.

#### REAL ORDEN.

«Ministerio del fomento general del reino.— Cuando llegó á  
 » noticia del rey nuestro señor que se estaba demoliendo por ha-  
 » llarse ruinoso la casa número 20 de la calle de Francos de esta  
 » corte, en que tuvo su modesta habitacion el célebre Miguel de  
 » Cervantes Saavedra, que tanto honor y lustre ha dado á su pa-  
 » tria, se sirvió S. M. prevenirme que por medio de V. S. se hi-  
 » ciesen proposiciones al dueño de ella, para que adquiriéndola el  
 » gobierno se reedificase y destinase á algun establecimiento lite-  
 » rario. Pero habiendo manifestado V. S. que aquel tenia repug-  
 » nancia á enagenarla, y queriendo S. M. por una parte que sea  
 » respetada la propiedad particular, y por otra que quede á lo  
 » menos en dicha casa y á la vista del público un recuerdo per-  
 » manente de haber sido la morada de aquel grande hombre; ha  
 » tenido por conveniente resolver que en la fachada de la referi-  
 » da casa, y en el paragé que parezca mas á propósito, se coloque  
 » el busto de Miguel de Cervantes, de que está encargado don Es-  
 » teban de Agreda, director de la real academia de San Fernan-  
 » do, con una lápida de mármol y la correspondiente inscripcion  
 » en letras de bronce. El comisario general de Cruzada, vice-pro-  
 » tector de la misma academia, don Manuel Fernandez Varela,  
 » animado de su celo por el fomento de las artes, y por las glo-  
 » rias de su patria, se ha apresurado á proponer á S. M. que de  
 » los fondos que se hallan bajo su direccion, y de la parte de  
 » ellos que está destinada á auxiliar á los artistas, se haga el  
 » gasto necesario para llevar á efecto este pensamiento, lo que  
 » S. M. se ha dignado aprobar. Y de su real orden lo comunico á  
 » V. S. para que tenga su debido cumplimiento, poniéndose V. S.  
 » de acuerdo con el espresado comisario general vice-protector de



»la academia, á quien lo traslado con esta fecha, y con el dueño de la casa que ha dado para ello su consentimiento. Dios »guarde á V. S. muchos años. Madrid 4 de mayo de 1833. = Señor corregidor de esta villa.»

En consecuencia de esta real orden, y verificada la reedificación de la casa, se colocó sobre la puerta principal de ella que da á la antigua calle de Francos un medallón de mármol de Carrara que representa la imagen de Cervantes en alto relieve sobre un cuadrilongo de piedra berroqueña, adornado con trofeos poéticos, militares y de cautividad, y debajo una lápida de mármol de Granada con esta inscripcion en letras de oro.

*Aquí vivió y murió*

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA,  
*cuyo ingenio admira el mundo.*  
 Falleció en MDCXVI.

La manifestacion al público de este monumento tuvo lugar el dia 13 de junio de 1834; y posteriormente en la reforma de los nombres de muchas calles de Madrid, verificada por su celoso corregidor el marques viudo de Pontejos, se ha dado á la ya dicha de Francos el nombre de *calle de Cervantes*, aunque para proceder con claridad este nombre le merecia la calle del Leon, porque en ella propiamente estaba la casa, aunque con accesorias á la de Francos; y con eso pudiera haberse llamado á esta última calle de *Lope de Vega*, pues consta la casa en que vivió y murió; y aun la inmediata del Niño debiera tambien haber mudado de nombre por el de *Queredo*.





## ADVERTENCIA.

*Con motivo de un viaje del autor verificado en 1833 y 1834, hubo de suspender su agradable tarea, siendo el artículo de la Casa de Cervantes el último que por entonces escribió, hasta que con algunos mas que publicó en 1835 á su regreso (y son los que completan este tomo), dió por terminada la primera série de sus cuadros ó Escenas Matritenses, continuando despues la segunda con los publicados desde 1836 hasta el dia.*

*El artículo de El primer dia en Paris que vá á continuacion, parece que no debia tener lugar en esta obra, por referirse á distinto pueblo y costumbres; pero ha creido que acaso no desagradaria á sus lectores conocer las primeras impresiones del curioso madrileño á la vista de la capital francesa; impresiones que mas ó menos modificadas en un segundo viaje hecho recientemente, ha esplanado mas en una obrita especialmente consagrada á aquel pais.*

ADVERTENCIA

Con motivo de un error del autor escrito en 1833 y 1834, hábo de suspender en adelante toda, siendo el artículo de la Casa de Gobierno el último que por entonces escribió, hasta que con algunos años que publicó en 1835 á su regreso, y con los que con- (página esta tomo), sé por lo tanto la primera serie de sus cuadros ó Escenas Históricas, compuesto de- para la segunda con las publicadas desde 1836 hasta el día.

El artículo de El primer día en París que sé á con- tinuacion, parece que no debía tener lugar en esta obra, por referirse á distinto pueblo y costumbres, pero ha creído que acaso no desagradaría á sus lectores con- cer las primeras impresiones del curioso viajero que á la vista de la capital francesa; impresiones que más ó menos modificadas en un segundo viaje he- cho recientemente, ha experimentado más en una obra especialmente consagrada á aquel país.



## EL PRIMER DIA EN PARIS.

**P**ara un espíritu observador, para una imaginación viva, para un ánimo exaltado por el deseo de conocer y comparar los hombres y las cosas, no hay duda alguna que el día de la llegada á Paris es uno de aquellos acontecimientos solemnes, de aquellas sensaciones profundas que, ó no se borran jamás, ó dejan honda huella en el corazón y en los sentidos.

Yo llegaba á Paris por *Charenton* (1), así como otros van á Charenton desde Paris. Había salido aquella mañana de la linda ciudad de *Melum*, y deseoso de saborear detenidamente todos los objetos que me ofrecieran las inmediaciones de la gran capital, había abandonado la diligencia y tomado una carretela con otro compañero de viage, también joven, también extranjero, y tam-

(1) En esta villa hay un célebre hospital de locos.

bien como yo deseoso de gozar. Ignoro si á él le sucederia lo que á mí, ni sé si pensaria en Viena, su patria; por mi parte no podía apartar la memoria de la mia, y estableciendo una relacion mental entre el punto de mi partida y el de mi llegada, contemplaba el Manzanares desde el *Sena*, el cerro de los Angeles desde las alturas de *Montmartre*, y los puentes de Segovia y de Toledo desde los de *Jena* y *Austerlitz*.

Y todavia no eran estas las comparaciones mas desventajasas; pero cuando veia desplegarse á mis pies aquellas ricas y frondosas campiñas; cuando contemplaba los caminos cuidadosamente enlosados y acotados por dobles filas de hermosos árboles; cuando en vano pretendia enumerar la multitud inmensa de las casas de campo (*chateaux*), paradores (*hotels*), fondillas (*restaurateurs*), y caseríos no interrumpidos durante algunas leguas, y que á cada paso me hacian acrecer la idea de la capital que iba á conocer; cuando esta se desplegó á mi vista en toda su estension, y me representó positivamente las cúpulas del Panteon y de los Inválidos, las torres de Nuestra Señora, de San Sulpicio y de las Tullerías; aquellos palacios, en fin, aquellos templos que ya de antemano tenia yo tan impresos en mi mente; cuando en fin comparé todo este magestuoso espectáculo con el triste y monótono que tantas veces habia contemplado en los alrededores de nuestro Madrid, no pude menos de dejar escapar un suspiro, que bien rápidamente debió atravesar las trescientas leguas que me separaban de este.



— Ya habíamos pasado el puente de Charenton, y yo contando cuidadosamente los pasos que me acercaban á la capital, habia preguntado al conductor ¿cuánto nos faltaba aun para esta?

— Dos leguas, me contestó.

— Pero la série de casas de uno y otro lado no concluía, antes bien de bajas y sencillas, iban tomando formas mas magestuosas y elegantes; ya se dividian en calles traviesas y de una prolongada estension; ya daban lugar á plazas regularmente formadas; ya la multitud de carruages de todas las formas conocidas, de tragineros, de paseantes, iba aumentando prodigiosamente; ya veia desplegarse á mi vista un prodigioso número de tiendas, almacenes, cafés... y sin embargo Paris no parecia.

— Conductor, ¿cuánto nos falta aun para llegar?

— ¿Adónde?

— A Paris.

— Hace hora y media que estamos en él.

— Pues ¿cómo? ¿desde cuándo?

— Desde Charenton.

— ¿Pues no habia dos leguas?

— Sí señor, pero son contadas desde la plaza de Nuestra Señora, punto general para todos los caminos de la Francia.

— ¡Con que esto es Paris! ¡dos leguas! por cierto que es bien grande! ¡Y en verdad que debia haberlo adivinado, porque estas calles interminables, estos altísimos edificios, este bullicio de pueblo, no eran cosa

que podian encontrarse en cualquier parte...—Pero señor, adónde vamos á parar? Dos horas hace que andamos, y aun no hemos llegado al punto de parada; y eso que vamos en pies agenos: ¡cielos! qué será cuando tenga que franquear estas distancias con los míos....! ¡Qué tristeza...! esto será vivir solo en medio de la multitud. Esta sentida reflexion es terrible, y sin embargo es la primera que asalta á un extranjero.

Por lo demas (continuaba yo mi monólogo mental), ¡qué feo es París! ¡qué calles tan súcias y oscuras! ¡qué casas tan negras! ¡qué monotonía, qué pesadez de edificios! ¿Dónde estás, alegre y hermosísima calle de Alcalá con tu arco de triunfo, y tus árboles, y tu Retiro, y tu Prado, y tus fuentes, y tu Aduana, y tus casas blancas, y tu cielo azul, puro y brillante? ¿Y para esto he andado yo trescientas leguas, para meterme en este tenebroso basurero? Reniego de París, reniego y me arrepiento de mi resolucion.

«*Hotel royal des messageries.*» Hola, aqui es donde haremos alto... ¡Qué confusion! ¡cuántos coches y diligencias en el patio! Aquel que descarga alli viene de Bruselas; el otro de Viena; el de mas allá de Berlin; pero ¿qué quieren estos hombres que me cercan, me acosan, y me hacen mil reverencias...? ¡ay que el uno se lleva mis baules, otro mi maleta, otro mi sombrera y mi saco! ¡que los meten en aquel coche...! ¿qué es esto, dónde me llevan ustedes?

—*Entrez Monsieur.*

—Pues señor, héme aqui trasegado con todos mis



efectos á un coche de ciudad ; ¿pero adónde nos dirigiremos? veamos las papeletas de los *hotels* que me han dado estos hombres... escojamos.

—«Conductor, al *hotel de... Rue Richelieu.*»

—«Estamos en él.»

El que vaya á juzgar de lo que en Paris se llama un *hotel* por lo que en Madrid llamamos una fonda ó casa de posadas, desde luego puede estar convencido de que se equivoca de medio á medio. En una capital como aquella, donde va á reunirse constantemente lo mas escogido y brillante de la poblacion de Europa; donde los potentados y aun los reyes llegan de incógnito, confundiéndose con la inmensa multitud; donde no hay clase de aliciente y de comodidad que no se ponga en uso para fijar todo lo posible esta poblacion móvil de viajeros que tanto beneficio dejan al comercio y á la industria; puede desde luego concebirse que las mansiones dedicadas á recibirlos y hospedarlos, reunirán cuantos agrados pueden imaginarse para hacerles mas grata su permanencia. Asi es la verdad; los primeros edificios particulares de Paris, los magníficos palacios de la antigua nobleza, han sido convertidos en *hotels* por el espíritu de especulacion. Añádase á esto la elegancia y primor del mueblage de las habitaciones, el esmero y aseo en el servicio, el orden admirable en el régimen interior de aquellas casas, donde cada uno llega á dudar si está solo, y si solo para él se prodigan aquellos cuidados, no se estrañará la facilidad con que de este modo se iden-

tifica muy pronto el forastero con una vida en que no puede echar de menos las comodidades de su propia casa.

Héme aquí instalado en mi habitación parisien, con mi chimenea con su espejo incrustado en la pared, mi cama, mi cómoda ó *secrétaire*, mi velador, mis sillones, mi reloj y mis candeleros y campanillas: ¡cuán grato es aquel primer momento en que uno entregado á sí mismo, y descansando de las fatigas de tan largo viage, no teme ya que nadie le moleste, y volviendo agradablemente la vista á los objetos que le rodean, les escucha, aunque mudos, decirle todos «Estás en Paris.»

Pero no dura largo tiempo este reposo. La puerta se entreabre respetuosamente.—Es el criado conductor (*Domestique de place*), que viene á ofrecer sus importantes ausilios sirviéndoos de guia en el laberinto de Paris: para él no hay secretos, ni puerta cerrada en la ciudad; los museos y bibliotecas, los jardines y paseos, los monumentos públicos, los establecimientos particulares de todos géneros, todo lo conoce prácticamente, y de paso que os lo enseña, os repetirá la historia de cada uno, su fundacion, sus vicisitudes y progresos; este personaje, digno de la pluma de *Scribe*, es un tipo original de Paris, es Paris mismo, que os habla, que os enseña sus tesoros, como una coqueta que gusta de ostentar sus perfecciones; es la clave de aquella cifra, la luz de aquella linterna, el maese Pedro de aquel retablo.

No lejos de él viene á ofrecerse á vuestras órdenes el cochero del hotel, que os brinda con su cabriolé á dos



*francos por hora*; ese os hace aprovechar los momentos, y en caso necesario os sirve tambien de *cicerone*; pero su jurisdiccion no se estiende mas allá de las fachadas y de los patios de los edificios. —Luego viene el barbero con su cajita llena de unguentos y cosméticos para todos los males conocidos; y os afeita y os peina al mismo tiempo, y os perfuma y barniza de pies á cabeza, siempre amenizándolo con las novedades del dia, y envidiando la guitarra y la alegría de los *Figaros* españoles.—Despues se acerca con mil cortesías y muecas la planchadora de la casa, con su pañolito graciosamente prendido en la cabeza y su delantal, su zapatito ajustado, y sus sortijas de *souvenir*.—Luego entran las fantásticas targetas de *adreses* (señas) de los sombrereros, peluqueros, casas de baños, restauradores, y gabinetes de lectura de todo el cuartel. Y por último teneis que sufrir la inevitable visita del sastre del hotel, el mas cansado de todos aquellos solícitos servidores, el cual abrirá vuestros baules, los reconocerá de arriba á bajo, y mirará vuestros trajes con una sonrisa compasiva; despues, dirigiéndose á vos con un aire solemne, exclamará:

—»Monsieur, mucho me aflije el tener que deciroslo, pero vuestro guarda-ropa necesita *incesantemente* una rehabilitacion completa, *con arreglo á los adelantamientos del siglo.*»

—Y tu, pobre viajero, que habías pensado sorprender á aquel práctico con la manifestacion de tu elegancia y buen gusto, tienes que sufrir semejante sarcasmo, y ponerte en sus manos á riesgo de pasar por un antipoda.»

201 Ya, en fin, se acabaron las visitas y el tocador; ya he reconocido detenidamente el plano de París para medir el grado de latitud á que me encuentro; ya he metido en mi bolsillo *la verdadera guia parisien*; por hoy no quiero ni cabriolés, ni cicerones, ni amigo conductor; quiero saborear por mí solo mis primeras impresiones; vamos pues á la calle. ¿Pero adónde dirijiré mis pasos? ¿iré á ver los edificios públicos, las Tullerías, el Louvre, la Bolsa, la Magdalena, la Columna ó el Panteon? ¿preferiré los paseos? ¿recorreré los *Boulevarts* ó el *Palais royal*? Sigamos, pues, sin dirijirle el impulso de mis pies, y entreguémonos al numen tutelar que sin duda debe haber para los recién llegados á esta Babilonia.

205 ¿Has reparado acaso, benévolo lector, en uno de tus chiquillos (si los tienes) metido en días de feria en una tienda de tiroleses, en el momento en que tú deseoso de proporcionarle aquella dicha, le dices que escoja entre todos los objetos que el experimentado vendedor le muestra profusamente? Pues hé aquí la *vera efigies* de un forastero en su primer salida por las curiosas calles de aquella capital. Mirale correr precipitado de un objeto á otro, sin entenderlos ni clasificarlos en su memoria; pararse de pronto y volver á desandar lo andado; y que tan pronto llama su atencion un magnífico templo, como la muestra de un peluquero; el prolongado faeton *omnibus*, como el brillante aparato digestible de una pastelería; las caricaturas de Boily que cubren los cristales de una estamperia, como la elegante y agraciada *limonadiere* que regenta el mostrador de un café; que se rie



en la cara á su sansimoniano con su traje fantástico, y por poco se ve atropellado por un cabriolé por volver á mirar el gracioso talle de una *griseta* que va á llevar los vestidos á las parroquianas; que luego sube en un *omni-bus* para dejarse conducir por ocho cuartos sin saber adonde, y en seguida se apea y vuelve atras, y entra en una tienda de guantes, y compra varios pares sin necesidad, por solo tener el gusto de entablar conversacion con las muchachas del almacen; y mas allá se le antoja una estampa, y luego una sortija, y despues un libro, y mas arriba una caja de música, y mas abajo una máquina para afeitarse sin navajas y sin jabon, ó para escribir sin pluma, ni tinta, ni lapiz, ni papel, ni manos, ni cabeza; entre tanto recibe con agrado las innumerables targetas que le entregan por las calles con la señas de todos los almacenes y establecimientos públicos; y luego compra en el *Puente nuevo* una cadena *casi de oro* por cinco reales; despues recibe de una vieja un calendario y un paquete de cerillas fosfóricas, á cambio de una limosna vergonzantemente demandada; y al mismo tiempo come sin pararse *des petits patés à deux sous* ó bebe una taza de caldo en algun establecimiento á la holandesa, y luego se detiene un momento á recorrer los periódicos en un gabinete de lectura, ó para ver las habilidades de los monos *Mma. Angot* y *Mr. Leprice*, y despues sube á las torres de *Nuestra Señora*, y desde allí quiere bajar á las *Catacumbas*, y saliendo del bullicio de la Bolsa, corre al silencio sepulcral del jardín del padre *Lachaise*.

Pero hay entre todos estos un momento verdaderamente solemne y magnifico, y este es aquel en que por primera vez se introduce el forastero en las brillantes galerías del *Palais Royal*. He visto bastante, y deseoso de aprovechar las gratas sensaciones que proporcionan los objetos nuevos y extraordinarios, he sido verlos con el entusiasmo de una imaginacion apasionada; pero ninguno, lo confieso con franqueza, me ha causado impresion tan profunda y agradable como el interior del gran jardin del Palacio Real. Si he de decir la verdad, hasta París no habia encontrado aquella Francia que yo me figuraba: pues bien; ahora debo añadir que solo en el Palacio Real encontraba el París objeto de los ensueños de mi fantasía.

Los que han tenido el placer de contemplar aquel bullicioso recinto, no encontrarán exagerada esta observacion; á los que no, toda descripcion seria inútil y cansada. Baste decirles que en él viene á reunirse todo lo que una poblacion numerosa, activa y brillante puede ofrecer de interés en las artes, la industria y el comercio; todos los halagos y comodidades de la existencia, todos los encantos de la imaginacion y de los sentidos; infinidad de almacenes magnificos, surtidos de todos los objetos de lujo y de necesidad; teatros, cafés, fondas, gabinetes de lectura, y espectáculos de todos géneros; y animado todo ello por una concurrencia tan numerosa, por una brillantez de decoracion exterior tal, que es para constituir en un verdadero encanto al que por primera vez llega á contemplar tan animado cuadro.



Yo me hallaba precisamente en este estado; pero mi estómago, mas positivo aun que mi cabeza, vino á sacarme bruscamente de él, recordándome caritativamente que hacia seis horas que le habia abandonado. Llegaba en aquel momento delante de la puerta del famoso restaurador *Very*, y en ninguna ocasion podia avisarme tan á tiempo. Tuve, pues, que transigir con su justa exigencia y entrar en aquella suculenta mansion.

Tambien se llevan otro chasco los que sin haber visitado á Paris calculen de los llamados *restauradores* en aquella capital por los conocidos por fondistas en la nuestra; los que crean que hay algo de semejante entre los Dos amigos y *Rocher de cancale*, entre la Fontana y *Les freres provencaux*. Se ha dicho no sin razon que para saber lo que es el placer de una buena mesa es menester ir á Paris; con efecto, el mas delicado gastrónomo no tiene alli la menor queja; y para edificacion de los madrileños, que nos solemos contentar con nuestra olla y nuestros miseros guisados, convendria reimprimir cualquiera de los abultados volúmenes (no listas) de artículos, que las mesas parisienses ofrecen al feliz consumidor. De aqui la boga de tales establecimientos, que no solamente estan en posesion de servir á todos los forasteros, sino á una gran parte de la poblacion fija de aquella capital. Su elegancia por otro lado, la limpieza y esmero en el servicio, la profusion de vajillas y cristalería, la magnífica iluminacion de gas, la combinada escala de precios desde los mas ínfimos hasta los mas inauditos, el placer sensual que dejan adivinar los animados res-

tros de toda la concurrencia, son cosas tales que en vano pretenderia yo aqui ni tan solo delinearlas.

La casualidad me hizo encontrarme alli con mi compañero de viage, de quien me habia separado aquella mañana á mi llegada á París; y como práctico da otras veces en aquella capital, gustó hacer un examen de mis primeros pasos en aquel pueblo, dándome de camino algunos avisos que no me fueron perdidos para en adelante. Acabada la comida, y teniendo á la vista el *Entre'acte* y el *Vert-vert*, periódicos de *teatros*, estuvimos largo tiempo ocupados en resolver la cuestion de á cual daríamos la preferencia. ¡Ay que no era nada! Uno, dos, tres, cinco, diez, veinte, treinta y cuatro espectáculos teniamos donde escoger. ¿Y qué espectáculos? *Roberto el Diablo*, *I Puritani*, *El misantropo*, *Ifigenia*, *Lucrecia Borgia*, *El arte de conspirar*, *La torre de Nesle*, *El diablo en Sevilla*, *El hombre del siglo...* Mayerbeer, Bellini, Moliere, Racine, Victor Hugo, Scribe, Dumas, Gomis, todos ofreciéndonos á porfía el fruto de sus talentos, y por bocas tales como las de *Mlle. Mars*, *Fay*, *Mrs. Ligier*, *Joanny*, *Samson*, *Rubini*, *Tamburini*, *Ybanooof*, *La Grisi*, y *la Unguer...* y esto sin contar otro sin número de diversiones mas *vergonzantes*, bailes públicos, campestres y cortesanos, altos y bajos, descarados y con careta, *Campos eliseos*, *Idalia*, *Tivoli*, *Vauxall*, *Frascati*, *el Prado* y *el Retiro*; conciertos franceses, ingleses, rusos, italianos, alemanes, y de indios del Malabar; figuras representantes, fantasma-



goria, sombras chinescas, pájaros militares, pulgas maravillosas, perros sapientes, arlequines, monos y volatineros...

Pero era el primer día que yo estaba en París y me hallaba en el Palacio Real: creí, pues, de mi deber no salir de él y tributar aquella noche al primer teatro francés, al teatro de Racine y de Corneille. Reuniase casualmente en él una circunstancia favorable. La célebre actriz Mars, viniendo de las provincias, salía á ejecutar el papel de *Celimene* en el *Misanthropo*... Confieso francamente que al contemplar su admirable inteligencia y el decoro escénico de aquel templo digno de las musas, no pude menos de volver á lanzar un suspiro que por fuerza debió de oirse en las calles del Príncipe y de la Cruz de Madrid.

Pero aun no quise concluir aquí las gratas sensaciones de aquel día; comuniquéle á mi compañero el pensamiento, y marchamos ambos con direccion á la *Academia real de música*, donde á la sazón se hallaban cantando el *Roberto el Diablo*, de Mayerbeer.

Al llegar aquí, al escuchar aquellos filosóficos y sublimes acentos, en el primer teatro del mundo, y realzados por una admirable ejecucion y por un aparato de que solo viéndolo puede formarse idea, al ver el mágico vuelo de *Mlle. Tallioni*, y demas comparasa aérea, al considerar que despues de esto todo me habia de parecer inferior; y sacarme del éxtasis dulce en que me hallaba, tomé, acabada la ópera el camino de mi posada, sin hacer alto en el bullicio de

los coches, sin hacer parada por aquella noche en el café de *Tortoni* ni en el *inglés*, sin apenas reparar en la larga procesion de *seducciones emplumadas* que á tales horas detienen cariñosamente al forastero, sin acordarme, en fin de que estaba en París ni de mis proyectos para el siguiente dia, reconcentrándome completamente en el actual, hasta que me quedé dormido en aquel dichoso término que media entre la grata posesion de lo presente y las esperanzas aun mas gratas del porvenir.

(22 de octubre de 1833.)



## LA VUELTA DE PARIS.

### I.

No hace tantos años que un honrado vecino de Madrid, tranquilo y satisfecho bajo el puro cielo que vió al nacer, dejaba correr sus dias sin tomarse gran pena por lo que pudiera existir mas allá del puente de Toledo ó de la venta del Espiritu Santo. Fingia ignorar pacificamente que hubiese otras montañas que las del Guadarrama, y estas creialas azules, contemplándolas diariamente desde la plaza de palacio ó desde el campo del Moro. Alguna rara vez, es cierto, llegaba á hacer escepcion á tan monótona existencia, concurriendo á la funcion patronal de Vallecas ó á los novillos de Pinto; pero este suceso formaba época en su vida, y al volver á su casa en la desvencijada y bulliciosa calesa,

creíase otro nuevo Anacharsis, tendía el paño, y comenzaba la relacion pintoresca de su viaje; decia entre otras cosas que el cerro de los Angeles mirado de cerca tiene diez leguas de altura, ó se estendia en pintar las costumbres y el sistema agrícola de Villaverde ó de Getafe; semejante en esto á un viajero francés (ligero como todos los franceses, y ponderativo como todos los viajeros), que estampaba en su diario: »*Sábado 24, pasamos á cinco lenguas N. de las Canarias, cuyos habitantes me han parecido en extremo amables y hospitalarios.*»

Si por un esceso raro de curiosidad, ó porque su empleo le uniese á la corte, llegaba nuestro convecino á hacer alguna expedicion á los sitios reales, ¿quién le podia sufrir entonces? Cristobal Colon y el capitan Cook eran chiquillos de escuela en comparacion de nuestro viajero. Por último, si el recobro de su salud, la posesion de alguna herencia ú otro negocio de no menos importancia le obligaban á apartarse cuarenta ó cincuenta leguas de la capital, era cosa de meditarlo tres años antes, arreglar su conciencia y negocios temporales, y dejar bien condimentado su testamento.

Todo esto sucedia en la época de que vamos tratando; pero ahora es otra cosa. *Tempora mutantur et nos mutantur in illis.* Las revoluciones, las invasiones, las emigraciones, que hace veinte y siete años forman el entretenido drama romántico de nuestra historia, han ocasionado un trasiego, un va-y-ven tan no interrumpido, que, bendito Dios, nada falta á nuestra generacion actual para parecer sombras chinescas ó rápidas ilusio-



nes fantasmagóricas.—Señores, atencion...; mirens ustedes bien..., ¿los ven ustedes....? pues ya no los ven. Hoy en el prado, mañana en el *Boulevard*, pasado en *Hydepark*; amanecen en Madrid, comen en París y van á hacer noche en Londres.

Para los madrileños, en especial, la visita á París es tan necesaria como para los musulmanes la peregrinacion á Meca, ó para los ingleses el *viage grande*. No parece sino que sin ir allá no puede ningun hombre ser hombre de importancia, y al oír las apasionadas relaciones de los que vienen, es cosa de rechinar los dientes los que no llegan á ir. Este aliciente, el deseo de comprar el derecho de hacerse oír y envidiar por los demas, y la consideracion que de ello resulta, es lo que impele aquel movimiento general, y para satisfacerle busca cada cual de por sí los medios que estan á su alcance.

Hay quien destina á los espectáculos y fondas de París las rentas heredadas de sus abuelos, los señoríos gallegos y los cortijos de Andalucía; otros van á buscar la instruccion en los colegios franceses; cuáles dedican al comercio con aquella nacion sus capitales; cuáles se atraen una persecucion cualquiera para tener una ocasion de emigrar; unos buscan una comision que les indemnice de los gastos del viage; otros se dan por satisfechos con venir cargados de dramas venenosos, farsas, follas, entremeses y demas ensalada italiana que traia en sus alforjas el estudianton gallego de Moratin; hay quien regresa con su maleta llena de proyectos capaces de hacer en veinte y cuatro horas la felicidad de la patria; y

los hay que vuelven contentos con haber aprendido la última combinacion del lazo de la corbata. Usos y costumbres, *maneras* y language, leyes y literatura, muebles y trages, corbatines y almohadillas, todo nos viene de Paris. Solo la moneda se nos va.

A vista, pues, de aquel general movimiento, de aquel impulso involuntario, ¿quién ha de permanecer quietista? ¿quién ha de resistir al deseo de adquirir á costa de algun sacrificio el derecho de fastidiar á los demas? No será por lo menos aquel que como yo, á la calidad de *Curioso* reúne la circunstancia de *Parlante*. Hé aqui una razon bastante para determinarme, y ya que mi insignificancia política no me obligaba á ninguna emigracion, y puesto que ni comision ni objeto mercantil me llamasen tampoco á los paises estrangeros, quise visitarlos solo por gusto ó comodidad, á espensas propias y campando solo por mi respeto, bastándome por resultado la única satisfaccion de poder atajar de vez en cuando las relaciones de mas de cuatro exagerados con esta sencilla espresion: «*lo he visto tambien.*»

Ocasion era esta para abusar tal vez de la paciencia de mis lectores haciendo una pomposa descripcion de viaje, amenizada con episodios mas ó menos animados. Hablaria de las diferencias en leyes y costumbres; prohibaria las relaciones de viajeros poco escrupulosos, describiendo con igual ligereza que ellos el movimiento y la vida de Lóndres y Paris, su comercio é industria, espectáculos y diversiones, el puerto de Liverpool, las fábricas de Manchester y Birmingham; describiria los cami-



nos de hierro y las máquinas de vapor; presentaria datos del comercio de Burdeos, de Lion y de Marsella; enumeraria la escuadra francesa en Tolon y la inglesa en Porstmout, y me daria, en fin, importancia suma, sin mas trabajo que el de trasladar algunos de los innumerables itinerarios, guias y cartas de ruta que comprara al paso, prestándoles cierto saborete de originalidad con tal ó cual anecdotilla personal, ya robada, ya autógrafa, que me hiciera aparecer cual otro *Sterne* sentimental á los ojos de mis lectores. De este modo, pues, facil me hubiera sido llenar tres ó cuatro tomos que pudieran alternar airosamente entre los innumerables de los viajeros estrangeros, y dar de sus paises una idea tan extravagante por lo menos, como la que hacen formar del nuestro en sus relaciones y curiosos romances.

Los españoles, sin embargo, pecamos en el extremo opuesto, y bien que nos lisonjee el hablar entre amigos de lo que hemos visto, casi nunca nos determinamos á escribirlo; y hé aqui la razon por qué carecemos de descripciones originales, no digamos del imperio del Japon ni de las islas del Polo, sino aun de los paises mas conocidos de Europa, y aun de nuestra misma España. El miedo de no hacerlo con perfeccion, nos impide el hacerlo de ninguna manera.

De nada de esto se trata, pues convencido de mi insuficiencia debo mas que ningun otro seguir en este punto la moda del pais; empero, entre relacionar minuciosamente el viage ó hablar solo de la vuelta, entre desenvolver el argumento del drama ó decir solo su desenlace,

hay por lo menos tanta distancia como de Humbolt ó Lamartine á mi persona, como del diccionario de Miñano á la guia de caminos, como de un *infolio* á un folleto de Diario. Y es para solo este objeto para el que reclamo hoy la benévola atencion de mis lectores.

La diligencia francesa que viene de Perpiñan se cambia en Figueras por la catalana, que espera alli para conducir los viajeros á Barcelona. Es un momento de verdadera sensacion el de éste cambio, y no es difícil leer en los semblantes los distintos afectos que promueven en los circunstantes de ambas naciones la esperanza de la patria ó el desconsuelo de perderla de vista. El cuadro no puede ser mas animado y caprichoso. Los conductores franceses y zagales españoles, en sus trages respectivos, forman un interesante contraste, y renunciando á sus respectivas lenguas, se entienden en catalan, que participa de ambas.

Pero ya los pesados caballos franceses y las engalanadas mulas españolas se hallan enganchados á los carruages respectivos; los caminantes se apresuran en torno de ellos, los mayores chasquean sus látigos, y comienzan el confuso movimiento y las rápidas interpelaciones de costumbre:

«*Conducteur, prenez garde a ma malle.*»—«*Muchacho, esa sombrerera.*»—«*A Deu, noya, á la turnata.*»—«*Mon porte-manteau.*»—«*¿ Combien d'ici á la frontiere?*»—«*Las onse horas.*»—«*Bon voyage.*»—«*Messieurs, en voiture.*»—«*Señores, á la diligencia,*»—«*Iiiiiif, á Perpiñan.*»—«*A Barselona : zaaaa-la.*»



## II.

Pocos dias recuerdo tan gratos en mi vida como los que mediaron para llegar desde la frontera á Madrid; y el placer que me resultaba de volver á ver á España despues de un año de ausencia voluntaria, grata y divertida, me hacia calcular el imponderable que debian experimentar aquellos que tras largos años de proscripcion volvian á ver abiertas las puertas de su patria.

Uno de los sugetos compañeros de viage se hallaba en este caso, y á cada sitio, á cada montaña, á cada pueblo que reconocia, asomaban las lágrimas á sus ojos, dándonos á conocer lo interesante de su situacion. Venia acompañado de una linda joven hija suya, que aunque nacida en España, habia pasado la mayor parte de su vida en un colegio de Paris. El resto de la diligencia estaba tan armónicamente organizado, que un poeta clásico hubiera necesitado muy poco esfuerzo para formar una comedia de costumbres, á la que no hubiera faltado el interes y sobre todo el *movimiento*. Teníamos alli, ademas de los ya dichos interlocutores, un fabricante de Lion,

un elegante madrileño, un viajero inglés, una modista de Paris, un comerciante y un literato españoles, y un peluquero francés. Calcúlese ahora si con tan buena compañía podían hacerse largas las horas del viage.

Fuertes tentaciones se me pasan de estampar aqui punto por coma muchos de los diálogos filosóficos, políticos, económicos, mercantiles, literarios, amorosos y hasta ridículos, que mediaron en tan larga travesía; pero fuerza será pasarlos en silencio, atendidos los estrechos limites de este artículo, y el deseo de no abusar de la paciencia del auditorio. Baste decir que de todos ellos un observador filósofo podia deducir la exageracion ó la falsedad de las ideas que los vagos rumores, las estravagantes lecturas y la absoluta ignorancia de nuestras costumbres habian hecho concebir de nuestro pais á los estrangeros, y aun á los españoles que faltaban de él algunos años.

Acaloradas las imaginaciones por el espectáculo que acababan de ver en otras partes, y sin tomar en cuenta las diversas circunstancias de clima, leyes, usos y costumbres, bullian sus cabezas en multitud de planes mas ó menos importantes que pensaban realizar con notable asombro de nuestros compatriotas; y tal es la fuerza de aquella manía, de aquel epidémico entusiasmo, que yo mismo, que en los meses de mi ausencia habia apenas podido saludar aquellas invenciones, creialas todas oportunas, todas realizables, y me admiraba de que no estuviesen ya puestas en ejecucion.

El tema, pues, favorito de nuestros discursos, era el



declamar contra la inercia de los españoles, lamentarnos del abandono de sus campos, la soledad de sus caminos, la escasez de sus fábricas y talleres: el respetable anciano que regresaba á su patria, atribuíalo todo á la empleo-manía, esta funesta plaga de nuestra sociedad que alejando de las ciencias y la industria las cabezas y brazos útiles, aumenta con ruina de los pueblos las clases improductivas y convierte en mecánicas ruedas á los que pudieran ser agentes de la gran máquina social.

—Vea usted aquí, exclamaba el comerciante unos campos estériles y yermos, sin duda por ignorar que á beneficio de los pozos artesianos, de las máquinas y otros adelantos agrícolas, pudieran beneficiarse en términos de doblar la produccion en pocos años. ¡Oh! si mis empresas llegan á tener ejecucion, yo cambiaré la faz de este pais.

—Sin embargo, replicábale yo, no es la falta de produccion la que causa nuestra ruina, y observe usted sino al mayoral que acaba de pagar ocho reales por una fanega de cebada, seis por un cántaro de vino, y asi lo demas.

—Todo eso consiste, replicaba el inglés, en la escasez de comunicaciones y el mal estado de los caminos, que impiden la rápida circulacion: nosotros hemos vivificado nuestras islas con la multiplicacion de canales y caminos de hierro, y si este modelo, que pienso presentar en Madrid, llega á tener efecto...

A este tiempo el mayoral abrió la portezuela del coche para rogarnos que nos apeásemos, á fin de pasar

una de las elevadas montañas que dividen la Cataluña del Aragon.

—Vea usted, le dije yo al inglés, algo que podría oponerse en nuestra España á la realizacion de muchos proyectos.

—Los adelantos de la industria, decia magistralmente el fabricante lionés, son muy escasos en vuestro pais, y solo el estímulo de los extranjeros podrá hacerlos progresar. Convencido de ello, traigo á él no solo géneros desconocidos y apreciables, sino tambien la idea de establecer una manufactura á la manera de las nuestras, que llegue á libraros en parte del crecido tributo que pagais á la industria estrangera.

—Desengañense ustedes, señores, no es la absoluta ignorancia de esos grandes medios que acabamos de ver en otros paises la que nos hace emplearlos tan lentamente en el nuestro; es la reunion de circunstancias que nos rodea; es la influencia del clima, que hace impracticables en muchas de nuestras provincias esos descubrimientos; es la configuracion de nuestro suelo, que opone mayores obstáculos á la realizacion de ellos; es el poder de las leyes y la influencia de las costumbres; es, en fin, la falta de numerario y la escasez de poblacion, atendido el vasto territorio que habitamos. Por fortuna estas verdades son ya triviales de puro conocidas, y los españoles sensatos (que los hay) sin desentenderse de ellas, procuran marchar conformes con los adelantos materiales del siglo, de lo cual todos ustedes tendrán ocasion de convencerse, haciendo justicia á la constancia y



al teson con que saben vencer muchas dificultades.

— ¡ Ah ! el buen español (esclamaban los estrange-  
ros), cómo sale á la defensa de la patria.

Otras veces sin remontar tanto el discurso, y dejando la iniciativa en él al literato, tratábamos del animado movimiento de la imprenta en los demas paises; nos entusiasmábamos con él al recordar el sin número de publicaciones útiles que diariamente ven la luz en ellos; recordábamos con placer los teatros de Paris y de Lóndres, y luego comparábamos con aquel brillante cuadro el mezquino que las letras y las bellas artes presentan hoy en nuestro suelo, y escitábamos á nuestro contrincante á emprender publicaciones útiles y agradables, que al paso que asegurasen su fama y su fortuna, sirviesen al pais de instruccion y de recreo.

Por último, cuando cansados de estas discusiones llegábamos á ocuparnos de la accion del momento y de las pequeñas intriguillas del viaje, no nos faltaba materia con el elegante rigorista de la calle de la Montera y la linda colegialita de Paris; con el peluquero *Alcibiades* y madama *Tul Bobiné*.

Es cosa sabida que el amor en viaje hace siempre su camino en posta, y tal debió pensar el Narciso madrileño para entablar su conquista en esta ocasion. Por supuesto no perdía el tiempo como nosotros en discusiones áridas y encrespadas, y cuando mas terciaba en ellas siempre que se rozaban tanto cuanto con algun punto de modas ó de espectáculos. Se hablaba de industria, nos enseñaba la tela de su chaleco ó las cadenas de su reloj:

se trataba de literatura, nos recitaba un trozo del *petit Courier* ó del *Almanak des dames*; pero todo con un aire de satisfaccion y de suficiencia que no siempre causaba el mejor efecto en los circunstantes. Mas él, poco cuidadoso del resto de ellos, prestaba toda su atencion, y dirigia casi siempre su discurso á la agraciada niña, á quien por estos medios pretendia cautivar. Sin embargo, sea que ella, poseyendo el talento y la instruccion necesarios para reconocer aquella fatuidad, la apreciase en su justo valor, ó sea por otro cualquier motivo, no parecia tan interesada como el galan quisiera, y sobre todo, tuve ocasion de observar repetidas veces que cuando este por una transicion, por desgracia harto frecuente, se permitia con ella alguna intencion ó libertad en las palabras, la niña tomaba el aspecto mas severo, y le dirigia unas contestaciones solemnes y sentidas.

En cuanto al peluquero y la modista, su posicion era mas armónica. Exactos conocedores de los usos y las costumbres respectivos, hablando un mismo lenguaje, y colocados en igual categoria, no era dificil que muy pronto llegaran á entenderse, y lo llegaron tanto, que hubo momentos en que ya no les entendiamos los demas.

Con tan bellas disposiciones arribamos al fin á la capital. Separámonos en el patio de la diligencia tan cordialmente como nos habiamos reunido, y cada cual trató de buscar su acomodo. Los extranjeros pedian un *fiacre* que les condujese. No los habia alli á mano. Los españoles se contentaban con un criado; tampoco



se presentaba ninguno. Aquellos preguntaban por un *hôtel*.—«Aquí no hay hoteles.»—Estos demandaban un *cicerone* que les enseñase las calles.—Tampoco.—«Las cosas de España,» decia el comerciante.—«Esta gente no quiere moneda,» replicaba el ingles.—«*Ah le vilain pais,*» concluian en coro el peluquero y la modista.

Ocupado en saborear despues de un agitado viaje la tranquilidad y la dulzura de la vida doméstica, y en visitar mis amigos y relaciones, tardé algunos meses en volver á comunicar con los compañeros de diligencia, á quienes suponía legítimamente ocupados en desenvolver sus grandes planes y aclimatar sus utopias. Hasta un dia en que la casualidad me hizo acercarme á cierta antesala de un ministerio, y donde menos pudiera pensarlo acerté á encontrar al viejecito declamador contra los empleos. Confieso mi malicia; pero por mas que pretendió ocultárseme no lo pudo conseguir, y hasta tuve la indiscrecion de recordarle sus palabras del coche.

—«Qué quiere usted, amigo, á mi edad ya no se puede aprender otro oficio: ¿si volviera á nacer!»

—Probablemente haria usted lo mismo: créame usted, le repliqué, si nuestro compañero el inglés conociese bien nuestro pais no hablaria de caminos de hierro, ó los aplicaria solo al camino de la tesorería, que es el único frecuentado en España.—

No le hubiera yo citado tan pronto como acertó á entrar casualmente en la antesala, tan largo como un ciprés, trayendo bajo el brazo un rollo de papel aun mas largo que él mismo. Venia acompañado del fabricante

lionés, y ambos tenian que hablar á S. E. ; aquel para recoger la primera parte de su proyecto que hacia seis meses que habia entregado, y dejar la segunda, pues cansado de esperar, hacia ánimo de recogerla al regreso de un viaje á América: el fabricante venia á solicitar el despacho de cierta causa de contrabando por géneros que yo mismo habia visto pagar derechos, y segun me dijo, de todos sus planes se daba por contento con que le dejasen libre para volverse á su pais.

Ellos tambien me enteraron del resultado de los otros compañeros de viaje. El comerciante empresista, despues de tentar mil proyectos mercantiles é industriales, despues de haber querido establecer *teatros, omnibus, casas de baños, divanes, hotéles* y demas, se habia convencido de la innecesidad en nuestra España de muchas cosas necesarias en todas partes, acabando por poner un almacén de arroz de Valencia y garbanzos del Barco de Avila. Tambien me dijeron que el literato habiendo verificado varias de las publicaciones que nos anunció, solo habia podido obtener veinte suscripciones, entre las que nos contábamos los compañeros de viaje. Solo el peluquero y la modista habian progresado considerablemente: el uno con su relumbrante salon, y la otra con su fantástico taller; aquel descargando las cabezas, y esta adornándolas á la moda.

Por lo que hace al elegante, tuve ocasion de verle varias veces en teatros y diversiones: al principio me aseguraba que no podia sufrir la vida de Madrid; pero insensiblemente le vi amoldarse á ella; en términos que



el lunes pasado le hallé en los toros vestido de chulo, y hasta observé que desde su palco le saludaba con mucho gracejo y agitado movimiento de abanico la severa ex-colegialita parisien, ya de mantilla blanca y con su rosa á la izquierda, mientras por la derecha escuchaba con amabilidad los tiernos arrullos de un oficial de la Guardia.

Réstame solo dar cuenta de mi persona, pues segun ya creo haberlo indicado, yo tambien traia en la cabeza mucho ruido de proyectos mercantiles y literarios. Habia ademas formado mi plan de vida diametralmente opuesto al que seguia antes de mi viaje; creia haber llegado á aprender en él lo que valen el tiempo y el trabajo, y me proponia aprovecharme de uno y otro; pero... ¡qué sé yo por qué!... asi que me vi en Madrid, empecé á levantarme á las siete, luego á las ocho, despues á las nueve; empecé á salir á las doce; á sentarme en las librerias á la una, y en las tiendas de la calle de la Montera á las dos; á comer la inevitable olla á las tres; á echar la siesta á las cuatro, y levantarme á las seis; á ir al Prado á las siete, y al café ó al teatro á las ocho, á tertulia á las once, á cenar á las doce y acostarme á la una, y asi un dia tras otro se me ha ido el tiempo sin realizar mis proyectos.

Verdad es que los mercantiles no me ofrecian grandes ventajas, y renuncié á ellos con todo conocimiento, limitándome (siempre por espíritu imitativo de lo que habia visto en otros paises) á emplear en fondos del Estado parte de mi capital, con lo que aseguraba una ren-

ta de 5 por 100 al año: por cierto que en el valor *efectivo* de aquel he perdido en el mismo tiempo un 17; pero el *nominal* siempre es el mismo, y esto no deja de ser algun consuelo.

En cuanto á proyectos literarios me costó mas trabajo el haber de renunciar á ellos; pero me hice cargo de que si en las circunstancias en que nos hallamos escribía de historia, ó de viajes, ó de literatura, perdería mi latin y mi dinero, y es cosa fuerte esto de escribir para el impresor y los ratones. Los periódicos políticos eran un recurso socorrido; pero en primer lugar yo soy muy impolítico, quiero decir, que no tengo grandes conocimientos en esta materia; ignoro la nomenclatura corriente; y sin poder hablar de *escision* y *colisiones* y *garantías* y *fusion*, y *oposicion legal* y *resistencia*, y comentar decretos, hacer alocuciones, y proponer medidas, y sistemas, ¿quién me hubiera entendido? Pero es el caso que yo queria escribir y... ¿qué remedio...? me decidí á escribir folletines para el Diario (1). Con esto por lo menos lograré ser leído antes de que un despiadado tendero me convierta en envoltorio de manteca de Flandes ó de queso de Rochefort, y si de este modo paso á la posteridad no será por lo menos sin algo de sustancia.

(Abril de 1835.)

(1) Alude á que este artículo y algun otro de los de este tomo los publicó el autor en el nuevo Diario de Madrid.



## EL DIARIO DE MADRID.

### I.

Por real privilegio firmado en el sitio de Buen-Retiro por el rey don Fernando VI en 17 de enero de 1758 se concedió permiso á don Manuel Ruiz de Urive y Compañía para publicar en esta corte un *Diario curioso, erudito, comercial y económico*. Dicho Urive dió principio á su publicacion en 1.º de febrero del mismo año, dándole la forma de medio pliego español, y componiéndole de discursos eruditos, y una segunda parte dedicada á las noticias comerciales de ventas, alquileres &c., y hé aqui el principio del Diario de Madrid, de cuyas primeras y mezquinas bases se ha ido apartando tan lentamente, á pesar del transcurso del tiempo y de los adelantos de la perfeccion social.

Desde luego llamó mucho la atencion del público por la importancia y utilidad de su objeto, y el gobierno por su parte no dejó de sacar partido de su publicacion, haciendo insertar en él aquellas noticias y advertencias

que juzgaba oportunas. Entre otras, y como muestra de la época, citaremos únicamente la disposición del juez de imprentas, que al mes de la publicación, y con fecha de 9 de marzo del mismo año de 1758, dispuso que la primera página del Diario la ocupase la vida del santo del día; y así se empezó á verificar desde el siguiente 10 de marzo, con notable entretenimiento sin duda y edificación de los lectores. Sin embargo, no debieron ser estos tan completos, cuando vemos que esta piadosa costumbre no se observó sino el resto de aquel año, dejando de poner dicho capítulo en 1.º de enero del siguiente de 1759.

Desde entonces empezó á insertar en su primera parte discursos eruditos y científicos sobre historia, artes, geografía, viajes, astronomía y otras ciencias, que si bien no decían nada nuevo, ni eran otra cosa que copias miserables de obras conocidas, no dejaban de tener un objeto laudable. Por este tiempo fue cuando apoderándose el editor de la Historia general de los viajes, tuvo la entretenida ocurrencia de ir copiando en un Diario de medio pliego algunos tomos de ella, lo cual no deja de ser una prueba mas de la candidez de aquella época bienaventurada. Sin embargo, sea que el público no correspondiese con su gratitud á aquel torrente de ilustración, sea por cualquiera otra causa, es lo cierto que el Diario por entonces no llevó una marcha tan firme que no hubiera de sufrir sus intercadencias, y así le vemos eclipsarse de vez en cuando, y dejar de salir, por ejemplo, todo el año de 1775, volviendo á aparecer en 1.º de enero



de 1776, tornando á suspenderse en 1.º de julio de dicho año y durante todo el de 1777, y cesando, en fin, de todo punto en 31 de diciembre de 1781.

Apagóse por fin aquella luminosa antorcha matritense; y puesto que seamos historiadores de ella, no nos atreveremos á asegurar si el público de la capital la olvidó pronto, ó si bien una vez conocida su utilidad, se conolió de su desaparicion; pero hablando con la buena fé que nos caracteriza, como que nos inclinamos á creer esto último, y sin duda hubo de pensar así el estrangero don Santiago Thewin, que considerando el partido que podia sacarse de esta publicacion, solicitó y obtuvo el permiso para continuarla, y en su consecuencia empezó á salir á luz el *Diario curioso, erudito y comercial*, en 1.º de julio de 1786. De esta época, pues, data la verdadera existencia del Diario de Madrid, y desde luego por su redaccion y por su forma empezó á tener mas analogía con el verdadero objeto de su publicacion.

Un observador que cotejase el primer Diario de Uribe con el de Thewin por las materias contenidas en la primera parte, no dejaria de reconocer el progreso que los conocimientos y el gusto iban adquiriendo, así como también el mayor movimiento mercantil é industrial de la capital, por el número de anuncios que ya contenia. Bajo todos conceptos, pues, no se puede negar á don Santiago Thewin la gloria de verdadero fundador de esta empresa, y no queremos desaprovechar la ocasion de hacer observar al público una coincidencia singular que

un poeta romántico no hubiera dudado atribuir á *la fuerza del sino*. Consiste, pues, en que habiéndose hecho la verdadera fundacion de este Diario por dicho Thewin, puso su imprenta y redaccion en 1786 en la Puerta del Sol, número 7, frente al Buen Suceso, y vemos que despues de medio siglo, por una combinacion casual de circunstancias ha vuelto á situarse en la misma *Puerta del Sol, número 7*, si bien no en la misma casa, y si tres ó cuatro puertas mas arriba; pero la nueva numeracion de Madrid ha venido á suplir esta circunstancia, dando el número 7 al actual despacho de este periódico.

Desde dicha época siguió tranquilo el Diario de Madrid en la posesion de entretener al público con anécdotas mas ó menos curiosas, secretos raros de artes y oficios, documentos históricos y observaciones sobre todas las cosas observables. El famoso *don Santiago Salanova*, que le dirigió por algun tiempo, amenizaba los mas de los números con acrósticos y ovillejos que debian ser un pasmo en aquella época: *Guerrero* y *Cacea*, dos famosos ingenios de entonces, cuyos nombres ha denunciado á la posteridad el gran Moratin (1), terciaban en tan agradable tarea, ya ofreciendo al público tiernas

- (1) El diablo dicta sus coplas,  
Maldecidas de Minerva,  
A don Alvaro Guerrero  
Y don Antonio Cacea.

*Moratin.*—Romance.



endechas y lastimosas elegías «á la muerte del perro de Filis,» ya retozando en burlescas letrillas de estrambote y pie quebrado sobre las faltas de las mugeres ó las sobras de los maridos; y finalmente, el inagotable *don Lucas Aleman*, el Nestor de los poetas españoles, cerraba la funcion con sus relaciones y curiosos romances, que han sabido escitar la sonrisa de tres generaciones. ¡Felices tiempos en que tan facil era entretener á un público tranquilo, y de cuyas mas fuertes sensaciones eran dueños Romero y Costillares, la Rita y García Parra! Entonces faltaban á los periodistas los asuntos de que ocuparse, y debia ser tal esta carencia, que vemos en un Diario de 1790 el ofrecimiento que hacia la redaccion de la cantidad de diez reales á todo el que le comunicase un artículo ó discurso sobre asuntos eruditos ó curiosos, lo cual no deja de deponer en favor de la fecundidad de los redactores ya citados.

Mas en fin, con un grado de interés mayor ó menor, arribó tranquilamente nuestro Diario al famoso siglo XIX, y aun consiguió alcanzar sin interrupcion hasta 10 de mayo de 1808, en que á consecuencia de los notorios sucesos del 2 del mismo mes fue envuelto en el trastorno general y se empezó á publicar con caracter oficial por el gobierno francés en un pliego comun y conteniendo noticias políticas. En estos términos siguió hasta 17 de junio del mismo año, en que se suprimió por aquel gobierno, sustituyéndole por la gaceta diaria: en 8 de agosto del mismo año, libre ya

la capital de franceses, volvió á publicarse el Diario en la antigua forma de medio pliego, si bien conteniendo las noticias políticas que por entonces absorbían la atención, y habiendo perdido su carácter primitivo; mas aunque después volvieron los franceses á ocupar la capital, no recibió el Diario nueva alteración, antes bien siguió tranquilamente durante la época de su dominación, y pudo en 1814 recibir en sus páginas las apasionadas coplas del elegiaco *don Diego Rabadan*, las de la musa *sombrerera* de *Abrial* y otras de varios ingenios de esta corte, de cuyos nombres no queremos acordarnos. Pasó aquella época, vino la de la Constitución, y nuestro Diario siguió tranquilo en medio de los vaivenes políticos, que le respetaron constantemente.

Sea por prudencia, sea por falta de dirección, fue escaseando los razonamientos y aun las coplas, y limitándose mas bien á la inserción de avisos oficiales y particulares, que daban ya suficiente alimento para llenar el medio pliego, hasta que en la Gaceta de 29 de marzo de 1825 apareció el prospecto del *Diario de Avisos de Madrid*, y se notició al público que S. M. había concedido el privilegio de su publicación por diez años á don Pedro Jimenez de Haro, mediante una retribución anual para los establecimientos de beneficencia. En dicho prospecto se anunciaba al público que el Diario en adelante no contendría ninguna especie de artículos razonados, sino simplemente los avisos del gobierno y los anuncios de los particulares; y ha sido tan



fiel á este propósito , que desafiamos al mas lince á que en dicha serie de los diez años nos encontre, no digamos un solo artículo *razonado*, pero ni una línea , una palabra sola de razon , por el notorio abandono de los anuncios particulares.

De aqui nacia aquellos chistosos despropósitos que hacian reir diariamente al público ilustrado de esta capital: en unas ocasiones se vendian «*sombreros para niños de paja; en otras medias para clérigos de lana , hábitos y cajas para difuntos completos y de medio herraje; zapatos para hombres rusos hechos en Madrid; cama de matrimonio con su cópula correspondiente,*» y otras á este tenor , de que cada uno de los lectores tiene en su memoria suficiente acopio sin necesidad de mas citas de nuestra parte.

Cumplióse en fin aquella década , y en 1.º de abril del presente año de gracia de 1835 , á virtud del nuevo permiso concedido á don Tomás Jordan, salió á relucir el *Diario*, doblando de un golpe sus dimensiones ; y habrásenos de permitir el que despues de trazar la historia de esta publicacion entretengamos otro dia la paciencia de nuestros lectores sobre el objeto y utilidad de ella y las mejoras de que á nuestro corto entender ha recibido.

## II.

**H**emos hecho en nuestro anterior artículo una historia del origen y progresos de este periódico: réstanos, pues, en el presente discurrir sobre su estado actual, y las utilidades que promete al vecindario de esta capital. Ellas son tales que le hacen indispensable á toda persona regular residente en Madrid; y si bien limitado al recinto de sus muros, viene á ser dentro de ellos la *orden del dia* para el movimiento económico de la poblacion.

¿Quién es, con efecto, el que no acude á este depósito central á adquirir las noticias respectivas que su curiosidad ó su interés le hacen desear? La vieja devota, el hombre timorato buscan el santo del dia ó las funciones religiosas; los que desean saber á punto fijo el grado de calor ó de frio que han sentido el dia anterior, no quedan persuadidos de él hasta que lo ven confirmado en el Diario; el militar busca la orden de la plaza, y el paisa-



no la de las autoridades civiles; el tendero ó la viuda rica examinan los anuncios de casas, ya *en pública subasta*, ya *á voluntad de sus dueños*, todo con el objeto de encontrar una en que poder colocar su arrinconado monetario que el corto movimiento de nuestra industria les impide emplear mas útilmente; los acreedores se consuelan con ver el señalamiento para las juntas de concurso en que tendrán la facultad de poder nombrar un síndico que parta con el escribano el resto del caudal del deudor; los aficionados á la lotería tienen la satisfacción de saber que tal ó cual premio ha caído en Madrid, y aun el nombre de una patriota conexionada con las víctimas del 2 de mayo; los que tuvieren alhajas que empeñar saben que hay monte de piedad; el público todo conoce á cómo pagan el trigo los tahoneros, y los que fiaron en el crédito del Estado para comprar una renta que les produjese un 5 por 100 al año, tienen la satisfacción de saber que en el mismo espacio de tiempo han perdido un 15 en el capital.

Esto en cuanto á la primera parte de *anuncios oficiales*, que si de ahí nos deslizamos en la segunda que comprende los *particulares* de comercio é industria, ¿quién es el ser tan completamente independiente que no tenga que ver con algunas de estas líneas?

Si consideramos al hombre en general, debemos suponer que este hombre ha sido niño y ha necesitado vacunacion, á menos que haya transigido con las viruelas; ha necesitado nodriza (siempre que su madre no haya pertenecido á la plebe); ha sido mancebo, y se ha

visto obligado á tener bigotes ó patillas, ó bien le ha sido preciso quitarse uno y otro, segun la aplicacion que se haya dado al género romántico ó al clásico, y en cualquiera de los dos casos ha tenido que acudir á los *cosméticos* para hacerlas crecer, ó á las navajas para rasurarlas; ha sido dama y ha necesitado ser hermosa, y si la naturaleza ingrata la ha negado una fina tez ó un agradable color, se ha visto obligada á adoptar *el agua de madama Ma*, ó *la balsámica de la Meca que usan las damas de Borneo*: ha sido libertino, y siente los dolores osteocopos ó sifilíticos; en este caso nadie mejor que los empiricos pueden sacarle del apuro con bálsamos y redomitas; ha sido gastrónomo, y es probable que le hayan gustado los jamones de Caldelas, ó las truchas del Barco de Avila; ha sido viejo, y ha tenido pelo, ha tenido dientes, y ahora tiene callos, tiene gota, tiene... los ungüentos, los calefactores, los bragueros vienen á su socorro; por último, se ha muerto: no tiene que pasar cuidado, que no ha de faltarle caja y mortaja á precios cómodos y á gusto del consumidor.

Todas estas y otras mas ventajas ofrece la lectura del Diario al hombre considerado en su estado natural; mas si le concretamos al social en que vivimos, este hombre por fuerza se ha visto precisado á vestirse segun su clase y ha debido acudir á los almacenes cuyos curiosos inventarios publica diariamente este periódico: si ha obtenido un empleo, puede encontrar á poca costa el uniforme, tal vez de su antecesor, y con él comprar la ciencia infusa que los bordados llevan consi-



go; si ha de tomar casa ó poner tienda, se le presentan alquileres y traspasos de enseres y reputacion; si es aficionado á la literatura, verá por los copiosos anuncios el estado floreciente de la nuestra; si necesita criados que le sirvan, podrá escogerlos en la dilatada escala que media desde los sugetos decentes que se ofrecen á administrarle las fincas ó llevarle sus libros, hasta el mozo de mulas que se compromete á cuidárselas, si las tiene; si necesita dinero, encontrará quien se lo preste, siempre que medie el correspondiente interés y una hipoteca bastante á juicio de usurero; mas si por el contrario le sobrase y no supiera en que emplearlo, podrá escoger cualquiera de las ocasiones que se presentan todos los dias de casas que se reedifican, hipotecándose el piso principal para la construccion del segundo.

Sobre la tercera parte del *Diario*, de cuya oportunidad le felicitamos, se ha hablado bastante, y hasta el nombre de *Agenda* que la designa dió lugar á los chistes de algun periódico. Unos se irritaron porque estaba en *latin*, para otros estuvo en *griego*, y hubo quien sostenia que era una palabra demasiado *francesa*. Nosotros confesamos nuestro pecado; pero tratándose de indicar movimiento ó cosas que han de hacerse, encontramos algo pobre en este punto nuestro diccionario, sin duda porque acaso sea la moda del pais el no hacer nada, y hé aqui la razon por qué creemos prudente el haber acudido á nuestra madre la lengua de los romanos, entre quienes no debia ser

esta palabra vacia de sentido. Esto en cuanto á la cuestion del nombre; por lo que hace á la esencia de aquel artículo diario, nos hace agradecerle el convencimiento de que en nuestra España todo el mundo es pretendiente ó litigante, pues el que quiera moverse en cualquier sentido, ha de acudir á solicitar permiso para ello; el propietario que paga sus contribuciones constantemente, tiene que dar sendos pasos para obtener las cartas de pago; el que presta su dinero, ha de sostener un pleito para cobrarle: y el que adquiere cualquier derecho, le ha de costar *derechos* el conocerle. Esto prescindiendo de las demas noticias curiosas que ofrece dicha *Agenda* sobre correos y diligencias, museos y espectáculos. Este artículo faltaba sin duda á nuestro Diario para hacerle general á toda la poblacion, y puede asegurarse que en las dos primeras capitales de Europa no existe ni puede existir esta comodidad de un depósito central de noticias locales, lo cual es natural, atendida la inmensa poblacion de aquellas ciudades que da suficiente alimento de anuncios á considerable número de periódicos; pero esto sin embargo no es tan cómodo para el público como poder encontrarlos reunidos en uno solo.

Concluiremos, en fin, la reseña del actual Diario de Madrid advirtiéndole que sobre todas sus ventajas ofrece la mayor en la baratura del precio. En efecto, todas aquellas se pueden obtener con poco mas de dos cuartos diarios. ¿Y quién es, repetimos, el que no saca



de la lectura del Diario mayor utilidad? ¿Quién el que no pone á usura aquella módica suma? El conocimiento de un bando que liberta de una multa, el de un género mas barato, el ahorro de un paseo inútil para acudir á una audiencia, y demas circunstancias que dejamos enumeradas, ¿no valen dos cuartos al dia? Y si se calculan numéricamente todos estos conocimientos, ¿no habrán de tasarse mas que en ocho reales al mes?

Despues de todo lo dicho, solo nos permitiremos una observacion que prueba el adelanto de los tiempos, á saber: que este periódico, que tan limitado principio tuvo, y aun en sus mezquinas bases no podia sostenerse, no solo se basta en el dia á sí mismo, aun despues de sus notables mejoras, sino que puede rendir y rinde efectivamente al Estado y con aplicacion á los establecimientos de beneficencia, la crecida suma anual de *ciento veinte mil reales* (1).

(Mayo de 1835.)

(1) En la subasta posterior verificada en 1.º de octubre de 1842 á favor de don Ignacio Boix, ha quedado rematado el Diario en la cantidad de 21,600 rs. mensuales, ó sea 259,200 al año.

## LA PROCESSION DEL CORPUS.

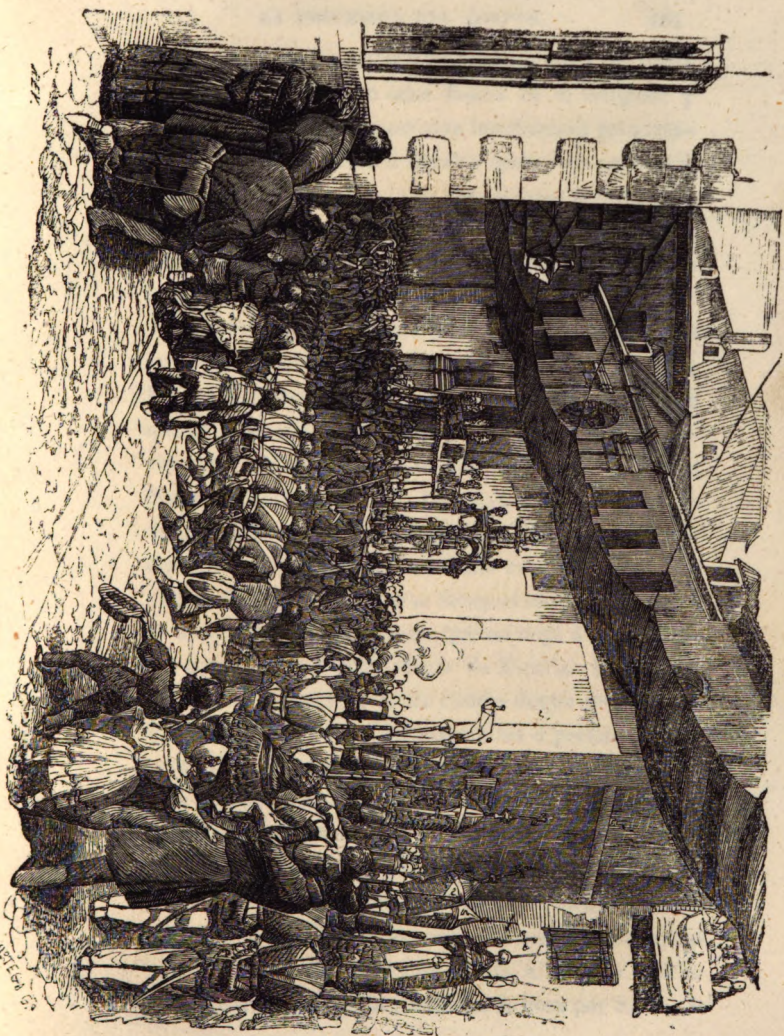
### I.

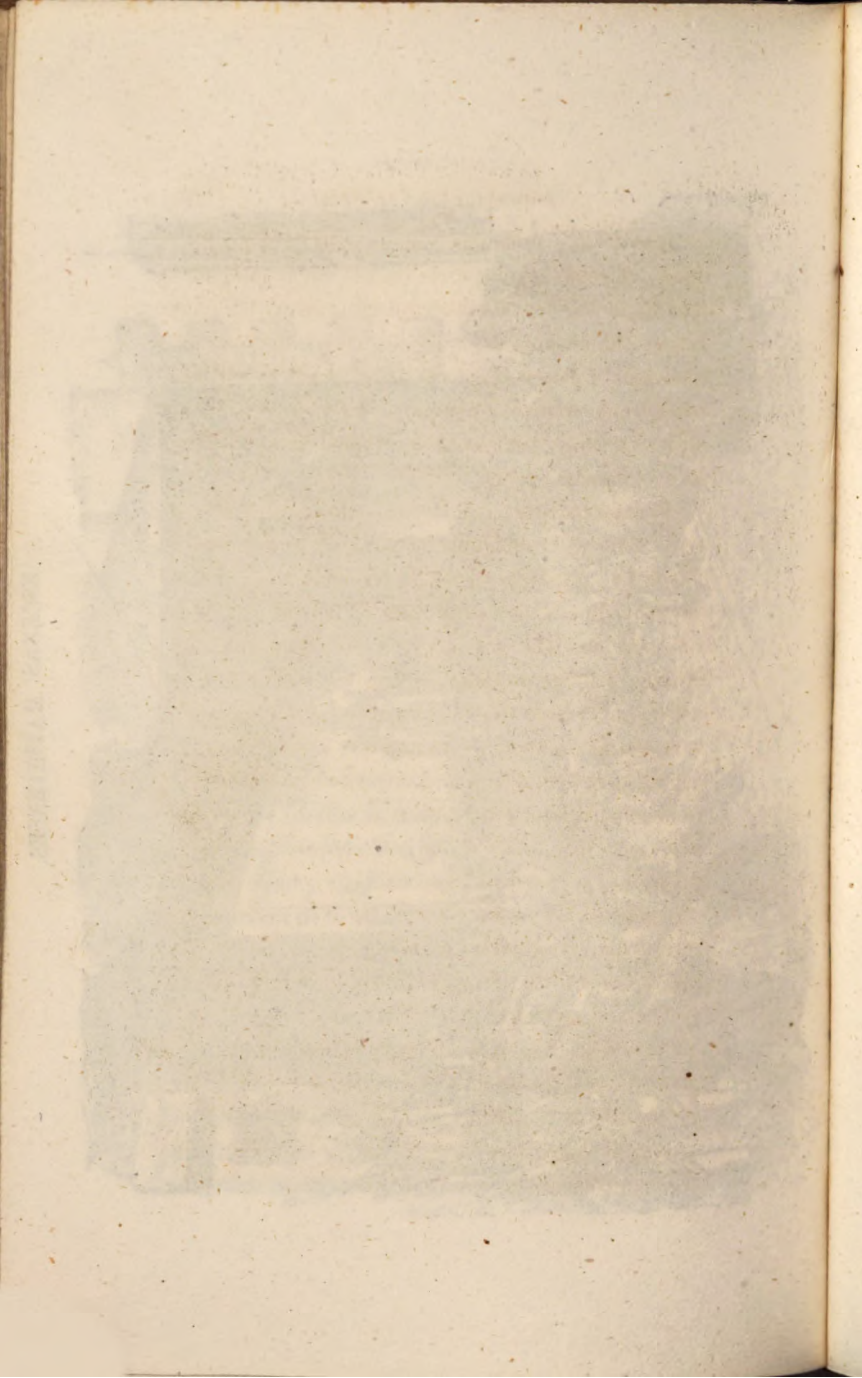
1623.

**E**ra el día 15 de junio del año de 1623, y celebraba en él la Iglesia Católica su fiesta principal al Santísimo Sacramento. Esta festividad había sido instituida en la ciudad de Lieja, en Flandes, por los años de 1240, á consecuencia de la revelacion de unas virtuosas mugeres que la confesaron á Roberto su Obispo, y siendo arcediano de aquella iglesia Jacobo Pantaleon, despues Urbano IV, espidió bula en 1272 para su celebracion. Desde entonces se verificó esta solemnemente en toda la cristiandad, y en particular distinguíase siempre en ella por su ostentacion la corte de los reyes católicos, que empleaban sus tesoros en tributar al Señor un culto magnifico haciendo alarde de su religiosidad y grandeza.



ESCENAS MATRITENSES.







Quisiéramos presentar á nuestros lectores un ligero dibujo de cómo pasaban estas fiestas en lo antiguo; y puesto que nuestras fuerzas sean insuficientes para trasladarles en imaginacion á aquella época, no queremos renunciar al placer de colocar aquí algunas noticias que, revolviendo archivos, hojeando cronicones y apuntando especies sueltas, hemos podido reunir sobre este y otros usos de pasadas épocas.

Fijamos particularmente para ello nuestra atencion en el dicho dia 15 de junio de 1623, en que la corte de Felipe IV, ostentosa y poética, dispuso con mayor lujo que de ordinario la solemne funcion del Señor. Concurría para ello una circunstancia muy notable. Carlos Stuard, príncipe de Gales, hijo primogénito y heredero del rey de la Gran Bretaña (después Carlos I, que pereció desgraciadamente en un cadalso en 1649), había llegado á Madrid el 7 de marzo de aquel año, con el intento de entablar su casamiento, que no llegó á tener efecto, con la infanta doña María de España. El rey, los príncipes, el poderoso valido Conde-duque de Olivares, y toda la corte, en fin, se esmeraban á porfía en obsequiar y halagar á tan distinguido huésped, con ceremonias y festejos que le pudieran dar idea de la grandeza del católico monarca.

Hay un ceremonial antiguo y manuscrito en el archivo de esta heroica villa que dispone el modo y forma de arreglarse la procesion en la primitiva y parroquial iglesia de Santa María la Real de la Almudena. Dicho ceremonial previene que, señalada la hora por S. M., si

asiste á la procesion , ó por el presidente del consejo en caso contrario, se reunan todos en dicha iglesia , y los consejos divididos cada uno en una capilla, y no habiendo, como no las hay, para todos, se forman con cancelas. Asi, hácia la pila del bautismo estaba el consejo de Cruzada: á los pies de la iglesia, Madrid: en la capilla del Santo Cristo del Buen Camino , el de Indias: en la capilla antigua, frente á la puerta de las gradas , el consejo real de Castilla: en el del Santo Cristo de la Salud, el de la Inquisicion: en la de Santa Ana, el de Hacienda: en el cuerpo de la iglesia á mano derecha , los capellanes de honor y predicadores de S. M., y á la izquierda los grandes. El sitio del rey y príncipe, junto á la baranda del altar mayor, al lado del Evangelio. Al ofertorio de la misa (que se celebra siempre de pontifical) se le sirve al rey y al príncipe las velas por los caballeros regidores comisionados en esta forma: llevan dos porteros de Madrid , vestidos con ropa carmesí, en dos fuentes de plata grandes é iguales, una acheta pintada y una vela en la misma forma, una blanca de á libra y otra de á media; y en llegando al medio de la iglesia, toman las bandejas de manos de los porteros, y haciendo tres reverencias las entregan al capellan de honor que está de asistencia, y éste al sumiller de cortina, primero para el rey, y despues al príncipe. Despues que se empieza la misa se da principio á ordenar la procesion por el mayordomo de semana y el aparejador de las obras de Palacio. Madrid lleva el palio, repartiéndose las cuatro varas y ocho borlones de él por antigüedad.

Aquel año se verificó asi, y el príncipe de Gales, des-



de uno de los balcones del cuarto en que se hospedó, que fue en el entresuelo de la torre primera del alcázar, la vió pasar, permaneciendo en pie durante toda ella, así como el marqués de Boukingham y demas caballeros de su corte que le acompañaban, y al llegar el Santísimo se arrodillaron todos.

El orden que llevaba la procesion era el siguiente. Abrian la marcha los atabales y clarines—seguian los niños desamparados y los de la doctrina—luego los pendones y las cruces de las parroquias—los hermanos del hospital general—los de Anton Martin y las comunidades religiosas por este orden—mercenarios descalzos—capuchinos—trinitarios descalzos—agustinos descalzos—carmelitas descalzos—clérigos menores—padres de la compañía de Jesus—mínimos de la Victoria—gerónimos—mercenarios calzados—trinitarios—carmelitas—agustinos—franciscos—dominicos—basilios—premostratenses—bernardos—y benitos—La cruz de Santa María de la Almudena—la del hospital general de corte—la clerecía en medio de las órdenes militares Alcántara, Calatrava y Santiago con mantos capitulares.—Al lado derecho el consejo de Indias—el de Aragon—el de Portugal—el supremo de Castilla.—Al izquierdo el de Hacienda—el de las Ordenes—el de la Inquisicion—el de Italia—el cabildo de la clerecía—veinte y cuatro sacerdotes revestidos, con incensarios—la capilla real con su guion—tres caperos, el de en medio llevaba el báculo—el arzobispo de Santiago de pontifical—los pages del rey con hachas—las andas del Santísimo—la villa con el palio—el rey—el

principe al lado izquierdo—un poco detras el cardenal Zapata al derecho—el cardenal Espinola al otro lado—el nuncio en medio de los dos— el obispo de Pamplona detras.—El inquisidor general—el embajador de Polonia— el patriarca de las Indias—el embajador de Francia—el de Venecia—el de Inglaterra—el de Alemania—el Conde-duque de Olivares —los grandes cerca de la persona del rey — los titulos y señores á tropas en medio de la procesion—las dos guardias española y tudesca á los lados de la procesion—y detras toda la de archeros.

Era costumbre en aquellos tiempos, y se observó constantemente hasta 1705, que por la tarde de este dia empezase la representacion pública de los Autos sacramentales, que seguia durante toda la octava del Corpus. Levantábanse para ello en las plazas de Palacio y de la Villa sendos tablados, adonde se encaminaban ocho carros triunfales, cuatro para cada una de las dos compañías de comediantes: principiaba con notable aparato el primer auto en la plaza de Palacio delante del rey el mismo dia del Corpus á las cuatro de la tarde, y acabado aquel empezaba el segundo, y pasaban los carros del primero á la plaza de la Villa á representarle al consejo de Castilla, y despues la misma noche al de Aragon: seguia el segundo auto en la forma referida, y al viernes siguiente por la mañana se representaban los dos al consejo de Inquisicion, y por la tarde á Madrid, desde donde por el orden que queda espresado del dia antecedente, se seguian representando á los consejos de Italia, Flandes, Ordenes, y el sábado á los de Cruzada, In-



días y Hacienda; y acabadas las representaciones públicas por consejos, continuaban en las casas de los señores presidentes, en que se gastaban todos los días de la octava, dando principio luego en los corrales el viernes siguiente á ella. Así pasó hasta el año de 1676, en que por escusarse algunos consejos de este gasto se hicieron variaciones, de que resultaron algunas dudas é inconvenientes, y habiéndose consultado á S. M., resolvió que no se hiciese novedad. Después, por lo molesto que era para los reyes la representación de los dos autos en una tarde, se resolvió el año 94 que se hiciesen uno el jueves y otro el viernes, y este día se hiciesen los dos al consejo, dando principio la compañía que el día antecedente representó en Palacio, y el mismo día al consejo de Aragón, y que si el consejo de Inquisición quisiese autos se los representasen por la mañana, y por la tarde á la Villa; lo que se ejecutó algunos años, hasta que por escusar gastos se hacían estos festejos á SS. MM., al consejo y Madrid, en los días jueves, viernes y sábado. Por último, en 1705 S. M. don Felipe V se sirvió aplicar á las urgencias de la guerra el gasto que se causaba en estas representaciones, y desde entonces no volvieron á verificarse mas que en los Corrales.

Es bien sabido que en la composición de estos autos se emplearon los primeros ingenios de esta corte, y que muchos de ellos tienen cualidades que los hacen interesantes. Don Pedro Calderon de la Barca solo, escribió setenta y dos, cuyos originales legó en su testamento á la villa de Madrid, que se los había pagado, y á fin de que

se conservasen en su archivo; pero fueron estraidos y sustituidos por copias, y en 1716 se imprimieron por don Pedro Prado y Mier, pagando á la villa 16,500 reales por su propiedad.

## II.

1835.

**D**espues del transcurso de los tiempos, se conserva en el dia como la mas solemne entre nosotros la festividad del Corpus, y la procesion con que la villa de Madrid la celebra, sigue el mismo orden de magestad y decoro que en el siglo XVII en que la hemos descrito, si bien con menos acompañamiento de comunidades y personajes, habiéndosela purgado tambien de los ridiculos emblemas que bajo los nombres de *la tarasca*, *los gigantes* y otros, se conservan aun en algunos pueblos de España, y hasta antes de la guerra de los franceses se usaban en el mismo Madrid (1).

(1) *La tarasca* era una figura de sierpe que iba delante de la



Queda ya dicho que el orden de la procesion es en el dia el mismo; y si bien puede haber perdido en cantidad de personajes asistentes, no en la calidad de ellos, que es siempre la mas elevada, empezando por el mismo monarca cuando se halla en la corte, los grandes, los supremos consejos y tribunales, el clero secular y regular, el ayuntamiento &c., que en todo forma un tan dilatado como vistoso y rico acompañamiento.

Pero en lo que sin duda alguna debe esceder el Madrid actual al antiguo, en semejante dia, es en el suntoso y variado aspecto de sus calles, especialmente en las que constituyen la carrera de la procesion; el bullicio y animacion del numeroso pueblo, la elegancia de las vestimentas, y la agradable armonia, en fin, de un conjunto tan vario y caprichoso.

Difícilmente una persona que no haya estado en esta procesion, y representaba místicamente el vencimiento glorioso de nuestro Señor Jesucristo sobre el demonio. Es voz tomada del verbo griego *theracca*, que significa amedrentar, porque espanataba y amedrentaba á los muchachos. En *Tarascon*, villa de Francia, en la Provenza, sobre la orilla izquierda del Ródano, existe una tradicion que dice que habiendo llegado Santa Marta á aquellas riberas, logró vencer y encadenar á un monstruo carnívoro llamado *la tarasca*, que afligia y desolaba aquel pais. La villa agradecida eligió á la santa por su patrona, y conservó la memoria de aquel beneficio en un cuadro que hemos tenido ocasion de ver en su iglesia. Además, en la procesion que se hace anualmente con gran solemnidad, se pasea por las calles una imagen colosal del monstruo vencido y arrastrado por una muchacha. Finalmente, en el archivo de Madrid leemos en un antiguo libro de cuentas una partida que dice: "*Por gastos en la tarasca para la procesion del Corpus, 1400 reales.*"

corte podrá formarse una idea ni aproximada de todo ello. Si es extranjero y no conoce la pureza de nuestro cielo, la viva lumbre del sol que nos ilumina, la diafanidad de nuestra atmósfera, ¿cómo podrá imaginarse la alegría de aquel hermoso cuadro?

Una luz templada por los toldos azules y blancos que cubren toda la carrera; un piso blando de arena que hace desaparecer la desigualdad del empedrado; dobles filas de tropas vistosamente enjaezadas, é interrumpidas de trecho en trecho por armoniosas músicas; un pueblo inmenso, bullicioso, espresivo, cubriendo absolutamente el espacio que la tropa permite; calles anchas, bellas, y tiradas á cordel, que dejan contemplar una larga serie de casas, adornadas esquisita ó caprichosamente con vistosas colgaduras, y tan henchidos de gente los balcones que parecen imprimir movimiento á los edificios: tal es el bellissimo conjunto que desde las primeras horas de la mañana presentan las hermosas calles Mayor, de Carretas y de Atocha, Plaza Mayor y Puerta del Sol.

Los detalles son aun mas interesantes. No bien apunta la aurora, que á la verdad es bien pronto en un hermoso día de junio, empiezan á circular las bombas que riegan la carrera; apodéranse en seguida de ella los vendedores de flores, que la llenan de un agradable perfume: los vecinos, madrugadores aquél dia, disponen y cuelgan las fachadas de sus casas, y desde aquel momento empieza la concurrencia, que, como debe suponerse, se compone al principio de las sirvientas y manebos, que si ceden á la posterior concurrencia en ele-



gancia y aderezo, pueden disputarla en alegría y gracia natural.

Siguiendo por una progresion ascendente, y mientras la tropa va formándose, llegan ostentando sus respectivos atavíos y personas, la desenvuelta manola del Barquillo con su peineta elevada, cesto de trenzas, mantilla sobre los hombros, recortado guardapiés, guarnecido delantal, rica media calada y zapato de cinco puntos. Siguela en pos el honrado artesano, vestido de nuevo, reluciente sombrero de seda, frac improvisado en los portales de calle Mayor, y guantes amarillos. El mancebo de comercio, con su corbatin de á cuarta, sus cadenas de similar y su camisa plegada; la alegre modista con una espresiva rosa en la cabeza, su zapatito primorosamente atacado, y sus mangas huecas de pergamino: el mercader de calle de Postas, envuelto en su casacon Tarrasa, su corbata blanca, ancho sombrero y zapato de oreja: el antiguo abogado, el veterano procurador, conduciendo del brazo á la respetable mitad, y llevando por delante tal cual pimpollo femenino de 15 á 16 (cosecha de 1835), que sale por primera vez al gran mundo, y se admira ella misma de la sorpresa y encanto que su ignorada belleza produce en los circunstantes. Mas allá vienen los almibarados y flexibles mozalbetes, con sus ajustadas levitas, sombrerito á los ojos, perilla romántica: ni dejan de cruzarse con las pareadas filas de desdeñosas elegantes que ostentan sus gracias entre las blondas y rasos prendidos y recortados por las mas hábiles manos de la calle de la Montera, ó muestran su mal disi-

mulado enojo porque madama Tal dejó de llevarlas á tiempo el traje *punzó* ó el sombrerito *hortensia*.

Guarda descuidadamente aquel género volátil la formidable marquesa, que cree hacer olvidar su fé de bautismo entre el fino encaje, las hiperbólicas guarniciones, los ingeniosos artificios de cintas y gasas; y alza la cabeza, habla con tono solemne y satisfecho, al verse servida por dos alumnos de Marte, cuyos hombros decoran por primera vez aquel dia relucientes charreteras: uno de ellos se apresura á darla el brazo; otro á ponerla la sombrilla; cuál á hacerla observar lo mas notable de la carrera; cuál, en fin, á apartar la gente para dejarla paso; pero una dulce mirada de alguna de las niñas, que van delante, recompensa de tanto afán á aquellos mártires, hasta que llegando al balcon deseado, pueden dejar descansar al siglo XVIII, y trasladar su atencion al de la juventud y de la hermosura.

En este armonioso y confuso laberinto, la concurrencia se agita, vuelve y revuelve una y mil veces, y ni la vista puede seguir tan variable escena, ni la pluma pintarla con fidelidad. Suena, en fin, el redoble del tambor; óyense las voces de atencion y de mando; la procesion se acerca; es preciso acomodarse entre filas, y dejar el centro despejado: ¡qué momento de confusion y de agradable desorden! ¡qué combinaciones tan inesperadas y estravagantes! La joven inocente que gira asustada sobre su derecha, se encuentra sin saberlo colocada entre un grupo de oficiales que se apresuran á hacerla sitio, en tanto que los papás, torciendo aturdida-



mente sobre la izquierda, la echan menos, la buscan, la ven en frente, quieren reunirse á ella; pero en vano; los batidores de la procesion se interponen é impiden el paso, y el indignado padre tiene que contentarse con hacer á la niña gestos espresivos, y jurar no volver á sacarla al público hasta el Corpus del año siguiente.

Aqui es una muger que chilla porque la dejen colocar su chico delante de las filas; allá es un soldado que repugna y codea á una espantable vieja que se ha sabido colocar en *correcta formacion*: ¡qué movimiento en los balcones! ¡qué estrechar las distancias! ¡qué hacerse lugar entre dos sillas! ¡qué abrir de quitasoles! ¡qué mover de abanicos! ¡qué enarbolar de anteojos!

La caballeria llega, en fin, despejando la carrera, y entre el son de las campanillas y de los cánticos, empieza la larga fila de niños espósitos, ancianos mendigos, comunidades, pendones y cruces, consejos, alguaciles y personajes de la corte, hasta que llega el Santísimo: las músicas militares y religiosas se mezclan á este punto en sonora armonía: la atmósfera aparece cubierta del humo del incienso que queman los sacerdotes: la tropa rinde las armas é hinca la rodilla á la presencia del Omnipotente: los espectadores todos siguen el ejemplo; y las campanas llenan los aires con sus redoblados sonidos. Este momento es verdaderamente sublime. El bullicio y la confusion han desaparecido, y un pueblo entero, silencioso y postrado, rinde á la Divinidad el homenaje de su adoracion.

No bien ha pasado la guardia de la procesion, los bal-

cones quedan despoblados; la gente del pueblo abandona la fiesta para retirarse á sus casas; pero la concurrencia elegante prolonga aun el paseo durante una hora, en que con mas desahogo puede lúcir las gracias de su persona ó la riqueza de su vestido. Los funcionarios que asistieron á la procesion en gran uniforme, recobran sus esposas y las pasean con cortés condescendencia: los jóvenes agrupados en la Puerta del Sol y calle de Carretas ven desfilar las bellezas y suelen ir desfilando en pos de ellas; y de este modo va disminuyendo la concurrencia hasta las tres de la tarde, en que cesa del todo. Una hora despues los toldos han venido al suelo, las colgaduras han desaparecido, y cuando mas tarde atraviesa la misma concurrencia aquellas calles para dirigirse al Prado, ya no encuentra en ellas la mas mínima señal de la festividad de la mañana.

(Junio de 1835.)



## PASEO POR LAS CALLES.

### I.

**N**ada hay mas natural en un forastero que la curiosidad de conocer el aspecto general del pueblo que por primera vez visita, y nada tambien suele ser tan frecuente como el decidir por esta primera impresion de la belleza ó mezquindez del tal pueblo.

Aventurado por cierto seria aquel juicio, aplicable á nuestro Madrid, pues que variaria absolutamente segun el lado de donde viniese el forastero, y por donde pudiera observar su primera vista. El gallego y castellano, por ejemplo, mirando la poblacion por su parte mas antigua y escabrosa, atravesando su escaso rio sobre el magnifico puente á que Juan de Herrera imprimió la severidad de su escuela, y entrando por una mezquina puerta, solitaria y empinada calle, cuyos tejados forman una dilatada escalera, apenas encontraria diferencia notable con sus tetricas ciudades, si la presencia del palacio real á su izquierda no le hubiera dado de antemano á conocer la capital del reino.

Muy diferente idea formará el andaluz que viene de la parte del Mediodía, abrazando con su vista toda la población por su parte mas vital y variada. Los suntuosos edificios del seminario, cuartel de guardias y palacio á la izquierda; la fábrica de tabacos, el hospital general y el observatorio, á su derecha; el puente, paseo y nueva puerta de Toledo al frente; intermediado todo por variados edificios, caprichosas torres, numerosos grupos de casas de distintas formas, y revelando, por decirlo así, la existencia de un pueblo grande y vivificado con la presencia del gobierno, prestan por este lado á Madrid su vista mas completa é interesante. Los catalanes, aragoneses y valencianos, arribando á la capital por la soberbia puerta de Alcalá y la de Atocha, formarán una idea aun mas risueña y magnífica, por los elegantes paseos de las Delicias y el Prado, los pintorescos jardines del Retiro y Botánico, y las suntuosas calles de Atocha y Alcalá; y finalmente, los procedentes de las provincias del Norte juzgarán á nuestra villa árida y solitaria al entrar por las puertas de San Fernando ó de Santo Domingo.

Si deseando modificar estas primeras impresiones, y conocer á un golpe de vista el conjunto del pueblo que los recibe, solicitasen subir á una altura céntrica y de la elevación correspondiente para medir y conocer á *vista de pájaro* todo el plano de la capital, seria aun mas difícil el indicársela, careciendo, como carecemos, de un gran templo central, que suele ser en otros pueblos el sitio adonde los forasteros acuden para satisfacer este



deseo. La torre de la parroquia de Santa Cruz es la única que puede suplir en Madrid aquella falta, aunque ni su elevacion ni su situacion son suficientes para abrazar distintamente todo el plano, y conocer á un golpe de vista las varias fisonomías de los cuarteles de esta villa. Sin embargo, colocados en aquella altura puede observarse el corte de la poblacion, uno de los mas cómodos y ventajosos que conocemos, pues que partiendo sus calles principales de un centro comun, que es la Puerta del Sol, se prolongan en forma de estrella hasta los últimos confines de la villa. Asi que, conocidas una vez la direccion al E. de las calles de Alcalá y San Gerónimo, de la Montera, Hortaleza y Fuencarral al N., de la Mayor al O., y de las Carretas, Concepcion Gerónima y Toledo al S., llega á ser fácil evitar la confusion que un pueblo nuevo infunde. La frecuentacion de sus calles hará conocer al forastero que todas ellas le llevan como por la mano á estos puntos capitales, que en la mayor estension del rádio se modifican y cruzan por otros mas subalternos y parciales, como las calles de Atocha, ancha de S. Bernardo, Jacometrezo y otras. Por lo demas, en cuanto á la belleza del aspecto general, menguada idea podrá formar desde aquel punto, no divisando desde él sino la desigualdad, tristeza y mezquina forma de los tejados de nuestras casas.

Esta desfavorable impresion será sin embargo modificada cuando descendiendo á las calles hiera la vista del observador la espaciosidad y desahogo de estas, la regularidad bastante general de su alineacion, la variada

y caprichosa pintura de las fachadas de las casas, y sus distintas formas y dimensiones, que si bien puede condenarlas un ojo artístico por su falta de orden y simetría, llevan la ventaja de entretener agradablemente la vista, alterando á cada paso la insoportable monotonía de las ciudades edificadas bajo seguro plan y severas condiciones.

Las calles de Lóndres y de París, por lo general planas y sin notables desniveles, sujetas sus casas á una perfecta alineacion, y presentando en su forma exterior un aspecto casi uniforme, son aun mas fatigantes, mas tristes y enfadosas que las de Madrid con sus cuevas y la irregularidad de sus casas. Añádase á esto las inmensas ventajas que nuestro clima nos proporciona de la sequedad constante del piso, la perfecta conservacion de los colores en las fachadas, y la animacion que produce la costumbre de los balcones; compárese todo ello á la densidad de una atmósfera nebulosa, la casi perpétua humedad del piso, el ennegrecido moño de las fachadas, la severidad de aspecto de la línea de ventanas, y la metódica uniformidad, en fin, de los edificios, en aquellas capitales, y habrá muy pocos que dejen de preferir un paseo por nuestra villa (haciendo para ello abstraccion del mayor movimiento y vida de aquellas poblaciones) al cansancio y fatiga de cuerpo y de espíritu que puedan proporcionarle otras ciudades mas importantes.

No es esto decir que nuestro Madrid actual no pueda y deba recibir graves modificaciones para imprimirle mayor regularidad y agrado, y las numerosas y conti-



nuas que hace veinte años experimenta, revelan, por decirlo así, el grado de belleza á que aun puede llegar. Cuando se haya reformado del todo el empedrado de las calles, cuando en la forma y revoque de las casas se haga general el gusto que se observa en las nuevamente edificadas, imitando á las de Cádiz; cuando se modifique la forma de los tejados y buhardillas, y desaparezcan del todo los canalones; cuando, en fin, se vean generalizadas aquellas variaciones que observamos ya parcialmente, entonces será cuando Madrid llegará al punto de belleza que su situación local y el hermoso sol meridional le proporcionan, y merecerá con mas justicia los dictados que aun los mismos estrangeros la prodigan de la *villa blanca*, la *villa joven del Mediodia*.

Mas si prescindiendo ya del aspecto material de sus calles y casas, intentáramos dibujar, aunque ligeramente, su vitalidad y movimiento; si dejáramos las piedras por los hombres, los órdenes arquitectónicos por el orden de la sociedad, el Madrid físico, en fin, por el Madrid moral, ¡qué escena tan varia! ¡qué espectáculo tan animado no podríamos presentar á nuestros lectores!

Tosco y desaliñado es nuestro pincel para tamaño intentó; pero no podemos resistir á la tentacion de emprenderlo. No nos propondremos seguir metódicamente para ello las distintas fases de tan variado teatro segun las diversas horas del dia, las estaciones y demas circunstancias que alteran y modifican los usos populares. Escogeremos cualquier dia del año; por ejemplo, el dia en que nos ballamos: procederemos libremente y como

al acaso; dejaremos vagar á nuestro discurso, y pues que el moderno romanticismo nos autoriza, renunciaremos á todas las unidades conocidas; y tanto mas románticos seremos, cuanto menos pensemos en lo que vamos á escribir.

## II.

**N**ingun momento del día nos parece mas oportuno para sorprender á los madrileños en el espectáculo de su vida exterior, que aquellas apacibles horas que aproximando el día á la noche, libertan del trabajo para acercarnos al descanso y al placer; aquellas horas que en la estacion ardorosa en que nos hallamos, vienen á mitigar los rigores de nuestro sol meridional, y en que la poblacion, ansiosa de disfrutar la apetecida brisa de la noche, abandona el interior de las casas, y se muestra generalmente en las calles y plazas, en las puertas y balcones. No haya miedo el cojuelo Astarot, ni su licenciado don Cleofás, que para tal momento solicitemos sus auxilios con el objeto de levantar los tejados de las casas, y reconocer lo que pasa en el interior: por la ocasion



presente dejémosle á los ladrones y enamorados, que tambien suelen aprovecharse á tales horas de aquel abandono, y pues que todo el pueblo se halla en la calle, bueno será mezclarnos y confundirnos con todo el pueblo.

El reloj de nuestra Señora del Buen Suceso ha dado las seis: la animacion y el movimiento, interrumpidos durante la siesta, han vuelto á renacer en las calles; los vecinos de las tiendas, descorriendo las cortinas que las cubren, hacen regar el frente de sus puertas, asoman al cancel de ellas, y llaman al ligero valenciano, que con sus enagüetas blancas, su pañuelo á la cabeza y su garrafa á la espalda, cruza pregonando el *«Güa é sebá fria....* Otros escogen en el cesto de aquella desenfadada manola tres ó cuatro naranjas para mejorar la palabra, dirigiéndola de paso algunas medianamente disimuladas, si bien mejor recibidas; y otros, en fin, se contentan con un vaso de agua pura que les ofrece en eco lastimero el asturiano, por cuatro maravedís. En tanto los muchachos, que á la primer campanada de las seis ha lanzado una escuela, improvisan en medio de la calle una corrida de toros, ó atan disimuladamente á la rueda de un calesin alguna canasta de fruta, que al echar á andar el carruage rueda por el suelo, con notable provecho de la alegre comparsa; ó bien tratan de engañar á un barquillero, distrayéndole para que no mire el juego; ó ya disparan sendas carretillas de pólvora á los perros y á los que no lo son.

A semejantes horas todavia no se sienten circular mas carruages que los del riego ó los bombés *facultati-*

vos, y sin embargo, en todas las cocheras se disponen y preparan ya los que de allí á un rato han de conducir al Prado á la flor y nata de la aristocracia. Los cafés, oscuros aun y abiertos de par en par, no reciben todavía mas que uno ú otro provinciano que saborea el primero un gran cuartillo de leche helada, algun militar que fuma un cigarro mientras ojea la gaceta, ó un quidan que entra mirando al reloj, espera á un amigo que viene de allí á un rato, y juntos parten á paseo.

«De la lotería-aaaao-cha-vó-á ochavito los fijos.—  
 ¿Una calesa, mi amo?—De la fuente la traigo, ¿quién la bebe?—Señores, á un lao, chás.—El papel que acaba de salir ahora nuevo.—Cartas de pega.—Orchateró.»

Crece la animacion por instantes: el rápido movimiento se comunica de calle en calle; las puertas vomitan gentes; los balcones se coronan de lindas muchachas; cruzan las elegantes carretelas, los ligeros tilburís, las damas y galanes á caballo; grupos interesantes, numerosos, variados, se dirigen á los paseos ostentando sus adornos y atractivos; otros *medio hombres* y *medio esquinas* ocupan las encrucijadas de las calles, y presencian á pie firme el paso de la concurrencia.

Punto central de esta agitacion es la Puerta del Sol y principales calles que la avecinan, observándose el reflujó de la poblacion en direccion al Prado. Las calles apartadas del centro no ofrecen tanto interes, si bien tienen el suficiente para ser consideradas. Cuando las de Alcalá, la Montera y Carretas ostentan rápidamente lo mas



elegante y bullicioso de nuestra poblacion; cuando sus balcones, por lo regular abandonados, demuestran que sus vecinos se hallan en paseo; cuando el ruido y el polvo de los carruages ofuscan los sentidos y tienden un denso velo que nos impide ver á cuatro pasos, salvémosnos de este laberinto, y trasladémonos, por ejemplo, á la calle ancha de San Bernardo ó á la de Hortaleza, á la de San Mateo, ó á la de Leganitos.

Todo es tranquilidad en el dilatado recinto que media desde el monasterio de las Salesas hasta el seminario de Nobles. El silencio y soledad de las calles, apenas es interrumpido por el paso de los pocos transeuntes. Tal cual matrimonio del pasado siglo, precedido de algunos retoños, representantes de la futura España, y dirigiéndose pausadamente á las puertas de Santa Bárbara ó San Bernardino con el objeto de llegar al obelisco ó á la cuesta de Harineros; tal cual corro de dilettantis á la puerta de una taberna, saboreando el compas de la tirolesa de Guillermo Tell, tocada por el organillo del perro; tal cual grupo de mozos de esquina ensayando sus ociosas fuerzas colosales; tal cual cuerpo de guardia ó batallon pasando la lista al son de sinfonías y cabaletas: hé aquí los únicos episodios que alteran de vez en cuando la unidad de accion de aquel clásico espectáculo.

Los conocedores, sin embargo, encuentran en este cuadro multitud de bellezas, y el mas indiferente suele verse sorprendido al pasar por bajo de algun balcon, donde no sospechaba tales tesoros. Aquella cortinilla, que parece casualmente recogida en los hierros de aquel

balcon, está mejor dirigida que lo que aparenta : jamás ningún marinero manejó con tal destreza la vela de su bajel como la personita escondida bajo de ella hace servir á su gusto á la oficiosa cortina.

Pero vedla que la descorre de pronto, que deja el asiento, tira la labor y ostenta en pleno balcon toda la esbeltez y primor de su figura. ¡Y habrá todavía quien hable contra nuestros balcones...! Lindo pie encerrado sin violencia en un gracioso zapatito, limpio y elegante vestido de muselina primorosamente sencillo, que deja admirar una contorneada cintura por bajo la graciosa esclavina que cubre los hombros y el pecho; elegante nudo recogido á la garganta, gracioso rodete á la parte baja de la cabeza, á semejanza de la Venus de Médicis, dos primorosos bucles tras de la oreja, otro par de rizos pegados en la sonrosada megilla, y diestramente combinados con unos lazos azules que hubieran puesto envidia al mismo sol: tal es el espectáculo delicioso que ha asomado en aquel balcon. ¿Mas por qué no lo hizo antes? ¿por qué tan precipitadamente ahora?—El por qué, señores míos, yo me lo sé, pero no sé como decírselo á usted es.

«Mariquita. — Matilde. — ¿Has visto? — ¡Qué quieres; paciencia! — Yo no sé qué tendrán. — Lo que es N... estaba de guardia cerca de aqui, pero el otro... — El otro... apostaré que está en el Prado haciendo el galan con la de... — No lo creas... puede que hayan pasado... pero mira, ¿no reparas aquellos dos que han vuelto la esquina? — ¡Qué! pero si... no, no son... ¿á ver? saca el pa-



ñuelo.—Sí, mira, mira cómo han sacado el suyo, mira cómo se rien.—Sí, ellos son... ¡Ay qué vergüenza, Matilde! Cerremos los balcones.—¿Pues qué...?—¡Que no son ellos...!»

«Bravo, señoritas, lindamente,» gritaban en esto otros dos caballeros de gentil aspecto que llegaban precisamente en aquel momento por la parte opuesta de ambos balcones.—¿Qué te parece, Carlos? ¡hemos quedado lucidos!—¿Qué haremos?—Yo sería de opinión de desafiar á aquellos dos.—Yo de matarlas á ellas.—Hombre, no, en tal caso matarnos nosotros es mas noble.—Mira, lo mejor será que todos vivamos, y nos vengüemos marchándonos al Prado.—No dices mal.»

Bien diferente colorido presenta por cierto á los ojos del observador el otro trozo de pueblo comprendido desde el Palacio á la puerta de Atocha: las calles de Toledo y Embajadores, del Meson de Paredes y de Lavapiés no ceden á tales horas en movimiento á las mas animadas de Londres. Las enormes galeras de los ordinarios valencianos y andaluces que salen para hacer noche en la venta de Villaverde; los calesines que esperan flete para los Carabancheles; el barbero que rasguea su vihuela á la puerta de su tienda; el corro de andaluces que sentados en el banco de aquel herrador entonan la caña; los alegres muchachos, que subidos en los mostradores y sobre las sillas de las tiendas, rien de las habilidades de Juan de las viñas ó del perro que salta al monótono son de la dulzaina de aquel ciego; la terrible cohorte de cigarreras de la fábrica que al anochecer de-

jan el trabajo y se mezclan y confunden con los no pequeños grupos de mozallones que esperan su salida. ¡Qué confusion, qué bullicio por todas partes! También el amor embellece este animado cuadro. Sigamos, por ejemplo, á alguna de esas parejas, verémosla dar fondo en cualquiera de las innumerables tabernas que ostentan al paso sus variadas provisiones de bacalao y sardinas, ensaladas y huevos duros. Mirad á aquel galan que dejó su tienda armado de punta en blanco, y demostrando que va de servicio de teatro ó de patrulla. ¿Mas por qué no siguió la calle de Embajadores á la de Toledo, y ha dado esa vuelta para venir á la plaza? ¡Cosa clara! ¿No habeis reparado en aquella tienda de cordonero de la calle de las Maldónadas? ¿No le habeis visto pararse delante de ella, dudar un rato mirando por las vidrieras, dejar el fusil apoyado en ellas mientras encendia un cigarro en la tienda de enfrente? ¿No habeis reparado una blanca mano que disimuladamente ha echado algo por el cañon del arma?—¿Qué fue ello?—Nada, reparad al mancebo que la vuelve á echar al hombro con ligereza; apostaria á que la niña ha burlado las precauciones de un padre tirano: el fusil encierra el misterio del amor. Jamás parte de una victoria fue conducido con mas alegría.

Pero ya la campana de san Millan y san Cayetano llama á los fieles al rosario; la trompeta y el tambor desde el vecino cuartel dan el toque de oracion; las tiendas y cajones de comestibles van encendiendo sus farolillos; los profundos coches del siglo XVII y los desvencijados calesines abandonan el puesto; y las tinieblas de la noche



van , en fin, oscureciendo aquel animado teatro. Este espectáculo nocturno merece otro cuadro aparte, y tal vez algun dia le emprenderé: el que intentaba dibujar por hoy concluye aqui.

(Julio de 1835.)

## EL PATIO DEL CORREO.

---

**M**adrid es la patria comun, el lugar de cita para todos los españoles; las varias necesidades de la vida, el comercio, la industria, el lujo, la miseria, el afan de figurar, el deseo de descanso, tantos motivos, en fin, diversificados segun las circunstancias de cada individuo, le conducen tarde ó temprano á la capital del reino, y se tendria por muy infeliz el que una vez por lo menos en su vida no llegase á visitar este emporio de la hispana monarquía. Los habitantes de él pueden, pues, vivir seguros de ver pasar ante su vista como en una linterna mágica todas las notabilidades provinciales.

Si Madrid es el centro de España, y la Puerta del Sol lo es de Madrid, un escolástico sacará la consecuencia de que la Puerta del Sol es el punto central del reino. Eslo indudablemente, no tanto por su situacion topográfica, como por su vitalidad y movimiento. La memoria de este sitio es el primer pensamiento del forastero al dirigirse á



Madrid, y no sería ridículo el que dos españoles que se encontrasen en las elevadas cordilleras de los Andes, ó en las heladas márgenes del Nueva, se despidiesen citándose «para la Puerta del Sol.» Pero aun hay dentro de ella misma otro punto central, que por esta razón, y siguiendo el argumento que arriba dejamos sentado, puede tomarse por el disco de sus rayos. Tal es *el patio del Correo*, y para hablar de él tomamos por hoy la venia de nuestros lectores.

Todas las cosas de este mundo son grandes ó pequeñas, sublimes ó ridículas, según el punto de vista de donde se las mire; y tal espectáculo habrá que parezca mezquino á los ojos de un ser indiferente ó desdeñoso, al paso que logre escitar la meditacion del curioso y del observador.

Cierto que el que lea el epigrafe de este artículo no encontrará el asunto sobradamente interesante.—¡El patio del Correo! ¿y qué hay en el patio del Correo? Un cuerpo de guardia, una prision nocturna, que mas bien puede llamarse albergue de borrachos y escarriados; una escalera postuma, tres ó cuatro ventanillos cerrados, y esparcidos por los postes que circundan el recinto sendos cartelones y cartelitos desde las colosales y laboreadas letras de Sancha ó Jordan hasta los mas imperfectos garrapatos de los escribientes memorialistas. De todo esto poco ó nada se puede decir, y por muy *Parlante* que sea el señor *Curioso* que hoy nos enseña su linterna, hartó será que no consiga escitar los bostezos del auditorio.—

—Poco á poco, señor indiferente; poco á poco; y antes de juzgar de las cosas por su superficie procure usted enterarse un tantico de su fondo. No, sino dé cuatro paseos, y aguarde un rato en esta galeria, y si luego de bien enterado de su contenido pretendiese dejarla bruscamente, para mi santiguada que es un necio ó yo soy un bolo. Aguarde, repito, media hora: y pues que el reloj patronal de este recinto acaba de dar las doce y media, entreténgase un rato mirando esas columnas de piedra que ostentan una variedad literaria, por lo menos tan interesante como las de nuestros periódicos matritenses.

No se tome por chanza: Victor Hugo es quien lo dice, que «los pueblos escriben en piedra sus invenciones y sus progresos.» Vea usted sino los nuestros en literatura. *Direccion de cartas*: no haga usted caso; por ahora no rige, pues por muy bien que usted las dirija, es lo regular que no logre á darlas direccion segura; deje usted que en acabando la guerra civil, y luego que tengamos buenos caminos y mejores postas, y empleados celosos, y... otra cosa será. No se acerque usted á leer ese cartelito *Curacion de la vista*, no se pierda la suya con la letrilla menuda y temblejona en que está impreso; deje á un lado el *Manual de Madrid*, que es libro caro y puede pedirlo prestado al autor. No haga caso del *Segur*, porque segun van menudeando tomos á 24 rs., es de temer que empleando uno cada año de los que comprenden su *Historia universal*, venga á ser una verdadera *segur* para nuestros bolsillos; y en cuanto á aquella otra publicacion *Mariana y Sabau*, por Dios no vaya á to-



marla por una novela ó drama romántico, ó bien por el nombre de una tierna pareja conyugal; no repita el caso de aquella dama que leía el poema de Florian, y preguntándola como concluía, respondió sinceramente: «¿En qué había de concluir? en que *Numa* se casó con *Pompeio*, y todo quedó arreglado.»

Pero veamos los anuncios manuscritos, no menos preciosos que los impresos.

—«*El. sugeto. que. forma. la. pressente. tiene. buena. conduta. y. horto. grafia. Tiene. ademas. buena. letra. castellana. dela. lengua.. Suplica. no. le. rasquen. ni. le. boren.*»

—«*Un sugeto de buena forma, de letra solicita entrar en casa de un Señor comerciante, ó Abogado ó Curial, para tenedor de libros ó administrador.. Sabe todo lo necesario como afeitar y cortar el pelo, cuidar los caballos y demas menesteres. Suplica no le engañen.*»

—«*Un joven decente natural de Segovia desea encontrar una Señora para arreglarla sus asuntos. Pide lo de costumbre y la manutencion* »

—«*Con permiso del casero se le traspara á quien le convenga: una tienda sita en las quatro calles esquina á una de ellas que puede servir de aceite jabon velas de sebo y demas comestibles y géneros ultramarinos.*»

¡Que da la unal! ¡Las listas! ¡Que ponen las listas!—  
La concurrencia ha ido creciendo asombrosamente. Mezcla confusa de hombres y mugeres, ciudadanos y lugareños, paisanos y militares; trages y modales, acentos y aun idiomas tan varios como nuestras variadas provin-

cias : vascuence y catalan , andaluz y valenciano mezclan con sus paisanos los saludos provinciales, y por un momento el patio del Correo se ha convertido en una verdadera torre de Babel. Todos se agrupan, se acosan en torno de las recientes listas, y buscan con ansia la inicial de su nombre, y algunos (los mas) no encontrándole en ella, le buscan por todas las letras del alfabeto.

¡Qué variedad de escenas para un pintor de caprichos! ¡qué ir y venir de la lista á la ventana y de la ventana á la lista! Quién toma rápidamente el número de su carta en la memoria, la pide en el despacho, pero encuentra que se ha equivocado en una centena; otro ha pedido ligeramente una al sobre N Marques, sin reparar que él no es Marques, sino Marquez; cual no lleva bastantes cuartos para pagar su abultado paquete y tiene que dejarlo no sin grande remordimiento; cuál faltándole el tiempo para saber el contenido, abre la carta á la misma reja, y ocupa indebidamente un sitio que tantos desean.

Pero sigamos nuestro paseo por la galería. No hagamos caso de aquel grupo de militares en traje de paisanos, y de paisanos con bigotes, que se estrechan en torno de aquel altiseco que recostado en la columna lee en alta voz una carta. Son noticieros, y si nos entretenemos con ellos, no nos dejarán tiempo para observar lo demas: dejémosles, pues, *estereotipar* en sus cabezas la tal carta para irla á recitar como propia en la calle de la Montera y en el Prado, en el café nuevo y en el del Príncipe.

Dígole á usted que yo no he sido.—Yo sostengo que



ha sido usted: ¡Infamia! sacarle á uno las cartas del correo.—Usted es capaz de ello, y por eso lo piensa.—Sí, que no sé yo de lo que es capaz un escribano: ¿no hizo usted lo mismo con los folios 86 al 97 inclusive de los autos?—Usted me insulta.—Yo no digo mas que la verdad.—Sino mirára....—¿Qué...? (Aqui todos los concurrentes terciámos como pudimos para impedir una intentona.)

El caso era muy sencillo; dos litigantes de un mismo pueblo esperaban de sus respectivos corresponsales la noticia de cierta sentencia. Llegó el primero, sacó su carta, y sin duda vió el nombre de su contrario en la lista; antojósele saber lo que le decian, y la sacó tambien (¡malicia humana!): llegó el segundo, y le contestaron que ya su carta estaba fuera (¡cosa clara!): empieza á maliciar, duda, recela, cuando mira salir del patio á su antagonista, y ¡aqui fue troya! empezó el diálogo arriba dicho que tuvimos dificultad en interrumpir. La cara del escribano daba en efecto señales nada equívocas de la verdad del hecho.

No de caracter tan sério, aunque del mismo género, era otro incidente que pasaba en el extremo opuesto. Un marido habia visto en las listas de militares el nombre de su muger. ¡Una carta del ejército á mi muger! ¡Si será este el conducto por donde envian los partes! La curiosidad no es vicio peculiar solamente de las mugeres; los hombres no les vamos en zaga; acércase al ventanillo, pide la carta, pero se le responde que un chicuelo acababa de sacarla. ¡Oh ligereza femenil...! Lo demas de la escena pasaria *en familia*; no lo sabemos, solo si que aque-

lla misma tarde vimos al esposo en la calle de la Montera leyendo una carta de las provincias con graves noticias: mas los circunstantes (¡narices políticas, qué no oleis!) repararon que el sobre no tenia sello, y por consecuencia la carta estaba escrita en Madrid. En vano el hombre se esforzaba en asegurar que era de un amigo íntimo que habia puesto el sobre á su muger por precaucion &c. Nadie lo creyó, y le tomaron por un escritor apócrifo; yo solamente que estaba en autos conocí su inocencia y la destreza de su Penépole para tejer este inocente enredo.

¡Cuántas y cuántas escenas semejantes! ¡qué expresiones tan raras y variadas en las fisonomías! ¡cómo descubren el secreto del alma! Aquel aguador que sentado en su cuba deletrea los torcidos renglones de su correspondencia, ¿por qué va compungiendo su semblante y asoman á sus ojos gruesos lagrimones? ¡Desdichado! su familia le comunica que ha caido quinto, y que tiene que trocar la cuba por la mochila, la montera por el schakó.

¿Qué busca aquel pisaverde con su eterno lente en todas las listas atrasadas? ¿Sino tiene carta, para qué cansarse?—¿Qué busca? Busca los ojos de aquella linda paisanilla, que para hallar su nombre tiene que leer toda la lista, hasta que ya se cansa: mira al rededor como demandando auxilio; ve al del lente; este se adelanta á ofrecer sus servicios: no hallan la carta, pero ya ellos han entablado otra correspondencia que lleva tanta ventaja á la del ausente, cuanto va de la palabra á la escritura, de la falta de memoria á la sobra de la voluntad. ¡Es tan



natura á una forastera buscar un conductor para no perderse en las calles de Madrid!

Seria nunca acabar el intentar describir uno por uno tan variados episodios. El que busca en el interior de una carta una letra de cambio, y halla en cambio muchas letras y palabras; el que se para sorprendido al ver la suya cerrada con negra oblea; el que sabe la noticia de un empleo, de una herencia, de un premio á la lotería; el que en finísimo oficio con sendo membrete grabado recibe la delicada nueva de su cesantía; el que en materia de pleitos encuentra la cuenta de su procurador, y en la de mugeres un papel de desafio; el que...

¿Pero adónde vamos á parar con estas observaciones? Sin embargo todas pueden hacerse en este sitio... ¿Con que no es tan indiferente, con que merece alguna atención...? Mas... las dos han dado, y empieza á quedar desierto y sin movimiento. Pasó el instante de su apogeo; la ventanilla de las esperanzas se ha cerrado, los consultores de aquel oráculo abandonaron ya el templo.

(Julio de 1835.)

## LAS CASAS DE BAÑOS.

### I.

La costumbre del baño es tan natural, que debe suponerse que nació con el hombre. La limpieza, que Aristóteles no duda en calificar casi de virtud, el placer y el deseo de buscar alivio en las dolencias, debieron indicarle aquel grato recurso como el único reparador de sus fuerzas fatigadas, ya por los rigores de la estación, ya por la irritación de las enfermedades. Mas tarde, el lujo, convirtiéndose en objeto de moda lo que pudo tener en su principio el carácter medicinal, propagó insensiblemente esta costumbre, y los pueblos antiguos nos han dejado testimonio de la ostentación y grandeza con que en ellos se sostenía.

Los orientales fueron los primeros que construyeron edificios para servir de baños públicos, y los griegos no tardaron en imitarlos. Homero, en su divina *Ulissea*, nos habla ya de estos baños, dando á entender que se halla-



ban cerca de los gimnasios ó palestras para entrar en ellos al salir de los ejercicios. Tambien Vitrubio nos ha dejado una descripcion circunstanciada de ellos, diciendo que se componian de siete piezas diferentes, intermediadas de otras varias destinadas á los ejercicios.

Los romanos, habitadores de un clima meridional y grandes en todas sus cosas, adoptaron con magnificencia la costumbre de los griegos, y desde el tiempo de Pompeyo, segun Plinio, empezaron á construirse baños públicos por toda la ciudad, siguiendo este movimiento en una progresion asombrosa. Agripa solo, en el año de su edilidad, hizo construir ciento setenta. A su ejemplo Neron, Vespasiano, Tito, Domiciano, y casi todos los emperadores, mandaron edificar baños magníficos de preciosos mármoles y elegante arquitectura, complaciéndose en concurrir á ellos con el pueblo, viniendo á tal extremo su profusion, que se asegura haber llegado á existir ochocientas de estas casas repartidas por toda la ciudad.

Las dilatadas conquistas de aquel pueblo magnífico y guerrero, introdujeron, como era natural, sus costumbres en todos los paises que dominaron, y en particular la del baño fue tan estendida por ellos, que se ha dicho que luego que conquistaban un pais lo primero que hacian era edificar *thermas*, asi como mas tarde los españoles construian una iglesia, los ingleses y holandeses una factoría, y los franceses un teatro. Los restos de nuestras ciudades antiguas prueban evidentemente que no fue España la menos favorecida en aquel punto.

Desalojados de nuestra península por los godos, y estos por los árabes, debió crecer naturalmente aquella costumbre bajo la dominacion de los últimos, por la influencia que además del clima la daba su religion. En efecto, así sucedió, y aun pueden reconocerse pruebas positivas de ello en las ciudades del Mediodía, Granada, Córdoba y tantas otras. En *Magerit* mismo (Madrid) había baños públicos en la calle de Segovia por bajo de la parroquia de san Pedro, y hay también quien los supone en la plazuela de los Caños del Peral, fundándose en el nombre de la puerta de *Balnadi* que estaba allí cerca, y que se hace derivar de las dos palabras latinas *Balnea-duo*, si bien otros con mayor fundamento suponen á dicha palabra contraccion de los árabes *Bal-al-nadur*, que significa *Puerta de las Atalayas*.

Pero los árabes y los turcos, que son entre los pueblos modernos los que han conservado un uso más habitual del baño, le verifican de un modo diferente que nosotros. Al salir de él entran por lo regular en un *sudatorium* ó estufa caliente por medio de conductos abiertos en el suelo, y desde allí vuelven á trasladarse al baño caliente, haciéndose antes frotar violentamente las articulaciones y todo el cuerpo con cepillos suaves y guantes de franela, y perfumarse con aceites y esencias esquisitas.

Parécenos que en la moderna Europa no fue tan general la costumbre del baño, y desde luego puede asegurarse que perdió el carácter de magnificencia que tuvo en lo antiguo. Sin embargo, á mediados del siglo pasado



un Mr. Alvert estableció en París cerca del muelle de Orsay una casa de baños, que aunque no mas que mediana, obtuvo por la novedad una boga singular, y fue considerada como un fenómeno de industria. Su ejemplo no tardó en tener otros imitadores; multitud de establecimientos en que el lujo y el buen gusto compiten á porfía, poblaron el rio, las calles, y plazas de aquella capital, de tal manera que no sin razon se ha dicho que en París hay en el día tantos medios de lavarse como de volverse á ensuciar. Hoy se cuentan en aquella capital ochenta casas de baños con dos mil doscientos setenta y cuatro pilas fijas, y mil cincuenta y nueve baños portátiles. Hay ademas cinco edificios vistosísimos en forma de barcos sobre el rio, que tienen trescientos treinta y cinco baños fijos, y otros setenta y dos en el hospital de san Luis. Se calculan en cinco mil personas, tres mil hombres y dos mil mugeres, las que se emplean en el servicio de estos baños, y su producto al año en diez y seis millones de francos (cerca de setenta y cuatro millones de reales).

La costumbre del baño, generalizada de nuevo en toda Europa, ha tomado en aquella ciudad por las combinaciones de la ciencia y del buen gusto un carácter tal de voluptuosidad y encanto que constituye un placer verdadero, no limitado como entre nosotros á la estacion de verano y á una corta temporada, sino frecuentado durante todo el año, con lo cual pueden sostenerse y perfeccionarse cada dia mas tan numerosos é importantes establecimientos. En todo sucede lo mismo; la civi-

lizacion y la cultura hacen nacer necesidades nuevas, que poniendo en circulacion los capitales alimentan la industria, dan aplicacion á las ciencias y á las artes, y modifican y embellecen las costumbres públicas.

Deliciosa es sobremanera una visita á los baños de aquella encantadora capital. Los llamados *turcos* en forma de *kiosks* cerrados con vidrios de colores y coronados de medias lunas; los *griegos* al rededor de un gran circo oblongo iluminado por lo alto; los *chinos* con sus torrecillas armónicas; los numerosos establecimientos de *Vigier* y las escuelas de natacion sobre el rio Sena; los de *Tivoli* elegantes y variados; las *Neothermas*, complemento de toda magnificencia en este género, dan una alta idea de la civilizacion de un pueblo que disfruta tan agradables recreaciones. Ni es solo bajo este aspecto con el que deben considerarse; las ciencias físicas y químicas, haciendo aplicacion de sus admirables investigaciones, han logrado reunir en ellos las diferentes aguas minerales, sulfurosas, aromáticas, ardientes, heladas de todos los paises y de todas las especies. Barege, Baigneres, Plombieres, Aix, Spá, Bath, Neris, Saint Amand, Badén, todos los manantiales, en fin, mas famosos de Europa, han sido copiados por los mágicos procedimientos analíticos y sintéticos de la química en los estanques del Tivoli francés. En las *Neothermas* se hallan tambien los baños *egipcios*, en donde los bañadores, perfumados y frotados de pies á cabeza por manos ágiles, como en el gran Cairo, adquieren una gran esbeltez y soltura en sus movimientos. «*Las venerables*



*dueñas (dice una descripcion un poco alegre de este establecimiento) salen de él con el rosado de la aurora, los especuladores y usureros mas comprimidos vuelven con una facilidad en sus movimientos, una movilidad en la espina dorsal capaz de dar envidia á los Hércules de teatro, y aun á los pretendientes del dia.»*

Añádase á todas estas circunstancias elegantes, cafés y fondas donde se sirven variados y esquisitos manjares y bebidas; jardines pintorescos, gabinetes de lectura y una sociedad numerosa y amable; todos los agrados, en fin, que puede desear el ánimo mas exigente, y se formará una idea aproximada del encanto de estos establecimientos en la capital del vecino reino. La costumbre de él, difundida generalmente por la moda en todas las provincias, ha dado lugar á la creacion de baños igualmente magníficos, y entre muchos que pudieran citarse baste decir que los construidos últimamente en Burdeos han tenido de coste mas de cinco millones de reales.

A este punto llegaba yo de mi discurso, cuando har- to ya de revolver mamotretos, tomar apuntes, refrescar memorias y asentar especies sueltas, tiré la pluma, tomé el sombrero y me planté en la calle, deseoso de vivificar con el frescor de la mañana mi acalorada imaginacion. Pero como ella sea tal que una vez ocupada de un objeto, tarde ó nunca llega á desasirse de él, enderezóme la voluntad al mismo punto y caso en que de antemano se revolvia, y me hizo sospechar que si de pensar en los baños nacia mi agitacion, nada como ellos

podría conseguir calmarla. Y no hubo mas, sino que el alma así predispuesta, y el cuerpo en ayunas, una vez resuelto á buscar en el agua el perfecto equilibrio de mis humores, me dirigí á la primer casa de baños que á la mano tenia.

## II.

**L**a calle de los Jardines estaba allí cerca; con que á la calle de los Jardines fue mi direccion. No era sola, á decir verdad, aquella razon de proximidad la que me inclinó á darla la preferencia; otro motivo aun mas poderoso tuvo no poca parte en mi determinacion.

Recordando con cierto placer el establecimiento de baños, acaso primitivo de Madrid, que hace algunos años frecuentaba yo en semejante temporada, deseaba saber si aun conservaba aquella disposicion sencilla y *sin disfraz* que tanto satisfacía á nuestros padres; pensaba con interes (¿se creerá?) en los estrechos y sucios, aposentos, las mezquinas pilas hundidas en el suelo, la desnudez absoluta de adornos y atavíos; y procurando desechar de mi imaginacion el recuerdo de los magníficos baños estrangeros, como que intentaba rejuvene-



cerme en aquellas aguas, esperando hallar en ellas ¡qué delirio! el placer y la alegría de mi niñez. Mas ¡oh inestabilidad de las cosas humanas!... Aquella casa matriz, aquel establecimiento inmemorial y primitivo que un día hubo de bastar á las necesidades de la corte de dos mundos, ya no existe, y de toda su forma material, solo me pudo ofrecer sobre la puerta de entrada el nombre que en lo antiguo le distinguía: «Casa de baños del Cura.» *Hic Troja fuit.*

Por fortuna hallábame en calle donde me era fácil aun escoger entre dos establecimientos semejantes, el de la *Cruz* y el de *Mena*, que podrian muy bien suplir al que buscaba. Dirigíme al primero, que me pareció semejar-se mas á la sencillez *patriarcal* que la estravagancia de mi imaginacion me hacia desear en aquel momento; y con efecto, no quedó engañada mi expectativa, pues en toda su disposicion, orden y mecanismo me pareció tan idéntico al anterior, que no fui dueño á contener la persuasion de que el alma del cura, fundador de aquel, podría muy bien haber transmigrado á la acera de enfrente.

Sin embargo, la influencia del sétimo mes del año, haciendo frisar el Reaumur con los treinta grados, la hora cómoda de la mañana, y la centralidad de la calle, habían llamado tanta concurrencia, que no cabíamos en los varios callejones de que consta aquel edificio, ni en el estrecho y menguado patinillo; de suerte que siendo insoportable el esperar un largo rato en aquel *sudatorium*, renuncié generosamente á bañarme en es-

ta casa, y verifiqué mi traslacion corporal á la inmediata del rincon, que me pareció algun tanto mas en el progreso del siglo; pero muy luego hube de reconocer los mismos inconvenientes que en la anterior.

Sencillez y naturalidad en el aparato, eso sí; como podrian ser los baños en tiempo de Adán: media docena de sillas y un arcon supletorio para sentarse; una tinaja de agua, emblema del edificio; una sala interior bien caldeadita, por supuesto, con los esfluvios de los baños que la rodean; y hasta una docena de aposentos estrechos, conteniendo cada uno la menguada pila en que con dificultad una anguila podria revolverse.

Pero tambien, grande concurrencia, mucha boga, mucho favor del público. Todo estaba lleno; con que habia que tomar billete y esperar turno, y contar dos horas, sin otra distraccion que el Diario, ó el espectáculo del interior del edificio, como si dijéramos el esqueleto de aquella máquina, reducido á la maniobra de dos hombres sacando agua cubo á cubo de un pozo de noventa pies de hondo para bañar al numeroso público espectador y espectador...

Yo no pude resignarme á aguardar en esta monotonía, y por otro lado, como ya habia pasado mi hora, y estaba en ayunas, y *sine Cerere et Baco friget Venus*, y en aquel sitio no se sirve mas que el agua *en seco*, recordé que no lejos de allí estaba la calle del Caballero de Gracia, en donde tiene su establecimiento el famoso *Monier*, el *Vigier* de Madrid, á quien debe este pueblo los utilísimos baños portátiles, la fonda y gabi-



nete de lectura á la parisien; y que, últimamente, en el presente año acaba de establecer en el Manzanares una escuela de natacion y sitio de recreo bajo el nombre de *Pórtici*.

Dirigíme, pues, á los baños del Caballero de Gracia, que ya conocia; entré en el patio: la concurrencia era numerosa y elegante; pero resuelto á no salir de allí sin satisfacer mi deseo, tomé mi número 72 y me dispuse á aguardar el turno desde el 49, que era el último sumergido. Y considerando por una regla proporcional que esto no podia menos de dilatarse un par de horas, traté de invertir este tiempo lo mas útilmente posible. El estómago obtuvo por entonces la preferencia sobre la cabeza; mas por fortuna pude complacerle con una taza de caldo y una copa de Jerez (circunstancia entre paréntesis que en vano hubiera deseado en otro de los establecimientos de esta clase en nuestra capital), con lo cual restablecidas las fuerzas físicas, pudieron las mentales recobrar su equilibrio y ocuparme en ojear algunos periódicos nacionales y estrangeros. Pero era tan vario y animado el espectáculo que el patio me presentaba, que renuncié á la política (en lo cual no tengo que hacerme gran violencia) para entregarme al *impolitico* papel de observador.

Yo no sé si será ó no fundado mi capricho; pero nunca me parece mas interesante una miuger hermosa que al salir del baño. Aquel sonrosado de las mejillas; aquel aspecto de pudor, de pulcritud y de molicie; aquel andar voluptuoso y descansado; aquella satisfaccion del

semblante que parece gloriarse en sus perfecciones; aquella ligereza y descuido del vestido; aquella sencillez del peinado; y sobre todo, si un largo velo encubre á medias tantas gracias, y si brillan por entre los dibujos de su bordado dos hermosos ojos españoles, ¿quién no con- vendrá conmigo en la exactitud de la observacion? Mu- chos, los mas de los concurrentes debian ser de este mo- do de pensar, pues no bien sentian ruido en cualquiera de los picaportes de los baños, se agrupaban en medio, y si veian aparecer una de aquellas deidades, dejábanla paso con una mezcla de admiracion, de respeto y de amor; es verdad que por desgracia no siempre sucedia aquello, y tal solia ser la aparicion, que por miedo de verla otra vez cerraban los ojos y tornaban la espalda con mas rapidez que si fuesen deslumbrados por impro- viso relámpago.

Como en semejantes sitios se hallan conservadas las tres unidades dramáticas de accion, tiempo y lugar, los circunstantes, identificados por la simpatia de situacion, se agrupan naturalmente, forman diálogos interesantes, y concurren á la accion principal sin perjudicarla por los numerosos episodios que de vez en cuando saltan á em- bellecerla. Esta escena, repetida todos los dias, hace nacer una intimidad, una franqueza, en que solo le aven- taja un viaje en diligencia, y personas que segun el curso natural de los sucesos tardarian en la sociedad algunos años para hablarse con satisfaccion, suelen contraerla en cuatro dias frecuentando unos mismos baños. ¡Ya se ve! Son tantas las ocasiones para entablar correspondencia!



La cesion de una silla, el caer de un abanico, el reir de una figura estraña, los diálogos de los mozos, el ruido del agua, el calor, el toldo, el.... hasta el folletin del Diario, cualquiera de estos asuntos sirven de *pie* para entrar en relaciones con una linda mano: ademas entre el círculo de concurrentes en Madrid á todas partes, es tan regular conocerse todos, ó de vista, ó de oido, ó de... de cualquier modo, que las mas de las veces una simple ojeada de inteligencia dice discursos enteros; luego se recuerda una *galop* bailada juntos en Santa Catalina ó en Abrantes; se habla de la ópera y del tenor nuevo; se rie del *Maniquí*; se cuenta con la correspondiente guarnicion alguna anecdotilla del día; se pone en berlina á la persona que acaba de salir; ó se dicen dos palabras al oido acerca de la que acaba de entrar; todos estos *nadas* oportunamente colocados sirven de liga á voluntades inflamables, de iman á corazones sensibles; y luego al salir, una mano ofrecida para subir al coche, una sombrilla abierta, una cortesía hecha con gracia... ¿Qué mas para acabarse de abrasar?

Muy ocupado estaba yo en estas consideraciones, mientras que figuraba leer la gaceta como si fuese cosa de interes, cuando un fuerte bastonazo sobre el papel vino á llamarme la atencion. Siguiendo rápidamente con la vista la direccion del baston, encontré que pendia de una mano pegada á un brazo de cierto amigo mio, de estos amigotes que uno tiene, que no sabe cómo se llaman, pero que acostumbra á pasear y reunirse con ellos en fondas, cafés, teatros, funciones públicas, toros y

casas de baños; marques sin título, militar de paisano, elegante talla, figura espresiva, trage noble, maneras distinguidas.

Este tal me saludó con la dicha franqueza, y sin hablarme mas palabra fue á conferenciar con el mozo; es cierto que no pude entender lo que decian; pero si reparé en el recién llegado un aire de distraccion é impaciencia, intermediados por algunas miradas dirigidas á cierto baño cerrado que tenia yo á mi izquierda. Revolvíame en congeturas para adivinar la causa de aquella distincion, cuando abriéndose de repente el baño, acertó á salir de él una elegante figura de dama semejante al bosquejo que arriba queda trazado; hizonos una profunda inclinacion, y aun estaba yo correspondiendo á ella, cuando el mozo llamó en alta voz al número 72.—«Aquí está,»—contesté precipitado echando mano al bolsillo; pero aun no habia acabado de articularlo, y ya el amigo del bigote me tenia agarradas entrambas manos, y me conjuraba por *nuestra amistad* que le cediese el número, pues que le iba *la existencia* en entrar en aquel baño. Yo no dejo de ser complaciente, pero esto de irse sin bañar despues de dos horas de espera, era algo fuerte; sin embargo, tales fuéron las instancias, tales las protestas del camarada, que me vi obligado á hacer con él un convenio, cual fue dejarle el billete, cediéndome él su coche para trasladarme á otros baños; y sin volver atras la cabeza sali renegando de la casa y de la fatalidad de ser amigo de todo el mundo.

¡Qué necedad! (iba diciendo entre mí) ¡extraño mo-



do de alimentar una pasión ! ¡bañarse en el mismo baño que la persona amada ! ¡ este es el *non plus ultra*, el necio ideal del amor ! Pero entre tanto ¿ será posible que esté yo condenado por todo el día al suplicio de Tántalo, viendo el agua sin poder disfrutarla ? ¿ será posible... ?

—«¿Adónde, señor ?»

—«A la mejor casa de baños de Madrid ;»—y cerró la ventanilla y me dejó en paz.

Estaba yo ya cansado de establecimientos mezquinos y de baños de sol, de sudor, y de vapores ; y necesitaba respirar libremente y predisponer mi piel á la impresión del agua ; ignoraba adónde el cochero me llevaría ; pero siéndome conocida la elegancia de su amo, supuse que estaría versado en este como en otros puntos, y con efecto no me engañé, viéndole dar cabo á nuestro viaje delante de una casa de moderno y elegante aspecto por detras de la parroquia de Santiago.—«Estos (me dijo al apearme) son los baños de la Estrella.»

Un poco tarde, es verdad, amanecía para mí ; pero me dí por satisfecho de los pasados disgustos, cuando abriendo la persiana descendí por uno de los ramales de la doble escalera al salon de descanso. Al observar la bella disposición del edificio, su bien entendido compartimiento, el sencillo y elegante adorno del salon, la frescura del patio, los modales de los encargados del servicio, me felicité de encontrar este progreso en nuestra capital ; y deseoso de comunicar con alguien mi sensación, me dirigí á un sugeto muy formal que acababa de dejar un periódico : entablamos, pues, un diálogo apo-

logético de la casa, del cual vino á subseguirse el contarle yo mis cuitas de aquella mañana.

—«No lo estraño (me decia el descansado caballero): yo soy un bañador veterano, que heredé esta costumbre de mi padre, que era de Valencia, y asi que, conozco por menor todos los establecimientos de Madrid, y podria escribir la historia de su fundacion. Figurarian en ella en primera linea los que usted visitó esta mañana, que se abrieron durante mi juventud con grande asombro de nuestra poblacion, acostumbrada hasta allí á bajar por sendos nueve dias á sumergirse en el frio y seco Manzanares, bajo las casillas de estera que hoy han quedado únicamente como patrimonio de modistas y artesanos; diriale tambien algo del famoso *Berete*, de su célebre casa en la plazuela de Lavapiés, y de la concurrencia que supo atraer á su puerta, nunca desocupada en aquel tiempo de calesines y simones peseteros, y hoy reducida al privilegio de refrescar, por la módica suma de cinco reales, las esteroidades de las abonadas de la calle de la Comadre, ó del rollizo tabernero del contorno. Todos los baños públicos de Madrid pasarian mi *revista de inspeccion*; los de la calle de la Flora, limpios, aunque mezquinos; los cesantes de la Victoria en la Puerta del Sol: los antiguos de Santa Bárbara, que pretenden curar todas las enfermedades y otras muchas mas; los vecinos de Oriente, mas abájo de estos, que fueron los primeros que dieron á conocer en Madrid el verdadero gusto y comodidad de estas casas; las suntuosas pilas romanas de la puerta del Conde-



duque, para el servicio sin duda de los vecinos de Hortaleza ó Fuencarral; estos, en fin, en que estamos, que segun mi corto saber y entender son los mejores, y que han tenido la prerogativa de fijar mi *thermophila* persona.»

—Todo esto está muy bien, replicaba yo, y sin duda que revela un adelanto en la civilizacion de nuestro pueblo; pero ¿qué es ello todavía? Una docena de establecimientos entre buenos y malos, y en todos ellos como unas ciento cincuenta pilas para servicio de un pueblo de doscientas mil almas. ¿Qué comparacion tiene con lo que se ve en otros países? Y sin hablar mas le di á leer la parte primera de este artículo.

A este tiempo llaman á mi número, y al entregar mi billete ábrese la persiana y baja precipitado la escalera mi amigo, el marques, el de los baños de allá bajo, el del trueque, el....

—¿Cómo, qué es esto, viene usted á disputarme la vez aqui tambien...?

—No, amigo mio, vengo á abrazar á usted, vengo á darle las gracias porque me ha proporcionado la mayor felicidad... lea usted... lea usted... y me dió á leer un pedacito de papel en que habia mal escritas con lapiz estas palabras misteriosas:

—«*Esta noche... á las nueve... dos golpecitos á la puerta... fidelidad, amor y secreto.*»

—¿Y qué tiene que ver con...?

—Detras del espejo del baño: ¿qué quiere usted? ¡el amor...! este es un medio como otro cualquiera.

—Ya no me estraño de que usted tuviera tal interes...

—Si, amigo mio, todo lo debo á su bondad. Pero vaya usted, vaya usted al baño; yo le aguardaré para conducirle en mi coche, y de paso podré contar á usted toda la historia. Advierta usted que se le recomienda el *secreto*.

—¡Ah! pero entre amigos íntimos...

—Tiene usted razon, señor de... ¿Cómo es su gracia de usted?

Entré en la pieza del baño, encontré en ella sillas para sentarme y colocar mi ropa, una mesa para poner el dinero y el reloj, espejo, cepillos, peines, sacabotas, una pila hermosa de alabastro: ¡yo estaba absorto....! creia no encontrarme en Madrid...; por fin, me metí en el agua y... callé.

(Agosto de 1835.)





ESCENAS MATRITENSES.



EL SOMBRERITO Y LA MANTILLA.



## EL SOMBRERITO Y LA MANTILLA.

Los autores extranjeros que han hablado tanto y tan desatinadamente acerca de nuestras costumbres, al describir el aspecto de nuestros paseos y concurrencias, han repetido que la capa oscura en los hombres, y el vestido negro y la mantilla en las mugeres, presta en España á las reuniones públicas un aspecto sombrío y monótono, insoportable á su vista, acostumbrada á mayor variedad y colorido.

Hasta cierto punto preciso será darles la razon, y acaso esta es una de las pocas observaciones exactas que acerca de nosotros han hecho. Y decimos hasta cierto punto, porque el mas preocupado con esta idea no deja-

ria de sorprenderse al ver la notable revolucion que de pocos años á esta parte ha verificado la moda en el atavío de damas y galanes españoles. El Prado de hoy no es ya ni por asomo el Prado de 1808, ni aun el de 1832: ¡tales y tan variados son los matices que han venido á modificar su fisonomia! Con efecto, no es ya la uniformidad el caracter distintivo de aquel paseo; las leyes de la moda, encerradas antiguamente en ciertos límites, dejan ya mas vuelo, mas movimiento á la fantasía; en esto como en otras cosas se observa el espíritu innovador del siglo; y ante su influencia terrible, que hace ceder las leyes y los usos mas graves apoyados en una respetable antigüedad, ¿cómo podria oponer resistencia la débil moda, variable de suyo y resbaladiza? Es sin duda por esta razon por la que convencida de su impotencia, ha abdicado su imperio, resignándolo en otra deidad menos rigida: es á saber, *el capricho*.

Desde que este último ensanchó los límites del imperio de la moda, nada hay estable, nada positivo en ella; huyeron los preceptos dictados á la fantasía: cada cual pudo crearlos á su antojo, y el buen gusto y la economía ganaron notablemente en ello. De aqui nace esa variedad verdaderamente halagüeña en trages y adornos: el vestido dejó de ser ya un hábito de ordenanza, una obligacion social; en el dia es mas bien una idea animada, una espresion del buen gusto y hasta del carácter de la persona que le lleva. No es esto pretender erigir en principio la sabida aplicacion de los colores á las pasiones; hartos estamos ya de zelos azu-



lados y de verdes esperanzas; pero en la combinacion de todos ellos, en el dibujo, en el corte del vestido, ¿quién no reconoce aquella expresion del alma, aquella parte animada que podremos llamar *la poesia del traje*? Y siendo este libre, como lo es en el dia ¿por qué hemos de dudar que tenga cierta analogía con las inclinaciones de la persona? Asi los anchos pliegues, las mangas perdidas, los ajustados ceñidores serán adoptados con preferencia por las damas altisonantes y heróicas; la sencillez de la inocencia escogerá el color blanco, las gasas y las flores; la coquetería las plumas; el orgullo los diamantes, y la frivolidad y tontería... ¿pero qué escogerá la tontería que luego no se dé á conocer?

Semejante observacion no podia tener en lo antiguo exactitud, pues como queda dicho, la voz de la moda avasallaba todas las inclinaciones, hacia callar todas las voluntades. Arrastrados á su terrible carro, veíanse correr hombres y mugeres, jóvenes y viejos, grandes y pequeños: la figura raquitica y la colosal se doblegaban bajo las mismas formas: la morena tez se ataviaba con los mismos colores que la blanca: la esbeltez del cuerpo sufría los pliegues que plugo darle á la obesidad: el hermoso cuello gemía bajo el yugo que disimulaba el feo; y la rubia cabellera usaba los mismos lazos que tan bien decian á la del color de ébano...

¿Qué significaba entonces el vestido relativamente á la persona que le llevaba? ¿Qué queria decir una joven fria y sin gracia vestida de andaluza? ¿qué una desenfa-

dada malagueña cubriendo los zapatos con la guarnición de su vestido? Nada, absolutamente nada, solo que *era moda*: que la modista ó el sastre lo querian; el traje no era mas que la espresion; el sastre la idea.

¡Qué diferencia ahora! El albedrío es libre en la eleccion; el refinamiento de la industria ofrece tan portentosa variedad en las telas y en las formas, que seria ridiculo hasta el pretender reducir las á precepto. Sin negar las debidas aplicaciones, el color negro no tiene ya respecto al gusto preferencia alguna sobre los demas; la seda sobre el hilo; el bordado sobre el dibujo. Recórranse, sino, esos surtidos almacenes, obsérvese ese Prado, y dictense despues reglas fijas é invariables: telas de todos los colores y dibujos, trages de todos los tiempos y naciones, han sustituido á la inveterada capa masculina, á la antigua basquiña femenil, y en variedad hemos ganado, cuanto perdido en nacionalidad ó españolismo.

Una de las innovaciones mas graves de estos últimos tiempos es sin duda la sustitucion del *sombrerillo* extranjero en vez de la *mantilla*, que en todos tiempos ha dado celebridad á nuestras damas. En varias ocasiones se ha procurado introducir esta costumbre; pero el crédito de nuestras mantillas ha ofrecido siempre una insuperable barrera. El sombrero era un adorno puramente de corte; como los uniformes y las grandes cruces *imprimia carácter*: no hace muchos meses que una señora *de gorro*, era equivalente á una señora *de coche*, y si tal vez se atrevia á pasear indis-



cretamente el uno sin el otro por las calles de Madrid, corría peligro de verse acompañada por la turba muchachil y chilladora. Unicamente saliendo al campo por temporada, la esposa del rico comerciante ó la hija del propietario, osaban aspirar al adorno de la aristocracia, al sombrero; y eso para lucirlo en las heras de Carabanchel ó en los baños de Sacedon. Hoy es otra cosa; la mantilla ha cedido el terreno, y el sombrerillo, progresando de día en día, ha llevado las cosas al extremo que es ya miserable la modista que no logra envanecerse con él.

¿Hemos ganado ó hemos perdido en el cambio? Hay quien dice que presta gracia al semblante, y quien supone que oculta lo mejor de él; quien sostiene que las bonitas estan mas bonitas, y quien asegura que las feas estan mas feas; quien cree que es moda de niñas, y otros que la acomodan á las viejas; los maridos la encuentran cara; las mugeres sostienen que es económica; unos piensan que es moda de invierno; las madrileñas la han adoptado en verano; cuáles estan por las flores, cuáles por la paja; estas por el gró; aquellas por el raso. ¡Terrible alternativa! ¡profunda y dificilísima cuestión!

Todas estas reflexiones y otras muchas mas se habian agolpado á mi imaginacion á consecuencia de un suceso que acababa de presenciarse; y como el corto espacio no me permite esplayarle, limitaréme á indicar lo mas sustancial de él.

Días pasados tuve que ir á visitar á la familia de mi amigo D... (pero el nombre no es del caso, pues que por

ahora no ha de salir á la escena). La antigüedad de mis relaciones de amistad con aquella familia, y la franqueza de mi carácter, me hacen ser un consultor nato de la casa, reducida al matrimonio respetable y á una hija única que frisa con los diez y nueve abriles, y á quien por legítimo derecho vienen á parar los 4000 pesos de renta que posee el papá, lo cual presta á sus lindas facciones nueva perfeccion y rosicler.

La ocasion era solemne, y como consejero áulico fui llamado para conferenciar *en familia*. Un cierto jóven caballero, primo de la niña, y por consiguiente sobrino de su tío, acababa de llegar aquella mañana de vuelta de sus largos viajes, emprendidos despues que dejó el colegio de *Blois* y la *Escuela politécnica*. Este primo, pues, regresaba á su patria á los veinte y seis años, habiendo pasado fuera de ella los quince últimos; era elegante é instruido, bella figura, considerable caudal; con que no hay que decir si el partido era ventajoso para una prima que podia ofrecerle cuando menos iguales cualidades. Asi lo debió sin duda de pensar el papá, y al efecto nada perdonó hasta conseguir traerle á Madrid y á su misma casa. ¡Amor de padre!

Pocas horas hacia que el estrangerísimo viajero habia llegado, cuando yo entré en la casa; aquel se habia retirado á descansar, y las damas madre é hija se hallaban regañando á la sazón con una modista sobre el corte de ciertos vestidos y sombreros que traia á prueba: apenas hicieron alto de mí, de manera que mientras duraba aquella *polémica* tuve tiempo de ponerme al



corriente de la sostenida por nuestros periódicos; por ahí puede calcularse lo que duraría la tal sesión; pero de toda ella solo pude venir en conocimiento de la importancia que daban al atavío con que pretendían deslumbrar al elegante viajero.

No entraré en detalles sobre los demás diálogos y escenas que mediaron con este luego que nos sentamos á la mesa, ni sobre su cortesía y atención con las damas, atención que respecto á *Serafina* (que así se llama la criatura) tenía todo el carácter de la más fina galantería.

—«¡Es encantadora! me decía por lo bajo; pero lo que más me sorprende es que me parece una de nuestras bellezas parisienses; la misma expresión, los mismos modales, el mismo metal de voz... ¡Y temía yo tanto no encontrar una española que me gustase!»

—Sin embargo, le contestaba yo, no hay que desanimarse, amiguito, acaso no será la última.—

Era ya la hora del paseo, y nuestras damas nos hicieron avisar de que estaban dispuestas á salir. Dejáronse, pues, ver en todo el lleno de su atavío, y es preciso confesar que no habían tenido razón para reñir á la modista: el mayor gusto y elegancia habían dirigido su hábil tijera; rasos lisos y floreados, blondas esquisitas, bordados y pedrerías, nada se había economizado en aquel momento; pero sobre todo me llamó la atención el gracioso sombrerillo de la niña, que oponía la elegante sencillez de sus flores y espiguillas al complicado laberinto de plumas y cintas del de la mamá.

El amigo estaba satisfecho; las señoras tambien; yo igualmente; con que todos lo estábamos: en esta conformidad nos íbamos á dirigir al Prado, cuando aceleraron á llamar á la puerta. Abrese esta y aparece *Paquita*, la prima de Serafina, que con su papá y hermanos venia á saludar al recién venido (tambien su pariente), y á convidarle á la funcion de toros de aquella tarde... ¡Ah!... se me habia olvidado que era lunes y que habia funcion de toros.

Rico y elegante zapatito de raso, encerrando sin dificultad el breve pie; delgadísima media delicadamente calada; redondo y bien cortado vestido, guarnecido por todo su vuelo de brillante y móvil fleco y cordonadura; un ajustado corpiñito abrazando una cintura esbelta y delicada, y adornado de la misma guarnicion en los hombros y bocamangas; un pañolito al cuello recogido con sendas sortijas sobre cada hombrillo, y correspondiendo por su color con la rosa de la cabeza; y una mantilla, en fin, de blonda blanca, cruzada con garboso brio sobre el pecho, dejaban contemplar desembarazadamente un cuerpo digno de las orillas del Betis, un semblante de diez y siete á diez y ocho, unas facciones picantemente combinadas, una tez de un moreno suave, y un par de ojos árabes, en fin, que no hubieran figurado mal en el paraíso de Mahoma.

Tal era la nueva interlocutora que se presentaba en aquel momento en nuestro cuadro; y si era temible y digna de figurar en primer término, dígalo el enmudecimiento general que ocasionó, y mas que todo el



asombro y distraccion que se leian en el semblante del recién venido.

Cambió la escena: la cortés galanteria de aquel se trocó en indecision y aturdimiento; la satisfaccion de Serafina y su madre, en temor y aire receloso, y solamente yo ganaba en el cambio, porque amagado, como lo estaba, de haber de dar conversacion toda la tarde á la mamá, sospeché desde luego que tendria que hacer los mismos oficios con la hija. Y por cierto no me equivoqué; ni durante el camino, ni mientras la funcion, ni al tiempo del regreso, fue posible tornar en sí al preocupado caballero, ni hacerle recuperar respecto de las damas de casa el lugar que ocupaba por la mañana; de suerte que era preciso ser muy poco conocedor para no anticipar el resultado de aquel negocio.

Mi curiosidad natural me llevó á la mañanita siguiente á explorar la disposicion de los ánimos, y aunque no dejé de observar alguna nubecilla, resto de la pasada escena, encontré algun tanto restablecida la armonía, y al caballero en disposicion de acompañar á las damas á su paseo matutino por las calles de la capital. No lo estrañé, á la verdad, porque el aspecto de Serafina en tal momento era capaz de fijar á mas de un inconstante. Su ligero y blanquísimo vestido de muselina, sin mas adorno que la sencilla esclavinita sobre los hombros, un gracioso nudo á la garganta y un sombrerillo de paja de Italia en la cabeza, la hacian aparecer tal á mi vista, que si fuera Chateaubriand no dudaria en compararla á *la virgen de los primeros amores*.

Mas... ¡oh fuerza del sino, ó mas bien sea dicho de las femeniles combinaciones! La segunda prima, que sin duda se creia mas adecuada para el carácter de prima que para el de segunda, vuelve á aparecer de repente.

Su traje era un sencillo hábito negro mas fino por cierto que el que podrian usar las vírgenes del Carmelo, pero con el escudo distintivo en una de las mangas; un ajustado ceñidor de charol desprendiéndose hasta el pie; una mantilla de rico tafetan, cuya elegante guarñicion servia de dosel á la cintura; el pelo recogido tras de la oreja; y una cara... la propia cara, en fin, expresiva y revolucionaria de la tarde anterior.

Queda dicho: las mismas causas producen siempre los mismos efectos: el caballero volvió á aturdirse; las damas á anublarse; yo á cuidar de la amable Serafina; y cuando á la vuelta del paseo pude tener mi esplicacion con el galan, llegué conocer que el mal no tenia ya remedio, que la mas profunda é irresistible impresion era á favor de Paquita; y argumentándole como buen amigo en favor de las gracias de su prima, concluyó con decirme que las reconocia; que hubiera podido resistir á los encantos naturales de su rival; pero que le era imposible, absolutamente imposible, triunfar de su mantilla.

(Setiembre de 1835.)



## À PRIMA NOCHE.

**F**ama es general, y aun pudiera decirse fundada, la que atribuye á los españoles la generosidad como una de las bases distintivas de su carácter. Generosos somos en efecto, en el sentido mas lato de esta palabra, generosos y aun pródigos en los gastos necesarios y superfluos: dígalo nuestra deuda nacional, nuestras oficinas, nuestros palacios, iglesias y monumentos. Pródigos tambien somos en las hipérboles y demas figuras retóricas, y de ello podrian dar testimonio los entusiastas historiadores, los encomiásticos poetas, y tantas alocuciones, esposiciones y manifestaciones como vemos diariamente, y que pudieran, recogidas con cuidado, servir

de formulario general y completo de proclamas para todos los países del globo.

Pero en medio de nuestra prodigalidad, de nada somos tan pródigos como del tiempo, y nada en efecto sabemos desperdiciar con mas garbo y bazarria.

Las naciones industriosas han considerado el tiempo como el mas precioso de los capitales. Nosotros, generalmente hablando, le consumimos como réditos de nuestra existencia. La frase española de *hacer tiempo* equivale á perderle en cualquiera lengua; y un ligero paseo por nuestra capital (adonde la cortedad de nuestra vista nos limita) probaria mucho mas que todos los discursos aqui estampados.

¿Qué hace, v. gr., esa turba parásita de plantones fijos en la Puerta del Sol interrumpiendo el paso de los transeuntes, aprendiendo de memoria los carteles, mirando al reloj, ú oyendo cantar á un ciego? — Está *haciendo tiempo* para pasar á otro lado á ocuparse en trabajos semejantes.

¿Qué espera aquel almibarado petimetre, dige habitual de una elegante tienda de la calle de la Montera, parte integrante de su aparador, emblema de su muestra, y fiel contralor de sus operaciones mercantiles? ¿Muévele algun interés en estas, ó el deseo de hacer observaciones económicas ó morales? — Nada menos que eso: está *haciendo tiempo* para que un marido vaya á la oficina, y correr á consolar á la esposa, que le espera *haciendo tiempo* al balcon ó ensayando al espejo la nueva combinacion del prendido.



El esposo entretanto sentado en su silla burocrática, ejercitando su pulso en bravos rasgos y geroglíficos, recortando en pico el pelo de las plumas, paseando la badila al rededor del brasero para darle la forma piramidal, formando cigarrillos que ofrece á sus compañeros, y disertando á la ventana mientras los fuma sobre la orden de la plaza ó sobre la corrida de toros, *hace tiempo* de que venga el gefe á echar reprimendas al portero, atar y desatar legajos, tirar de la campanilla, y *hacer tiempo* de que den las dos para tomar el sombrero.

¿Qué espera aquel magistrado hundido en su sillón carmesí, la cabeza sobre el respaldo y los ojos elevados al cielo? ¿Medita sobre la defensa en que el abogado, con frases anfibológicas ha hecho una hora de tiempo para martirizar un pensamiento?—Pues no señor, *está haciendo tiempo* de que el portero que jugaba á los naipes con los lacayos de S. S., abra con estrépito la mampara diciendo: *Señor, la hora.*

¿Qué busca el obrero paseando sus miradas desde el caballete de un tejado con la piqueta alzada y la otra mano estendida en ademán de comunicar sus órdenes á la cuadrilla? ¿Inventa acaso un corte mas ventajoso, una operacion mas fácil que le economice tiempo y trabajo?—Nada menos que eso: su vista penetrante, salvando los tejados y chimeneas, se fija en la torre de la Trinidad, y tarareando alegremente el antiguo romance

« Medio dia era por filo,

las doce daba el reloj,  
comiendo está con sus grandes  
el rey Alfonso en Leon.»

siente la primera campanada, arroja simultáneamente la piqueta, y desciende por el andamio como aliviado del peso del trabajo, corriendo á reunirse con su cara consorte, que sentada al sol á la puerta de su casa calle de la Paloma, *hace tiempo* de que se salga el puchero, ó que caiga en la lumbre el chicuelo revoltoso ó el gato dormilon.

En ningunos momentos es mas perceptible este vacío universal, este *dolce far niente* (que dijo el Toscano) como en los que constituyen las primeras horas de la noche: no basta á nuestra apática indiferencia el interrumpir indiscretamente el trabajo del dia con la solemne operacion de la comida á las tres; no es suficiente á nuestro reposo la segunda noche, improvisada en la siesta, ni el paseo de ordenanza, hasta que la luz del dia llega á extinguirse: es preciso aun perder otro par de horas en un café, ó sentados en derredor de una mesa de villar, ó corriendo las calles sin direccion, ó á la puerta de una tienda de confianza.

Si al cabo estas horas importantísimas, ya que no las ocupáramos en asistir á las academias y liceos, ya que prescindiéramos de todo trabajo mercantil ó artistico, fueran empleadas en intimar nuestra sociedad, no aquella sociedad pública y ficticia, disputadora y pedantesca que se encuentra al rededor de un bol de ponche ó con



el taco en la mano; sino aquella grata franqueza que solo se halla en el interior de las familias que nos son conocidas; aquella sociedad en que podemos aparecer tal cual somos sin riesgo de comprometernos ni de ofender á los demas; aquella compañía, en fin, amable y sin pretensiones que forma la verdadera amistad, el amor y los lazos mas dulces y duraderos, aun pudiera darse por bien empleado tal solaz.

Burlámonos de nuestros antepasados porque tocando ligeramente en las botillerías ó cafés para solo el acto de refrescar, se retiraban á sus casas despues de anochecer para recibir en ellas á sus amigos verdaderos, y pasar algunas horas en sabrosas pláticas ó en juegos permitidos. Es la verdad que en la antigua botillería de *Canosa* ó en la de San Antonio de los Portugueses no encontraban mesas de mármol, ni columnas, ni relieves, ni arañas de cristal, ni espejos, ni aparadores como en nuestros cafés del día; es la verdad que una estrecha mesa, y un banco mas estrecho aun, un candilon de cuatro pábilos, un vaso de campana y un cestillo de bizcochos, eran todo el aliciente que ofrecian aquellas lóbregas salas; pero á la vuelta de esto las bebidas eran escelentes, la concurrencia general, y los escasos momentos de permanencia en ellas hacian llevaras aquellas faltas. No hallaban alli, es cierto, periódicos que leer, políticos con quien disputar, literatos á quien engreir, militares que temer, ni crónica escandalosa que comentar; pero en cambio no ensordecian con el ruido infernal de las disputas; no adquirian

los modales de mal tono; no se acostumbraban á repetir frases indecorosas; no se impregnaban en el pestifero olor del tabaco, y sobre todo no perdian lastimosamente el tiempo.

—Buenas noches, señor *Curioso Parlante*.

—Buenas noches, don Pascual.

—¿Qué hace usted?

—Escribir.

—¿Y á quién?

—Al público.

—Escelente corresponsal, aunque algo sordo; ¿y se puede saber sobre qué?

—Véalo usted.—Y le alargué el papel mientras *hacia tiempo* de que lo leyese saboreando un purísimo habano. ¡Ah!... tambien me sirvió este tiempo para informar á mis lectores de que este interlocutor es aquel mismísimo don *Pascual Bailon Corredera*, de que ya tienen conocimiento, si han leído mis anteriores artículos de los *Cómicos en cuaresma* y *La capa vieja*.

—Todo eso está muy bueno, me replicó don Pascual, alargándome el papel despues de haberlo leído; pero ¿quién le mete á usted á censor moralista? ¿pues hay cosa mejor que estas costumbres de prima noche? Míreme usted aqui: son las nueve, ¿no es verdad? pues si yo le contára á usted lo que me ha pasado mientras estaba *haciendo tiempo* para venir á quitarle á usted el suyo, habia de reformar su opinion.

Por de pronto luego que empezó á anoecer, y que los árboles del Prado atraían á su atmósfera una hume-



dad perniciosa, reflexioné que en ninguna cosa podria emplear los momentos como en refrescar mis fauces ressecadas con el polvo y la agitacion del paseo. El inmediato salon de *Solis* me ofrecia su socorro; pero era tal la concurrencia de los que calcularon como yo, que no me fue posible proporcionar una silla, y á la verdad no lo senti, pues esto me ofreció la ocasion de ir á saborear cerca del famoso repostero *Amato* un esquisito *sentillé* á la rosa. ¡Figúrese usted lo dulce que es un *sentillé* á la rosa, tomado en una linda sala, viendo sucederse alternativamente la elegante concurrencia de damas y caballeros que descendiendo de brillantes carretelas, llegan á rendir el tributo de su admiracion á aquel amable *Anfitrión*. Por desgracia esta operacion no puede prolongarse mas que un cuarto de hora. ¡*Sic transit gloria mundi!* y al cabo de él ¿qué remedio? abandonar aquel elegante recinto y buscar en otro sitio nuevas sensaciones.

¡La política! ¡qué campo tan inmenso para el observador! por fortuna el café *Nuevo* sale al paso. ¡Estrépito! ¡confusion! ¡qué noticias supe allí! ¡qué discursotes escuché! ¡qué planes para concluir la guerra! ¡cómo diserté, y arguí, y... parecia un *Bernardotte*; pero me dolía la cabeza, y no tuve otro remedio que ganar las escalas de Levante, quiero decir, que subí la escalera del café de aquel nombre.—Transicion, contraste romántico; — 1835 y 1805.

Para descargar la cabeza no hay como sentarse á jugar una partida de ajedrez con un escribano; pero la bóveda de mirones que se formaba sobre nuestras figu-

ras, encerrándonos herméticamente, no nos dejaba respirar. El humo del cigarro, el del café (que por cierto es excelente), el monótono ruido de los peones y damas, de las bolas y tacos, de los dados y fichas...; quédese para otro día la partida: pasemos á la sala del villar: ¡aquella sí que es tranquilidad! Círculo inamovible al rededor de la mesa, senado mudo, espresivas fisonomias, escena original iluminada por lo alto, digna del pincel de Teniers. ¿Y todo para qué? para observar los movimientos de dos bolas redondas impelidas por discursos mas redondos aun. ¡Oh raras hominum mentes!

Los próximos salones de Lorencini y la Fontana me ofrecían un espectáculo demasiado clásico, compuesto de antiguos abonados que disertaban sobre el cólera del año pasado ó la contribucion de paja y utensilios del actual; pero ¡una formalidad!... dénme la broma y el ruido y... vamos, no hay otro café del *Príncipe* en el mundo: allí sí que hay que ver, que escuchar... ¿Quiere usted política? todos los correos se apean en este *Lloyd* madrileño. ¿Estima usted el derecho público? escuche usted á un centenar de abogados. ¿Diplomacia? antigua y moderna, á escoger. ¿Moral? allí sí que se saben aventuras. ¿Poesía? el parnasillo moderno está allí. ¿Periodistas? las gradas de san Felipe hablando. ¿Romanticismo? ¡es una Venecia! ¿Goces materiales, bebidas? medio sorbete, sorbete poético por dos reales. ¿Tono rigorista? al café de en frente ó al villar del Morenillo.

Todo cansa, sin embargo, y yo lo estaba ya á mas no poder de aquella batahola; pero el reloj *no marchaba*, y



todavía no eran mas que las ocho, segun me anunciaba estrepitosamente el ruido de la retreta partida en distintas direcciones de la Puerta del Sol con gran séquito de desgreñadas Andrómacas que marchaban al compas de las cajas de guerra.

Huyendo como es natural de toda aquella bulla que por la calle de Alcalá se dirigia al cuartel, me detuve involuntariamente en la calle de Peligros, y alli donde en historiado retablo se ostenta á la pública veneracion el abogado de las cosas perdidas, hice alto un momento para reflexionar mi direccion. ¡Ay señor Curioso, y cómo quisiera tener aqui su pincel para bosquejarle las sombrías escenas que presencié! Créame usted; pocas figuras de contradanza ó de mazurca salen tan bien ensayadas como las que formaban á mi vista las compaseadas manolas con su figura ondulante y campanil, y los listos aficionados al ojeo, apareciendo y desapareciendo alternativamente por las bocas calles de Hita y de Gitanos, de Peligros y san Gerónimo, del Príncipe y de la Cruz; mas como la oscuridad de la noche y la escabrosidad del terreno permitian ocultarme sus movimientos, y como por otro lado recuerdo que ya usted nos ha descrito estas evoluciones en su romance de *El paseo de Juana*, nada mas añadiré, ni me empeñaré en seguir paso á paso á las sensibles parejas que tomaban puerto franco en una tienda de vinos, harto escasa en verdad de picaportes y cerrojos, gracias á la previsora susceptibilidad del dueño; ni tampoco á las filarmónicas ambulantes, que paradas delante de un ciego cantante tendian su tela como las arañas en

una esquina, no sin gran concurso de moscones embozados; ni en fin, á las que al entrar con la terciada mantilla en la bulliciosa tertulia tabernaria, reanimaban aquella báquica reunion. Esta escena por sí sola, que contemplé parado delante de una de la calle de Toledo, merece un artículo aparte y prometo contárselo á usted.

—Recojo la palabra.

¿Y despues de lo dicho llamará usted perderle esta manera de *hacer tiempo*? No, sino vénganos ahora á encarecer los círculos y sociedades, las academias y liceos estrangeros. ¿Querria usted, por ejemplo, que los literatos y aficionados tuviesen aquí tertulias privadas donde reunirse á tales horas para charlar sobre sus obras? ¿Propondria que el pueblo encontrase espectáculos baratos á que acudir para ver las habilidades de un fisico, ó las patochadas de un arlequin? ¿Desearia que las bibliotecas estuviesen abiertas á semejante hora y que fuera lícito á entrambos sexos el concurrir á ellas? ¿Encomiaría, en fin, las tertulias de confianza con sus juegos de prendas y sus amores platónicos? ¡Fuego en las tales! ¿Mas dónde existen ya?

Acérquese usted, sino, á casa de su amigo *don Melquiades Revesino*.—La puerta cerrada.. si serán dos golpes, si serán tres... vayan dos.—¿Quién es? (pregunta una destemplada vieja desde el piso tercero.)—Un hombre.—¿A qué cuarto va usted?—Al segundo.—Y cierra el balcon y se queda usted en la calle.

—Demos que le abre *de caridad*; demos que luego se sube á su cuarto; demos que tira usted la campanilla del



segundo; y que no estan las señoras, y que solo le responde el falderillo que ladra, y que en fin no hay nadie en casa... ¡Pues cierto que es rato divertido el encontrarse en una escalera á oscuras ó con el portal cerrado!

Pero anímese usted á descolgarse *por via de recurso de apelacion ó como mas haya lugar* á casa del abogado don Pánfilo. Mire usted á toda la familia asustada con su visita estemporánea, y preguntarle ¿qué es esto, don Fulano? ¿usted por aqui? ¿qué novedad es esta? ¿hay algo nuevo? ¿ha sucedido alguna cosa?—Nada, señores, el deseo de ver á ustedes.—Vaya, no es posible; muchacha, Margarita, tira esa labor, acércate; y tú, Toribio, avisa al amo, que está en el despacho.—No le incomode usted.—Quita tú ese velon y trae unas velas.—Señoras, de cualquier modo.—En fin, que observa usted (y es facil de conocerlo) que ha venido á incomodar, y por cubrir el espediente, como si digéramos por *hacer tiempo*, tiene que improvisar una semideclaracion á la niña.

Pero qué, ¿está usted ahí escribiendo geroglíficos mientras yo hablo? ¿Está usted *haciendo tiempo* tambien?

—Nada de eso; estoy haciendo mi artículo, ó por mejor decir, usted le está haciendo por mí, pues que solo escribo en taquigrafia lo que usted va hablando.

—¿De veras? ¿Y que ha salido ello?

—Ha salido lo que yo deseaba; un rasguño de Madrid *á prima noche*, que habrá de suplir á falta de otro mejor.

—¿Cómo?

—Sí, amigo; yo habia bosquejado el paisaje, usted le ha dado la animacion. (Octubre de 1835.)

—¿Y que no están las señoras? y que solo se tra-  
 gando el taberillo que sales; y que en fin no hay nadie  
 en casa. Pues cierto pues esto divertido el encontrar-  
 se en una escuela á oscuras á con el portal cerrado!  
 —Pues entonces usted á descargarse por fin de la escuela  
 de educación á como para aquí, ¿verdad? á casa del abogado  
 don Panfilo. Mira usted á toda la familia sentada con su  
 vista estupefacta, y preguntándole: ¿qué es esto? don  
 Panfilo usted por aquí? ¿qué novedad es esta? ¿hay  
 algo nuevo? ¿ha sucedido alguna cosa?—¿Nada, señores,  
 el caso de que á ustedes.—¿Y que no es posible; ampa-  
 cado, á la escuela para eso labor, á la escuela, y á la  
 vista el caso; que está en el despacho.—No le incomoda  
 usted.—Quita lo que tales y tales unas señoras,  
 de cualquier modo.—En fin, que observe usted y es la  
 all de consorte; que ha venido á incomodar, y por en-  
 esta expedición, como si dijéramos por haber tiempo,  
 como que impedir una satisfacción á la niña.  
 —Pero que usted está escribiendo geografías  
 mientras se habla; está usted hablando tiempo también?  
 —Nada de eso; estoy haciendo mi artículo, ó por  
 decirlo así, usted se está haciendo por así decirlo solo  
 el caso en un instante lo que usted va hablando.  
 —Este verso? ¿que ha salido esto?  
 —Ha salido lo que yo decís; un verso de Madrid  
 alguna noche, que habla de salir á falta de otro mejor.  
 —Como?—¿Pero si no he podido más y no he  
 —El amigo se había pasado el país, usted lo  
 ha dado la impresión en Octubre de 1835.



# ÍNDICE

DE

## LOS ARTÍCULOS Ó ESCENAS

QUE CONTIENE ESTE TOMO.



	Pags.
I. <i>Las tres tertulias.</i> . . . . .	5
II. <i>El extranjero en su patria.</i> . . . . .	17
III. <i>La capa vieja y el baile de candil.</i> . . . . .	27
IV. <i>Las niñas del día.</i> . . . . .	36
V. <i>El dominó.</i> . . . . .	47
VI. <i>La compra de la casa.</i> . . . . .	61
VII. <i>Los paletos en Madrid.</i> . . . . .	70
VIII. <i>La flarmonia.</i> . . . . .	80
IX. <i>Policia urbana.</i> . . . . .	88
X. <i>La casa á la antigua.</i> . . . . .	98
XI. <i>El día de fiesta.</i> . . . . .	108
XII. <i>La casa de Cervantes.</i> . . . . .	121
<i>Advertencia.</i> . . . . .	135
XIII. <i>El primer día en Paris.</i> . . . . .	137
XIV. <i>La vuelta de Paris.</i> . . . . .	151
XV. <i>El Diario de Madrid.</i> . . . . .	167
XVI. <i>La procesion del Corpus.</i> . . . . .	180

XVII.	<i>Paseo por las calles.</i> . . . . .	193
XVIII.	<i>El patio del Correo.</i> . . . . .	206
XIX.	<i>Las casas de baños.</i> . . . . .	214
XX.	<i>El sombrerito y la mantilla.</i> . . . . .	231
XXI.	<i>A prima noche.</i> . . . . .	241

QUE CONTIENE ESTE TOMO

Págs.

1	La casa de la Reina	I
11	El patio del Correo	II
21	Las casas de baños	III
31	El sombrerito y la mantilla	IV
41	La casa de la Reina	V
51	El patio del Correo	VI
61	Las casas de baños	VII
70	El sombrerito y la mantilla	VIII
80	La casa de la Reina	IX
88	El patio del Correo	X
98	Las casas de baños	XI
108	El sombrerito y la mantilla	XII
121	La casa de la Reina	XIII
135	El patio del Correo	XIV
137	Las casas de baños	XV
151	El sombrerito y la mantilla	XVI
167	La casa de la Reina	XVII
180	El patio del Correo	XVIII







